

ANDRES AVELINO

Profesor en la Universidad de Santo Domingo

**METAFISICA
CATEGORIAL**

EDITORA MONTALVO

CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1 9 4 0

***El nombre completo del autor es Andrés Avelino García Solano;
Andrés Avelino es el nombre literario usado por el escritor desde 1920.**

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

A mi madre,

a mi esposa,

a mis hijos.

PALABRAS LIMINARES.

METAFISICA CATEGORIAL

Aquí tenéis unas cuantas páginas de metafísica. No os alarméis, lector de este siglo estridente.

Están escritas para los iniciados y para los no-iniciados en los problemas filosóficos. Sin embargo he tenido especial cuidado al exponer mi posición (que he podido hacer de un modo directo), al discutir las posiciones contrarias a la mía, de criticar lo más brevemente las direcciones que rechazo, en beneficio de los no-iniciados, para quienes especialmente va dirigido este libro. Dedico especialmente esta obra de metafísica a los profanos, porque serán los que podrán aprovecharla mejor. Los iniciados, están ya en-

METAFÍSICA CATEGORIAL

casillados en el positivismo ametafísico que persiste todavía en el mundo filosófico o están ya encerrados en el caparazón de su propia metafísica. A ellos va también dirigido en segundo término este libro. A los no iniciados intento hacerlos penetrar en los claros senderos de la metafísica; a los iniciados pretendo despertarlos de su sueño dogmático ametafísico, apartarlos de su metafísica negativa. Ambos están inmersos en una metafísica materialista o negativa, pero sé que el no iniciado resistirá menos a mi intento.

A pesar del cuadro triste que hoy se presenta a toda obra metafísica, abrigo la esperanza de que en América, en filósofos y no filósofos, ha de renacer muy pronto la verdadera metafísica.

Tengo la más absoluta convicción de que para su salvación, la humanidad necesita volver hacia la verdadera metafísica, la metafísica espiritualista, y hacia lo religioso. Pero el mundo necesita volver a lo verdaderamente metafísico y a lo puramente religioso.

El anticristo neatcheano está en todas partes: sustenta aquí la religión con ballonetas y sustituye allá lo religioso y lo espiritual por lo económico. La metafísica ha sido rechazada por

PALABRAS LIMINARES

Kant y por Comte, ha sido negada en su propia esencia y falseada por Bergson y Heidegger. La verdad ha sido tergiversada por el pragmatismo, y el utilitarismo, últimos monstruos de la filosofía moderna que descendidos hasta la pedagogía y hasta la educación, han producido esta humanidad moderna, desquiciada, que está destruyendo la civilización y mixtificando la cultura.

Este panorama desolador que me ha traído sumido en hondas meditaciones desde hace más de diez y ocho años, me ha llevado a intuir esta metafísica categorial.

Al proponerme fundamentar una metafísica categorial de las realidades, me sentí obligado a rechazar la negación que hace Kant de la metafísica, apoyado en su pretendida inutilidad del pensamiento, deducida de las antinomias. He mostrado que las ciencias modernas tienen en su seno antinomias no menos rigurosas que las que Kant arrostró como inutilidad del pensamiento a la metafísica. He mostrado cómo las ciencias surgen de la metafísica y vuelven hacia la metafísica, en un sistema categorial, que las enlaza y comprende de grado en grado. Y con ello he concebido a «la metafísica como único modelo de ciencia rigurosa».

METAFÍSICA CATEGORIAL

Expongo las líneas generales de una metafísica categorial, y muestro cómo sólo existe el juicio analítico categorial. Aquí se puede ver que el llamado juicio sintético de Kant es imposible, absurdo. Queda también bosquejada una concepción de la ontología, con una nueva quinta esfera de realidad.

Del sentido de estos dos conceptos se desprende que ésta es una metafísica categorial de intuición no sensible que comprende a la metafísica categorial de intuición sensible que hay en el fondo de toda ciencia y especialmente en las ciencias particulares.

Metafísica categorial y Metafísica de lo móvil, es una refutación a la metafísica de la intuición de lo móvil, de Bergson. Hay que penetrar en ella para conocer la prolijidad de sus detalles. Es más que una refutación a Bergson, una refutación al pragmatismo. En ella hago ver que la intuición de lo móvil, es una intuición sensible impura, una categorial sensible, y prosigo mostrando en ejemplos particulares la diferencia que hay entre el intuicionismo materialista y psicologista bergsoniano y el intuicionismo general no-sensible de lo categorial, el verdadero intuicionismo.

PALABRAS LIMINARES

La intuición había sido hasta ahora algo vago, de lo cual sólo se sabía que es y se distinguía como un pseudo concepto. En Bergson la intuición dejó de ser algo tan vago como lo había sido en otras filosofías, pero su progreso al fijar la intuición en lo móvil, se convirtió en el más grosero retroceso, pues el gran filósofo galo aprisionó la intuición en lo móvil y le dió estructura en el instinto. Como perfecto pragmatista la sojuzgó a lo biológico.

Husserl había hecho antes que Bergson una investigación más profunda de la intuición, a pesar de que la sometió también a lo sensible, pero desde un punto de vista más elevado. Pero sólo en esta metafísica categorial, por primera vez, la intuición, juega un papel preponderante y fundamental en toda filosofía, espiritualista o materialista, idealista o realista, empirista o criticista. Del manejo perfecto o imperfecto o torpe de la intuición, depende toda metafísica, toda filosofía, toda verdad. El problema del idealismo y el realismo queda así supeditado a la intuición. En estas páginas se mostrará qué es la intuición, cómo se manifiesta, cuántas intuiciones hay, y lo que es más importante todavía, lo que debe el hombre científico, como el filósofo a

METAFÍSICA CATEGORIAL

la intuición y todo lo que puede el filósofo y la humanidad esperar de ella.

Por la intuición no sensible intuimos el ente en sí, intuimos los valores, los objetos no-sensibles, suprasensibles y sensibles. Cuando un objeto se intuye de un modo no sensible, se intuye algo que es real. Cuando creemos intuir lo sensible, de modo sensible surge el error en la filosofía: el realismo, el pragmatismo, el positivismo, el materialismo, las ciencias particulares, etc.

En «La Metafísica Categorical, como el Sistema más general de Categorías», muestro cómo los sistemas de categorías de Aristóteles, de Kant, de Hartmann y de Windelband, son simples sistemas lógico-formales de categorías. Trato de hacer intuir cómo estos sistemas de categorías, se comprenden categorialmente los unos a los otros y cómo quedan todos encajados en mi sistema metafísico categorial, como sistemas particulares de categorías.

No se debe confundir un sistema de categorías con un sistema metafísico categorial. Son conceptos, aunque en conexión, completamente distintos. Son conceptos en relación metafísico categorial, pero de diferente esfera de realidad.

PALABRAS LIMINARES

Un sistema de categorías hasta Windelband, es un conjunto de conceptos generales, puramente formales para encerrar en concepto a la realidad. Todos los creadores de sistemas de categorías, a excepción de Hartmann (que también como Aristóteles reflejó de modo no-intencional ideas metafísicas en su sistema), fundaron sus cuadros de categorías en mera suposición formal lógica. Mi Metafísica Categorical no es simplemente un sistema más general de categorías lógico-formales, no, mi metafísica categorial es un sistema más general de categorías, que los aludidos, que los comprende categorialmente, metafísicamente, porque es una metafísica y no un simple sistema de categorías lógicas.

La Metafísica Categorical es un sistema general de interpretar todas las realidades en tres suposiciones a la vez: la suposición lógico-formal, óntico-formal, ontológica y óntico-material o metafísico-formal. Por ello hablo en toda la obra de categoriales y no de categorías. Me he visto en la necesidad de crear el término categorial, correspondiente al nuevo concepto que surge de mi metafísica, no sólo para evitar malas inteligencias con el concepto más limitado de «categoría» sino inconscientemente lo he hecho obligado por la necesidad de transmitir a los de-

METAFÍSICA CATEGORIAL

más la realidad en mi espíritu de una nueva intuición.

En «La Metafísica Categorical del juicio», es en donde muestro con más satisfacción para la exigencia de mi intuición, la triple suposición de mi concepto metafísico de las categorías.

Para mí, inclusive los simples sistemas de categorías lógicas, son sistemas particulares de metafísica categorial. Sus propios autores no alcanzaron a ver ésto o por lo menos no lo expusieron de ningún modo. Además esos sistemas pueden ser tomados en suposición categorial, y es ello lo que me ha permitido mostrar que en suposición categorial están encajados en mi sistema de metafísica general.

En Las Categoricals de Intuición, muestro el modo cómo las categoriales de intuición de valores comprenden categorialmente a las demás categoriales. La intuición de valores, sólo puede ser concebida como categoría, sólo puede ser incluida en un sistema metafísico categorial, como el que allí se expone. Con esta metafísica formal quedan todas las esferas de la realidad incluidas en un sistema de categorías metafísico categorial, y los sistemas lógico-formales de categorías resultan así sistemas categoriales de

PALABRAS LIMINARES

segundo y tercer grado respecto del primero, que contiene la categorial suprema del valor religioso, las categoriales de lo suprasensible y de los valores éticos y estéticos y finalmente la categorial de valor lógico que encierra categorialmente todos los sistemas formales de categorías.

En las categoriales lógico-formales y óntico formales de la realidad sensible, investigo las categoriales de intuición sensible en el mismo seno de las ciencias particulares. Aquí se puede ver con claridad, cómo la intuición sensible del científico da origen a esas categoriales erradas que tanto surgen de continuo en la ciencia y la llenan de imprecisión e incertidumbre.

Era necesario toda esta labor previa para poder abordar una metafísica espiritual del átomo. En ella se muestra lo que se ha advertido desde los primeros conceptos emitidos en esta metafísica, que la metafísica materialista del átomo sólo responde a la pregunta del «cómo», pero no a las preguntas que atañen a los ideales del hombre.

En *El Ente en sí de lo sensible*, señalo cómo la «cosa en sí» de Kant no es un ente real sensible, por cuanto el ente en sí no está en lo sensible sino en lo no-sensible.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Como el filósofo empirista busca la cosa en sí en lo sensible, no la encuentra nunca; de ahí su irrealidad, su inasequibilidad. Si en cambio la buscamos por medio de la intuición no-sensible, la intuimos en una experiencia inmediata, de valor suprasensible o no-sensible.

El espacio como una segunda categorial del tiempo había sido ya discutido en el ensayo de refutación a Bergson, *Metafísica Categorial* y *Metafísica de lo Móvil*. Aquí está expuesto más estrictamente desde el punto de vista metafísico categorial.

Es lógico pensar que después de mostrado que el espacio es una segunda categorial del tiempo, el universo espacio-tiempo de Minkowski quedase reducido a un Universo tiempo unidimensional. Aquí también queda mostrado, el absurdo de concebir el tiempo como una cuarta dimensión espacial.

La irrealidad del espacio atómico es debida esencialmente a que el científico aplica las categoriales de la realidad sensible macroscópica a las categoriales de lo sensible microscópico. Estas categoriales ya falsas en el macrocosmos, con mayor razón determinan pseudo-verdades en el microcosmos. De ahí resultan las series de

PALABRAS LIMINARES

contradicciones del mundo del átomo (mundo que tiende a lo no-sensible), con el mundo sensible que nos rodea. De ahí surgen las nuevas categoriales «mecánica ondulatoria», «mecánica cuantística», «principio de indeterminación de Heisenberg». etc.

Corresponden también a la metafísica del átomo, los cuatro siguientes pequeños ensayos, en los cuales muestro, ya en detalles, las tesis sustentadas desde las primeras páginas de esta obra: que donde quiera que el materialista ha hecho metafísica negativa, frente a acontecimientos empíricos, podemos realizar metafísica espiritualista, porque al ser el átomo, en su forma categorial científica, un objeto no metafísico, no responden, como los demás objetos sensibles, a las preguntas que sólo atañen a los ideales del hombre. Lo que precisamente me ha interesado mostrar, es que los objetos sensibles, el mundo de la realidad sensible es ageno a toda metafísica individualista. Lo metafísico tiene conexión con lo físico, es indudable, pero no es la conexión de dependencia y de apoyo que la misma metafísica había creído hasta ahora, al considerar que los objetos suprasensibles son inexperimentables por principio e inferibles partiendo de lo experimentable por principio.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Por ello la metafísica categorial revoluciona totalmente a la ontología y al concepto tradicional de experiencia.

Para mí todos los objetos son experimentables por principio, todos son internamente experimentados por el yo, en el esquema formal del alma.

Los objetos suprasensibles son experimentables por principio y comprenden categorialmente a lo sensible en lo no-sensible y en lo suprasensible, en donde son intuitos de un modo inmediato.

Lo que experimenta el yo de modo mediato, no puede ser base de lo que experimenta el alma de modo inmediato.—El ente en sí de lo sensible, que responde a la pregunta del «qué», de la esencia, cabe como objeto suprasensible referido a lo no-sensible. Y esta misma respuesta, que atañe esencialmente a lo sensible no la encontramos por lo sensible. He ahí el eterno problema del idealismo y el realismo. Kant no encontró la «cosa en sí» porque la esperaba por el camino de lo sensible. Igualmente le ha sucedido a realistas, empiristas, positivistas, pragmatistas y behavioristas. El ente en sí sólo puede llegarnos por la invisible mensajera: la

PALABRAS LIMINARES

intuición no-sensible, que sólo huella el camino de lo no-sensible.

Podemos hacernos la ilusión, al contemplar un objeto sensible e intuir su esencia, que lo hemos hecho por medio de lo sensible, cuando inconscientemente el hecho ha ocurrido en lo no-sensible, si en verdad hemos intuido su esencia. Esto sólo ocurre cuando lo sensible, cuando la apariencia y la nebulosidad de las sensaciones no ha perturbado a la intuición pura no-sensible. Entonces tenemos una categorial no-sensible cierta sobre el objeto, cuando ésto no ocurre, cuando lo sensible oscurece y perturba a la intuición pura no-sensible, obtenemos categoriales sensibles falsas, que son las que van a producir las posiciones y contraposiciones en la filosofía y las continuas contradicciones y rectificaciones en la ciencia.

He mostrado que el principio de indeterminación de Heisenberg no es un indeterminismo filosófico ni debe obligarnos tampoco a sustentarlo, así como el determinismo de la relatividad tampoco debe tornarnos en deterministas. Ambos hechos empíricos pueden, como categoriales sensibles que son, ser rectificadas por nuevos hechos sensibles que darían lugar a nuevas categoriales antagónicas.

METAFÍSICA CATEGORIAL

He mostrado que el átomo del carbono, no es, como pretenden los materialistas, un átomo que engendra la vida, sino simplemente un átomo más complejo que acompaña a la vida.

He tratado de señalar que la categorial «entropía» tomada por los científicos como un recurso de escepticismo filosófico, como un pesimismo acerca del destino del universo, como un hondo sentido de arreligiosidad, como una falta de finalidad en el mundo, no responde a la pregunta del hacia, de la finalidad.

Afortunadamente para los espíritus idealistas, espiritualistas y religiosos, la llamada «muerte del universo», es simplemente una categorial de origen sensible, que puede ser modificada por otra categorial de origen no-sensible o de origen sensible. Pero aun suponiendo que sea una categorial cierta, de origen no-sensible (cabe en lo posible lógico que pueda serlo), la muerte del universo, no sería sino el término de un ciclo energético, que provocaría el comienzo del otro nuevo ciclo, así como las estrellas cambian de diámetro, al aumentar y disminuir éste, en un proceso de reversibilidad de la energía, negado por la entropía.

Finalmente, como cierre de la metafísica del

PALABRAS LIMINARES

átomo, del sér sensible, que por cierto se podría continuar discutiendo en innumerables casos más, muestro que el principio del sistema cerrado es una categorial de metafísica materialista, visto como lo considera el empirismo fenomenológico. En una metafísica categorial no cabe el paralelismo psicofísico, propio ni impropio, de una relación directa de un miembro psíquico con un miembro físico, ni tampoco una acción recíproca causal a la manera del concepto causal, de la categorial causa efecto de la física.

La relación de lo psíquico y lo físico es una relación categorial, de comprensión formal, la única relación posible en objetos de diferentes esferas de realidad, de distintas estructuras ónticas. De este modo el principio del sistema cerrado se convierte en un principio de metafísica espiritualista.

La concepción de la unidad de la filosofía fundamentada en la teoría de los valores, es un ensayo de metafísica de los valores, escrito antes de que cristalizase en mi espíritu la intuición no-sensible de una metafísica categorial. Pero se advierte ya allí el sentido de esa metafísica, que toma aun más cuerpo en el otro ensayo «Hacia una estética metafísica de los valores», escrito también antes de la Introducción a una metafísica categorial.

METAFÍSICA CATEGORIAL

En el primero de estos dos ensayos se advierten mis primeros ataques a la ontología general. En ambos, es evidente la influencia profunda de lo metafísico y de la Concepción del universo en la filosofía, concepto fundamental de mi metafísica categorial.

La relación entre metafísica y filosofía es un problema que se ha discutido en todos los tiempos, pero sus más grandes oscuridades nos vienen de la época moderna y aún de la actual. Hoy es corriente en grandes círculos de filósofos, pensar que es posible hacer filosofía sin metafísica. De ahí la frase sin sentido de la filosofía alemana (Kant, los neokantianos de la filosofía crítica, el mismo Fichte, positivistas y pragmatistas, Husserl etc): «filosofía científica», fenomenológica o no fenomenológica. En el concepto «filosofía científica» está envuelta esta otra categorial: «filosofía no-metafísica».

Todo esto es sencillamente absurdo, incoherente, sin sentido. No se puede hacer ciencia sin haber tomado antes de emprender esa ciencia, una actitud metafísica. No se puede sentir ni intuir un problema, sin que éste resulte enclavado en un sistema metafísico. Podemos en ambos casos, consciente o inconscientemente, hacer caso

PALABRAS LIMINARES

omiso de ello, como lo han hecho diversas épocas y diversos filósofos. Podemos ignorarlo como lo ignora casi siempre el científico y el hombre ordinario, pero cual que sea el caso, no podemos sentir, ni vivir ni pensar, ni intuir sin quedar enclavados en una metafísica. Se puede decir, que desde que existe el hombre de un modo sensible y aún antes, desde que existe en la mente divina, está inmerso en una metafísica. Nada, absolutamente nada, puede ser extrametafísico, porque todo, absolutamente todo está embebido en la Concepción del espíritu y en la Concepción del Universo.

Dios, el supremo apriori, la suprema forma, la suprema categorial pura, comprende categorialmente a la Concepción del espíritu y a la Concepción del Universo, desciende al través de ellas hasta el hombre y le imprime en su estructura óptica una metafísica. El hombre la sustenta, consciente o inconscientemente. Si conscientemente, intuye todos los valores, plasma una filosofía, que queda por tanto englobada en su propia metafísica, en su propia concepción del espíritu o en su concepción del universo.

Si intuye inconscientemente sólo valores sentimentales: religiosos, éticos y estéticos queda

METAFÍSICA CATEGORIAL

inmerso en una Concepción del espíritu y por tanto también en una metafísica pura.

Si intuye conscientemente sólo valores lógicos referidos a lo sensible, resulta englobado en una Concepción del universo, en una metafísica negativa, materialista, que comprende categorialmente a la ciencia que profesa.

Entre estos tipos metafísicos fundamentales fluctúan muchos tipos intermedios, siempre sumidos en la metafísica.

En el instante en que intuimos nos sentimos poseídos parcial o totalmente por la Concepción del espíritu, por Dios. Si intuimos a Dios nos sentimos totalmente inmersos, totalmente poseídos por la Concepción del espíritu. Si intuimos otro valor, sentimental o lógico, un objeto ideal, etc., nos sentimos parcialmente inmersos en la Concepción del espíritu. Si intuimos sólo objetos no-sensibles referidos a lo sensible, nos sentimos poseídos por la Concepción del universo.

Yo tengo mas seguridad de la existencia de Dios que de la existencia de la luz. A la existencia de la luz llegamos por concepción, por una intuición categorial impura, a la existencia de Dios llegamos por una intuición directa, por una categorial pura. Aquí la intuición se identifica

PALABRAS LIMINARES

con el contenido. Lo que hemos intuido es lo que hemos intuido, no necesita ser concebido, su concepción es pura intuición categorial de valor.

Como existen dos metafísicas modernas de amplia consideración en los círculos filosóficos, aunque fundamentalmente ignoradas del gran público, que como la metafísica de lo ético de Kant, conciben lo suprasensible de un modo relativo, restringidas a determinado ámbito del ser, consideré necesario refutarlas. Me refiero a la metafísica de Bergson de lo móvil y de lo biológico ya rechazada y a la metafísica existencial pragmatista de Heidegger. Ya en caja estelibro, en una carta al filósofo argentino Francisco Romero he tenido últimamente ocasión de refutar esta última, a la vez que he mostrado más en detalle la «Doctrina del tercer mundo» que encierra toda metafísica categorial.

Queda para proyecciones futuras mostrar cómo tampoco una metafísica de lo ético no puede ser sin una metafísica de la esencia. Toda metafísica es absurda concebida de modo unilateral. La metafísica categorial no excluye ninguna otra metafísica, sino que las comprende.

Ciudad Trujillo, Enero 22, 1939.

METAFISICA CATEGORIAL

LA METAFISICA COMO UNICO MODELO DE CIENCIA RIGUROSA.

Bien sabido es que el átomo no es un objeto metafísico, como no lo es tampoco el electrón, ni los paquetes de ondas, ni el quantum, ni los fotones.

Estos son objetos entes llamados experimentables por principio, la mayoría de ellos experimentados ya en los laboratorios científicos.

Al proponerme bosquejar una metafísica del átomo no pretendo pues que el átomo, el quantum y los fotones sean objetos metafísicos, como no lo es tampoco en un sentido más general, la lla-

METAFÍSICA CATEGORIAL

mada «metafísica de lo inorgánico» una metafísica de los cuerpos inertes.

Si logro realizar una nueva metafísica de lo inorgánico en su más amplia generalidad, sólo lo advertirá el otro, y yo mismo, cuando haya contestado con éxito las preguntas que hace años intuyo persistentemente en la intimidad de la conciencia, y que al fin (me parece indudable por la evidencia incontrastable de lo que voy ya haciendo), que estoy dispuesto a cometer una nueva indiscreción filosófica.

En realidad lo que intento es delinear una metafísica de la física moderna. Pero antes de hacerlo siento la necesidad de mostrar la posibilidad de toda metafísica en general. Y como es el átomo el recinto físico en que han tenido objeto las más estupendas revoluciones de lo físico, mi metafísica de lo físico o de lo inorgánico girará alrededor del mundo del átomo y sus problemas, pero no será una metafísica del átomo y sus problemas, sino una metafísica general de las realidades o del sér.

Urge aclarar ésto, que no ha sido puntualizado todavía y que da lugar a torcidas interpretaciones.

No hay una metafísica de lo inorgánico, ni

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

de lo orgánico, ni de lo físico, ni del átomo. Estas son expresiones equívocas del lenguaje filosófico europeo.

Se puede sólo hacer metafísica sobre lo orgánico, sobre lo físico ó sobre el átomo. Esto es, uno puede imponerle una metafísica a lo orgánico o al átomo. Porque no hay metafísica del objeto, del ente, sino una metafísica de las formas. Sólo puede haber una metafísica de las formas en que puede ser intuitido y concebido el ente.

Hay algo de consecuencia más grande aún alrededor de lo metafísico. Los filósofos dogmáticos realistas, inquieren la verdad del objeto, lo esperan todo de él. Los cientistas materialistas con pretensiones filosóficas (aunque corrientemente las nieguen), prefieren frases absurdas como estas: «Preguntamos a la naturaleza», y se contestan enfáticamente: «la naturaleza responde» ó «la naturaleza no responde», según el caso. Nada más filosóficamente infantil que ésto. La naturaleza ni se interroga ni se responde. La naturaleza es filosóficamente, sordo-muda, impersonal y a-subjetiva. No le interesa para nada el sentido, ni la finalidad ni los ideales, ni la libertad, ni el indeterminismo, ni la inmortalidad, ni Dios.

METAFÍSICA CATEGORIAL

La naturaleza es para sí un caos, para el yo es una suma infinita de procesos poli-organizados. Pero sólo porque el yo puede intuir infinitas organizaciones en ella, no porque ella se lo imponga. El hombre se dirige preguntas porque intuye problemas. La naturaleza no puede intuir problemas.

El hombre es el único capacitado para intuir problemas y hacerse preguntas, por eso se caracteriza como «el único animal filosófico». El hombre se puede catalogar por las clases de preguntas que se hace. Y sólo se puede formular cuatro tipos diferentes de preguntas: 1o.—Preguntas acerca del «como», ésto es, cómo funciona ésto?, cómo se comporta aquello?, cómo se hace lo otro?, etc. Preguntas que piden procesos, y que se refieren sólo al suceder de las cosas. 2o.—Preguntas acerca del «que», del «cual», (qué es ésto?, qué es aquello?). Estas preguntas exigen la esencia o la existencia. La existencia de yos, de personas o la esencia de objetos en general. Cuál es la esencia de lo bello?. 3o.—Preguntas que se refieren al «por qué». El por qué puede referirse a procesos, a esencia o a existencia. Por qué sucede ésto?, por qué funciona aquello?, por qué es esto?, por qué es y por qué existe el mundo? Y 4o.—Preguntas que inquietan el «hacia», esto

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

es, preguntas que se refieren al sentido, a la finalidad, o a los ideales.

La filosofía se reduce en último término, al arte o a la ciencia de las preguntas. Así lo entendieron los tres más grandes filósofos griegos: Sócrates, Platón y Aristóteles. Es de todos conocido el grado a que llevó el filósofo de la mayéutica, el divino deleite del inquirir.

No hay hombre por ignorante que sea que no se haga alguna vez siquiera una pregunta. El hombre ordinario como el científico, reciben constantes llamadas interiores, persistentes preguntas. Pero como al pordiosero que toca a su puerta, no le hacen caso y siguen encerrados en su mundo estrecho de pasiones y de cosas.

El filósofo, en cambio, acude presto a cada llamada de la intuición, a cada pregunta, la recibe amable, solícitamente, le da albergue indefinido, la analiza, la discute, la tiene en el alma presente una larga temporada, hasta que la rechaza o la acomoda a su sentimiento filosófico íntimo.

El hombre común y el científico sólo ponen atención a los dos primeros tipos de preguntas. Al primer tipo en toda su generalidad, y al segundo, sólo a las preguntas que alcanzan al

METAFÍSICA CATEGORIAL

«cómo» de las cosas, no al «como» de los objetos en general sensibles y no sensibles. El filósofo es aquel hombre que se hace todos los tipos de preguntas, sin excepción. Sus preguntas son proyecciones luminosas que penetran en todas las esferas de objetos. No hay ninguna categoría de objetos que no esté al alcance de las proyecciones de su interrogar.

Ha habido, y hay por desgracia todavía, tipos de filósofos, que espontáneamente se han despojado de la primordial y más esencial característica del filósofo: ser capaz de formularse a sí mismo todas las preguntas y responder a cada una de ellas. Lo que equivale a esto otro: ser capaz de intuir todos los problemas. Me refiero a los positivistas, empiristas y pragmatistas que al negar la posibilidad de la metafísica, deponen la facultad propia sólo del filósofo, de responder a todo determinado tipo de preguntas, y sobre todo aquéllas que afectan el mayor grado de generalidad y de trascendencia para el hombre. Preguntas que están siempre como embebidas, encerradas en los demás tipos de interrogaciones y de las que dependen la concepción de los más altos ideales, del sentido de la vida y el destino del hombre.

Para mí esos filósofos han descendido al pla-

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

no de los cientificistas. Como desciende también del pedestal del filósofo puro todo aquel que pretenda limitar para cualquier época como para cualquier latitud, ya sea por motivos de originalidad o de patriotismo de la cultura, el campo de la investigación filosófica, el derecho que cada hombre cultural tiene de hacerse toda clase de preguntas en cualquier ámbito de objeto que esta pregunta penetre y pueda el filósofo hacérsela y respondérsela.

Respeto la actitud de los positivistas como la de cualquier otro tipo de filósofo, cuando desprecian la facultad esencial que les correspondería como tal, si se considerasen filósofos en la absoluta amplitud del concepto. Y la respeto aún más porque sé que esa actitud es una respuesta a una pregunta, a la más genuina pregunta metafísica, la que como filósofos están en el pleno derecho de formularse y contestarse aunque sea del modo negativo y absurdo que lo hacen.

Pero no puedo dejar de aclarar, antes de emprender el vuelo de lo metafísico, que si mi avión se estrellase contra la realidad de lo sensible, no lo sería sino por impericia del aviador, mas no porque como amante de la filosofía no me sienta con derecho a volar por todos los continentes ideológicos, ni porque no lleve conmigo todos los

METAFÍSICA CATEGORIAL

recursos propios de quien sabe que va a emprender un peligroso vuelo.

Todo el que así lo sienta sinceramente puede *a priori* como lo han hecho siempre los positivistas, cortarse sus alas. Restringirse como filósofo.

El pensamiento filosófico no da saltos, ni lo influye el clima ni la latitud geográfica. Sólo existe el hombre universal que siente y piensa. Existen hombres que viven en el mundo supra individual de los pensamientos, en el mundo de lo no sensible, y hombres que viven en el mundo de lo sensible; aquellos son hombres sin frontera ni limitación, éstos son hombres reducidos a la medida y a la finitud.

Si América ha de dar una cultura original ha de crearla sobre la cultura europea, no desprendida de ella, desconociéndola, sino penetrando vigorosamente en ella para desentrañar sus excelencias y superarlas y para encontrar sus yerros y rechazarlos. No otra cosa aconseja la historia del pensamiento filosófico.

No voy pues a inquirir del átomo una metafísica espiritual, como han pretendido algunos filósofos europeos, cientificistas, pedirle a la ciencia una metafísica materialista de lo inorgánico. No. Tengo la intención, con el mismo de-

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

recho que cabe a los materialistas, de imponer a la física moderna del átomo una metafísica espiritualista: mi metafísica. No sólo tengo la intención, sino estoy seguro de imponérsela, porque ya la tengo en mí, ya ha descendido a mi corazón, ya la poseo en el pensamiento. El átomo sólo tendrá que obedecer a la concepción del Universo a través de la concepción de mi espíritu, en la posibilidad de una metafísica de la esencia.

Un Filósofo no es un captador de superficialidades a lo Keyserling, ni un proclamador de políticas culturales, ni un obcecado de originalidad.

El tipo puro del filósofo para mí sigue siendo el buzo. En cualquier época y en cualquier latitud, el filósofo seguirá siendo un buceador en las profundas aguas del pensamiento para encontrar la verdad. Un simple apasionado de la verdad, pero de la verdad sin mixtificación, nunca de una verdad conveniente, acomodaticia, ni de una verdad preconcebida, sino de la verdad desnuda, aunque nos espante a nosotros mismos, aunque desagrade los sentimientos de una época y nos torne antipáticos ante el gran público.

Sé que vivimos una época de arraigado y extendido materialismo, en que el hombre de la calle, el profesional y hasta el científico ríen y

METAFÍSICA CATEGORIAL

sienten una recóndita conmiseración por los que filosofan. Mi metafísica es de color espiritualista, lo que hace más triste la situación de un filósofo en este momento metafísico del mundo. Los científicistas materialistas modernos han tenido más éxito de librería que los más serios y profundos filósofos.

No lo ignoro, pero a pesar de todas esas consideraciones, me propongo esbozar la posibilidad de una metafísica como ciencia rigurosa. Con ello no hago más que exponer sincera y escuetamente mi verdad. Detrás han de venir las consecuencias. A mí para nada me interesan.

Es una opinión muy socorrida hasta en grandes círculos de filósofos que las radicales transformaciones de la física moderna y de la astronomía han de cambiar el concepto filosófico de conjunto que tenemos del universo, y hasta modificar el sentido de la vida humana. Se ha llegado a afirmar que la filosofía no tiene derecho a hablar sino después que la ciencia haya dicho todo lo que puede decir de los hechos comprobados. Nada más injusto que esta pretensión de la ciencia frente a la filosofía. Es casi como si dijésemos que en esta época moderna los hijos tienen derecho a hablar antes que los padres, lo que en verdad es una situación que en todos los

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

órdenes no está muy lejos de lo que corrientemente sucede. Pero no es ello lo que debiera suceder sino fuera porque el mundo está en conjunto desorientado.

La ciencia no tiene ningún derecho a hablar, lo único que le está permitido es observar y actuar.

Pues ella nunca ha pretendido ni puede tampoco dar una visión de conjunto, ni siquiera en las limitadas esferas de objetos a que se constriñe su interés, ni menos puede hacerlo sobre la totalidad de los objetos.

La filosofía ha sido siempre la única llamada a hablar antes y después de la ciencia, y aún sin conexión con ella. Sin pedirle nada prestado. La ciencia nada puede decirle. La ciencia trabaja con objetos particulares y para beneficios utilitaristas.

Un ingeniero no estudia las matemáticas por la matemática misma, sino sólo con el objeto de hacer un puente o construir una casa, esto es, para proporcionar comodidad al hombre.

La filosofía, en cambio, inquiere, en una investigación de la totalidad de los objetos, el sentido y la finalidad del mundo y de la vida, la unidad de toda categoría de objetos y la esencia de éstos. Nada de esto último puede hacer la

METAFÍSICA CATEGORIAL

ciencia. Porque nada de ésto está a su alcance ni nada de ésto tampoco se propone.

Aunque la filosofía se propusiese aprovechar los hechos científicos para sus propósitos legítimos, sus esfuerzos serían inútiles.

La ciencia sólo puede decirle a la filosofía: he aquí un hecho comprobado, he aquí otro y otro, en una sucesión sin término. Pero la ciencia no puede decirle a la Filosofía he aquí el último hecho, ante el cual podéis tomar la definitiva posición filosófica, y después del cual no os presentaré un nuevo sorprendente hecho que os haga variar vuestras conclusiones. Si la ciencia pudiera hablar así, tendría perfecto derecho a hacer esperar a la filosofía la comprobación de sus hechos particulares. Y como no puede, la filosofía queda en libertad de hablar sin tomar en cuenta a la ciencia. Puede hablar antes que ella y después de ella. Hacerse sus preguntas sin tomarla en consideración; y contestárselas sin oír la voz de sus hechos particulares. Bien sabe la filosofía que estos hechos son transitorios, sujetos a mudanza y faltos de toda generalidad, como todo hecho.

Los pensamientos sí no están sujetos a mudanza. Un pensamiento puede rechazarse o

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

aceptarse, pero no se transforma ni se modifica. Un pensamiento modificado es ya otro pensamiento. Un pensamiento verdadero es verdadero siempre, y un pensamiento falso eternamente falso. Los pensamientos son intemporales, eternos, por eso son el vehículo propio de la filosofía.

La filosofía puede descender hasta la ciencia para utilizar sus cúmulos de hechos como a ella le interese para sus altos fines, pero no para aceptar sus conclusiones sino para imponerle las suyas. La ciencia no da conclusiones ni pretende darlas.

La filosofía para su propio mal y para agravio de la humanidad dió lugar a la independencia de la ciencia al dirigir con Bacon su interés hacia los hechos. La ciencia nace así como una reacción contra el espiritualismo de la edad media. Surge viciada de un grosero materialismo que persiste hondamente todavía.

No bastan el idealismo empírico de Berkeley, ni el racionalismo de Descartes, Malebranche, Leibnitz y Espinoza para contrarrestarlo. El pensamiento empirista de Locke y de Hume es suficiente para hacerlo aparecer de nuevo. La fuerte personalidad de Kant que da el primer serio embate a la metafísica y fundamenta un racionalismo empí-

METAFÍSICA CATEGORIAL

rico con el conocido nombre de criticismo, impregna de más grosero materialismo a la ciencia y despoja a la religión de su más elevado sentido, en su famoso ensayo «La religión en los límites de la pura razón».

Así como de cierta es la concepción que de las ciencias particulares parece tener Kant, así es de errada su idea de la religión y de la metafísica. El filósofo creador de la «Crítica de la razón pura» no podía concebir que la esencia de lo religioso estuviese en lo irracional, que los valores religiosos no se conciben sino se intuyen. El filósofo todo razón no podía saber lo que sabemos hoy: que Dios por medio del sentido de lo luminoso descende hasta el hombre para provocar en su alma la intuición de los valores religiosos.

Los progresos gigantescos y apresurados de las más perfectas de las ciencias, la matemática y la física, contradiciéndose década a década en estos últimos cincuenta años, de seguro hubieran hecho desistir a Kant de su principal negación de la metafísica. La física newtoniana y la relativista, ésta y la mecánica cuántística; la mecánica cuántística y la ondulatoria, son verdades antinómicas científicas no menos contradictorias que las célebres antinomias que

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

Kant arroja como un reproche de inutilidad a la metafísica de la esencia.

El error de Kant es debido a que en su época el espíritu comenzaba a dar la espalda al pensamiento y tomaba como modelo unívoco de conocimiento, el conocimiento basado en la llamada experiencia, en los hechos particulares. Las matemáticas y la física modernas, las más perfectas de las ciencias en el sentido de Kant, nos muestran hoy que ésto no es así.

No existen más que dos clases de conocimientos: conocimiento por intuición y conocimiento por inferencia, que se reducen a uno sólo, a conocimiento por intuición, porque el conocimiento por inferencia consiste en intuir pensamientos en otros pensamientos. Para la filosofía, para la metafísica, modelo de ciencia absoluta, no existen más que dos métodos, el método fenomenológico y el método lógico o llamado de inferencia. La inducción, el método de las ciencias particulares, no es un método filosófico.

Kant se hace cuatro preguntas en su «Crítica de la razón pura»:

Es posible la matemática pura?

La física pura es posible?

Cómo es posible la metafísica en general?

METAFÍSICA CATEGORIAL

Es posible la metafísica considerada como ciencia?

A las dos primeras preguntas responde afirmativamente y a las dos segundas negativamente. Responde así porque considera a la matemática pura y a la física, como modelos de ciencias. A la primera porque puede construirse sin recurrir a la llamada experiencia y a la segunda porque recurre a ella, se construye a base de un instrumento a priori, unívoco del pensamiento: las categorías.

Y por qué niega Kant la metafísica? Porque cree que el conocimiento real, absoluto, es imposible. No tiene fé en el verdadero conocimiento, en el único que es posible, en el conocimiento intuitivo o inferido, el único conocimiento de que tenemos verdadera experiencia: el conocimiento inmediato: el conocimiento de los objetos no sensibles, de lo interno. Es cierto que sólo cree en el conocimiento del ente en sí de lo moral. En lo que no cree es en la posibilidad del conocimiento del ente en sí de lo sensible.

No pudo ver Kant que la esencia de la realidad sensible es pura forma.

La esencia de todo conocimiento es forma. El contenido de lo ético como de lo lógico, como

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

de lo estético, lo religioso, para conocerlo tenemos que convertirlo en formas lógicas, lo mismo que lo sensible. No debe pues pedirse otra esencia a la realidad sensible.

Pero Kant no podía imaginarse lo que habría de sucederle a sus ciencias modelos en el corto lapso de menos de dos siglos: que estas para él ciencias rigurosas habrían de perder su pretendida seguridad en el conocimiento.

Tanto la matemática como la Física se han ido acercando a la metafísica, hasta llegar a la época moderna en que cabe encontrar en su seno ejemplos de antinomias tan rigurosas como las célebres con que Kant rechazó a la metafísica como ciencia.

Así como el filósofo de Königsberg arrojó a la metafísica sus antinomias del pensamiento, voy yo a arrostrarle a sus ciencias modelos antinomias de pensamiento y de hechos.

La física moderna se ha tornado en una ciencia rigurosamente matemática, la más perfecta de las ciencias particulares. Pero no ha podido hacerlo sin pasar por profundas contradicciones, aún no resueltas, que la colocan en la categoría de una metafísica. A la matemática, la ciencia más cercana al tipo de ciencia metafísica, le ha

METAFISICA CATEGORIAL

ocurrido otro tanto, desde que apartándose del interés de lo particular, remontó el vuelo hacia lo general para ascender definitivamente a los cielos de la metafísica. Todas las ciencias existentes o posibles surgen de la metafísica y van hacia la metafísica.

El proceso es muy largo. Parte desde Proclo, filósofo matemático contemporáneo de Euclides, quien discute a éste su famoso undécimo postulado de las paralelas, y después de pasar por el pensamiento de los más eminentes matemáticos, termina en el siglo XIX con la demostración de dicho postulado y la formulación de las antinómicas geometrías no-euclidianas de Lobatscheski-Bolye y de Riemann-García de la Concha, de tipo hiperbólico y de tipo elíptico respectivamente.

¿Acaso no es rigurosamente metafísica una ciencia en cuyo seno se mantiene una discusión de veinte siglos sobre uno de sus postulados, sobre una de sus categorías, para terminar con una solución antinómica del problema?

Hé aquí la antinomia de la geometría, la disciplina más perfecta de todas las ciencias matemáticas, la misma que Platón puso de epígrafe simbólico a la entrada de la Academia: «No éntre

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

aquí quien no sea versado en geometría y en música» (Música llamaban los griegos al conjunto de las ciencias):

Tesis de la geometría euclidiana (antítesis de la no-euclidiana):

«La suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos».

Tesis de la geometría no-euclidiana (antítesis de la euclidiana):

«La suma de los ángulos de un triángulo es menor ó mayor que dos rectos».

No se arguya que ésta no es una antinomia perfecta, porque se considere a la geometría no-euclidiana, como una geometría diferente de la euclidiana, y la antinomia debe ser formulada en un mismo campo de objetividad. A más de que este argumento no cabe aquí, puesto que ambas concepciones son ideas que corresponden al mismo objeto, puedo señalar en cambio una inconsecuencia de la índole señalada en el propio Kant, cuando formula la siguiente antinomia:

Tesis: «La causalidad natural necesita de la conclusión y deducción de una causalidad de la libertad».

Antítesis: «La causalidad natural es la única que existe en el mundo».

METAFÍSICA CATEGORIAL

Se ve claramente aquí que Kant al concebir esta antinomia da un salto de la esfera de los objetos físicos. Construye así la tesis en el mundo de lo supra sensible y la antítesis en el universo de lo sensible, y confunde de ese modo lamentablemente objetos metafísicos con objetos físicos.

Esta inconsecuencia no puede objetarse a la antinomia por mí señalada. En mi antinomia la tesis y la antítesis están construidas con objetos ideales.

En la misma matemática, en el moderno y pretencioso cálculo infinitesimal encuentro otra antinomia aún más desconcertante.

Tesis: «En todos los puntos de una curva se puede trazar una tangente ó lo que es lo mismo: todos los puntos de una curva tienen el mismo declive».

Antítesis: «En todos los puntos de una curva no se puede trazar una tangente: ó todos los puntos de una curva no tienen el mismo declive».

Bastan estas dos antinomias para mostrar al más escéptico, que la matemática ha alcanzado ya la más alta categoría de ciencia: se ha tornado en una rigurosa metafísica.

Vamos a mostrar también que lo mismo ha

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

ocurrido a la Física, la ciencia que le sigue a la zaga en perfección a la matemática.

He aquí una de sus antinomias más sorprendentes.

Tesis: «La teoría general de la relatividad afirma y comprueba que el universo no es un continuo de espacio-tiempo, sino un mundo en que se procede a saltos»

Veamos esta otra antinomia.

Tesis: «La luz está constituida por proyectiles (electrones) que viajan del centro del foco luminoso hasta la superficie de los cuerpos materiales y la retina del observador»

Antítesis: «La luz está compuesta de paquetes de ondas (fotones) que se propagan esféricamente en el éter».

Estas dos últimas antinomias bastan para mostrar que la Física ha alcanzado ya también su más alto grado de perfección: ha llegado a la categoría de ciencia metafísica.

Modernamente se habla tanto en círculos de científicos como de filósofos positivistas, de crisis en las ciencias: crisis de la matemática, crisis de la Física, crisis de la Química etc. Ello es debido a que esos filósofos y científicos que todo

METAFÍSICA CATEGORIAL

lo miran bajo las lentes de Kant y de Comte, advierten que sus caras ciencias, según su sentido filosófico, se les desmoronan en las manos, sin poder evitarlo. Para mí no hay tal crisis, ni tal derrumbe. Por lo contrario, lo que hay es un proceso de perfección, pero de una perfección que los positivistas y empiristas no pueden ver porque no tienen sentido para ello, y les costará mucho el llegar a verlo. Probablemente morirán algunas generaciones más de positivistas antes de que el mundo pueda llegar a verlo como yo ahora lo intuyo y lo construyo.

Para ver la verdadera evolución de la ciencia, es necesario rechazar el sistema de las ciencias de Comte. El ciclo visto por él está incompleto y además es erróneo.

Las ciencias positivas no son ciencias en el verdadero sentido del concepto; son ciencias impuras. No existe más que una ciencia rigurosa y absoluta: La metafísica. Según que el hombre tenga más o menos visión para verla en toda su pureza o no, resulta lo que podíamos llamar una evolución de la ciencia, porque en verdad la ciencia en sí no evoluciona, es el hombre quien evoluciona al verla o no en toda su pureza.

La ciencia no culmina en el estado positivo,

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

es el hombre quien desciende a su estado inferior de concebirla, y es el hombre verdaderamente quien asciende de nuevo en un proceso hacia concebir la ciencia en su estado absoluto de pureza.

Lo que sucede es esto: la ciencia comienza a ser concebida sólo en un estado metafísico puro, sigue siendo concebida en él hasta llegar al máximo grado de impureza en que el hombre no tiene sentido para ver la realidad metafísica en la balumba de los hechos particulares. Es el estado de máxima impureza en su concepción.

Continúa el hombre intuyendo a la ciencia, al deshacerse del yugo de los hechos particulares, para volver a concebirla en su grado de máxima pureza, en el tipo de ciencia pura, rigurosa, absoluta: la realidad pura de la ciencia metafísica.

De ahí que haya dicho más de una vez que Kant y Comte no son filósofos conscientes, por ser unos negadores de la metafísica. Se han justificado como filósofos, pero como filósofos negativos, porque demoliendo la metafísica han creado una metafísica. Pero han creado la metafísica más deplorable para el destino de la humanidad: una metafísica materialista que hoy

METAFÍSICA CATEGORIAL

viven y sienten hasta los obreros, y que amenaza con destruir totalmente la civilización y transformar la cultura.

Para crear mi metafísica, la verdadera metafísica espiritualista, categorial, necesito hacerle algunas objeciones más a Kant.

El filósofo alemán negó la metafísica, arrojando sus famosas antinomias como un reproche de inutilidad al pensamiento.

Me siento autorizado a arrostrarle, si esa fuera mi intención, semejantes antinomias a los propios hechos, para decirle a Kant, a los Kantianos y a los positivistas, que ya tampoco es posible una ciencia rigurosa de hechos.

Pero no es éste mi propósito. Lo único que me interesa mostrar es que con el argumento de las antinomias de Kant no se puede negar la metafísica de la esencia porque habría que negar también su modelo de ciencia: la ciencia de la experiencia mediata.

Las antinomias no señalan una tautología del pensamiento. Como no indican tampoco ahora una contradicción de los hechos.

Las antinomias del pensamiento y las contradicciones de los hechos resultan, porque todo conocimiento se hace con un solo instrumento: el

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

pensamiento, y un solo material: la intuición, a base de una rigurosa experiencia interna, no externa.

Como el yo construye el mundo con el pensamiento pero usando los materiales de la intuición, cuando estos materiales son perfectos, la obra es de estabilidad incommovible. Pero aquí surge el problema central del conocimiento. Si el ingeniero ha hecho bien los cálculos, ha pensado con justeza, que es lo que casi siempre ocurre, y los materiales suministrados son buenos, la obra será magnífica y resistente.

Pero ocurre que la intuición se divide en dos clases de materiales, por cierto, materiales que el filósofo no distingue siempre bien: la intuición sensible y la intuición no-sensible (pasada por alto por Kant). En la intuición no sensible el yo hace contacto directo con el objeto; en la intuición sensible el yo capta el objeto a través de las sensaciones, la intuición del tiempo y las categoriales previas que influyen siempre en todo determinado acto de intuición sensible.

Cuando el filósofo capta siempre intuiciones en lo no sensible aún en los casos en que se refiera a lo sensible, haciendo de ese modo caso omiso de la llamada experiencia, el filósofo no tendrá con-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tradiciones en su sistema. Pero si mezcla intuiciones no-sensibles con intuiciones sensibles, que es por desgracia el caso más corriente, yerra indefectiblemente. Aunque su máquina de razón sea perfecta y su talento luminoso, construirá un castillo maravilloso pero deleznable al primer soplo del viento.

Las antinomias son propias en una ciencia rigurosa porque ellas son debidas a categoriales de intuiciones sensibles que han permanecido en el lenguaje y en los conceptos, y las cuales van a provocar más tarde antítesis en el pensamiento. Estas antítesis no son debidas, pues, al pensamiento como creyó Kant, sino a las intuiciones sensibles erradas, que permanecen en los conceptos más comunes, sin que se les haya extirpado cuidadosamente.

Para crear la ciencia rigurosa, absoluta, no hay que apoyarse como cree Kant en la experiencia de lo sensible, ni como cree Husserl abandonarse sólo al método fenomenológico, en un intuir sin término de esencias.

Hay que despojar primero de intuiciones sensibles a la ciencia y después cuidarse de crear sólo a base de pensamiento y de rigurosa intuición no sensible.

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

La llamada experiencia de lo externo no tiene que ver nada con el problema del conocimiento.

La matemática, la física y la astronomía son ciencias viciadas de intuición sensible. La única ciencia exenta de intuición sensible es la metafísica. La única ciencia rigurosa. En las ciencias filosóficas ocurre otro tanto, las interminables discusiones de los filósofos son debidas a ese intuir inconsciente de objetos sensibles y no sensibles. Naturalmente esto ocurre en mayor grado en las ciencias particulares que en la filosofía. Cuando en una ciencia particular, el científico tiene un acierto es que ha intuido en lo no-sensible, aunque está de pleno girando en el mundo de lo sensible.

Veamos el efecto desastroso de la intuición sensible en las ciencias particulares.

Euclides mira que la tierra a todo su alrededor es plana y concibe a base de una intuición sensible, errónea, que la tierra es plana, y más aún, que el universo es plano e infinito: Crea la geometría viciada de error por una intuición sensible. Lo que ha de dar lugar veinte siglos después a la antinomia ya referida de las geometrías no-euclidianas y a la siguiente antinomia citada

METAFÍSICA CATEGORIAL

por Kant en su «Crítica de la razón pura», sobre el mundo:

Tesis: «el mundo tiene principio en el tiempo y límites en el espacio».

Antítesis: «el mundo no tiene principio en el tiempo ni límites en el espacio».

No cito aquí los argumentos de Kant en pro y en contra de tesis y antítesis, porque ellos están plagados de la misma mezcla de intuiciones sensibles y no-sensibles. No hay una intuición unívoca del tiempo, ni una intuición unívoca del espacio que se aplique como un molde a toda la realidad.

El pensamiento, los objetos lógicos y sus leyes pueden ser aplicados con la misma propiedad a intuiciones sensibles erradas como a intuiciones no sensibles ciertas, o a una mezcla de ambas. Es lo que sucede en las antinomias de Kant y en toda otra antinomia.

Los primeros hombres que levantaron la vista al cielo con interés de conocer, inclusive distinguidos filósofos, vieron las estrellas fijas y al sol girar alrededor de la tierra y a ésta la intuyeron inmóvil, y como ya la habían concebido (otra intuición sensible errada y su correspondiente categorial previa) como plana, pensaron

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

que las estrellas y el sol pasaban por agujeros hechos en la tierra. Nada más evidente que la monstruosidad de errores a que lleva al hombre la intuición sensible.

Las intuiciones no-sensibles ideales se aproximan a veces a la intuición sensible del objeto. Cuando ésto ocurre, no hay ningún conflicto de razón ni de intuición. Pero la mayoría de las veces la intuición sensible está muy alejada de la correspondiente intuición no sensible del mismo objeto, como ocurre corrientemente en lo físico y en lo astronómico.

En la misma época en que Tales de Mileto intuye la tierra en el centro del mundo, Platón la intuye en forma de cubo y sólo Pitágoras, entre los grandes filósofos griegos tiene una intuición no-sensible, al considerarla girando alrededor del sol. Pero el hombre de aquella época no pudo captar la intuición no-sensible de Pitágoras y se resistió a creerlo. Tolomeo y el mismo Aristóteles se resistieron a creer en esa intuición no sensible. Y la resistencia llega hasta Copérnico, quien intuye de nuevo la intuición no sensible de Pitágoras.

Lo ocurrido en la Física se ha visto por las antinomias ya enunciadas.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Mostrado ya que las ciencias particulares van camino de la metafísica y que el reproche de Kant resulta ahora inútil no sólo para el pensamiento sino también para los hechos, cabe preguntarse:

Es posible la metafísica como modelo de ciencia rigurosa?

Respondo: La metafísica es la única ciencia que puede construirse sólo con intuiciones no-sensibles. La metafísica es la única ciencia en que puede el hombre hacerse todas las preguntas y contestárselas. La metafísica es la única ciencia de forma categorial pura. En ninguna otra ciencia por perfecta que sea, por más grande que resulte su grado de acercamiento a la metafísica, el yo no puede responderse todos los tipos de preguntas. Sólo en la metafísica pura, puede el yo formularse todos los tipos de preguntas y contestárselas. Es pues, posible concebir la metafísica como único modelo de ciencia rigurosa.

Aquellas ciencias en que sólo podemos hacernos uno, dos ó tres de los tipos de las preguntas posibles, son ciencias en que se manifiesta un mayor o menor grado de perfección.

El grado de evolución del espíritu del hombre se nota por el número diverso de tipos de pre-

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

guntas que puede hacerse y se hace, por la ciencia que escoge y que vive.

El grado de evolución de una época, de una civilización o de una cultura depende también, del tipo de ciencia que esa civilización o esa cultura prefiera.

Así, Grecia prefirió, sintió y vivió la ciencia más perfecta: la metafísica. Por eso nos dejó una cultura inmortal. La Edad Media hizo suya también a la más perfecta de todas las ciencias.

Desgraciadamente en la época moderna el espíritu del hombre ha preferido y prefiere todavía, el tipo más inferior de ciencia: la llamada ciencia de experiencia externa o sensible, dirigiendo a la humanidad hacia el más grosero utilitarismo y pragmatismo en detrimento de los dones más altos del espíritu.

METAFISICA CATEGORIAL

Antes de entrar en los detalles de una metafísica especial: la metafísica del átomo, o del ente substancial de lo sensible, es conveniente aclarar otro error muy socorrido desde Kant: me refiero al concepto de experiencia.

La ontología considera a los objetos supra sensibles, objetos inexperimentables por principio e inferibles partiendo de lo experimentable por principio.

A los físicos y psíquicos, objetos experimentables por principio y a los objetos ideales y los valores, objetos inexperimentables por principio pero no inferibles partiendo de lo experimentable.

Esto es erróneo. Todos los objetos son experimentables por principio. Todos los objetos

METAFÍSICA CATEGORIAL

son experimentados por el YO en el alma, por medio de la única experiencia posible, la experiencia interna o no sensible. Los objetos externos sensibles, materiales, no son experimentados en sí, ellos no sufren experiencia.

Lo único que los diferencia, a los objetos físicos, de los psíquicos, los ideales, los metafísicos y los valores, es que son experimentados de un modo mediato por el yo, a través de una intuición sensible ó por medio de una intuición no sensible. Los demás son objetos experimentados de un modo inmediato.

Los objetos psíquicos son objetos experimentados de un modo inmediato en el alma. Son vividos.

Los objetos ideales y los valores son objetos experimentados de un modo inmediato por el yo al aprehenderlos en una intuición.

Los objetos metafísicos, no-sensibles, son objetos experimentados por el yo de un modo inmediato por medio de una intuición no-sensible.

Pero sólo el yo, en la conciencia o en el alma puede sufrir experiencia. La llamada experiencia externa no existe; ese es un giro de palabras sin sentido. Los objetos materiales sensibles no

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

pueden sufrir experiencia alguna. El yo y sólo el yo, sufre experiencias. Valga ésto para toda metafísica posible.

El conocimiento absoluto sólo es posible en una ciencia de generalidad absoluta como la metafísica y sólo en ella. Sólo sus objetos exigen y pueden dar un conocimiento absoluto.

En las ciencias particulares no se realiza ningún conocimiento. Sólo se tienen noticias de algo. En ellas no hay la imperiosa necesidad del «conocer» sino la simple noción del «tener noticia» para el «poder utilizar» y nada más.

El conocimiento sólo es directo en los objetos suprasensibles, no sensibles (relaciones, ideas y valores). De un pensamiento tengo la certeza absoluta de que lo tengo, de que lo poseo, de que lo he intuido, lo he experimentado en una intuición. Lo mismo puede decirse de un valor religioso, de un valor ético, estético de un objeto metafísico. Lo experimento, lo intuyo, lo siento, lo vivo. Hay un absoluto y directo contacto del alma con él. Es la verdadera «cosa en sí» de Kant que no está en los objetos que se experimentan de modo mediato sino en la intuición inmediata y pura de los objetos no-sensibles.

Para los objetos sensibles no hay un cono-

METAFÍSICA CATEGORIAL

cimiento sino una relación de conocimiento. Es esto lo único verdaderamente grande que nos legó Kant. Esto quiere decir por ejemplo que en el pensamiento «esta rosa es roja» lo que se expresa es: hay en ésto algo que vale para mí el ser roja. Que algo es tal y tal, es a lo que se reduce el objeto sensible del conocimiento.

Pero todo conocimiento no se inicia en la experiencia (en la experiencia de lo sensible) como pretendía Kant. Todo conocimiento se inicia en la experiencia interna (la única posible experiencia) y acaba en ella en un pensamiento. A la realidad sensible le imponemos nuestros pensamientos y nuestra metafísica.

Los materialistas encuentran en la ley de la causalidad física y en la relatividad el determinismo. Los espiritualistas hallan el indeterminismo en el quantum y en el principio de indeterminación de Heisenberg. Pero la física no sabe nada de determinismo, ni de indeterminismo. Somos nosotros los que le imponemos los dictados de nuestra metafísica.

El hombre sólo puede tener conocimiento de los objetos que son de la misma naturaleza óptica que su propio ser. Por eso sólo tiene conocimiento inmediato y directo, absoluto, de los

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

objetos metafísicos: la libertad, la inmortalidad, el alma, Dios.

Son objetos en que caben las tres formas de manifestarse lo no sensible: se piensan, se sienten y se viven.

Los objetos sensibles sólo pueden ser pensados, sólo pueden ser concebidos; sólo llegan a nuestro ser al través de las sensaciones y del pensamiento. Son objetos de la experiencia mediata, no objetos de la experiencia, como se ha creído hasta ahora erróneamente.

Esta metafísica me ha obligado a una breve revisión de la ontología. Los filósofos modernos casi en su totalidad, sienten un horror a la metafísica, horror provocado por las conocidas repulsas de Kant y de Comte. De ahí que se haya separado totalmente la ontología de la metafísica. No me opongo a la creación de la ontología como ciencia autónoma. Pero la ontología no puede negar, como no puede negarlo tampoco ninguna otra ciencia, su dependencia legítima de la metafísica. Aristóteles, uno de los más grandes metafísicos de la Grecia clásica mezclaba en sus investigaciones la ontología con la metafísica. Los positivistas señalan este hecho como una «tenebrosa nube» en el cielo metafísico de

METAFÍSICA CATEGORIAL

Aristóteles. Para mí es una evidencia de la prístina concepción de aquel espíritu esclarecido.

¿Acaso es posible dejar de hacer metafísica al distribuir por sus categorías más generales la totalidad de los objetos, y ligarlos en íntima conexión por sus estructuras ónticas? ¿Acaso es posible delimitar los objetos y encerrarlos en esferas definidas, con leyes propias y principios categóricos esenciales, sin hacer pura y estricta metafísica?

Para no construir la ontología por medio de la metafísica, se ha pretendido hacerlo por medio de la fenomenología. Los positivistas consideran a la fenomenología, el propio Husserl en primer término, como una ciencia exenta de supuestos, expurgada de toda metafísica. Pero la fenomenología tampoco ha podido, a pesar de su interés en ello, zafarse del yugo de la metafísica.

Para mí, tanto la Ontología como la Fenomenología, como todas las demás ciencias existentes y posibles, están fundadas en la metafísica. La demostración de esto requiere un ensayo aparte. Ya he tenido diversas ocasiones de referirme a ello.

¿Acaso no tenemos, para aceptar la pretendida ciencia absoluta de Husserl, que concebir el

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

supuesto de la posibilidad del intuir las esencias?

¿Acaso no está inmerso el fenomenólogo en la metafísica de Aristóteles, cuando concibe la intuición de los eide, del modo característico y especial como lo pretende Husserl? ¿Acaso no es la fenomenología en su esencia una posición entre los eternos problemas metafísicos de Platón y de Aristóteles, del modo de concebir, aprehender o intuir las esencias, las ideas?

Husserl, como positivista que es, se decide por la metafísica de Aristóteles. Pero la fenomenología puede concebirse también platónicamente. Y así es como la concibo y la practico: como un idealismo fenomenológico espiritualista.

Rechazada también la pretensión de la fenomenología como modelo de ciencia general, absoluta, después de haber mostrado que tampoco las ciencias modelo de Kant, la Matemática y la Física, tampoco pueden serlo, sólo me resta mostrar, que dado mi modo de concebir el universo, existe una quinta esfera de la realidad.

Los objetos físicos y los psíquicos no han debido ser encerrados en una misma esfera de la realidad, sencillamente, porque no están vincula-

METAFÍSICA CATEGORIAL

dos, como lo mostraremos, por una misma categoría óptica.

Los objetos sensibles, los objetos físicos, son objetos de experimentación mediata, mientras que los objetos psíquicos son objetos de experiencia inmediata.

Los objetos físicos no son objetos experimentables por principio, sino objetos experimentables por principio de un modo mediato, esto es, son percibidos por medio de la sensibilidad y concebidos por el pensamiento.

Los objetos psíquicos (representaciones, sentimientos, el pensar, voliciones) no son objetos experimentables por principio sino objetos experimentables por principio de un modo inmediato.

Lo psíquico puede ser sentido, vivido, aprehendido o intuitivo. Lo físico no puede ser sentido, ni vivido, ni intuitivo, sólo percibido. Los objetos psíquicos no son percibidos.

La ontología divide la esfera de los objetos reales en dos sub-esferas: la sub-esfera de los objetos físicos y la sub-esfera de los objetos psíquicos y considera las determinaciones más generales que hacen de ellos objetos de esta esfera 1o. el sér; 2o. la temporalidad; 3o. la realidad en sentido estricto o la corporeidad. Pero es

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

evidente que esas tres determinaciones generales no pertenecen a los dos tipos de objetos señalados. El sér y la temporalidad pertenecen a los objetos psíquicos y sólo a los objetos psíquicos, pues los objetos físicos no son temporales. Sólo los objetos psíquicos son temporales. Los objetos físicos nos parecen temporales, porque sufrimos la ilusión de verlos afectados de temporalidad. Precisamente, porque les arrogamos el tiempo que dura nuestra observación. Pero esta temporalidad sólo existe en nuestra conciencia. En esto si tiene razón Bergson, aunque en muchas otras cosas disentimos absolutamente, sobre todo en la negación que hace de la metafísica, la cual me propongo refutar más adelante.

El sér y la corporeidad pertenecen sólo a los objetos físicos. Los objetos psíquicos no son corporales.

Los objetos físicos y psíquicos no pueden, pues, ser reunidos en un mismo reino de objetos, porque ellos no tienen las mismas determinaciones generales, ni tienen tampoco determinaciones generales como no sea la determinación general del sér, que es una determinación general de todos los objetos.

Los objetos físicos y psíquicos pertenecen,

METAFÍSICA CATEGORIAL

pues, a dos mundos distintos de objetos y deben ser concebidos en dos esferas de realidad distintas.

Cabe una última refutación a la ontología. Es impropio denominar a una esfera de objetos: «esfera de los objetos que son reales». Y denominar más luego las restantes esferas de objetos: «esfera de los objetos que poseen supraser». «esfera de los objetos ideales» y «esfera de los valores».

Hay en todo esto, insinuándose levemente a la mirada sutil de todo investigador, un desconcepto. Según la ontología hay una esfera de objetos que posee la primacía de la realidad y ésta es la de los objetos sensibles.

Naturalmente eso es lo lógico y apropiado a la mirada del positivista y del empirista, de ojo miope para ver los objetos ideales, suprasensibles y los valores.

Toda esfera de objeto conocida o posible es real. No hay ningún tipo de objeto que deje de ser real. Lo ideal no es opuesto a lo real. Lo ideal es una forma o especie de realidad. El problema metafísico del realismo y el idealismo, no es como se cree comunmente, un problema de idealidad y realidad, sino un problema de la

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

trascendencia o la inmanencia del objeto a la conciencia.

Divido, pues, la realidad toda en cinco esferas: 1o. La esfera de los objetos reales sensibles. A esta esfera sólo pertenecen los objetos físicos, únicos objetos que pueden ser percibidos por medio de los sentidos y al través de aparatos. Objetos experimentados de un modo mediato.

2o. La esfera de los objetos reales inmanentes. A esta esfera pertenecen sólo los objetos psíquicos, objetos sensibles inmanentes. La sensación es un objeto psíquico, pero lo sensible no lo es. Estos son los únicos objetos temporales, sensaciones, representaciones, sentimientos, voliciones, el pensar. Estos objetos son experimentados de un modo inmediato.

3o. La esfera de los objetos reales trascendentes que poseen supra sér o supra sensibles.

Estos objetos poseen dos categorías típicas: 1o. son objetos experimentables de modo inmediato; 2o. son el fundamento esencial y universal de todos los objetos experimentables de modo mediato. Son el fundamento general de toda experiencia. Objetos de esta esfera son: la sustancia, el sér, la esencia, la «cosa en sí», la inmortalidad, la libertad, el alma, Dios.

METAFÍSICA CATEGORIAL

4o. La esfera de los objetos reales trascendentes (o ideales).

A esta esfera pertenecen los objetos matemáticos y las relaciones.

Son objetos experimentables de un modo inmediato no-sensible. Como todos los objetos tienen el sér y son trascendentes o ideales. Son intemporales, no varían en el tiempo. Su forma típica de ser es la idealidad.

5o. La esfera de los objetos reales valiosos.

Son objetos de los cuales no se puede sólo enunciar el sér. Para concebirlos hay que agregarle al sér la cualidad. Es indispensable decir de ellos que son verdaderos o son falsos, son bellos o son feos, son santos o profanos. Son objetos altamente valiosos para el hombre. Por eso se les ha llamado genéricamente valores. Porque para el hombre, y sólo para el hombre, valen.

Lo que es el sér sensible para los objetos sensibles, eso es el valor para los valores.

Son objetos experimentables no-sensibles. Son opuestos a la temporalidad. Si un valor vale, vale eternamente.

La esfera de los valores tiene cuatro sub-esfe-

METAFÍSICA: UNICO MODELO DE CIENCIA

ras: las sub-esferas de los valores lógicos, éticos, estéticos y religiosos.

Todos estos objetos valiosos sólo pueden ser intuitivos de un modo no sensible.

Para Kant la esfera fundamental de la realidad era la esfera de la realidad sensible. Todavía lo sigue siendo para filósofos, científicos y para la generalidad de los hombres. Para mí, la esfera fundamental de la realidad es la esfera de los objetos metafísicos y le sigue en orden la esfera de los valores.

La filosofía, la metafísica, es la ciencia de la interpretación más general de las realidades. Es una ciencia que sólo habla el lenguaje de las categorías. Ciencia de lo simple para interpretar lo simple. Por medio de la intuición Dios desciende en espíritu al alma del hombre, para comunicarle la luz de lo valioso. Por medio de la visión metafísica, por medio de la intuición categorial, desciende en pensamiento para infundirlo en la luz de las categorías y sus relaciones más genéricas.

Por medio de la intuición de los valores éticos, estéticos y religiosos, intuiciones simples despojadas de toda interpretación, el hombre perfecciona de modo inconsciente su espíritu.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Por conducto de la intuición del valor lógico, capta la simbología necesaria para interpretar las realidades y poder comunicarlas: conceptos y pensamientos y sus leyes generales: las categorías. Por medio de los valores sentimentales que hablan sólo al corazón (éticos, estéticos y religiosos) nos comunicamos directamente con la Divinidad. Por medio de los valores lógicos que se dirigen sólo a la mente, recibimos el material para llegar a la verdad y trasmitirla. Los primeros comunican el espíritu esencial de la cultura, el último, el espíritu formal de la cultura: las ciencias. La filosofía es una concepción del espíritu y no una concepción de la materia. Los valores privativamente culturales ya mencionados nos permiten la contemplación de lo absoluto, esto es, por ellos contemplamos a Dios en la conducta, a Dios en la belleza y a Dios en la perfección: en la santidad.

Mediante el valor cultural de menor grado (el pensamiento) contemplamos a Dios en su concepción de la verdad. Una intuición no es más que una instantánea y fugaz contemplación de Dios (o de uno de sus atributos).

La filosofía no puede ser una interpretación de un solo tipo de realidad, ni menos del tipo más grosero y limitado de realidad: la realidad

METAFÍSICA: ÚNICO MODELO DE CIENCIA

sensible. El hombre ha surgido para interpretarse a sí mismo y en sí a Dios. La filosofía es, pues, una concepción del espíritu y no una concepción de la materia. La concepción del universo sólo puede ser como un contrapolo de la concepción del espíritu.

METAFISICA DEL CONCEPTO

Según la mayor o menor simplicidad, según que las ciencias se construyan con conceptos más o menos simples, con categoriales más o menos generales, serán ciencias más o menos perfectas. De ahí que la más perfecta y la más simple de las ciencias sea la metafísica y le sigan en grado las demás ciencias filosóficas: Lógica, Teoría del Conocimiento, Psicología, Fenomenología, y de las particulares: matemáticas, física, química, biológicas y ciencias sociales.

Las ciencias no son simples ni complejas; simples o complejos son los grados de categoriales que usemos para interpretarlas. Pero el grado tipo de categoriales que empleemos depende de nuestra visión metafísica. La realidad puede ser interpretada por categoriales simples, por categoriales de categoriales o por categoriales de categoriales de categoriales. En las categoriales simples, el símbolo y la realidad se identifican.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Es el caso de la pura intuición, el único conocimiento absoluto. Desde que la intuición se expresa en un juicio, que es la relación de dos o más conceptos, de dos o más pensamientos simples, de dos o más intuiciones categoriales, el conocimiento se torna relativo y complejo. Mientras más se desciende en las realidades hasta llegar a la realidad objetiva sensible, más están envueltas unas categoriales en otras categoriales, y como el hombre no tiene presente las categoriales envolventes o de comprensión, se agrega a la confusión por las intuiciones sensibles erradas, la incomprensión por la no visión de la categorial más general o las categoriales más generales de la realidad de que se trate.

Por ejemplo, el hombre no ha podido comprender lo que es en sí el movimiento, realidad que encierra sólo por esto una categorial, a más de que puede estar comprendido en otras categoriales más generales. Lo está ciertamente comprendido en dos categoriales más generales aún, más simples: tiempo y espacio. En el juicio sintético: «dos cuerpos caen abandonados en el vacío», juicio más complejo, menos categorial, el hombre no ha hecho conocimiento, no sabe nada del profundo complejo de conocimiento que encierra el juicio. Sólo ha tenido una noticia. La referencia de un hecho. Y los hechos son el tipo de objeto menos categorial, o sea el que está regido por mayor número de categoriales. El conocimiento despojado en absoluto de intuición no sensible. El juicio sintético no

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

proporciona verdadero conocimiento. Es un juicio de relaciones de intuiciones sensibles, y en el cual no nos interesa sino intuir intuiciones de esa clase. Las intuiciones no sensibles que pueda a veces comprender no las advertimos. Así, no observamos tampoco las categoriales correspondientes a esos juicios.

Los juicios analíticos son juicios más simples, juicios más categoriales, de más comprensión ideológica. Son juicios genéricamente categoriales. En el juicio analítico: «El alma es inmortal», que es una relación simple de intuiciones no sensibles, hay un verdadero conocimiento. Aunque comunmente en esta época materialista no se cree en este conocimiento, es el tipo de conocimiento en que podemos tener más fe, en el que podemos fundamentar una creencia, por ser un juicio de evidencia absoluta.

En la metafísica todos los juicios son analíticos categoriales a priori.

En la matemática no hay juicios sintéticos a priori. El creer tal cosa ha dirigido a las matemáticas hacia la errada concepción del inductivismo del número y la geometría, tan extendido en las ciencias modernas y tan perjudicial para la recta concepción de los objetos ideales.

Las proposiciones matemáticas son también juicios analíticos, categoriales, a priori.

Esencialmente todos los juicios son analíticos, porque son categoriales. Todo juicio es la explicación de un sujeto por su predicado. En todos los juicios no es fácil verlo con absoluta

METAFÍSICA CATEGORIAL

evidencia como se ve en la metafísica y en la matemática, pero en todas las ciencias los juicios son analíticos de comprensión. La comprensión no es fácil verla en todos los juicios, porque ella es categorial. En esos casos se ha dicho que los juicios son sintéticos, esto es, que el predicado es extensivo, que añade algún conocimiento al sujeto. Ningún juicio es extensivo sino comprensivo. Si no fuese porque todos los conceptos son analíticos, categoriales, comprensivos, los unos de los otros, no podría tener lugar el juicio, y si éste no lo fuese también, no podría serlo tampoco el raciocinio. En el silogismo, la conclusión y la premisa menor están comprendidas en la premisa mayor. En este ejemplo de silogismo, contenido con los llamados juicios sintéticos, se puede ver claramente lo que acabo de afirmar:

Los metales son fusibles,
El hierro es metal,
Luego el hierro es fusible.

Aquí, los juicios «el hierro es metal» y «el hierro es fusible» están categorialmente comprendidos en el juicio «Los metales son fusibles». Es que los conceptos «hierro» y «fusible» están comprendidos también en el concepto «metal». Los conceptos no pueden ser añadidos a los conceptos, lo mismo que una realidad o un objeto no pueden ser añadidos a otra realidad o a otro objeto. El juicio sintético es sencillamente absurdo, tan absurdo como lo es añadir conocimiento a una realidad por medio de otra distinta.

Si parece añadirlo es porque esa aparente rea-

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

lidad o ese concepto están comprendidos en otros y necesitamos un gran análisis para verlo, como pasa con los juicios sobre la realidad sensible. No se puede enunciar este juicio: «La madera es concreto», que sería el verdadero juicio sintético, porque el concepto «concreto» no está categorialmente comprendido en el concepto «madera». Pero sí: «La madera es blanda», juicio analítico, porque el concepto «blanda» está categorialmente comprendido en el concepto «madera».

Analicemos los dos ejemplos de juicios analíticos y sintéticos citados por Kant en su "Crítica de la razón pura": «Todos los cuerpos son extensos». Kant consideraba este juicio como analítico, y lo es. El filósofo alemán considera el concepto predicado «extensión» comprendido en el concepto sujeto «cuerpo». Para él es éste un juicio analítico. Para mí es también un juicio analítico, categorial. La categorial «extensión» está comprendida en la categorial «cuerpo». Lo que no me explico es con qué lógica ve Kant que el juicio «Todos los cuerpos son pesados» es sintético. ¿Acaso no está comprendido el concepto «peso» en el concepto «cuerpo»? Es que todo concepto es categorial. Todo concepto está comprendido en otro concepto, en 1º. ó 2º. ó 3º. etc. orden categorial. En estos dos juicios, el orden categorial no es el mismo, es evidente, pero es incontrastable que ambos son categoriales (y analíticos).

¿Acaso es posible concebir la idea de cuerpo

METAFÍSICA CATEGORIAL

sin la idea de peso? No lo es posible ni en lo lógico, ni en lo categorial, ni en la realidad.

Todas las realidades son categoriales: están comprendidas en categoriales.

La realidad suprasensible comprende categorialmente a las realidades no sensibles y sensibles. Las realidades no sensibles comprenden categorialmente a la sensible.

El juicio matemático $7 + 8 = 15$, es también analítico y no sintético a priori como pretende Kant. La suma $7 + 8$ está categorialmente comprendida en 15. Es un juicio ideal de identidad igual al citado «todos los cuerpos son extensos»; es que el principio más categorial de la realidad es el principio de identidad que se cumple en la estructura de todo juicio. En todo juicio hay una relación de identidad entre el concepto predicado y el concepto sujeto.

La categorial ideológica 7 y la categorial ideal 8 están comprendidas en la categorial ideal 15.

El número 15 es igual a la suma $7 + 8$, porque 15 contiene idealmente a $7 + 8$. El hombre se ayuda por medio de la intuición sensible para concebir el número; pero el número grabado en el papel, o en la pizarra, no son el objeto ideal intuido de un modo no sensible. La matemática, el número, es un objeto ideal, categorial, y no puede intuirse de un modo sensible como pretendió Kant. Yo no llego al objeto ideal 15 después de agregar 7 a 8; 7 y 8 están contenidos en 15 de un modo categorial, eterno. Eso no

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

obsta que para evitar el trabajo ideal, lógico, categorial, usemos números escritos y hasta objetos sensibles para realizar sumas y operaciones matemáticas. Para una mente de visión categorial muy amplia estos recursos objetivos son innecesarios.

Los juicios analíticos abarcan todos nuestros conocimientos, porque todo juicio comprende siempre a otro juicio o juicios, como todo concepto comprende a otro o a otros conceptos.

Así, de categorial en categorial se llega a la suprema categorial de lo absoluto, que comprende a todos los demás conceptos categoriales.

Una metafísica personal es una forma categorial de máximo grado, aprehendida como intuición no sensible y fundamentada como una ciencia, como una fe que desarrollamos en contenidos de pensamientos pensados. Estos contenidos de pensamientos pensados pasan a comprender y como a envolver en formas categoriales a las demás ciencias, disminuyendo en ellas de forma categorial, de simplicidad, al pasar de unas ciencias menos objetivas a otras más objetivas. Al mismo tiempo el conocimiento se va haciendo más complejo cuando disminuye la forma categorial y aumenta la dependencia a éstas en el conocimiento de las situaciones objetivas reales sensibles.

Mientras mayor es el número de categoriales ignoradas en un juicio, esto es, mayor el número de intuiciones no expresadas en dicho juicio, más relativo, impuro e incierto es el conocimiento.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Hoy se han hecho las matemáticas y la física en su forma más elevada, no en su estado ordinario de ciencias utilitaristas, ciencias de simplicidad categorial metafísica.

La química y la Biología tienden rápidamente a formas categoriales más puras, tienden hacia la metafísica. La ecuación funcional de Donnan, que interpreta holísticamente la vida, ha liberado de una dependencia categorial a la vida, y ha elevado un grado más a la Biología en su ascenso a la metafísica.

Hay una dirección de categoriales inferiores, por medio de la cual todo asciende hacia la suprema categorial de lo absoluto: Dios. Las categoriales que siguen en orden jerárquico son: la libertad, la inmortalidad, el ser, la substancia, y le siguen: el principio de identidad, el principio de contradicción, el del tercero excluso, el de razón suficiente.

Como todos los grados de categoriales superiores comprenden a la realidad sensible, se puede construir sobre la realidad sensible toda metafísica. Tantas metafísicas como categoriales superiores comprenden o envuelven a la realidad sensible.

De aquí las poli-organizaciones en que se puede concebir la realidad sensible.

La psicología es una realidad de un grado categorial mayor que el de la física. La física es una ciencia de experiencia mediata y la psicología es una ciencia de experiencia inmediata. La física es así un co-relato categorial de la psico-

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

logía. Hay que investigar la física desde este punto de vista, para resolver muchos problemas aún insolubles e inexplicables. La categorial general de la Física, la causalidad y todas sus demás intuiciones categoriales, son formas categoriales superiores de lo psíquico. Pero no existe el llamado paralelismo psicofísico. No puede haber paralelismo entre dos realidades distintas. Categorialmente, formalmente, metafísicamente, las realidades están comprendidas sucesivamente en otras de grados categoriales superiores. En el lenguaje matemático se diría: son funciones de funciones y no funciones complejas.

A cada tipo de preguntas posibles corresponde una forma categorial.

Las preguntas que inquietan el «hacia» y responden al sentido, la finalidad o a los ideales, son categoriales que comprenden a las demás preguntas de menor grado categorial.

Las preguntas que responden al «por qué» comprenden categorialmente a las preguntas del «qué», del «cuál» y del «cómo».

En las preguntas del «por qué» hay categoriales dependientes. Por ejemplo, la pregunta ¿Por qué existe el mundo? es una categorial superior a la pregunta: por qué es esto?, que es una categorial inferior respecto de la primera. Porque este «esto» determinado, es, sólo porque existe el mundo. Así también la pregunta: Por qué sucede esto? es una categorial inferior con respecto a las otras dos que son categoriales superiores, de 1.º y 2.º. grados con respecto a ella.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Estos mismos grados categoriales podemos imponerlos a las realidades.

El juicio sintético en el sentido kantiano es un absurdo. Un predicado no puede agregar conocimiento a un sujeto. Todo predicado lo que hace es desenvolver las formas categoriales en que está el «concepto predicado» contenido en el «concepto sujeto».

Los filósofos modernos post-kantianos de cualquiera posición filosófica que sean, se esfuerzan por no crear sistemas, por no concebir ninguna metafísica, oculto resabio de su positivismo general. Creo que como quiera que sea el modo que trabajemos en filosofía, esporádica, superficial, escéptica o sistemáticamente, siempre construiremos nuestra metafísica. Y aunque no nos pongamos a construirla, la construiremos, si es que en verdad hemos tomado alguna posición filosófica frente al mundo y la vida.

Es que la filosofía, por esencia, es privativamente dogmática. Ya en otro ensayo he mostrado cómo la filosofía es una ciencia de la creencia. Filosofar es desarrollar una intuición no sensible en contenidos de pensamientos pensados. Cuando esta intuición es de grado categorial superior, hemos intuido nuestra metafísica propia. Y ese pensamiento intuido abarcará categorialmente a todo nuestro futuro discurrir.

La metafísica general no puede de ningún modo ser metafísica escéptica. La metafísica sólo puede ser dogmática. La metafísica general

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

no puede ser una metafísica biológica, ni una metafísica psíquica, interpretadora de una sola realidad por medio del tiempo, como pretendió Bergson. Esta puede ser y es una metafísica especial, real o ilusoria de lo biológico, o lo psíquico, pero no puede tener la pretensión de metafísica general. Una metafísica como la bergsoniana, que niega el concepto y no le da lugar funcional en la totalidad de las realidades, sino que pretende como pragmatista y positivista expulsarlo del mundo de las realidades, no es un sistema metafísico general, sino una metafísica especial restringida.

La metafísica, como todas las ciencias, tiende a la máxima realidad categorial, pero sólo porque sus símbolos son ya casi idénticos a las últimas realidades. Las categoriales superiores de lo metafísico forman ya casi una identidad con lo absoluto, aunque todavía permanecen envueltas por la última categorial suprema de lo indeterminado.

En verdad todas las demás ciencias de menor grado categorial, son ciencias de símbolos, ciencias de análisis, ciencias relativas, ciencias de conceptos, ciencias de formas interpretadoras de contenido. Pero porque lo sean así, no nos autoriza ello a negar la realidad simbólica del pensamiento. Ello precisamente prueba que esas formas, esos símbolos o esas categoriales envueltas son las únicas que nos permiten concebir las realidades, mientras no hayamos intuitido la última, la suprema categorial, la forma que ya

METAFÍSICA CATEGORIAL

es forma y contenido al mismo tiempo, la suprema forma de las formas, que es Dios.

El mismo Bergson, negador del símbolo por huir de él, lo que hace es sustituir un símbolo general por el símbolo especial y particular de la duración psíquica y biológica. Y con ello pretende pragmáticamente haber negado o reducido a segundo plano el pensamiento. Esto es sólo una ilusión obtenida por los que pretenden actuar primero y pensar después, o lo que es peor aún: actuar y actuar y sólo actuar. Pero actuando sólo no se puede concebir metafísica alguna. Sencillamente, para el pragmatista absoluto es imposible la metafísica. Niega el pensamiento y pretende interpretar el sistema total de todo lo dado. Nada más antilógico que esto, ni más inconcebible.

Es cierto que yo no puedo vivir una ciudad sin experimentar las vivencias que me provocan el agotar mi tiempo en ella. Pero no puedo tener una visión general, una noción de conjunto y hasta de detalles que pueda ser transmitida, sin el intuir y el experimentar los pensamientos. Para mí el único espécimen perfecto de pragmatista es el animal irracional. Ese, entre todos los animales, es el único, a quien no se le exige sino, vivir, vivir y vivir. Agotar en una continuidad sin término su duración.

No tiene necesidad de pensar ni de comunicar sus pensamientos.

Es imposible que un pragmatista pueda penetrar con su conciencia el objeto sensible, vivir

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

la realidad interior del objeto sensible material, pongamos por caso penetrar en una arboleda para vivir su esencia. La intuición de Bergson es sencillamente absurda e irrealizable. Es una intuición material, biológica. Un como vivir la entelequia de los objetos, aunque él en ningún momento se expresó de este modo en su maravilloso modo poético de expresarse.

Ni aún la intuición de otro más grande positivista, Husserl, es la verdadera intuición. Husserl, en verdad, se acerca más a la realidad de lo intuicional. Su intuición es no sensible, pero algo semejante también a la bergsoniana, porque concibe el girar, el dar vueltas alrededor del objeto, para intuir también en su interior, la esencia.

No me refiero a la intuición emocional de Max-Scheller, ni a la intuición de valor, porque éstas no son verdaderas intuiciones. La intuición es el acto puro de aprehender el objeto. Según el tipo de objeto que se capte, tendríamos un nuevo adjetivo para la intuición: sensible, no sensible o ideal, emocional, psíquica, de valor, metafísica, religiosa etc. En todos estos casos hay una sola intuición: la intuición no sensible. La llamada intuición sensible, es sencillamente la intuición perturbada por lo sensible.

Mi intuición es totalmente diferente a la bergsoniana y algo diferente a la husserliana. Mi intuición es intuición no-sensible, pura, categorial, para intuir tanto lo no-sensible como lo sensible por lo no-sensible, por las categoriales. Un objeto sensible, material, no se puede apre-

METAFÍSICA CATEGORIAL

hender, intuir ni en su fenómeno, que es puro miraje, ni en su esencia substancial que no está dentro de los fenómenos sino en la pura forma categorial no-sensible del supra sér.

* * *

Por medio de los valores, Dios desciende hasta el hombre e infunde en él la concepción del Yo o la concepción del universo, esto es, le imprime una metafísica determinada.

Kant concebía la religión en los límites de la pura razón y no pudo por ello sentir la excelsa fruición de intuir el valor religioso. Por eso ha sido el peor enemigo de los más elevados valores humanos. Por eso ha fracasado en cada una de las concepciones que tuvo de los más altos valores: en lo metafísico, en lo lógico, en lo ético, en lo estético y en lo religioso, porque transmutó sin darse cuenta el orden jerárquico de los valores.

Desde Kant la filosofía y la humanidad en general han dado la espalda a los más altos valores humanos. Han puesto, aconsejados por el filósofo de Königsberg, la esfera de la realidad sensible por encima de las demás esferas de los objetos no-sensibles.

El supremo interés de la humanidad está dirigido hacia los objetos empíricos, hacia los hechos y los valores inferiores de lo económico.

Es necesario dirigir de nuevo al hombre: hacia lo metafísico, hacia la ciencia absoluta, hacia

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

sagrados y más altos valores humanos, dirigidos por el sentido de la Divinidad.

Para ello y sólo para ello, he rebatido a Kant su metafísica negativa y para crear una nueva metafísica espiritualista y categorial, que ha de dirigir al hombre hacia los cauces divinos de la perfección y de la salvación.

El hombre de hoy concibe como ciencia sólo aquel conglomerado de objetos regidos por leyes particulares y ordenado con fines utilitaristas. Es triste pensar que el hombre poskantiano lo ha llenado de fatuidad y de orgullo cosa tan pequeña y tan ínfima de sentido.

Es necesario que nos percatemos de que en las ciencias particulares no hacemos verdadero conocimiento. En ellas sólo nos ejercitamos en el manejar de relaciones cuantitativas con vista a necesidades materiales. Pero el hombre es un ser dual, hecho de materia y espíritu. La materia, lo deleznable, lo pasajero, no necesita de tan esmerado cuidado. El espíritu, lo eterno en nosotros, lo inmutable, lo divino, exige ya del hombre moderno una atención más viva y constante, en todos los actos de la vida.

No olvidemos que sólo la metafísica da conocimiento absoluto, cualitativo: es decir sabiduría. Exaltemos el conocimiento cualitativo, el conocimiento de cultura, la divina ignorancia, porque en ella y sólo en ella está el germen de toda sabiduría. Oh! ciencia cuantitativa, racionalista y pretenciosa, reconoce tu propia ignorancia, como reconocemos nosotros la nuestra,

METAFÍSICA CATEGORIAL

y vuelve tus impulsos hacia todo lo verdaderamente valioso para el hombre. No olvides que Jesús escogió sus discípulos entre los tipos de hombres más ignorantes, porque en ellos, el alma, despojada de todo lastre científico podía más fácilmente intuir el valor religioso, en ellos podía descender más plenamente Dios.

Para salvar al mundo de esta catástrofe espiritual, hay que dirigir a la juventud con todas las potencias espirituales de que somos capaces, hacia la intuición integral de los valores culturales humanos, en el perfecto orden jerárquico que lo intuyeron Platón y el divino Señor de Galilea.

El hombre actual ha sido desorbitado por las metafísicas kantiana y comtiana. El hombre se ha salido de sí, sólo mira hacia lo objetivo, hacia el mundo de lo sensible, hacia las cosas. Hay que volverlo de nuevo a su centro. Hay que integrarlo de nuevo armoniosamente en materia y espíritu. Hay que obligarlo a mirar hacia adentro, a contemplarse a sí mismo, a vivir su propio mundo: su mundo interior de objetos no sensibles y valores.

Pero eso sólo es posible conseguirlo por medio de una exaltación de la cultura en general: por medio de la transmisión y difusión de los valores lógicos, éticos, estéticos y religiosos intuitivos, en la más estricta escala espiritual.

Hay que hacer renacer de nuevo a la metafísica en el espíritu del hombre, después de este sueño largo y desastroso en que la sumió el genio malhadado de Kant.

METAFÍSICA DEL CONCEPTO

Hay que volver a llevar la metafísica a la escuela. Hay que infundir de sentido filosófico y religioso a la educación. Hay que darle la espalda al pragmatismo, la última y más perniciosa consecuencia de la filosofía de Kant.

Hay que crear en el mundo la educación de los valores y para la exaltación de los valores humanos. La única educación posible. Los objetos no se educan, ni se educan las máquinas, ni se educan las manos.

Sólo se educa el espíritu, y hacia el espíritu y sólo hacia el espíritu debemos dirigirnos.

Si con este ensayo logro de nuevo la fundamentación de la metafísica, me sentiré haber pagado a Dios con un humilde tributo el lugar que ocupo sólo por benevolencia suya en este mundo.

METAFISICA CATEGORIAL Y METAFISICA DE LO MOVIL

Después de haber refutado la negación que hacen Kant y los positivistas de la metafísica, y haber fundamentado una metafísica categorial. Después de haber mostrado la posibilidad de la metafísica en general, parece propio que intente bosquejar la metafísica especial del átomo. Pero antes de hacerlo, creo indispensable, refutar más detenidamente como lo he hecho ya, la metafísica pragmática de Bergson.

El error más general de empiristas, realistas-críticos, positivistas y pragmatistas, ha consistido en pretender interpretar filosóficamente el conjunto de las realidades, desde un tipo de realidad, el más inferior tipo de realidad: la realidad sensible. Se ha sometido toda realidad y toda posibilidad, al esquema variable y pasajero de

METAFÍSICA CATEGORIAL

lo sensible. De ahí el fracaso rápido y rotundo de la mayoría de los esquemas conceptuales de la realidad de los filósofos del siglo XIX. De ahí surgen «el interés por las cosas»; «el esperar todo de los objetos sensibles»; «el someter al mecanismo toda la realidad» etc., y las demás derivaciones de estas ideas alógicas. Bergson es, antes que Heidegger, quien pretende someter todas las realidades a la variable realidad del tiempo, y lo que es más desorientado aún, concibe una intuición que podríamos llamar material, por medio de la cual se intenta que el yo o el sujeto penetre en la realidad sensible del objeto. Es ésta una deplorable concepción realista natural, más infantil que la comunmente conocida, pues, mientras el realista natural pre-kantiano creía dogmáticamente en el contacto directo del yo con el objeto, siquiera tuvo la sagacidad de no decir como esto sucedía (salvo raras excepciones). Pero Bergson tiene la osadía de pretender que el hombre penetre en las cosas. Desde Kant, el hombre es dirigido con más intensidad hacia las cosas, y todo se ha pensado para acomodarlo a las cosas. Leyendo a Kant y a sus interpretadores, y continuadores de la dirección empírica, se tiene la impresión de que lo único que existe es la realidad sensible.

No sucede lo mismo cuando se encaran las otras dos direcciones surgidas de la filosofía kantiana: la idealista de la escuela de Marburgo y la de Baden. Los filósofos de Marburgo son privativamente racionalistas, puesto que derivan

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

de las formas todo contenido y no consideran nada alógico. Los de Baden se aproximan algo al realismo, pues consideran que el conocimiento no crea por sí mismo sus objetos, sino que los reconoce como exigidos objetivamente.

La realidad no puede interpretarse unilateralmente. Cuando esto se hace, se hace otra cosa, pero no filosofía. No se puede concebir el sistema general de las realidades, desde el punto de vista de ninguna de las realidades, ni menos debe hacerse partiendo de la realidad sensible, la menos estable y real de las realidades.

Es que la realidad sensible no es un sér en determinación absoluta, sino un instante del proceso del sér hacia lo posible.

La conciencia del hombre no es unitaria. En el alma penetra la luz de toda categoría de objeto. El hombre no ha sido hecho sólo para intuir lo móvil, suponiendo que lo móvil exista, sino también para intuir lo inmóvil, lo atemporal, lo eterno, lo categorial, lo invariable.

Si no fuese así el hombre sólo sentiría y viviría; estaría reducido sólo a sensaciones, sentimientos y pasiones. Sería un simple conglomerado de células vivientes: un puro animal irracional.

Pero el hombre ha sido constituido de una naturaleza dual, psíquica y categorial. El hombre es un animal que siente y piensa, que intuye e infiere. El hombre no es sólo un sér psicológico, sino también un sér lógico, categorial, un sér pensante. Y antes que psicológico es un sér ló-

METAFÍSICA CATEGORIAL

gico. Un hombre es un complejo de totalidad categorial, un alma, que intuye toda categoría de objetos. Pretender que el hombre sólo intuya lo psíquico, lo temporal, y reducir todas sus vivencias a lo temporal, es, además de un intento de rebajar la naturaleza superior del hombre, una torcida, limitada y tendenciosa concepción de la personalidad.

El hombre intuye, 1ro. vivencias psíquicas, 2do. intuye valores; 3ro. intuye ideas y relaciones; objetos lógicos, categoriales.

En el primer caso intuye procesos, movilidades, objetos temporales, contenidos. En el segundo intuye categorías, objetos eternos, intemporales, formas. La intuición actúa tanto en la inmovilidad como en la movilidad. Y el análisis opera lo mismo en lo móvil que en lo inmóvil. Lo lógico no está hecho sólo para interpretar lo material, lo sólido, sino para interpretar todo objeto, lo psíquico, y lo no-psíquico, lo material, los valores. Somos nosotros los que no hemos intuído lo que es la vida y por eso no encontramos la forma lógica propia para expresar lo que la vida es. Los biólogos y pragmatistas han suspirado mucho por esa lógica especial para captar lo orgánico, lo móvil y lo biológico. No puedo explicarme con qué lógica ha podido anhelarse y esperarse esa lógica. ¿Es qué acaso para esos filósofos los objetos lógicos deben variar de esencia para cada realidad que expresan? ¿Es qué para los pragmatistas, los conceptos, los últimos elementos de esa extraña

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

lógica, han de ser no significaciones, eide, sino que habrán de adquirir o ser en sí la esencia misma de «la temporalidad», «la vitalidad», «la organicidad», «la movilidad», «la variabilidad», etc., para que podamos concebir la vida?

Conceptos, eide, pensamientos, esencias, no pueden ser jamás contenidos, ni confundirse o identificarse con contenidos, con realidades. Es meramente un sin sentido pensar esto. Ni aún cuando el concepto o el eidos señalen un contenido lógico esta identidad es posible entre la forma y el contenido. Los pragmatistas ignoran que el conocimiento es por esencia necesariamente formal, que no se pueden expresar contenidos, realidades, con contenidos o realidades. Es como si se pretendiese expresar la naturaleza del agua mediante la constitución del oxígeno y del hidrógeno. Como si para conocer los organismos, los eide y los pensamientos debiesen estar estructurados de «cromosomas x», de «núcleos», de «protoplasmas» y de «células».

Para conocer los organismos se usan los «cromosomas x», «núcleos», «protoplasmas» y «células», pero no como contenidos, como entes en sí reales (aunque el biólogo lo crea así) sino en suposición formal lógica; son meras categoriales que señalan hacia realidades que buscamos.

Cuando he dicho en otro lugar que una categorial pura se identifica con el contenido, esta identidad no es de ningún modo identidad de forma y contenido, como si dijésemos que el concepto «ave» se ha convertido en las plumas,

METAFÍSICA CATEGORIAL

las alas, el vuelo, el canto, etc., de una paloma. No. Esa identidad sólo afirma que una categorial pura es un concepto o un eidos que señala estrictamente al contenido a que se refiere, y que el objeto no es ni más pobre ni más rico en notas objetivas que lo que la categorial expresa, ni ésta tampoco se desvía del objeto aludido, ni expresa un contenido distinto del que señala.

Cabe en lo posible que la Filosofía llegue a intuir una nueva lógica, pero si eso ocurriera no será, sin duda, como esa lógica antilógica que anhela el pragmatismo. Necesariamente habrá de ser una lógica que tenga por lo menos un rasgo común y esencial con la de Aristóteles: tendrá que ser una lógica de las formas, so pena de dejar de ser lógica. Tendrá que ser una lógica que en sus formas a-priori sea capaz de abarcar todo tipo de objeto y toda esfera de realidad, pero no una lógica especial, construída sólo para expresar el ente de lo biológico y de lo móvil.

Estos problemas no se resuelven sino a la base óptica del intuir. Pero no sólo del intuir unilateral, psíquico, de lo temporal sino del intuir en todas sus formas, porque el yo no intuye una sola clase de objetos, sino todos los tipos de objetos. Y no intuye unos más que otros en preferencia afectiva. No existe un alma que exclusivamente intuya unos determinados tipos de objetos y deje completamente de intuir los otros. Pueden existir hombres que intuyan más unos objetos que otros; hombres universales, de amplia personalidad que los intuyan igualmente

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

todos; pero no hombres que exclusivamente intuyan unos y no intuyan en absoluto otros.

El tipo del artista o del poeta, intuye en alto grado valores estéticos, vivencias psíquicas de lo bello; pero no por eso deja de intuir también, aunque en menor grado, otros objetos.

El tipo religioso, intuye primordialmente valores religiosos de lo santo, pero no deja por ello de intuir también otros tipos de objetos.

El tipo moralista acentúa su intuir en los valores de lo bueno más que en otros tipos de objetos. Esto no quiere decir que sólo intuya los valores éticos y que le esté vedado intuir otros objetos. Esto sólo significa que en esta esfera de objetos cae con más preferencia su intuir. El tipo científico intuye especialmente relaciones y objetos ideales, aunque no deja tampoco nunca de intuir otros objetos.

El tipo del filósofo intuye preferentemente valores lógicos, valores de lo verdadero y de lo falso. No le está vedado tampoco intuir otros objetos. Muy al contrario, la característica esencial y preponderante del filósofo es intuir toda categoría de objetos. Es un hombre que está frente a todas las esferas de las realidades, que intuye su problema general de conjunto y sus problemas particulares.

Con puras vivencias psíquicas de lo valioso se intuyen valores religiosos, éticos, estéticos y lógicos. Con esto, sólo los intuimos, los vivimos interiormente. Pero es necesario que a los valores lógicos los envuelvan en formas determina-

METAFÍSICA CATEGORIAL

das, las categoriales formales del pensamiento, para que esos objetos puedan ser incluidos en una doctrina general de la ciencia, del conocimiento y de la filosofía. Nada haríamos con intuir, intuir e intuir contenidos, vivencias psíquicas y eidéticas, si no tenemos categorías que las ordenen y reúnan en una teoría general y universal de lo intuido, que nos permita en análisis y en síntesis tener una visión general de lo dado.

Las vivencias psíquicas y los valores lógicos se intuyen en una mezcla *sui generis*, de la cual no tenemos ni podemos tener un plan preconcebido. Es la concepción del Universo, Dios, quien dirige en nosotros ese variado y complejo intuir de objetos. El hombre no puede a su antojo hacerse más psicológico, como pretendió en vano la filosofía de fines del siglo XIX, y menos hacerse eidético, con la pretensión infundada de poder interpretar o concebir mejor la vida. En la concepción de lo sólido, de la materia, como en la concepción de la vida, se ha fracasado y se fracasará siempre que se mezclen, como he mostrado ya, intuiciones sensibles con no-sensibles.

¿Acaso conocemos más lo que es la masa, lo que es la gravedad, lo que es un metal, lo que es la energía, que lo que es la vida?

Conocemos tanto de un objeto como del otro. Erramos continuamente en la concepción de ambos. Y no ocurre así porque la lógica sea un instrumento exclusivo de interpretar lo inerte, y la intuición sensible un aparato unívoco para

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

captar la esencia de la vida. Ningún objeto se concibe sólo con el pensamiento, ni sólo con la intuición.

Todo objeto sólo se concibe por medio de intuición y pensamiento. Por medio de la intuición no-sensible, captamos el contenido y por medio del pensamiento, la forma, la categoría lógica de ese contenido: su grado de realidad metafísica.

Lo puro y verdaderamente psíquico, las vivencias psicológicas, son categorialmente de un grado superior respecto de lo físico; por ello lo psíquico se intuye y se vive de un modo inmediato y directo por el yo, mientras que lo físico, lo biológico y la vida son de un grado inferior, están arropados por un número mayor de formas categoriales.

Pero con la intuición sensible no se intuyen ninguna de las dos categorías de objetos. Con la intuición no sensible y el pensamiento sí pueden ser intuídos plenamente, sobre todo si se tiene especial cuidado para que no se mezcle ninguna intuición sensible.

No hay ninguna intuición, aun aceptando la absurda intuición pragmatista del instinto, de lo biológico, de lo psíquico en su capa más inferior, que no tenga que ser iluminada por la luz de las categorías de lo lógico.

La intuición sensible y biológica de Bergson, desligada totalmente del pensamiento, da la impresión del que tiene la necesidad de penetrar en una casa, pero al lograrlo, se encuentra con su

METAFÍSICA CATEGORIAL

interior en tinieblas y ha olvidado la luz indispensable para iluminar los objetos (el pensamiento). Y cuando se le pregunta por lo que ha intuído, está obligado a responder, sólo he intuído, he sentido, he vivido el interior del objeto, pero me falta el pensamiento para expresar y transmitir lo intuído.

El pensamiento, la especulación, no es, pues, un lujo, sino una necesidad tan imperiosa y necesaria como la acción, como la intuición. Ni la intuición ni la acción tienen objeto cuando no están dirigidas por el pensamiento: por las categorías conceptuales.

El problema tiene otro aspecto, y es decir, si el contenido surge con su forma, o andan separados. Para dilucidarlo hay que hacer una investigación detenida de la conciencia.

Es evidente, después de las famosas investigaciones fenomenológicas de Husserl, que el yo intuye vivencias psíquicas y vivencias eidéticas o mentales.

La ontología separa y divide en compartimientos a la realidad, pero el medio como conocemos a las realidades es unitario. La realidad sólo está dividida en tres supremas categorías de objetos: objetos sensibles, objetos no sensibles y objetos suprasensibles. Los objetos suprasensibles en una categoría superior, comprenden categorialmente a los no sensibles y estos a su vez, a los sensibles. Lo suprasensible no se infiere, pues, de lo sensible, sino que lo suprasensible pasa, al través de la categoría de lo no sensible,

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

a dar forma a lo sensible. Lo suprasensible y lo no sensible son intuídos de un modo directo por el yo. Los únicos objetos de que tenemos conciencia directa es de los objetos suprasensibles y de los no sensibles. Estos objetos son experimentados de un modo inmediato; los objetos sensibles de modo mediato. En estos últimos, el pensamiento está desligado del objeto, la forma del contenido. Y en los primeros la categorial y el contenido, la vivencia eidética y la intuición no sensible, la vivencia psíquica, son inseparables, o por lo menos concomitantes o necesariamente sucesivas con una sucesividad instantánea.

No hay más que tres categorías de objetos intuibles: objetos suprasensibles, no sensibles y valores. Los objetos sensibles no son intuibles, como han creído Kant, Husserl y Bergson. Los objetos sensibles sólo son percibidos. Percibir un objeto, por ejemplo, la Luna, quiere decir que cuando vemos la luna se produce un proceso que atraviesa el espacio, llega hasta nuestro ojo, aquí se transforma, pasa al nervio óptico y al cerebro, se transforma de nuevo y por fin llega a la conciencia, donde se produce un suceso que llamamos «ver la luna».

Nuestro conocimiento de un objeto exterior, la luna, es por tanto deductivo. En último término, el proceso deductivo de la percepción culmina con una intuición, no ya sobre el objeto externo, espacial y sensible, sino sobre la sensación, la representación etc., objetos no sensibles psíquicos, y un pensamiento juicio que da unidad

METAFÍSICA CATEGORIAL

conceptual a lo intuído y lo expresa. La percepción está siempre, además, acompañada de un sedimento más o menos grande de juicios.

Si camino por un parque y de improviso veo una estatua, acuden a mí, como mariposas, una serie de pensamientos juicios que contribuyen a formar en mí la percepción «una estatua». Estos juicios son, por ejemplo: «este busto sirve para perpetuar la memoria de algún héroe o personaje ilustre». «Esto sirve de orientación cívica, de ejemplo moral o de estimulación poética, científica o artística», etc.

Pero el perro que me acompaña no ha percibido el objeto «estatua». Habrá tan sólo recibido sensaciones de sombra, luz y colores relucientes (mármol o bronce) sin ninguna significación para él. Es que para percibir o intuir o concebir algo, es necesario poseer pensamientos. Sin pensamientos, sin conceptos generales, sin categorías, sólo podemos sentir y vivir y nada más, sin poderle dar significado ni transmitir lo sentido o vivido.

Cómo percibiría un pragmatista unilateral «la estatua», es para mí más difícil decirlo que decir cómo la percibe mi perro.

De mi perro sé que, desposeído de todo pensamiento, sólo ha recibido sensaciones de estímulos y de reacción.

Del pragmatista, que pretende desposeerse de todo pensamiento y sólo intuir sensaciones y sensaciones, no sabemos si ha podido conseguir verdaderamente tal imposibilidad.

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

Si en la percepción hay algún leve rastro de intuición, no sucede esto de un modo directo sobre el objeto sensible externo, al comienzo del proceso de percepción ya descrito, sino a su término, en el objeto no sensible, interno (la sensación). Pero si esto ocurre sin estar precedido y seguido de pensamientos, de vivencia eidética, lo intuído es asignificativo e inexpressable.

La percepción de los objetos sensibles externos, hecha por el yo de un modo mediato, vemos cómo va siempre acompañada de pensamientos. En cambio, en la intuición de los objetos suprasensibles y no sensibles, el pensamiento no sólo acompaña a la intuición sino que se identifica con ella.

En las relaciones y en los objetos ideales y en los valores, objetos no sensibles, aunque parecen tener un soporte en lo sensible, el pensamiento, el concepto, la categoría, acompaña de un modo más íntimo a la intuición, está aún más ligado a ella. Basta intuir la relación o el valor, para haber intuído también su idea. En las relaciones y en los objetos ideales, la intuición de la vivencia estética del objeto es el objeto mismo. El pensamiento se ha identificado con su objeto, la categorial, con su contenido.

En ciertos valores, que parecen tener un soporte en lo externo (valores éticos y los estéticos), parece intuirse primero una vivencia psíquica que precede, aunque de un modo instantáneo, a una vivencia eidética, que como capa categorial le da forma expresiva al valor:

METAFÍSICA CATEGORIAL

todo valor culmina en un juicio de puesta de valor.

En los valores lógicos, objetos no sensibles, que pueden carecer de referencia a lo sensible, el yo, al intuir, intuye contenido y forma al mismo tiempo. No hay un signo característico para distinguir una vivencia eidética de una vivencia psíquica, emocional. Ambas las sentimos llegar a nosotros con ese mismo modo inefable e imprevisto que nos regala el alma y que es imposible describir. Lo único que exclamamos después de haberla tocado es: ¡Ah! Y con ese saludo de asombro la recibimos siempre, ya sea una intuición eidética, ya sea una intuición psíquica. Pero ese ¡ah! de asombro no cabe nunca ante una percepción. Porque la percepción es un proceso, no nos sorprende jamás; tenemos conciencia graduada de ella. Lo percibido puede a veces sorprendernos, si es desacostumbrado, pero la percepción no. Esto no impide que lo percibido sea, como es, para el hombre ingenuo, la cosa más natural del mundo.

En los objetos suprasensibles que no tienen un soporte en lo sensible, pero que influyen en lo sensible a través de lo no sensible, la categoría superior de lo eidético se confunde con el contenido intuitivo del suprasér.

Vemos cómo en cada categoría de objetos el pensamiento acompaña, es concomitante o se identifica con la intuición. No pueden, pues, el pensamiento y la intuición estar separados. Ellos siempre van juntos, como una necesidad

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

esencial y lógica de toda realidad determinada y posible.

No puedo explicarme de qué modo, sino con el pensamiento, ha pretendido Bergson construir una metafísica sin pensamiento, formada de pura intuición sensible y de mera acción biológica y psíquica. Sólo los actos de los animales irracionales son simples, psíquicos y biológicos.

Los actos del yo son siempre complejos. Acto no sólo es la intencionalidad o tendencia con que el yo se dirige a algo para apropiárselo. El acto psíquico del yo es intencional e inintencional al mismo tiempo. En el acto, el yo se dirige a los objetos sensibles; y aguarda, espera los objetos no sensibles, suprasensibles y valores.

La intencionalidad de Brentano y de Husserl queda, pues, reducida a la más pequeña actividad del yo. La llamada intencionalidad de la conciencia se refiere sólo a los objetos sensibles. Una cosa son los actos del hombre, su actividad, que siempre es intencional, dirigida a algo y otra cosa es el acto puro del yo. El acto del yo es dual: activo y contemplativo. La esencia íntima del hombre es personal y suprapersonal. Con respecto a lo sensible somos activos, pragmáticos en sentido estricto; con relación a lo no sensible, a lo suprasensible y a los valores somos pasivos. Esperamos, aguardamos, contemplamos, hasta que surge en lo más íntimo, en el alma, la intuición de lo inesperado.

Lo inesperado, lo imprevisto, surgen cons-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tantemente mezclados con lo buscado, con lo perseguido.

Todos los valores, inclusive los valores lógicos, los pensamientos, no dependen del hombre ni del yo, sino son supraindividuales, suprapersonales, se imponen al yo y al hombre con una fuerza irresistible, que emana de lo absoluto, de la concepción del Universo; de la concepción del espíritu: de Dios.

No sabemos por qué ni cómo intuimos el valor estético, el valor religioso, el valor ético, el valor lógico, la verdad, el suprasér. Sólo sabemos que los intuimos cuando los intuimos.

No podemos prever cuándo intuiremos un valor o un objeto no sensible o suprasensible.

Su irrupción en la conciencia es repentina, nos coge de improviso, nos sorprende, nos asombra. Como el intuir los valores y los objetos no sensibles y suprasensibles es independiente de la voluntad del hombre, el intuirlos no tiene como finalidad el satisfacer intereses personales ni individuales del hombre. Los valores son suprapersonales y supraindividuales. Están dirigidos por una entidad suprapersonal, que los hace descender hasta el yo. De ahí también la imperiosa exigencia que imponen los valores y los objetos no sensibles y suprasensibles al yo, para ser expresados, comunicados. Son objetos valiosos; valen y deben valer, pues, para todos los hombres.

Debido a esta necesidad imperiosa de expresión y de transmisión es por lo que los objetos

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

lógicos acompañan siempre a todo otro objeto, sensible, no sensible, suprasensible o valioso.

De las dos funciones del concepto cópula del juicio, la enunciación muestra que el juicio tiene la necesidad de ser expresado, ser enunciado. Todo juicio lleva también en sí mismo su pretensión de verdad. Esta pretensión de verdad es lo que influye en toda la doctrina general de la ciencia, para exigir en toda categoría de objeto, la necesidad de un pensamiento, de un juicio y su correspondiente verdad.

Los filósofos idealistas pre-kantianos, y Kant mismo, separaron la forma del contenido, el pensamiento de la intuición, y acentuaron su interés en el primero, en el pensamiento. Los empiristas y pragmatistas, han hecho algo semejante, al separar la categoría del objeto, el pensamiento de la intuición y han fijado todo su interés en la última, en la intuición. Lo que pretende es mostrar que no se puede separar la intuición del pensamiento, ni el pensamiento de la intuición. Ellos están en un continuo nexo, exigiéndose la una a la otra. Bergson cae en el vicio contrario al de los idealistas, al querer reaccionar violentamente del idealismo hegeliano. Ni una cosa ni la otra. La intuición y el pensamiento, la vivencia psíquica y la vivencia eidética son inseparables en la esencia óptica del hombre.

Es falso situar la intuición en lo móvil. Lo móvil es todavía un problema filosófico por resolver. La intuición no está sometida ni a lo móvil ni a lo inmóvil. La intuición está por

METAFÍSICA CATEGORIAL

encima de todo objeto. La intuición es un sentir iluminada el alma por la forma, por la categorial de un contenido. Por ese sólo se intuyen los objetos privativamente categoriales, los objetos no-sensibles, suprasensibles y valores.

Los objetos sensibles no se intuyen, sino sus arquetipos no-sensibles. Para el pragmatista, lo móvil ocurre en las cosas, en objetos sensibles. Lo único móvil, variable, temporal, es la corriente de la conciencia. Y esta corriente de la conciencia no se ve, sólo se siente, sólo se vive, sólo se intuye. Fuera de ella nada se mueve. Y sólo por ella sentimos la ilusión del movimiento en las cosas. El yo es el centro absoluto de relación, para el cual tiene realidad lo cambiante.

Suprimís los yos del mundo y toda la realidad sensible se tornará en perenne quietud, en invariabilidad absoluta.

Suponed un yo presente en todo desplazamiento, y habréis obtenido también la inmovilidad. Los electrones y los planetas podrían seguir girando en sus órbitas, mas no para un yo omnipresente.

A todos nos parece extraordinaria la concepción de semejante realidad, porque todos hemos experimentado la maravillosa posesión de un yo, que es lo único que permite el cuadro asombroso de la realidad externa. ¿De qué color sería el crepúsculo que ahora miro, si no lo mirase, si no dependiese de mi existencia?. Es imposible decirlo. Probablemente no habría tal policro-

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

mía, ni ninguna otra cosa. Sólo nuestra presencia en el mundo engendra todo lo demás. No porque no haya la X fuera de nosotros, sino porque sólo por nosotros y para nosotros existe esa X. ¿Es que sólo existen espíritus en el mundo, como pretendía Berkeley? Es que lo cambiante, lo variable, lo no existente es un proceso hacia lo inmutable, hacia lo perenne, hacia lo esencial, hacia lo categorial absoluto?

Lo variable no tiene sér ni existencia. Lo variable es un proceso hacia el sér, hacia lo existente.

El sér es permanencia, invariabilidad. Lo que cambia, lo mudable, no es, es una tendencia hacia el sér. Nada cambia con respecto a sí mismo. Todo permanece igual a sí mismo, con respecto a sí mismo.

La ilusión del cambio biológico y del desplazamiento físico sólo se da con respecto a «lo otro», no con respecto a «lo mismo». De ahí la ilusión de lo móvil. Lo móvil es el miraje engañoso de lo relativo.

La variación o el cambio, no es esencial en las cosas, sino es debido a la necesidad que tiene el sér de permanecer igual a sí mismo. Este lápiz con que escribo tiene para mí una magnitud y unas propiedades específicas, que dependen de su posición relativa a mí, y al cosmos. A mí, en cuanto que yo y sólo yo puedo percibir las y al cosmos, en cuanto que el lápiz sólo para permanecer igual a sí mismo, sufre una variación con respecto a todo lo demás, menos con respecto a

METAFÍSICA CATEGORIAL

sí mismo. Si mi lápiz fuese trasladado por alguna magia a alfa del centauro, o a cualquier otra estrella de mayor o menor gravitación que la nuestra, para mí aparecería cambiado.

Si la estrella es de mayor gravitación, de un espacio relativamente a mí más estrecho, más elíptico, el lápiz para mí se habrá acortado, se habrá hecho más denso; habrán variado todas sus propiedades específicas, pero sólo con respecto a mí, y si pudiese desde aquí contemplarlo. Quiere decir que su cambio depende de mi permanencia. El coeficiente de relatividad con que necesitamos afectar al lápiz para que trasladado allí lo viésemos sin variación ninguna, es la providencia numérica que lo absoluto ha tomado para que nada se deforme ni se transforme, para que todo permanezca igual a sí mismo. Para el caso de una estrella más densa y de más gravitación que la nuestra, necesitaríamos dividir al lápiz por el coeficiente de relatividad general, diría el matemático, o multiplicarlo por dicho coeficiente para volverle a su primer estado.

Pero el filósofo no puede hablar así. El lápiz no es transformado por el coeficiente relativista especial ni general, esto es, ni por la velocidad ni por expresión del espacio; lo que es afectado únicamente es la relación de posición del lápiz con respecto a mi Yo. Si yo viajo con mi lápiz hacia la estrella, como la posición relativa del lápiz y mi yo permanece constante, el lápiz para mí es invariable, permanece igual a sí mismo, esto es, ni sufre velocidad ni cambio de expresión.

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

El matemático relativista diría en este caso que yo también soy afectado por el coeficiente de relatividad. Pero esto es incierto, el coeficiente relativista carece de sentido cuando cesa la condición de relatividad del mundo con respecto a mi Yo. Naturalmente esto equivaldría a que mi yo estuviese afectado del mismo coeficiente relativista.

En la relatividad he intuído lo que no han intuído Einstein, ni ninguno de los relativistas, que el mundo es sólo relativo con respecto a mi yo, y que mi Yo es un absoluto. Es que la relatividad no tiene por objeto lo relativo, sino que ella lo que hace es señalar la permanencia del sér en su aparente e infinita variación. Las ondas que un átomo de helio nos envía de Cirio no se han modificado; la estrechez o la amplitud del espectro no es debida a una modificación del átomo, sino que obedece a una como perspectiva cósmica, producida por la relación en que están el átomo y el Universo con respecto a mi Yo.

Aunque el caso no es idéntico, vale como una imagen: un hombre de 6 pies 3 pulgadas, aparece para mí al término de la calle con una magnitud exageradamente menor. El hombre ha permanecido igual a sí mismo en muchas otras cosas y también en su magnitud, sin embargo para mí ha variado en magnitud, yo lo veo realmente más pequeño. Yo puedo saber idealmente que no ha variado, pero realmente, para mí, ha cambiado de magnitud, puesto que lo veo más pequeño. ¿Cuál de las dos realidades es la reali-

METAFÍSICA CATEGORIAL

dad?. ¿La realidad del sér en sí mismo, o la realidad del sér en mí? Este es el eterno problema del idealismo y del realismo.

La realidad del mundo exterior, la realidad sensible, es una realidad de perspectiva, una realidad relativa a un yo, pero no una realidad variable.

Pero la realidad verdadera es la realidad del yo. El yo es la unidad del intuir los objetos no sensibles, suprasensibles y valores, que son objetos en su misma naturaleza óptica. Pero al tener el yo que percibir objetos sensibles, y siendo éstos de diversa esencia óptica que el yo, los objetos del mundo exterior reciben una como traducción por medio de los no sensibles y suprasensibles, lo que provoca en el yo, el aparente efecto de perspectiva o de variación. En cambio los objetos no sensibles, suprasensibles y valores, están omnipresentes en el yo. El intuirlos, no es más que un desenvolverlos de la esencia óptica del yo. El yo no intuye nada que esté fuera del yo, nada que no participe de su propia esencia. La llegada de la verdad nos halaga como la llegada del amigo; la recibimos como cosa nuestra, irrumpe en nosotros como la cosa más natural del mundo, como algo que habíamos olvidado y que la intuición nos recuerda. La intuición del valor nos produce la misma fruición, el mismo deleite de algo que es profundamente nuestro, de algo que no nos viene de fuera sino que surge muy de dentro de nosotros mismos, algo que si depende de lo absoluto, lo

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

absoluto está en nosotros mismos o está en contacto directo con nuestro propio sér.

El tiempo no es una intuición ni una duración ni un transcurso, el tiempo es la sensación de perturbación que los objetos sensibles provocan en el sér absoluto de los objetos no-sensibles en el tiempo absoluto del yo. El tiempo absoluto es una categorial del yo, el tiempo relativo una categorial del espacio, subordinada a la del yo. El espacio está engendrado por el tiempo; el tiempo lo arropa, lo envuelve como una categorial superior. Para comprender esto es muy elocuente la sencilla ecuación funcional del tiempo, $e = f(t)$, que expresa que el espacio es función del tiempo, que lo relativo es función de lo absoluto, que todo depende de mi yo, centro de referencia de todo lo sensible. La velocidad es también una ilusión que sólo existe porque existe el yo.

Es que lo relativo y lo absoluto se complementan. El espíritu absoluto se desdobla en lo relativo para volver a reintegrarse en lo absoluto. El desdoblamiento en lo relativo es la creación del no yo, la reintegración está marcada por ese constante fluir de lo sensible hacia lo no-sensible, de lo relativo hacia lo absoluto.

La sencilla ecuación del espacio uniforme, que expresa que espacio es igual a velocidad por tiempo, muestra que el espacio es un desarrollo, una plenitud del tiempo. Velocidad es, en el sentido común, espacio recorrido en la unidad de tiempo. El espacio es, pues, una suma

METAFÍSICA CATEGORIAL

de intervalos, medidos por el tiempo. Cuando la velocidad es infinita, el tiempo es cero; cuando la velocidad es cero, el tiempo es infinito. Para estos dos casos la velocidad no existe y el tiempo es absoluto. La realidad sensible, lo relativo, es un intervalo entre dos absolutos, es el caso de los objetos no sensibles. Se intuyen instantáneamente. El yo se intuye a sí mismo de un modo absoluto. En el otro caso, el yo percibe los objetos sensibles, y al percibirlos sufre la ilusión de lo móvil, porque lo móvil no existe sino como sensación provocada por el choque de lo relativo con lo absoluto, de lo sensible al tratar de penetrar en lo no sensible. Esto sólo en cuanto se refiere al llamado tiempo de contorno, tiempo medible por medio de la categorial «espacio», que él mismo ha engendrado, pues el verdadero tiempo, el tiempo psíquico, no es medible, no puede ser sometido al número.

El yo participa de dos naturalezas, de la naturaleza de lo no sensible y de la naturaleza de lo sensible. Por lo no sensible es un sér absoluto, por lo sensible el yo sufre el miraje de lo relativo.

La intuición no se sitúa en la movilidad. La intuición es de naturaleza no sensible, sólo tiene lugar en lo no sensible. La intuición sólo ocurre en lo permanente, en lo invariable, en la esencia no sensible del yo. Así como temporales sólo son los objetos psíquicos, los objetos no sensibles son atemporales e inespaciales. Y como la intuición sólo aprehende objetos no sensibles,

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

atemporales e inespaciales, la intuición no tiene contacto directo con lo temporal y lo espacial; tampoco lo tiene con lo móvil.

Después de la refutación hecha a Kant y el esbozo que hice de una metafísica categorial, me vi precisado a refutar la metafísica intensamente pragmática de Bergson, que se opone en otro sentido a mi metafísica categorial.

Me quedan algunos puntos capitales que refutar todavía a la metafísica pragmatista, biológica y psicologista, pero antes de continuar voy a delinear las tesis fundamentales de mi metafísica en su divergencia antitética con la pragmatista.

Los fundamentos de mi metafísica, opuestos a la pragmatista, ya suficientemente discutidos aquí, pueden ser formulados así:

I. Existe una realidad interna que se da a nuestro espíritu de un modo inmediato. Existe una realidad externa que llega a nuestro espíritu sólo de un modo mediato, por medio de objetos no sensibles.

II. Esta realidad interna no es ni movilidad ni inmovilidad. Es simplemente una realidad categorial, formada por intuiciones eidéticas y psíquicas, siendo lo eidético una categorial superior de lo psíquico. No existen cosas hechas, ni cosas que se van haciendo. La realidad sensible no tiene seres en determinación absoluta (cosas), ni seres en procesos de determinación, sino que la realidad sensible es un instante del proceso del ser hacia lo posible: lo absoluto. El ser

METAFÍSICA CATEGORIAL

es determinación absoluta. Lo absolutamente determinado es invariable.

El movimiento es aparente, esto es, relativo, porque no ocurre nunca con respecto a sí mismo, ni con respecto sólo a otro movimiento, sino es siempre relativo a un yo. Ninguna realidad puede ser tendencia. Una realidad no cambia nunca. Una realidad que cambia, no sería una realidad, sino un caos: una realidad que pasa continuamente de ser «lo uno» a ser «lo otro» y de ser «lo otro» a ser «lo imprevisto». El llamado cambio que sufren los cuerpos orgánicos no es cambio; por ejemplo, una amplitud armónica de las formas o un crecimiento integral, no son cambios. Cambio sería el que sufriría un renacuajo al convertirse en hombre o un hombre en renacuajo. Las variaciones en ciclo cerrado, no son cambios.

III. Nuestro espíritu no busca apoyo en nada, ni en lo sólido ni en lo no sólido, ni en lo móvil ni en lo no móvil. El espíritu es absolutamente libre y se basta a sí mismo. El espíritu no necesita representarse estados y cosas. Los estados y las cosas son sorpresas que la realidad exterior da al espíritu. Todo en la conciencia, inclusive el pensar, es algo que fluye. El pensar es un proceso, es fuente, los pensamientos son invariables.

La realidad externa resulta temporal y fuente porque está referida a la conciencia, su fluencia es relativa al yo. Pero con lo psíquico no se «vive las cosas», lo único que se vive es nuestro

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

mundo interior. Nos parece que vivimos las cosas, porque proyectamos hacia fuera, hacia la realidad exterior nuestro sentir y nuestro vivir íntimo. Temporalizamos y vivificamos los objetos sensibles, porque somos el centro de referencia universal de todo, somos las coordenadas absolutas de toda la realidad. Nosotros trasladamos el tiempo a la realidad sensible, se lo aplicamos al observarla y de esta observación resulta un desarrollo del tiempo en la realidad sensible, y este desarrollo del tiempo engendra la noción del espacio. El espacio es, pues, el tiempo referido a los objetos sensibles. La única y suprema realidad es el tiempo, pero no sólo como duración real biológica o psíquica inferior, sino que el tiempo lo comprende todo, lo eidético, lo psíquico superior, lo instantáneo, la duración infinitamente pequeña (lo no sensible), la duración finita (de lo biológico y de lo físico) y la duración de lo infinitamente grande (de lo posible y de lo indeterminado).

Si el espacio no es algo real en sí, sino una resultante, un efecto de la duración psíquica al contemplar la realidad sensible, el movimiento, la velocidad, el cambio, son ilusión producida por ese contemplar «lo durable», lo que no tiene «duración». Lo sensible no dura, lo que dura es la sensación que provoca en nosotros lo sensible. Dura sólo lo que por esencia tiene intervalo. Lo sensible no tiene por esencia intervalo. Nosotros imponemos nuestros intervalos a lo sensible. La rama del árbol que ahora mismo con-

METAFÍSICA CATEGORIAL

templo mecerse al través de mi ventana se desplaza para mí en realidad, sólo porque puedo contemplarla e introducir su mecida en mi intervalo psíquico, y hasta en un intervalo psíquico referido a uno espacial: los marcos opuestos de de mi ventana.

Un barco aislado en el mar, un aeroplano en un cielo sin nubes, nos parecen inmóviles, porque no tenemos puntos de referencia para enunciarlos en nuestro intervalo, esto es, no los podemos referir a nuestra duración; luego la movilidad o la inmovilidad no son absolutas, son relativas al yo.

Por lo mismo, resulta la interesante anécdota relativista del viajero cósmico. Se trata, por ejemplo, de un padre que realiza un viaje cósmico y al regresar a la tierra se encuentra con sus hijos más viejos que él. Relativistamente se puede explicar este aparente absurdo de dos modos: En la relatividad espacial o restringida, en que la velocidad y el movimiento juegan el papel principal, podemos decir, que el padre que sale con una velocidad muy grande, cercana a la de la luz, por ejemplo (que es con la única velocidad con que se puede realizar viajes cósmicos), vive un tiempo muy lento, una duración muy larga (vimos anteriormente que cuando la velocidad tiende a lo infinito el tiempo tiende a cero). Los hijos permanecen con su mismo tiempo, más rápido que el del padre, sus intervalos son más cortos y por tanto su tiempo es más rápido. Cuando el padre regrese, evidentemente los hijos

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

han vivido más que él. Filosóficamente, este ejemplo es de una gran importancia. Esta explicación por el movimiento sería la explicación del pragmatista. Veamos la explicación del relativista general, que es la verdadera relatividad, la relatividad por el reposo.

Si el padre realiza su viaje cósmico, como quiera que lo realice (es indiferente su velocidad) pasará por cosmos diferentes al nuestro, donde el espacio podrá ser más gravitatorio o menos gravitatorio que el nuestro; suponiendo que sólo pasase por cosmos menos gravitatorios, de espacios más amplios, menos elípticos, su tiempo sería siempre más lento que el tiempo de sus hijos en la tierra y al regresar, el padre estaría más joven que sus propios hijos. Ésta es la explicación de la relatividad general. En una obra aparte he hecho ver cómo la relatividad general es una relatividad por el reposo, y la relatividad especial, es una relatividad por el movimiento, una relatividad falsa e ilusoria.

En ambas explicaciones hay algo falso. En la primera la velocidad no influye en el tiempo y en la segunda el espacio tampoco produce variaciones en el tiempo.

Esto es de importantes consecuencias para la metafísica. Al pasar el viajero de nuestro ejemplo por cosmos diferentes, no son los diferentes espacios los que influyen en su tiempo, sino que los puntos de referencia que él tuviese que tomar para su intervalo íntimo, para su duración, para su tiempo, son más amplios y de

METAFÍSICA CATEGORIAL

esto resulta el espacio ampliado y el tiempo más lento. ¿Ahora qué es lo que lo hace tomar esos puntos de referencias más amplios? La masa del universo, la intensidad de la energía o los potenciales de la fuerza gravitatoria, que hacen más o menos amplio nuestro corazón, más o menos acelerado nuestro pulso, más o menos intensas nuestras sensaciones, más o menos intensa nuestra propia vida.

¿Qué sucedería si el padre no regresase? Sencillamente, su tiempo, ni para él ni para nadie habría variado. Tampoco habrían variado los espacios. Es que la coordenada de referencia de todo lo sensible es un yo y la coordenada de referencia de un yo, sólo es otro yo.

Si la realidad puede ser investigada con idénticos resultados por lo móvil, como por lo inmóvil, ello prueba que no depende ni de lo móvil ni de lo inmóvil, sino de una mezcla sui géneris de ambos. La esencia de una parte de lo psíquico es lo móvil, la esencia de otra parte de lo psíquico es lo inmóvil, como hemos visto ya. Lo real sensible, que es algo que no es y que por ello exige ser concebido, tiene que ser ideado por medio de los dos aspectos fundamentales de la realidad interna, la vivencia eidética y la vivencia psíquica, lo inmóvil y lo móvil. La relatividad especial fué concebida primero que la general; la relatividad especial está concebida en lo móvil; esto prueba que el hombre no va siempre de lo inmóvil, de los conceptos, a lo móvil, a lo viviente.

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

IV. Los tropiezos inherentes a la metafísica, aducidos también por Bergson, y debidos según éste a que el filósofo parte de lo inmóvil para concebir lo móvil, es erróneo. En mi refutación a Kant, mostré cómo las antinomias eran debidas sólo a la mezcla de intuiciones sensibles con intuiciones no sensibles. Lo que sucede es que el miraje engañoso de lo sensible es lo que provoca más intuiciones sensibles erradas, pero no el procedimiento de ir de lo inmóvil a lo móvil. Es un error muy craso pensar que de lo sólido, de cuerpos, de lo móvil, se pueda extraer conceptos. Lo inmóvil de lo lógico y de lo categorial, no es lo inmóvil de lo material, de lo espacial, sino lo invariable de lo psíquico, que es un concepto incomparable con la categorial de «lo móvil» y de «lo inmóvil» de lo físico.

Es falso concebir un concepto como móvil o como inmóvil. Un concepto no camina, ni se desplaza, ni evoluciona, como creyó Hegel. Un concepto es sencillamente invariable, amóvil y ainmóvil, permanente, inmutable, eterno.

Los conceptos no se forman de cosas. El que piensa así, no ha intuído lo que es un concepto, es ciego para la realidad de lo eidético. Es doloroso decirlo, pero esto le ha ocurrido también a un filósofo tan grande como Bergson.

No se pasa nunca de lo móvil a lo inmóvil, de los objetos sensibles a los conceptos, ni de los conceptos a los objetos sensibles. Los conceptos, como todos los objetos no sensibles, suprasensibles y valores, están completamente separados

METAFÍSICA CATEGORIAL

de los objetos sensibles y permanecen eternamente sin contacto ninguno directo y sin conexión ni transmutación posibles con los objetos sensibles. Los objetos psíquicos inferiores (representaciones y sensaciones) son los únicos objetos psíquicos que tienen una conexión sui géneris con los sensibles, y ya hemos visto cuál.

El concepto «metal», según el pragmatismo (que va de lo inmóvil a lo móvil, del concepto al objeto sensible) está compuesto de moléculas, átomos y electrones girando en órbitas elípticas. Y este concepto «metal» ha sido extraído después de habernos internado en el metal y haberlo vivido. Pero ya esto no es filosofía. Se puede vivir todo objeto, pero no como lo pretende Bergson, de un solo modo psíquico-biológico.

Se vive un sentimiento en una vivencia psíquica, se vive una volición en un acto de voluntad, se vive un valor en una vivencia de valor, se vive un pensamiento, un concepto, en una vivencia eidética. Pero no se vive un concepto en un objeto sensible, ni se vive menos un objeto sensible directamente. Podemos vivir sensaciones provocadas por objetos sensibles, pero no los objetos sensibles mismos.

Todo puede ser vivido, en su esencia, menos los objetos sensibles, que son de esencia contraria a la de nuestro sér. Lo sensible tiene que ser transmutado en lo no sensible, en sensación, para ser intuído y vivido.

Pero Bergson no vió el problema de las rea-

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

lidades de este modo. El quiso vivirlo todo con el complejo psíquico inferior, quiso someterlo todo a la vida, a lo biológico (vicio fatal del siglo XIX) y cometió el error de todo el que pretende someter las realidades a la primacía de una sola realidad.

V. No hay para que añadir, después de esto, que el espíritu no tiene para que seguir ningún orden inverso. El espíritu no ha seguido nunca una sola dirección determinada, sino todas las direcciones y todos los órdenes. La filosofía tiene que investigar cada realidad con su propio orden de investigación, o con el que le sea más apropiado. Como la realidad sensible no tiene orden ni organización, tenemos que imponérsela con los métodos de la realidad más general, la que la comprende más categorialmente, la no sensible. Como es imposible pasar de los objetos sensibles a los conceptos, filosofar no consiste, pues, en «invertir la dirección habitual del pensamiento», sino filosofar seguirá siendo siempre un intuir pensamientos pensados sobre todos los contenidos de las realidades.

VI. No es cierto que el más poderoso método de investigación de las ciencias particulares que posee el espíritu humano, el análisis infinitesimal, naciese de esa pretendida inversión. Porque si es verdad que Newton llegó a él por una consideración acerca de las fluxiones, Leibnitz, el otro creador del cálculo infinitesimal, lo obtuvo al mismo tiempo que Newton, a base de una pura investigación de pensa-

METAFÍSICA CATEGORIAL

miento. No creo tampoco que Newton lo hiciese de otro modo, pues si es cierto que se refirió a las fluxiones, la labor de pensamiento no dejó de ser notable; sin ello no hubiera podido transmitirlo. La única diferencia que se puede señalar al método de ambos filósofos es que el primero lo intuyó con una intuición sensible, referida a las fluxiones, y el segundo lo intuyó de un modo puramente eidético, con una intuición no sensible. Es más, de la intuición no sensible de Leibnitz, no nos cabe la menor duda. Pero de la intuición de Newton no podemos saber nada cierto. Cabe en lo posible que el matemático y filósofo inglés intuyera el análisis infinitesimal en una intuición no sensible, y que como espíritu racialmente empirista, buscara inmediatamente un hecho de la realidad sensible a que referirlo.

El análisis infinitesimal no ha sido debido a esa inversión ficticia, puesto que ha sido investigado de ambos modos, y quién sabe si sólo del único modo que Bergson repudia.

Es muy sencillo decir al gran público, que no tiene una cultura especial matemática, lo que Bergson afirma en su metafísica, que el análisis infinitesimal, es un esfuerzo para sustituir *lo hecho* por lo que se *va haciendo*.

Si esto es sólo lo que a nuestro pensamiento le interesa hacer ver, es aceptable y así lo han aceptado muchos, y lo seguirán aceptando los que no tengan su metafísica propia y se dejen mansamente imponer la bergsoniana.

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

Para mí, que poseo una metafísica, la cosa resulta diferente.

El análisis infinitesimal se aplica, es cierto, a las magnitudes variables, pero no es con el objeto de investigar lo móvil, sino que su primordial finalidad es obtener estados últimos de fijeza, (las llamadas derivadas y las integrales). Derivar una función no es otra cosa que hacer variar una magnitud entre sus límites para obtener su derivada, su último estado de fijeza.

Nadie ignora que el análisis infinitesimal comprende dos cálculos inversos: el cálculo diferencial y el cálculo integral, filosóficamente anti-téticos. Con el primero, cálculo de las diferencias, las magnitudes constantes se hacen variables; y con el segundo, cálculo de las integraciones, la magnitud variada se torna de nuevo en constante. El análisis infinitesimal contiene en sí los dos métodos inversos y no uno solo, como pretende Bergson.

Tres hechos muestran que el análisis infinitesimal, no sustenta una metafísica de la acción sino una metafísica del pensamiento.

1. El análisis infinitesimal fué concebido en una época en que se tenía una profunda fe en la virtualidad del pensamiento; es ilógico, pues, pensar que se intuyese por una necesidad pragmática. Esto no obsta para que la matemática moderna no lo pudiese aplicar, como lo ha hecho, a las necesidades imperiosas de la acción. A esta tendencia pragmatista se debe, la induc-tivización de las matemáticas, ciencia ideal, ab-

METAFÍSICA CATEGORIAL

solamente deductiva. Pero estas matemáticas inductivas e intuitivas constituyen un baldón para el pensamiento humano, la más bárbara deformación de una realidad. El análisis infinitesimal es una de las conquistas más preciosas del pensamiento humano y no una dirección ni una adquisición del pragmatismo.

2. El análisis infinitesimal comprende el cálculo integral, el cálculo de las fluxiones y el cálculo de las integraciones, esto es, los dos procesos inversos. El análisis infinitesimal no contiene en su seno la inversión pragmática, sino ambas inversiones recíprocas, lo que muestra que su objeto no es la tal pretendida inversión. Su objeto es alcanzar una más profunda investigación de la realidad sensible por lo no sensible. Un infinitésimo leibniziano no es una fluxión newtoniana, sino una intuición no sensible de lo infinitamente pequeño. Otra prueba de que el análisis infinitesimal es puramente eidético es que el cálculo de fluxiones sólo se ha seguido en las Universidades inglesas. En las demás universidades del mundo se sigue el sistema ideológico leibniziano.

3. La mayoría de las aplicaciones prácticas del cálculo infinitesimal son hechas en la realidad sensible, en lo sólido, en lo móvil de Bergson. Apenas se han hecho algunas aplicaciones a lo biológico, no con buen éxito, y a lo psíquico inferior no se ha intentado aplicarlo todavía. Esto muestra que el análisis infinitesimal no fué especialmente creado para lo móvil, sino para lo

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

variable. Una cosa es lo variable y otra lo móvil. Lo variable puede ser aplicado a lo móvil, pero lo móvil no es lo variable.

Así como lo no sensible puede interpretar eidéticamente lo sensible, aunque no es igual a lo sensible.

El cálculo infinitesimal es, pues, la conquista más grandiosa del pensamiento, mas no de la acción. Mal que pese a los pragmatistas, la acción seguirá siendo siempre la sirvienta malintencionada y utilitarista del pensamiento. Irá detrás de él, aprovechando sus conquistas generales para aplicarlas a sus intereses particulares. El análisis infinitesimal no sustenta, pues, una metafísica de la acción, sino una metafísica del pensamiento, la única metafísica posible, además.

VII. La matemática es una ciencia de símbolos y de intuiciones, como la metafísica. En la metafísica, el símbolo y el contenido de la intuición se identifican. Las ciencias particulares son ciencias de relaciones de símbolos también. No hay más que esos dos modos de conocimientos: el intuitivo y el simbólico o categorial. Pretender otra cosa es una utopía.

La ciencia y la metafísica no confluyen en la intuición, sino están constituídas en grado diferente de intuición y símbolo. La metafísica es una experiencia eidética e intuitiva de las realidades, no de las realidades de lo continuo y de lo móvil, sino de toda realidad.

Las matemáticas de lo continuo y de lo

METAFÍSICA CATEGORIAL

móvil, han tenido que ser fomentadas para interpretar el discontinuo universo del átomo. ¿No sería esto suficiente para obligar a Bergson a modificar su metafísica de lo móvil?

VIII. Para los antiguos filósofos no existieron dos modos de conocer las cosas.

Creyeron que las distintas ciencias tienen su raíz en la metafísica. Estaban en lo cierto. Sólo que los filósofos físicos griegos, no pudieron ver que el modo de conocer es dual, compuesto de intuición y pensamiento, de síntesis y análisis al mismo tiempo. Los filósofos modernos, a partir de Kant, han creído que hay dos modos separados de conocer: el científico y el metafísico, y sobre todo Bergson, concibe para el conocer científico, el símbolo, y para el conocer metafísico, la intuición. Ambos sentidos están equivocados, aunque los modernos lo están aún más.

Todo conocimiento es una mezcla de contenido y símbolo. Unas veces el símbolo llega a adquirir su máximo grado y el contenido su mínimo porcentaje en el conocimiento, como ocurre en las ciencias particulares.

Otras veces el contenido alcanza su máximo apogeo y el símbolo su mínimo, como sucede en las vivencias psíquicas de valor, en el primer estadio emocional del valor, en la primera nota típica del complejo valioso. Y finalmente, en la intuición de los objetos suprasensibles, el contenido y el símbolo se identifican. Esto debía ocurrir en la más perfecta de las ciencias, la más

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

categorial de todas: la metafísica. Esta mezcla gradual de símbolo y contenido en todas las ciencias es lo que permite un solo sistema de las ciencias con la metafísica como cúspide, y es lo que permite también la constitución categorial y gradual de todo conocimiento.

Todo sucedería así, sólo cuando nuestro interés fuese unitario. Pero en nuestro espíritu laten dos intereses fundamentales: el puro conocer, que sucede sólo para nuestra más íntima satisfacción, y el expresar o transmitir lo conocido, que tiene una transcendencia mayor para las ciencias y para los intereses supraindividuales del hombre. Si las cosas se quedasen en el primer estado, el contenido tendría la primacía en el conocimiento, pero por la realidad imperiosa del segundo, el símbolo alcanza la mayor preponderancia en todo conocer. No hay conocimiento que pueda sólo ser transmitido por un puro presentar contenidos. De ahí la imperiosa necesidad de las categorías. El método fenomenológico es el único que se aproxima bastante a este ideal, y sin embargo su «señalar intuiciones» es hecho por medio del símbolo, por medio del pensamiento. Es que mi intuición reducida a su mero contenido, sólo la he intuído, sentido y vivido yo, y nadie más que yo la puede intuir, sentir y vivir en toda su pureza e identidad. Lo único que puedo yo hacer es tratar de presentar simbólicamente, en pensamientos, lo por mí intuído, para provocar en los demás el incentivo de intuiciones semejantes a las mías, y nada

METAFÍSICA CATEGORIAL

más. Esta es mi personal interpretación de la fenomenología. Ni siquiera en los valores estéticos ni religiosos es esto posible. La experiencia de los valores, de los objetos psíquicos, de los contenidos, es sólo una experiencia privativamente personal. Aquí, y sólo aquí, cabe un pragmatismo superior íntimamente personal. El hombre, en su esencia, en su mundo interior, es un complejo de experiencia psíquica y experiencia eidética, una mezcla de pragmatismo y de idealismo. El error de los antiguos filósofos fué exagerar una sola de las dos esencias del hombre: el pensamiento. El fracaso de los modernos ha sido acentuar sólo el otro sentido de la esencia humana: la acción. Hay que integrar al hombre en su prístina esencia de intuición y pensamiento. Pero es falso pretender que el hombre sólo sea en su ser en sí intuición, y menos lo que pretende Bergson, sólo intuición de lo móvil.

La más cara aspiración del famoso filósofo galo, ha recibido el más rudo golpe con las revoluciones de la Física cuántica, la moderna teoría del átomo; me refiero a su pretendido «sentimiento de la continuidad real», a su llamada «duración concreta» de lo real sensible, no a la duración concreta de lo real psíquico y no sensible, en lo que estaríamos de acuerdo. Los saltos imprevistos del electrón en el mundo del átomo, muestran que el «sentimiento de la continuidad real» de Bergson es un puro mito.

Bergson arrostra a Kant su platonismo al

METAFÍSICA DE LO MÓVIL

concebir las ciencias como un plan universal de las matemáticas. Las matemáticas, como todas las ciencias, entran en el plan universal de lo intuitivo eidético y de lo intuitivo psíquico. La metafísica es la ciencia de toda experiencia interna: de lo eidético como de lo psíquico, es una ciencia límite hacia la cual tienden todas las demás ciencias particulares y filosóficas.

Refutado Kant en su pretensión de negar la posibilidad de la metafísica, trazadas las líneas generales de una metafísica categorial y refutado Bergson en su intento de crear una metafísica pragmatista, exclusiva de la acción, me siento plenamente autorizado a intentar el desarrollo de una metafísica especial del átomo.

METAFISICA CATEGORIAL COMO EL SISTEMA MAS GENERAL DE CATEGORIAS

Refutada ya la metafísica especial pragmatista de lo móvil de Bergson, quien pretende en ella mostrar que lo móvil dirige al hombre hacia una metafísica intuitiva de lo biológico y de lo psíquico, voy por fin a tratar de esbozar lo que he intuído como metafísica categorial del átomo o de la Física moderna.

Lo que me propongo es mostrar primordialmente, cómo podemos concebir categorialmente una metafísica de lo inorgánico, sobre la capa categorial inferior de la realidad sensible, sobre la esfera de los objetos físicos.

Pero no es mi intención concebir una metafísica a posteriori, como es costumbre desde Fries, Boneke y Herbart en filósofos materialistas y cientificistas, esperar el resultado de los hechos particulares para formular entonces una metafísica inductiva como la pretendida en el siglo

METAFÍSICA CATEGORIAL

XIX y aún continuada en diversas direcciones por filósofos mayores como Bergson, Hans Driesch y Heidegger.

He mostrado ya que toda metafísica general no puede ser sino una concepción de totalidad formal y universal de las realidades, un plan unitario que comprenda, conciba y explique en conjunto, la esencia, la existencia, la finalidad y el sentido de todas las categorías de objetos.

Antes de penetrar en una metafísica especial de la realidad sensible, es necesario que como ente metafísico que soy me haga todos los tipos de preguntas que soy capaz de formularme a mí mismo, y esto lo haré de un modo privativamente categorial.

La esencia de las categorías es profundamente metafísica, aunque la filosofía moderna en su fobia contra lo suprasensible ha querido despojarla de ese su más hondo sentido; en su expresión, son formas generales y conceptuales de lo lógico.

Lo lógico puede verse, como todo otro objeto y como toda la realidad, despojado de todo tinte metafísico, pero lo lógico más que todo otro objeto, en esto tenía Hegel perfecta razón, es de pura esencia metafísica.

Así como los objetos lógicos, los pensamientos y los conceptos, surgen del pensar, los intuimos en un acto psíquico y se tornan independientes del pensar, de lo psíquico, así también los pensamientos, los conceptos más generales, las categorías de las realidades, se intuyen de un

COMO SISTEMA MÁS GENERAL DE CATEGORÍAS

conjunto unitario y general de las realidades, de un comportamiento del sér en su más íntima esencia, en lo ontológico-material.

Si las categorías no tuvieran un mismo origen, una misma esencia que todos los objetos, no los interpretarían (a los objetos), no los arroparían, no los comprenderían en esa luminosa y mágica red de las esencias.

Lo que sucede es que intuimos las formas categoriales, los conceptos más generales, de un modo inconsciente y no nos preocupamos de investigar su origen ni su esencia y ya obtenidos de un modo intuitivo las ordenamos en tres ciencias filosóficas independientes: la Ontología, la Lógica y la Teoría del Conocimiento, que tienen una íntima vinculación entre sí.

Al hacerme las preguntas en el orden categorial ya por mí establecido, surgirán respuestas que constituirán las categoriales más generales de la realidad suprasensible: 1 categorial Dios o el Sér, el supra Yo; segunda categorial, el alma, la inmortalidad, la libertad. Categorial de los valores: 1ª categorial de los valores religiosos, éticos y estéticos; 2ª categoriales de los valores lógicos. Las categoriales más generales de la realidad no sensible: los principios ontológicos supremos; 1ª categorial: Principio de identidad, de contradicción, de tercero excluido y de razón suficiente, y las categoriales menos generales aún de la realidad sensible: la substancia o esencia, la causalidad, la cantidad, la cualidad, el tiempo y el espacio.

METAFÍSICA CATEGORIAL

A cada una de estas categoriales generales están subordinadas otras categoriales de menor grado, por ejemplo, a la categorial del alma, está subordinada la categorial de los objetos psíquicos; a la categorial de la substancia está subordinada la de los objetos físicos; a la categorial de las relaciones, está subordinada la categorial del número; a la categorial de la causalidad, los procesos. No tiene ningún objeto inmediato hacer ver las múltiples dependencias de unas categoriales en otras, máxime cuando estas dependencias se multiplican y crecen indefinidamente, y no se ven sólo desde el punto de vista lógico, desde el punto de vista de su expresión, sino también desde el punto de vista de lo ontológico y de lo metafísico.

Cada una de estas categoriales más generales en el orden en que están expuestas comprenden a las que le siguen en 1.º y 2.º orden. Este orden de comprensión es de categoriales generales respecto de categoriales generales. Estas categoriales comprenden a su vez categoriales menos generales hasta llegar a la categorial más inferior de toda realidad: los hechos.

No ensayo aquí la concepción de un sistema de categorías, sino que muestro cómo de la concepción total de las realidades, ha de resultar siempre una metafísica categorial de todo tipo de objeto. Concebir en un sistema general y unitario a las realidades equivale a encerrar a éstas en formas generales, en arquetipos de conceptos, en una malla simbólica de pensamientos

COMO SISTEMA MÁS GENERAL DE CATEGORÍAS

puros, cuya esencia es lo único aprehensible, intuible y trasmisible de lo existente. Lo que ensayo mostrar aquí es cómo mi metafísica categorial comprende los sistemas de categorías concebidos hasta el presente filosófico.

Entre los más felices intentos que en toda la historia de la filosofía se han hecho para concebir un sistema de categorías, está en primer término el de Aristóteles, que distingue diez «clases de afirmaciones sobre el sér» o categorías.

Aristóteles deduce su tabla de las categorías de los elementos del juicio enunciativo. Esos elementos esenciales son el sujeto y el predicado.

En el sujeto encarna Aristóteles la substancia y las nueve categorías restantes, los accidentes de las substancias son el predicado del sujeto.

Se ha señalado a Aristóteles, no con razón, que su paralelismo entre las palabras y las categorías es inexacto. Kant deriva las categorías no de las clases de palabras, de las clases de conceptos, sino de las clases de juicios. En todo juicio, la comprensión del predicado por el sujeto está hecha de un modo determinado.

Este modo determinado lo muestra la categoría correspondiente. El sistema de las categorías de Kant no mejoró en nada el sistema de las categorías de Aristóteles, como se ha pretendido. Veamos en un ejemplo el sistema de Aristóteles: El pequeño (cantidad) jilguero (substancia) amarillo (cualidad) de la dama (relación) estaba (posición o acción o pasión) dormido (estado) esta mañana (tiempo) en su jaula (lugar).

METAFÍSICA CATEGORIAL

Los juicios, según Kant, se dividen: 1º Por la cantidad, por la extensión de su validez, en singulares (este S es P), particulares (algunos S son P) y universales (todos los S son P); 2º Por la cualidad, en afirmativos (S es P), negativos (S no es P) e infinitos (S es un no P); 3º Por la relación, en categóricos (S es P), hipotéticos (si S es P no es Q) y disyuntivos (S es o P o Q); 4º Por la modalidad, por su valor cognoscitivo, en problemáticos (S es quizás P), asertóricos (S es P) y apodícticos (S es necesariamente P). El sistema de las categorías de Kant corresponde, pues, a este sistema de las clases de juicios: 1º categorías de la cantidad: unidad, pluralidad, totalidad. 2º categorías de la cualidad: realidad, negación, limitación. 3º categorías de la relación: substancia accidente, causa-efecto, acción recíproca. 4º categorías de la modalidad: existencia, posibilidad, necesidad. Estas categorías de Kant comprenden las mismas de Aristóteles, sólo que aquéllas están expresadas en conceptos, éstas en pensamientos, en relaciones de conceptos. Esto muestra solamente que el sistema de categorías de Kant comprende categorialmente al sistema de categorías de Aristóteles, además de que es algo más amplio. El de Aristóteles está comprendido en las categorías de relación, substancia, accidente. El sistema de Aristóteles está constreñido a las categorías de la realidad sensible y el de Kant, a éstas y a las categorías más generales del pensamiento-juicio.

COMO SISTEMA MÁS GENERAL DE CATEGORIAS

Sobre estos dos tipos de categorías existen cuatro divisiones más generales aún: Categorías de intuición no sensible, categorías de intuición suprasensible, categorías de intuición de valores y categorías de lo sensible.

A la categoría de lo no sensible y de lo suprasensible están subordinadas las categorías aristotélicas y kantianas, a las categorías de intuición de valores están subordinadas las categorías de pensamiento y de intuición de Windelband y de Hartmann.

Hartmann es el primer filósofo que tiene una visión más clara de las categorías, el único que llega a concebir las categorías de intuición; su error consiste en que concibe las categorías de intuición de modo limitado, así como la falla de Windelband está en que sólo concibe las categorías del pensamiento y las constitutivas.

Pero para Hartmann una categoría es «una función intelectual inconsciente de naturaleza y forma determinadas o una determinación lógica inconsciente que establece una relación determinada». De esta definición de categoría se ve que para Hartmann, las categorías pertenecen a la esfera de lo inconsciente. Para él sólo entran en lo consciente por sus resultados, por elementos formales del contenido de la conciencia.

Hay que rechazar en el sistema de categorías de Hartmann este concebir intelectual de las categorías, así como su pretensión de inferirlas inductivamente. Las categorías tampoco pueden

METAFÍSICA CATEGORIAL

resultar de un análisis puramente psicológico de la conciencia.

Las categorías no se descubren sólo psicológicamente, como pretende Hartmann, ni sólo se fijan lógicamente, como lo intentó Windelband. Las categorías se intuyen eidética y psíquicamente; por vivencias eidéticas y vivencias psíquicas, se ordenan y se fijan lógicamente en una concepción no sensible y suprasensible de la esencia y de la existencia.

Hartmann divide su sistema de categorías en categorías del pensamiento reflexivo y del pensamiento especulativo. En este sistema, la categoría fundamental es la relación. Las demás categorías son «meras determinaciones de esta categoría fundamental».

Las categorías del pensamiento reflexivo comprenden las categorías del pensamiento comparativo. Sus categorías son la identidad y el contraste, la igualdad, la semejanza, la diferencia y la negación. Después vienen las categorías del pensamiento divisivo y unitivo. Sus categorías son la pluralidad y la unidad; las secundarias: el todo, la parte, la totalidad y la categoría «algunos». Las categorías del pensamiento mensurativo. Categoría principal, el número; categoría secundaria, la infinitud. Luego las categorías del pensamiento discursivo. Categoría principal, la determinación lógica; como categorías secundarias, los diversos arquetipos de la determinación lógica, la deducción y la inducción. Las categorías de la modalidad: realidad,

COMO SISTEMA MÁS GENERAL DE CATEGORÍAS

necesidad o posibilidad, probabilidad. Y por último las categorías del pensamiento especulativo constituyen el segundo grupo de las categorías del pensamiento. Son tres: causalidad, finalidad, sustancialidad. La categoría de la sustancialidad es para Hartmann la categoría cumbre del sistema de las categorías.

Se ha criticado a Hartman sin razón que en su análisis de los contenidos de la ciencia, para encontrar sus elementos formales introduce hipótesis metafísicas. Para mí es este hecho lo que hace más excelente el sistema de Hartmann. No se puede de ningún modo crear un sistema absolutamente general de categorías, sin hacer estricta labor metafísica; y aunque Hartmann y Windelband son hasta ahora los creadores de sistemas más amplios de categorías, no han logrado obtener un sistema de categorías como sistema de metafísica, pero esto ha resultado sólo porque sus sistemas, aunque más generales que los de Aristóteles y de Kant, no han llegado a la generalidad que un sistema de categorías necesita tener para convertirse en una metafísica general. Los sistemas contruidos hasta ahora, inclusive el lógico-trascendental de Windelband, son sistemas limitados de categorías. Y aunque Windelband mismo considera que el sistema de las categorías «sólo puede descansar en principios lógicos» y Kant es un negador sistemático de lo metafísico, creador de la filosofía lógico-trascendental, considero, y es mi más firme creencia, que aun los mismos sistemas espe-

METAFÍSICA CATEGORIAL

ciales de categorías de lo puro lógico son en esencia bosquejos de metafísicas especiales, a pesar del sentir de sus propios autores.

Robustece mi intuición el hecho de que los sistemas de Aristóteles y de Hartmann son verdaderos delineamientos de metafísicas especiales, aunque ni el filósofo griego ni el alemán tuviesen intenciones de ello al realizarlo. Windelband divide las categorías en constitutivas y reflexivas. Estas últimas son en esencia equivalentes a las del mismo tipo de Hartmann y las constitutivas son relaciones que se refieren a los contenidos en su ser independiente de la conciencia. Por todo lo demás, el sistema de Windelband es de amplitud semejante al de Hartmann, aunque es más rico que aquélla, pues contiene las categorías de espacio y tiempo.

Si se observan con detención estos sistemas de categorías, se puede notar que todos son sistemas restringidos de categorías, unos más amplios que los otros, pero ninguno, ni el de Hartmann ni el de Windelband, son sistemas completos de categorías. En ellos se puede observar el orden categorial en que están comprendidos los unos sistemas en los otros. El sistema más completo es el de Windelband, que comprende categorialmente al de Hartmann y éste a su vez al de Kant y el de Kant al sistema aristotélico.

Voy a mostrar cómo mi metafísica categorial resulta un sistema de generalidad aún mayor, que comprende categorialmente a todos los sistemas aludidos en el mismo orden categorial

COMO SISTEMA MÁS GENERAL DE CATEGORÍAS

en que éstos se comprenden los unos a los otros.

Todos los sistemas de categorías fundados hasta ahora no han incluido la categoría del valor. Todos están sumidos categorialmente en la categoría del valor lógico, pero no como valor, sino simplemente como categoría de lo lógico.

Las dos categorías supremas de la realidad son: lo ontológico y lo lógico, el contenido y la forma.

Como síntesis, lo ontológico es una categoría más general, y como análisis, como símbolo, lo lógico. Como una simple distribución de los objetos, lo ontológico es lo primordial, como simple esbozo formal de las categorías, lo lógico es lo fundamental; como un sistema metafísico, lo ontológico y lo lógico son inseparables, así como la intuición y el eidos son inseparables en una concepción general de todo lo real, engrampado en un sistema metafísico.

Metafísicamente, el ente, el sér, engendra el logos, la forma del sér. El yo intuye el ente en sus intuiciones no sensibles. En estas intuiciones no sensibles y suprasensibles, el yo intuye contenidos puros, entes, esencias o substancias, eide; las intuye ya puras, ya envueltas en su forma categorial. Cuando las intuye puras, intuye objetos no sensibles, suprasensibles o valores, objetos categoriales puros. Cuando intuye objetos no sensibles, suprasensibles o valores, referidos a objetos sensibles, intuye entes envueltos en sus correspondientes categorías. To on, lo que es, lo existente, he ahí la suprema categoría.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Lo importante es determinar lo que es, lo existente, problema fundamental de la filosofía, de la metafísica, lo que haremos más adelante.

En los objetos que intuimos de modo directo podríamos adquirir para nuestra experiencia entes puros y no logos, categorías, formas, símbolos. Y así los adquirimos, pero como no los podemos transmitir de ese modo categorial puro, o sea, en su máximo despojo de categoriales, nos vemos precisados a envolverlos categorialmente. De ahí que los objetos no sensibles, suprasensibles y valores, son objetos categoriales de máximo grado, esto es, objetos casi absolutamente despojados de categorías, excepción hecha de la categorial suprasensible de lo óntico.

Las categorías, aun cuando son lógicamente formas, esquemas conceptuales de las realidades, tienen un vínculo óntico y metafísico con las realidades. Lo que hace difícil y compleja la comprensión de las realidades por medio de sus correspondientes categorías, es que no intuimos siempre con intuiciones no sensibles, ni los contenidos ónticos o metafísicos de esas realidades ni sus categorías formales correspondientes. Si intuimos un contenido óntico real con una intuición no sensible que lo señala con la categoría real que le corresponde, la verdad resplandece ante el espíritu. Cuando esto no sucede introducimos un error en la doctrina de la ciencia, que crece, se agiganta y se complica a medida que se relaciona con nuevas intuiciones sensibles erradas y categorías no correspondientes. Con-

COMO SISTEMA MÁS GENERAL DE CATEGORÍAS

trario a Kant que cree que sólo se puede aplicar las categorías a los fenómenos y no a la «cosa en sí, lo único que se puede conocer del «sér en sí» son sus categorías y sus eide; estas sólo son conocidas por medio de categoriales, por eso la única metafísica posible es una metafísica categorial de las realidades.

METAFISICA CATEGORIAL DEL JUICIO

Una de las realidades que más me robustece en mi intuición de que lo ontológico y lo lógico están ligados por una conexión metafísica, es que los principios lógicos supremos se derivan de los principios ontológicos más generales. Ya las sutiles investigaciones de la lógica moderna han señalado este hecho, aunque no con el sentido metafísico con que voy a mostrarlo aquí.

Me referiré sólo al principio lógico de identidad, el primer principio lógico, enunciado por el filósofo griego Parménides.

Pero no sólo el principio de identidad, todo objeto es igual a sí mismo, «A es A» es un principio ontológico, sino también los otros tres principios tradicionales de la lógica, son principios ontológicos formales. Un determinado número

METAFÍSICA CATEGORIAL

de lógicos los ha considerado como referidos a conceptos o a juicios, mientras otros los han señalado como principios teóricos sobre objetos en general, y los menos como principios acerca del pensar y el conocer humanos, esto es, en sentido psicológico. Sólo el principio de contradicción ha sido unánimemente aceptado como un principio lógico por la mayoría de los logicistas. Pero ni aun este principio es privativamente lógico, pues el principio: «Una cosa no puede ser y no ser a la vez». «No es posible que A sea a la vez A y no A», «Sno puede ser a la vez P y no P», es también un principio ontológico. No quiere esto decir que la lógica carezca de principios propios, ni que haya echado mano de principios extralógicos para «encubrir su penuria». Lo que no han visto con claridad ni aun los lógicos modernos es que al lado o encima de los principios ontológicos materiales y formales, como una culminación están los principios lógicos formales. Y lo que me interesa mostrar, para hacer ver que en la esencia de ello hay un leve pero hondo sentido metafísico, es que el principio lógico formal «todo concepto es igual a sí mismo» comprende, de un modo categorial superior, al principio ontológico formal «todo objeto es igual a sí mismo» y éste a su vez comprende también categorialmente al principio ontológico material: «todo ser es igual a sí mismo». Estos tres principios están ligados por una vinculación metafísica, que es precisamente lo que permite que tanto los conceptos como los juicios estén liga-

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

dos a los contenidos formales objetivos y a los contenidos materiales objetivos y puedan, al señalarlos, corresponder las relaciones categoriales puras con las relaciones ontológicas formales y materiales, esto es, pueda tener verificativo la verdad.

Esto no obsta para que la lógica, fundamentada como una ciencia sistemática y teórica de los pensamientos, no sea vista en toda su pureza, exenta de metafísica. Para mí, la lógica como ciencia que estudia toda categoría de objeto lógico, no tiene que ver nada con la metafísica. Pero la lógica, cuando se haya de investigar en su relación de esencia, no en su relación formal, con los contenidos objetivos y con los contenidos materiales ontológicos, ha de ser vista necesariamente con sus vinculaciones privativamente suprasensibles con toda realidad.

El querer separar totalmente lo lógico de lo metafísico, hasta en la investigación de los principios lógicos supremos, es lo que ha hecho considerar a los lógicos formales el capítulo de los principios lógicos como uno de los capítulos más turbios y confusos de la lógica. El capítulo de los principios lógicos ni tiene nada de turbio ni deja de ser unitario, sólo la claridad y la unidad no la ven aquellos filósofos que preconcebidamente conciben la lógica como una ciencia teórica y sistemática de todo objeto lógico y se encuentran con que los principios fundamentales de esta ciencia son extralógicos o por lo menos están en conexión con objetos extralógicos. Lo

METAFÍSICA CATEGORIAL

turbio es la presencia del problema metafísico que el positivista no quiere abordar. Esos filósofos han olvidado, o no lo han intuído todavía, que los principios generales y fundamentales de toda ciencia son de origen metafísico, inclusive los principios generales de las ciencias particulares.

Podemos aceptar los principios generales de una ciencia ametafísicamente, sin preguntarnos para nada por su esencia, ni su origen, ni su concepción, ni su determinación. Pero esto no afirma que esos principios sean ametafísicos, sólo significaría que no nos interesa en absoluto su concepción, que hemos dado la espalda a su origen, a su esencia, a sus conexiones generales con toda realidad, lo que han hecho siempre los filósofos negadores de la metafísica con todo principio y con toda realidad.

Cuando se pretenda investigar esos principios lógicos de un modo crítico, cuando se alcance a verlos como un problema, que en realidad lo son, en el sistema de la lógica, aparecen, no sólo a la mirada del filósofo, sino también ante el lógico estricto, como un problema metafísico.

¿Cómo son en su más íntima esencia esos principios ontológicos, materiales, ontológicos formales o lógicos formales? ¿Son categorías metafísicas, categorías ónticas o categorías lógicas? He ahí el problema.

Ya he mostrado cómo hay tres tipos de categoriales: categoriales suprasensibles, en relación con sus correspondientes categoriales lógi-

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

cas; categoriales ónticas en toda su generalidad, en las cuales entran las categoriales de todo objeto, inclusive la de los valores en todas sus formas y por tanto la del valor lógico, en conexión con las categoriales formales del pensamiento, y las categoriales lógicas en su conexión general, envolviendo a las demás especies categoriales e inclusive a los mismos objetos lógicos, tomados como categoriales ónticas.

Las categorías ónticas materiales son formas categoriales metafísicas, que se intuyen como contenidos suprasensibles y se interpretan, se conciben como categorías lógicas formales, intuídas eidéticamente. Las categorías lógicas envuelven a las ónticas en una conexión sui géneris, metafísica, que permite la intuición y la conciencia de lo verdadero y de lo falso, toda otra relación y vinculación de forma y contenido. Hasta ahora se ha creído que lo lógico está completamente desvinculado de lo óntico, de ahí la característica meramente formal de los sistemas de categoría. Lo que quiere mostrar esta metafísica categorial es precisamente el vínculo insoluble que hay entre lo lógico y lo óntico, entre la forma y el contenido.

Muestra que las categorías ónticas se imponen metafísicamente a las categorías lógicas, la evidencia incontestable que señala que el principio de identidad no es un principio genuinamente lógico, sino que primordialmente es un principio ontológico, como todos los demás principios de las ciencias. El principio no enun-

METAFÍSICA CATEGORIAL

cia la identidad sino de todo objeto en general, y sólo por ello y de un modo secundario, el principio de identidad pasa de principio ontológico a ser principio lógico, cuando enuncia la identidad de un objeto lógico en particular, ya que los objetos lógicos pertenecen a la categoría general de todo objeto.

Metafísicamente, las categorías ópticas materiales: «Todo ser es igual a sí mismo», comprende categorialmente a la categoría ontológica: «Todo objeto es igual a sí mismo», y ésta a su vez a la categoría lógica: «Todo concepto es igual a sí mismo».

Aparte de que todo ser y también todo objeto tiene necesariamente que ser pensado igual a sí mismo, como un hecho psicológico del pensar humano y como una influencia metafísica de la concepción del Espíritu y de la concepción del Universo, el principio de identidad para pasar de un principio ontológico a un principio lógico, debe por lo menos referirse a los objetos lógicos más elementales, los conceptos en la forma: «Todo concepto es igual a sí mismo».

Intento mostrar que el principio de identidad lógico yace con igual pretensión de verdad en el caso del juicio simple «A es A», expresado en ejemplos como estos: «plomo es plomo»; «Un Municipio es un Municipio»; «Una idea es una idea», que en el caso de un juicio complejo, cuya forma es «S es P» o «el plomo es gris».

En estos ejemplos simples y complejos de juicios, como en cualquier otro ejemplo de juicio,

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

están siempre presentes en orden categorial tres especies de identidades. La identidad óptica material: el metal plomo, idéntico al metal plomo, la identidad óptica formal del «plomo», objeto idéntico a sí mismo como todo objeto y, finalmente, en «el plomo es plomo», tomado el concepto «plomo» en suposición puramente lógica. Las primeras de estas tres identidades tan íntimamente ligadas, es el juicio absolutamente sintético, óptico-material de una mente supra-individual y suprapersonal, y los otros dos vinculados a aquél son los juicios óptico-formal y lógico-formal, que como capas categoriales envuelven al objeto en sí, al puro ser óptico, y lo reclaman, lo buscan, lo señalan en una comunicación suprasensible del suprasér con sus formas.

Los logicistas puros no ven el problema porque no les interesa, a ellos sólo les incumbe el estudio de los elementos lógicos en su estructura y en su suposición puramente lógica.

Si estuviera haciendo lógica pura yo también haría lo mismo. Pero no intento hacer aquí pura lógica, sino mera metafísica. Y no mera metafísica de lo lógico, sino metafísica categorial. Es impropio hacer lo que hizo Hegel, de la lógica una metafísica. Pero estamos perfectamente autorizados al hacer metafísica rozar todo objeto y más que rozar incluir en nuestra metafísica toda especie de objeto en conexión armónica, inclusive los objetos lógicos, no ya en suposición lógica, sino en suposición metafísica, en su es-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tricta calidad de problema. Este es precisamente el objeto de toda metafísica.

En la introducción a la metafísica categorial mostré cómo todos los juicios son analíticos, pero allí lo hice metafísicamente, de un modo ontológico material y ontológico formal; voy a hacerlo ahora también en suposición lógica formal, aunque siempre desde un punto de vista metafísico.

Voy a mostrar cómo en todas las clases de juicio, en juicios determinativos, atributivos, de ser y de relación, el juicio es siempre un juicio analítico a priori, y cómo aún los mismos juicios sintéticos a priori, considerados también por la lógica formal moderna, son a la vez juicios analíticos.

Si analizamos los juicios, no en su mera suposición lógica, sino también en suposición óptica-formal y material, vemos claramente que en todo juicio son idénticos el concepto sujeto y el concepto predicado. El supraser habla siempre en un lenguaje de síntesis, sus juicios son siempre juicios de identidad de la forma: «A es idéntico a A». «Todo ser es idéntico a sí mismo». «El plomo es plomo». Sólo en estos juicios simples de identidad nosotros nos acercamos al lenguaje de los Dioses. En nuestro lenguaje, en el lenguaje de los hombres, hablamos analizando. En el juicio óptico, que sirve de base fundamental a todo juicio lógico formal, el objeto-sujeto y el objeto-predicado coinciden de pleno, tanto por el contenido como por la forma. La lógica formal no

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

lo considera así, pero voy a mostrar que no puede ser de otro modo. Cuando nosotros nos apartamos del lenguaje sintético de Dios, cuando no sólo intuimos, sino también pensamos, que es el único lenguaje científico, nos convertimos en seres analíticos, que somos por esencia, y los juicios sintéticos de identidad toman una forma analítica, categorial, aunque sigan siendo por otra característica también esencial del hombre, la característica de estar unidos por esencia a lo sintético, al sér, juicios sintéticos de identidad. (Este término: sintético, acabado de pronunciar no tiene el mismo sentido que el término sintético del llamado «juicio sintético» de Kant, que he rechazado siempre).

En los juicios lógicos complejos, el concepto sujeto puede ser un concepto complejo implícito, es decir, comprende categorialmente una infinidad de conceptos más o menos genéricos, más o menos categoriales, que al ser desenvueltos, interpretados, analizados, pueden aparecer, no como idénticos, sino sólo como iguales y aún hasta como desiguales o diferentes, como añadidos, como los llamados conceptos añadidos del llamado juicio sintético.

Pero en un juicio no puede haber añadidos, porque la esencia metafísica del juicio es una interpretación, un análisis, una relación de identidad entre un concepto-predicado y un concepto-sujeto. Unas veces, las más por cierto, hay una identidad plena, material y formal entre concepto-sujeto y concepto-predicado, otras el

METAFÍSICA CATEGORIAL

concepto-sujeto comprende categorialmente, implícita y genéricamente al concepto predicado, otras el concepto-predicado comprende genéricamente, categorialmente, al concepto-sujeto.

Por ejemplo, si un concepto sujeto es un concepto complejo implícito, exige ser desarrollado más o menos según su grado de categorialidad, y lo desarrollamos así en un concepto predicador del juicio. Resulta de este modo el juicio positivo de determinación, cuyo concepto predicado es un desarrollo pleno de las categoriales contenidas sintéticamente en el concepto sujeto, Ambos conceptos (concepto-sujeto y concepto-predicado), señalan un mismo objeto formal, pero mientras el uno lo hace sintéticamente el otro lo muestra analizado, los dos lo presentan de un modo categorial diferente, de modo que los dos conceptos son ópticamente idénticos y categorialmente diferentes, y formalmente, en categorías lógicas, iguales.

En los juicios de identidad absoluta, que son juicios necesariamente verdaderos, la identidad entre concepto-sujeto y concepto-predicado es plena, así ocurre en el juicio sintético simple «el plomo es plomo», en el que la cópula «es» no postula una unidad objetiva de atribución, de ser o de relación, además de sus funciones de referencia y de enunciación, sino que sólo postula la unidad objetiva esencial de la determinación. En este juicio determinativo, hay pues una identidad plena, categorial, en las tres especies de juicios que pueden señalar a un objeto, el onto-

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

lógico material, el ontológico formal y el lógico formal.

Pero en juicios de determinación de esta clase «el plomo es una sustancia material», juicios determinativos ordinarios, en que el concepto predicado postula categorialmente, genéricamente un «que» más alto o general, el juicio es lógicamente analítico, mientras que en el primero, el concepto predicado, postula a igual categoría que el concepto-sujeto, su «que» y por ello es lógica y ontológicamente un juicio de identidad absoluta.

Todos los juicios son de identidad absoluta y analíticos. Lo que sucede es que las categorías lógicas postuladas por el concepto-sujeto y por el concepto-predicado, no son siempre del mismo orden categorial, y la forma del juicio parece no referirse a una identidad en que un concepto predicado desenvuelto categorialmente, equivale, es idéntico a un concepto-sujeto, sintético, no desarrollado.

En los juicios de identidad absoluta el concepto predicado está comprendido en plena unidad identificativa con el concepto sujeto. En los determinativos ordinarios, el objeto-predicado está sumergido en plena unidad unificativa con el objeto-sujeto, pero el concepto-predicado está comprendido, genericamente, categorialmente en el concepto-sujeto o viceversa, como ocurre en el juicio: El plomo es una sustancia material. «Sustancia material» y plomo son objetos ónticos materiales idénticos (No entes ma-

METAFÍSICA CATEGORIAL

teriales idénticos). El objeto-sujeto «plomo» y el objeto-predicado «sustancia material» son también idénticos. Pero el concepto-sujeto «plomo» y el concepto-predicado «sustancia material» son lógicamente, formalmente, algo diferentes, aunque categorialmente son idénticos.

Los juicios analíticos en que el concepto predicado está plenamente contenido en el concepto sujeto, son juicios de identidad absoluta, los demás juicios analíticos en que el concepto-predicado está contenido parcialmente en el concepto sujeto, son juicios de identidad parcial.

Por ejemplo en el juicio «el hierro es un metal», el concepto-predicado «metal» no es idéntico al concepto-predicado «hierro», está categorialmente contenido en él, es un concepto genérico superior.

El concepto «hierro» significa una especie determinada de metal e implícitamente, categorialmente, el concepto «metal».

Al objeto a que se refiere el concepto «hierro» los lógicos dicen que se le añade por este concepto aquello que señala el concepto-predicado metal. Por ello se le ha llamado juicios atributivos. El concepto-predicado agrega al objeto sujeto algo que está ya atribuido, comprendido categorialmente en el concepto sujeto. Aquí también el concepto predicado analiza el concepto-sujeto y es por tanto un juicio analítico. En juicios de esta clase se ve claramente la relación en que están los conceptos subordinados categorialmente con el concepto genérico superior.

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

En el concepto-sujeto de un juicio están comprendidos categorialmente, implícitamente, determinados atributos, que le pueden ser atribuidos al objeto-sujeto.

El juicio «los cuerpos son extensos» desarrolla algo que está ya categorialmente contenido en su concepto sujeto, y es también en este sentido un juicio analítico.

El objeto «cuerpo» contiene como una categoría metafísica al objeto «extenso», por ello el concepto-sujeto «cuerpo» señala implícitamente al objeto a que se refiere el atributo «extenso», lo contiene de un modo categorial óntico. Y por ello, finalmente, el concepto «cuerpo», contiene categorialmente, con una categoría lógica pura al concepto «extenso».

También los juicios de sér son juicios de identidad y analíticos. Si por ejemplo el concepto sujeto de un juicio menta por su contenido un objeto real, como todo objeto real tiene necesariamente el sér, le atribuye categorialmente la existencia al objeto. El juicio «El Sol es real» es un juicio verdadero de identidad y analítico. Los logicistas sólo consideran un juicio de esta clase como parcialmente idéntico. Es cierto que el concepto «real» está contenido categorialmente en el concepto «Sol», pero el objeto real «Sol» es idéntico al objeto «sér real». El verdadero juicio equivalente es el juicio callado: «El Sol real». El sentido verdadero y recto del juicio es señalar la identidad de la realidad del Sol y la

METAFÍSICA CATEGORIAL

realidad en sentido genérico. En astronomía existe un sol ficticio, pero a nadie se le ocurre que nos referimos al sol ficticio de la astronomía, cuando decimos «El Sol es real», sino al sol real verdadero.

El principio de identidad rige también los juicios de relación, si el concepto-sujeto expresa categorialmente la relación óptica en que el objeto-sujeto está vinculado al objeto predicado, señalado en el juicio. Por ejemplo en el juicio de relación «Todo hombre tiene un Alma», el concepto «alma» no está parcialmente contenido en el concepto hombre, sino está categorialmente relacionado, contenido en el concepto «hombre».

El objeto «alma» está categorialmente contenido o relacionado al objeto «hombre», el objeto-predicado «alma» está en un vínculo de relación contenido implícitamente en el concepto-sujeto hombre» y finalmente el concepto-predicado «alma» está categorialmente relacionado al concepto-sujeto «hombre». El concepto «alma» desarrolla, analiza al concepto «hombre», lo señala en una de sus posibles significaciones predicativas. Es también un juicio de identidad absoluta, sólo que el concepto sujeto lo hemos pensado demasiado sintéticamente. El juicio lo que enuncia verdaderamente es: «El hombre (sér que posee un alma) tiene un alma», la proposición sér, que posee un alma, está callada y envuelta categorialmente en el concepto «hombre». Se ve por todo esto la importancia de señalar

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

las categoriales metafísicas, ónticas y formales, que influyen en la enunciación de los juicios. Pero recuérdese que no pretendo hacer con esto lógica ninguna, sino que sólo pretendo tomar posición frente a un problema metafísico que no había sido encarado todavía.

La lógica formal crítica moderna, influida en esto por Kant, pretende ver también juicios sintéticos a priori, a pesar de que no puede dejar de reconocer, que dichos juicios llamados sintéticos, son ontológicamente analíticos. En esto último tiene razón la grandiosa obra crítica de la lógica formal moderna. En lo que no estamos de acuerdo es en la posibilidad de que haya juicios sintéticos a priori. Tomo el mismo ejemplo ya muy discutido: «El triángulo plano tiene tres ángulos interiores». Se dice erradamente que el concepto-sujeto «triángulo» no contiene conceptualmente al concepto-predicado «tres ángulos interiores» y que este último no puede, pues, ser desenvuelto del primero. Esta es una afirmación algo ligera. Categoricalmente el objeto-triángulo contiene al objeto ángulo. Implícitamente, el objeto-sujeto «triángulo» contiene ónticamente al objeto-predicado «tres ángulos». En categoría puramente lógica el concepto sujeto «triángulo» contiene el concepto-predicado «triángulos». La misma palabra triángulo provoca las intuiciones de dos conceptos «tri», «tres» y «ángulo», que están implícitos y categorialmente comprendidos en el concepto «triángulo». Es éste, pues, también, como todos

METAFÍSICA CATEGORIAL

los demás, tanto para la lógica como para la metafísica, un juicio analítico a priori.

Para que un juicio sea verdadero, esto es, para que cumpla su pretensión de verdad, tiene que ser necesariamente un juicio de identidad y por tanto un juicio analítico.

Para que un juicio sea verdadero es necesario que su más profunda capa categorial, las categorías ónticas materiales del sér, estén en relación de comprensión e identidad, es imperioso que lo estén del mismo modo la capa más superficial de categorías ontológicas formales y finalmente que así mismo lo estén también la capa superior de categorías formales lógicas. Cuando ésto no sucede, sencillamente no puede ser la verdad, el juicio no cumple su pretensión de verdad. Todos los juicios, pues, son juicios de identidad óntica y formal y por tanto doblemente analíticos.

Se han señalado también tipos de juicios considerados como juicios sintéticos ontológicos que son a la vez juicios sintéticos lógicos. Ésto sólo cabe para la edificación de una lógica pura y hecha por un positivista. Los filósofos modernos, ametafísicos, se caracterizan por un riguroso poder diferenciador, una capacidad sutilísima para distinguir detalles, pero son ciegos y torpes para ver conexiones, armonía de conjunto, enlaces leves y profundos, significaciones de sentido, ese soplo metafísico que nos llega de lo indeterminado, de lo absoluto, que incendia de

METAFÍSICA CATEGORIAL DEL JUICIO

emoción el alma del filósofo y que es como la esencia y la poesía de la verdad.

Por ejemplo, el juicio: «El sol está envuelto en nubes» es un ejemplo tomado para mostrar esos tipos de juicios, considerados sintéticos tanto óptica como lógicamente. se arguye que en este juicio el concepto-predicado añade al objeto-sujeto, algo que no está comprendido en el concepto-sujeto, ni se percibe mediatamente en la esencia del objeto-sujeto, y se les considera sólo válidos a posteriori.

Voy a mostrar que también los juicios de esta clase son analíticos a priori, y que los fundamentos de su validez son también el principio de identidad lógico, el formal ontológico y el principio esencial material ontológico.

Es evidente que podemos enunciar con alguna pretensión de verdad el juicio «El Sol está envuelto en nubes» sólo por que en la esencia óptica del Sol está para nosotros la posibilidad de verlo envuelto en nubes (Esto es debido a su posición relativa a las nubes y a nosotros). El concepto-predicado «envuelto en nubes» desarrolla, pues, una de las posibles categoriales de ser del Sol, comprendida implícita y categorialmente tanto en el objeto-sujeto «El Sol» como en el concepto-sujeto «El Sol».

El juicio que no podemos enunciar con ninguna pretensión de verdad, y que sería el verdadero juicio sintético, es éste: «Mi lápiz está envuelto en nubes». En este juicio y no en el anterior sí hay un verdadero añadido que hace

METAFÍSICA CATEGORIAL

el concepto-predicado al objeto-sujeto, y que no está comprendido ni de un modo ontológico formal ni ontológico-material; en el objeto sujeto, pues, no está ni siquiera en la esencia de lo posible que podamos ver un lápiz envuelto en nubes. Esto muestra que el verdadero juicio sintético formal ontológico y material-ontológico es un juicio sin pretensión de verdad y exento de validez, esto es, no es un juicio sino una proposición carente de sentido.

Es, pues, de la esencia de todo juicio el estar sometido al principio de identidad en sus tres formas categoriales: ontológico-material, ontológico formal y lógico formal. Es de su esencia también el sér analítico, pues un juicio en sí es un análisis, aún en su forma más sintética, la del juicio simple de identidad absoluta: «el plomo es plomo». Lo único que diferencia este juicio de los demás es que sus categoriales no están desarrolladas, sino están de un modo sintético en el concepto-sujeto como en el concepto-predicado. Su análisis sólo consiste, en la comparación de dos categoriales de igual grado e implícitas: «el plomo» y «es plomo». Cuando estas categoriales se desarrollan tenemos los demás juicios posibles ya investigados de un modo metafísico categorial, no de un modo formal, meramente lógico.

LAS CATEGORIALES DE INTUICION (*)

He mostrado cómo los sistemas formales de las categorías son sistemas de categorías comprendidos categorialmente en mi sistema metafísico categorial de máximo grado. Acabo de mostrar también las influencias y las conexiones metafísicas de las categorías ónticas materiales y formales en las categorías meramente lógicas del juicio.

Me propongo mostrar ahora las categoriales de intuición de valores en general.

Las categorías lógicas formales no se imponen, como hemos visto en la precedente investigación del juicio, a las categorías del objeto, ni menos a las categorías más profundamente ón-

(*) Conviene antes de leer este capítulo, leer «Concepción de la unidad de la filosofía fundamentada en la teoría de los valores».

METAFÍSICA CATEGORIAL

ticas, las materiales, las que participan de la esencia suprasensible del ser en sí. Las categorías del objeto, las categoriales ónticas, como las categorías formales están en una íntima vinculación categorial, fácilmente intuible. Haciendo sólo caso omiso de las otras dos capas categoriales de lo óntico y del ser, se puede pensar que sólo las categorías formales lógicas se imponen a la realidad. El idealismo absoluto es imposible. No viendo para nada la capa superior formal de lo lógico y sólo dirigiendo el interés hacia lo óntico, se puede concebir la sola realidad del objeto. El realismo absoluto tampoco es posible. Estas son dos situaciones extremas irreconciliables. Ni idealismo ni realismo. Sólo cabe la concepción de una realidad categorial.

Formando el concepto categorial en su más amplio sentido: categorías del ser, categoriales ónticas, categorías de valores y categorías lógicas. Ninguno de esos sistemas categoriales anda por separado, haciendo de la realidad lo que le place, sino que cada uno tiene que tomar en cuenta a los otros tres; los otros forman un conjunto unitario de la realidad. (Véase mi concepción de la Unidad de la Filosofía fundamentada en la teoría de los valores). Las capas categoriales más profundas, categorías de síntesis, necesitan las categorías superiores de lo formal de lo analítico, las categorías lógicas, para poder ser concebidas por el hombre y poder tener expresión trasmisible después de haber sido captadas por intuición.

LAS CATEGORIALES DE INTUICIÓN

Las categorías formales lógicas se dirigen constantemente a las categorías ónticas que les sirven de base, y a las cuales interpretan y conciben, y con las cuales están en constante e íntima conexión.

El hombre puede ver esa conexión, pero ser ciego o torpe para lo metafísico; niega entonces el objeto y afirma sólo el sujeto. Puede, por el contrario, ver nada más que el objeto y ser ciego para las categorías de lo eidético, o ver sólo la intuición, los contenidos y no las formas lógicas; es entonces un metafísico, pero un mal metafísico.

Hay el tercer tipo de hombre, ya suficientemente referido aquí; es el filósofo ciego para el problema en general, que no ve ni separadas ni unidas las capas de lo óntico y de lo lógico, es ciego para toda especie de categorías.

Cabe sólo afirmar que ordenamos a la realidad, cuando esto quiera decir, que con nuestra intuición hemos captado el hilo de unión de determinados sistemas categoriales, y que estamos en capacidad de interpretar el mundo; hemos intuído una de las infinitas metafísicas posibles; nos hayamos en posesión de un sistema categorial ontológico formal de los infinitos que constituyen la poliorganizada realidad.

Es ilógico pensar que el mundo no esté a priori organizado por una mente suprema, y que nosotros podamos imponerle organizaciones a nuestro arbitrio; si nos parece que así lo hacemos es sólo porque nuestro yo, en comunicación

METAFÍSICA CATEGORIAL

perenne con esa mente supraindividual, es dirigido, en nuestro subconsciente intuir lo categorial, a concebir una de esas infinitas organizaciones posibles. Si los filósofos conciben tantas organizaciones diferentes que parecen antitéticas, es porque lo hacen con intuiciones no sensibles y sensibles, y al introducir intuiciones erradas en el conocimiento no aciertan a acercarse a la intuición suprema de esa mente supraindividual. Pero en lo real sensible es donde ocurren más aportaciones de intuiciones sensibles; y además es la realidad más impura, la más envuelta por capas categoriales reales y ficticias.

Por ello es para mí el valor la categorial de intuición más pura, de grado categorial superior. Entre las categoriales de valor, tenemos tres categoriales: 1. Categorial del valor religioso; 2. Categorial de los valores éticos y estéticos; 3. Categorial de los valores lógicos.

1ª Categorial, la categorial del valor religioso, la intuición del ser supraindividual, la experiencia íntima de Dios. 2ª categorial, la categorial de lo santo y lo profano, el primer modo de ser Dios en uno.

A la 2ª categorial de los valores éticos y estéticos pertenece como 1ª categorial la intuición de lo bueno y de lo malo, como 2ª categorial intuitiva, la categorial de lo bello y de lo feo. A estas 1ª y 2ª categoriales de lo bueno y de lo bello pertenecen, como a la 1ª y 2ª de lo religioso, determinadas categoriales inferiores.

A la 3ª categorial intuitiva de los valores

LAS CATEGORIALES DE INTUICIÓN

lógicos pertenecen, como 1ª categoría, lo verdadero y lo falso. Como segunda categoría, lo analítico. Como tercera categoría, los principios lógicos supremos, que contienen a su vez como 1ª categoría la identidad, que comprende a su vez como categorías inferiores a los demás principios lógicos.

De cada una de estas categoriales de grado supremo surgen las demás categoriales inferiores, de lo suprasensible, lo no sensible y lo sensible. De las categoriales de lo religioso y de lo ético surgen las diversas categorías de lo suprasensible. En las categoriales de lo estético están envueltas las categorías de lo psíquico y a las categorías de lo lógico están vinculadas las categorías de lo no sensible. Finalmente, a las categorías de lo no sensible, de lo suprasensible y de lo psíquico está categorialmente ligada la categoría más inferior de lo sensible.

La realidad menos envuelta en categorías, menos categorial, es lo religioso y la intuición en sí de los valores en general, la realidad más categorial, más contenida y expresada por categorías es la realidad sensible. He dicho que voy a imponerle una metafísica al átomo. Porque el átomo, la realidad sensible en general, está concebida, está envuelta en categorías lógicas, y como me siento poseer un sistema ontológico formal de categorías, una metafísica categorial, he dicho a manera de imagen, que voy a imponer una metafísica al átomo. Y en realidad voy a imponerle una metafísica al átomo, pues

METAFÍSICA CATEGORIAL

la categorial más profundamente óptica del átomo, de lo sensible, de lo inorgánico, sólo puede ser concebida, interpretada por un complejo de sistemas categoriales ontológico-formales de máximo grado.

Pero las categoriales no se hacen presentes al espíritu sólo por el pensamiento, como expresó Descartes: Con su «cogito ergo sum», ni como han creído De Biran y Dilthey, por la voluntad: «volo ergo sum», sino que ellas penetran por la intuición de los contenidos ópticos y por las formas eidéticas en un complejo de experiencia íntima, que es el complejo valioso, mostrado por mí en la «Concepción de la unidad de la filosofía fundamentada en la teoría de los valores».

Las gradaciones de las cinco notas típicas señaladas por mí en el complejo valioso, constituyen las categoriales metafísicas de diferente grado.

Las cinco notas típicas aludidas corresponden a las categoriales de intuición del valor. 1ª categorial, la intuición de la vivencia emocional de valor; 2ª categorial, la intuición de la vivencia eidética del valor, la expresiva del valor, el juicio de valor; 3ª categorial, la intuición eidética del sér del valor; 4ª categorial, la intuición eidética de la esencia del valor; la metafísica del valor; 5ª categorial, la intuición del impulso de sentido que anima a todo lo valioso, la suprema nota metafísica del valor.

Ni sólo por el pensamiento ni sólo por la voluntad tenemos una auto experiencia de nosotros

LAS CATEGORIALES DE INTUICIÓN

mismos, de los valores, ni de Dios. Tenemos una experiencia inmediata de nosotros mismos y de Dios por una intuición categorial ontológico-substancial, ontológico-formal y lógico-formal.

Sólo tenemos una plena conciencia de nosotros mismos al intuir valores, objetos suprasensibles y no sensibles, de un modo a la vez intuitivo y eidético, categorial óntico y formal. En segundo término, la percepción nos pone de nuevo frente a nosotros mismos, pero lo percibido, como llega al alma de modo mediato, envuelto en categoriales de categoriales de categoriales, provoca en nuestro espíritu la duda y el desconcierto.

Sólo la fe en nuestras intuiciones puras, despojadas de los complejos categoriales, nos restablece en la pura creencia en nosotros mismos, en la fe en nuestra propia metafísica y nos impide caer en un horroroso escepticismo.

El que se ha iluminado con la luz de las categoriales de contenido y de forma, no puede caer en escepticismo, sabe que en la realidad sensible no hay «cosa en sí», sino que ella toda se reduce para el yo en categoriales ónticas y formales, en evolución constante hacia las puras formas-contenido, de lo no sensible, de los valores y del suprasér.

No la «cosa en sí», sino el «ente en sí» se aprehende en categoriales de intuición suprasensible y no sensible y categoriales óntico-formales y lógico-formales no sensibles y suprasensibles.

LAS CATEGORIALES ONTICAS Y LOGICAS DE LA REALIDAD SENSIBLE

En la investigación de las ciencias particulares, matemáticas, física, etc., la categoría de la substancialidad comprende en categoriales óntico-espirituales a la categoría de la causalidad y a la categorial «relaciones numéricas».

Como 1ª categorial, tenemos la categoría substancia, que no desaparece en toda la realidad sensible, en la que permanece como categoría óntico-espiritual puramente metafísica y óntico-formal. Como 2ª categorial, la categorial: el principio de causalidad, comprendido en la primera, y la cual sólo tiene aplicación en un limitado radio de la realidad sensible, como categoría de aplicación continua de causa-efecto y de «acción próxima». Con la categorial «causa-efec-

METAFÍSICA CATEGORIAL

to» se desvanecen una serie de categoriales comprendidas en ella, las categoriales «continuo de espacio», «continuo espacio-tiempo», la categorial «mecánica», que comprende todos los conocidos tipos de mecánica, y sólo queda como única realidad lógico-formal, como única realidad sensible, la categorial «relación» en su sentido más general y la categorial «relación numérica», como 2ª categorial comprendida en la 1ª, y que es a lo único que se reduce todo conocimiento científico de la realidad sensible.

El hombre científico, al dirigir todo su interés a la realidad sensible, ha intuído una serie indefinida de categoriales, para interpretar la realidad de su única afición. Lo ha hecho a veces con categoriales intuídas de un modo no sensible, aunque siempre referidas a objetos sensibles, pero en la mayoría de los casos ha intuído categoriales por medio de intuiciones sensibles sobre lo sensible, lo que ha producido ese asombroso surgir y desaparecer de categoriales en las ciencias especiales.

Cada vez que una categorial impura, introducida por intuición sensible en el sistema categorial de concepción de la realidad sensible, está a punto de desvanecerse por la entrada de alguna intuición no sensible cierta en el sistema general de las categoriales, el científico se ve impelido a intuir una nueva categorial. Y lo hace, pero como en la mayoría de los casos introduce nuevas categoriales intuídas en lo sensible y no en lo no sensible, porque él le ha dado definitiva-

LAS CATEGORIALES ONTICAS Y LÓGICAS...

mente la espalda a lo puro intuitivo, a lo no sensible y a lo suprasensible, la nueva categorial durará muy poco en el sistema general de categoriales interpretadoras de la realidad.

En las llamadas hipótesis de las ciencias particulares tenemos ejemplos evidentes del surgir de esas categoriales que al fin o serán conscientemente rechazadas por ser demasiado absurdas para permanecer en el sistema general categorial y en el sistema subordinado de categorías, o permanecerán como teoría un tiempo más o menos largo, hasta que nuevas intuiciones no sensibles las rechacen.

La física, la astronomía, la biología y demás ciencias de lo sensible dan muestras fehacientes de ello. De todas las ciencias especiales, la matemática, por usar en mayor grado intuiciones no sensibles que sensibles, es la menos sujeta a transformaciones, a pesar de que en la época moderna, por irse desplazando cada vez más de su esfera propia de objetos ideales y dirigirse hacia la esfera de los objetos sensibles que comprende categorialmente, pero que no debe tomar como guía para sus propias categorías de concepción, la matemática ha sufrido el mismo revés de las ciencias de lo real sensible.

La innumerable sucesión de hipótesis y de teorías de la Física y de la Astronomía es de todos conocida. Ahí están, por ejemplo, las llamadas hipótesis de «acción a distancia», de Newton, y «acción próxima», de Maxwell, y los conceptos «fuerza», «energía», etc., todos categoriales

METAFÍSICA CATEGORIAL

de intuición sensible, desvanecidas ante la conciencia atónita de los especialistas.

Otro error de funestas consecuencias es que el científico, encerrado en la esfera de lo sensible, cree que los conceptos de «fuerza», «energía», «átomo», «fotones», etc., simples categoriales óptico-formales y lógico-formales, son entidades de la misma realidad sensible, en que él sólo pone su fe, en que él solo cree y de la cual no le interesa salir.

En la realidad sensible queda como única y última realidad, las categorías «relación» y «relación numérica», la realidad sensible se reduce a categorías lógico-formales, a conceptos, a puro pensamiento. A una ecuación matemática, a una pura relación numérica, se reducen todas las demás categorías y categoriales de la realidad sensible: «paquete de ondas», «fotones», «electrones», «átomo», «éter», «radiación», «continuo espacio-tiempo», «cuantum lumínico» y «cuantum de acción», «mecánica parabólica», «mecánica elíptica», «mecánica ondulatoria» y «mecánica cuántica o estadística», etc.

La categorial «substancia» y la categorial «materia» se reducen también a puro número, a mera categoría lógico-formal.

No cabe, pues, frente a la realidad sensible, hacernos más que uno solo de los cuatro tipos de preguntas: ¿Cómo se comporta esto? ¿Cómo se comporta el átomo? Los demás tipos de preguntas podemos hacérmolas frente a toda rea-

LAS CATEGORIALES ONTICAS Y LÓGICAS...

lidad e imponérselo como una categoría no sensible o suprasensible a la realidad sensible.

Tal como lo he rechazado otras veces no debía descender hasta la metafísica del átomo, pero como los científicos modernos y los filósofos materialistas han hecho metafísica negativa alrededor de lo físico, me dispongo a hacer, a mi vez, metafísica espiritualista alrededor del átomo y sus problemas.

METAFISICA DEL ATOMO

¿Pero es que, en último término, la realidad sensible se reduce a puro número, a concepto, a mero pensamiento? ¿Es que no habremos de llegar jamás a intuir la de un modo directo? ¿Es que la esencia de lo sensible es sólo pura categoría de pensamiento o mera categorial óptico-material y formal?

La realidad sensible no es mera categoría formal ni pura categorial óptico-formal. Pero para el yo que no puede intuir la de un modo directo se reduce a un complejo óptico-material, óptico-formal y lógico-formal, que si pudiese ser intuído privativamente en lo no sensible y en lo suprasensible, sólo con intuiciones no sensibles, sería, no concebida ni interpretada, sino conocida directamente en la esencia, en su propio sér, en su pura categorial de intuición, en su esencia y existencia real no sensible o suprasensible.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Esto no quiere decir que no podemos conocer la realidad sensible en sí. Cada vez que concebimos una categorial formal, que está necesariamente ligada y relacionada a una categorial óntico-formal o material, conocemos en un grado categorial determinado, en el grado que esa categorial nos permite, si es cierta, a la realidad sensible. Es que la «cosa en sí» de Kant no es un algo finito, determinado y diferenciado que está en el substractum de cada objeto sensible. La «cosa en sí» es un fantasma, una sombra que huye de nosotros a medida que la perseguimos, porque no existe. El ente en sí, el ente material y formal está en toda realidad sensible y no sensible, pero su ser es de esencia no sensible y suprasensible, indeterminado, no finito e indiferenciable en lo sensible de un modo absoluto.

Cuando el filósofo y el científico, por diversos caminos, intuyen por una intuición no sensible cierta una categorial de la realidad sensible, han intuído en un grado de categorialidad determinado un «ente en sí», mas no una «cosa en sí», precisamente el ente en sí que es posible captar a ese grado de categorialidad determinado.

Cuando intuimos y llegamos hasta comprobar que la realidad sensible toda, para el tipo de ciencia particular existente, que pertenece a un grado categorial dado, se reduce a pura fórmula numérica, a una ecuación diferencial, a una categoría de pensamiento, debemos comprender que esa pura categorial de pensamiento es el ente en sí tan buscado que responde aquí sólo, es ver-

METAFÍSICA DEL ATOMO

dad, a un único tipo de las preguntas posibles, a la pregunta del cómo, del comportamiento, del proceso. Con esto está captado un ente en sí diferenciado. Pero si exigimos que satisfaga otro ente en sí, o lo que es peor, si pretendemos que tenga una realidad sensible de cosa, como la de este lápiz o de este papel en que escribo, es lógico que el ente en sí se desvanezca de nuevo. Por eso el filósofo acostumbrado a intuir lo no sensible, lo suprasensible y los valores, que intuye, siente y vive el ente en sí, en su experiencia íntima, no le hace falta ni exige que tenga la realidad sensible de lo corporal. En cambio, el materialista, el positivista y el empirista exigen que el ente en sí tenga la realidad sensible y corpórea de un cristal o de una piedra. Para esos tipos categoriales de hombres (existen también categoriales humanas), la cosa en sí aparece absolutamente incognoscible. Y lo será para ellos eternamente, porque jamás una categorial de intuición no sensible, suprasensible o de valor, llegará a adquirir la expresión sensible ni la corporeidad de un cristal o de una piedra.

Cuando el científico, para explicarse la luz de un modo categorial diferente al de Newton, crea la categorial «éter», no se imaginaba que con esta categorial iban más tarde a desaparecer las categoriales de segundo orden «espacio absoluto», «éter inmóvil», «vibración ondulatoria», «ondas electromagnéticas», «éter electromagnético», etc.

Si la luz se propaga en ondas, si la luz vibra,

METAFÍSICA CATEGORIAL

debe haber algo que vibre; hay algo sensible, un líquido en que se manifiestan ondas, esto provoca una intuición sensible errada que da al científico la categorial «movimiento ondulatorio», que se aplica a la nueva categorial «éter» para dar el concepto de éter ondulatorio. Pero el científico olvida, o mejor, no sabe, que «éter» y «éter ondulatorio» no son realidades concretas sensibles, sino simples categoriales ópticas y formales, propias sólo para explicar relaciones de procesos. Pero tampoco los procesos son entes en sí. Tanto la «relación de procesos» como «los procesos» mismos son categoriales. Es que todo «ente en sí» es por esencia, no categorial, irracional.

Así como el supremo «ente en sí», Dios, es irracional, todo otro ente lo es del mismo modo. No es, pues, que la «cosa en sí» o el «ente en sí» no existan o sean incognoscibles; sino que el ente en sí, como todo ente, es irracional.

La labor de la filosofía es tratar de racionalizar lo irracional, de encerrar en categoriales el sér. Por eso cuando los famosos físicos de Chicago Michelson y Morley buscan el esperado «viento de éter» que había de surgir cabe las franjas medidas por su interferímetro, el vehículo de las ondas lumínicas no aparece en lo sensible. Es que el «éter», como muchas otras realidades físicas, no es una realidad sensible, sino una categorial falsa. La categorial «espacio absoluto», surgida en el sistema de las categoriales con la intuición sensible errada de Euclides al crear la

METAFÍSICA DEL ATOMO

geometría parabólica, está a punto de desvanecerse con la ausencia del «éter inmóvil» en el aparato de los físicos norteamericanos.

Pero los físicos defensores del espacio absoluto, del éter inmóvil y de la mecánica parabólica, apasionados de un sistema categorial próximo a desaparecer, inventan hipótesis a granel. De éstas sólo la de Fitz Gerald y Lorentz, de la «contracción de la materia», surge como una nueva categorial de primer grado en un nuevo sistema de categoriales que ella misma provoca y que habrá de tener muy poca vida.

La categorial «contracción de la materia por el movimiento» es una categorial de tercer grado. Ella es una categoría de categoría de categoría, pues contiene la categorial 1ª, «materia», y la categorial 2ª, «contracción de la materia» y 3ª, la categorial «contracción de la materia por el movimiento».

De esta categorial se infiere el principio de «los cambios de metros y tiempos en una sola dirección del universo», que será la categorial 1ª o categorial superior del sistema parcial de categoriales constitutivas de la llamada Relatividad especial. A este sistema de categoriales pertenecen otras categoriales de segundo orden, puramente conceptuales-ontológicas y conceptuales-numéricas, como la categorial «aumento de la masa con la velocidad» y la categorial «coeficiente de la relatividad por el movimiento» y «velocidad de la luz, límite de velocidades físicas».

METAFÍSICA CATEGORIAL

Este sistema categorial de la Relatividad especial o restringida no podía permanecer mucho tiempo en el sistema general de las categoriales metafísicas y de las categorías puramente lógicas, estaba viciado de errores debido a que había surgido al mundo de lo categorial a través de una intuición sensible, captada sobre la experiencia mediata de un experimento físico.

En una conexión íntima con este sistema categorial, comprendiéndolo a su vez, está el sistema categorial parcial de primer grado, con sus categoriales superiores «tiempo absoluto», «espacio absoluto», «universo plano», «universo infinito», «mecánica parabólica», considerada como un caso límite de la hiperbólica. Y comprendida a su vez en esta categorial, como una nueva categorial de segundo orden, la categorial «mecánica parabólica newtoniana», como un caso límite, debido a la velocidad, de la categorial «mecánica hiperbólica einsteinniana».

Todo este sistema categorial lógico-ontológico-metafísico, se transforma primero y se desvanece después, ante el surgir de categoriales concebidas sobre nuevas intuiciones sensibles erradas y no sensibles ciertas.

El nuevo sistema categorial de la relatividad general einsteinniana con su categorial superior de «los cambios de metros y tiempos en todas las direcciones del universo» resulta también afectado de falsedad por haber admitido en su seno la categorial ficticia de la «contracción de la materia», intuída de un modo sensible en el sis-

METAFÍSICA DEL ATOMO

tema categorial anterior. He ahí por qué surgirán más tarde antinomias entre categoriales ficticias y reales que habrán de transformar el nuevo sistema.

En este sistema surgen como categoriales de 1er. orden, las categoriales «equivalencia entre gravedad e inercia», «universo tetradimensional de Minkowski», «continuo espacio-tiempo», «coeficiente de relatividad general einsteinniana», que es el mismo de la relatividad especial, «ilimitación de las velocidades físicas», «el universo finito pero ilimitado», «mecánica elíptica riemanniana», los «potenciales de gravitación», el «éter electromagnético», «la ecuación general de la gravitación», etc.

El físico newtonniano creía en la realidad concreta del espacio absoluto y de la gravedad, dos categoriales de grado superior en el sistema mecánico clásico; el relativista ha creído no menos concretamente en la realidad absoluta de su sistema de relatividad de metros y tiempos; no lo sabe, como no lo sabía tampoco el newtonniano, que sus pretendidos conocimientos sobre lo sensible, son simples sistemas categoriales, por eso al querer unir en una ley única los llamados campos gravitatorios y los campos electromagnéticos, fracasa, porque no se pueden unir dos cosas diferentes por una misma fórmula matemática, ni menos dos categoriales óptico-formales y lógico-formales, por medio de la categorial numérica de una ecuación diferencial.

De ahí que el matemático y físico García de

METAFÍSICA CATEGORIAL

la Concha captase en una intuición no-sensible, la categorial de «las funciones de espacio» que debía interpretar en una sola fórmula matemática, tanto la categorial «campo gravitatorio» como la categorial «campo electromagnético».

Desvanecidos los campos gravitatorios y los electromagnéticos, debían ser concebidos éstos en una sola categorial que en García de la Concha es «la ley de las funciones de espacio» y en Einstein «la ecuación del campo único de dimensiones».

De este modo la realidad sensible se ha reducido para los mismos científicos a una simple fórmula numérica, o a una ley matemática. Y en última síntesis, para el filósofo, la realidad sensible es una mera categorial óptico-espiritual, óptico-formal y lógico-formal, como acabo de mostrar con la precedente investigación de los procesos macrocósmicos físicos que culminaron con la relatividad general.

Haciendo caso omiso por ahora de los procesos microcósmicos del átomo, que investigaré más adelante, me interesa analizar los resultados físicos que han dado lugar a conclusiones filosóficas materialistas. No lo haré así porque crea que debemos esperar los resultados de los hechos para hacer nuestras conclusiones filosóficas, sino para mostrar solamente que no estamos facultados para deducir interpretaciones metafísicas de los hechos particulares, para dar con ellas sentido a los ideales superiores del hombre y que si las hacemos es sólo imponiendo

METAFÍSICA DEL ATOMO

nuestra visión metafísica a priori a la realidad sensible, o por lo menos deteniéndonos allí donde los hechos parecen comportarse o se comportan de acuerdo con nuestros propios sistemas metafísicos a priori.

Sólo podemos tener un conocimiento metafísico, suprasensible o categorial de la realidad sensible, pero el cientista y el filósofo positivista se empecinan en alcanzar un conocimiento directo y absoluto de lo sensible en lo sensible mismo; se esfuerzan más y más en negar lo metafísico y lo categorial, que es un complejo de suprasér, ontología y logicismo, el único lenguaje a que podemos traducir la síntesis absoluta de lo no sensible y de lo suprasensible, envuelta en las capas categoriales de lo sensible.

He descendido hasta la capa más complejamente categorial de lo sensible, no para hacer en ella metafísica, sino para mostrar que cuando tal cosa se ha hecho, se ha tomado el sentido de lo puro suprasensible por el de lo sensible.

La finitud o la infinitud, el determinismo o el indeterminismo, la inmortalidad, la libertad, no han de deducirse de los hechos particulares, de la realidad sensible, como lo pretendieron los filósofos del siglo XIX, Espencer entre otros, y como lo siguen pretendiendo positivistas y pragmatistas modernos, que toman como realidad primordial y como realidad modelo a la realidad sensible. Lo que no se comporta como la realidad sensible no es cierto para positivistas y pragmatistas. Así los filósofos y cientistas han

METAFÍSICA CATEGORIAL

pasado de espiritualistas a materialistas, de deterministas a indeterministas, etc., según que ciertos procesos naturales afecten o parezcan afectar formas semejantes a las categoriales de pensamiento correspondientes a esas posiciones metafísicas.

No somos espiritualistas porque la física moderna haya comprobado la equivalencia entre materia y energía, pues el físico no ha comprobado que la materia es energía ni que la energía es materia. Lo único que sabemos es que la categorial «energía», de mayor grado que la categorial «materia», comprende categorialmente a ésta, y era por eso posible y lógico, que en algún determinado sistema categorial, intuido de un modo no sensible, apareciese una equivalencia donde sólo hay una comprensión de conceptos, de categorías. Es cierto que es posible que haya un ente que se comporte de modo tal que provoque en nuestro sistema lógico tal equivalencia. Esto se explica de este modo. No hay más que dos posibilidades: la equivalencia es cierta o no lo es. Si lo es, es porque el sistema lógico formal ha sido construido y desarrollado a base de intuiciones no sensibles, correspondientes a categoriales óptico-materiales y óptico-formales ciertas. Si no lo es, puede serlo por dos motivos, porque el sistema lógico formal ha sido concebido con intuiciones sensibles erradas, aunque ópticamente la equivalencia sea cierta, lo que podría producir un sistema categorial lógico formal erróneo, donde se produjesen verdades

METAFÍSICA DEL ATOMO

no correspondientes a la realidad, pseudoverdades, o la equivalencia es en sí ópticamente incierta; no es, y por medio de intuiciones sensibles inciertas introducidas en un sistema categorial, obtenemos una equivalencia que no existe.

Como estas dos posibilidades pueden tener lugar, pues puede llegarse a verdades en que las categoriales lógico-formales se correspondan con las óptico-formales y con las óptico-materiales, verdades rigurosas, y se puede llegar también a verdades en que las categoriales se correspondan sólo con categoriales lógico-formales u óptico-formales, pseudoverdades, sería posible obtener como en el ejemplo aludido de la equivalencia, una igualdad real o una igualdad ficticia entre materia y energía. Y como el científico no puede por medio de lo sensible decidir entre verdades rigurosas y pseudoverdades, no puede distinguir las y se ve de ese modo compelido constantemente a hacer rectificaciones en su sistema categorial, a pesar de que él cree que rectifica a la realidad sensible o que la realidad sensible lo hace rectificar.

Hay una realidad óptica-espiritual en la esencia del yo y en el alma, susceptible de captar intuiciones no sensibles, suprasensibles y valores, objetos de su propia esencia óptica. Esa realidad óptico-espiritual que penetra en el alma por intuiciones no sensibles tiene su contrapolo en la realidad sensible. Podemos considerarla como una realidad óptico-material u óptico-espiritual de la primera. Esa realidad, diferente a

METAFÍSICA CATEGORIAL

nuestra propia esencia, arropada por lo sensible, el espíritu se ve en la necesidad de elaborarla en categorías para comprenderla y transmitirla. Si el hombre elaborase esos sistemas categoriales sólo por medio de intuiciones no sensibles, obtendría siempre categoriales rigurosamente ciertas para interpretar la realidad sensible, como tiene categoriales de intuiciones rigurosamente ciertas en la más profunda experiencia de Dios, de lo no sensible, de lo suprasensible y de los valores.

No estuvimos, pues, obligados a ser mecanicistas, mientras los filósofos del siglo XIX pretendieron sólo intuir categoriales de «lo mecánico» en todo, inclusive en la vida, como no nos autoriza hoy tampoco la categorial de «lo móvil», de Bergson, a creer sólo en lo moviente.

Del mismo modo no nos debe hacer determinista el hecho de que en la relatividad se haya intuído una ecuación diferencial, un universo unidimensional que nos permite determinar rigurosamente en espacio y tiempo todo suceso universal. (Aparte de que yo he intuído ya que el universo de Minkowski se reduce sólo a una función universal de puro tiempo, esto para mí no es más que una nueva categorial de mayor grado que las categoriales de Einstein y la de García de la Concha, categoriales sólo algo más complejas que la mía). Tampoco debe tornarnos indeterministas la categorial «principio de indeterminación de Heisenberg», porque este físico alemán haya encontrado que no es posible determinar,

METAFÍSICA DEL ATOMO

ni en posición ni en velocidad, a un electrón en movimiento. He dedicado gran parte de mi vida a las matemáticas y a la física y conozco en detalles el fenómeno que dió lugar a Heisenberg a intuir su famosa categorial, intuída en lo sensible, llamada también «principio de imprecisión». Pero como filósofo me he sentido siempre intuir la categorial no sensible «indeterminismo», por encima de la categoría de la «causalidad», tan preponderante en la filosofía del siglo XIX y de los positivistas y a pesar del rigorismo matemático del mundo relativista y del determinismo y finitud de la mecánica elíptica del mismo.

No se es un animista, un finalista o un vitalista o un holista, porque se haya intuído de un modo sensible la categorial primera «quantum de acción» y las categoriales derivadas de ésta: «proceso a saltos del electrón», «espacio discontinuo del átomo» y «mecánica cuantística o estadística», que indujeron a científicistas y filósofos a creer en una crisis de la mecánica; no. Se es animista, finalista, vitalista y holista sólo cuando se ha intuído de un modo no sensible las categoriales suprasensibles del «animismo», del «finalismo», del «vitalismo» en sus tres formas, o del «holismo».

Ponemos nuestra fe en la existencia del alma, en la teleología de lo orgánico, en una fuerza vital «diafísica», psíquica o supraindividual o en la totalidad teleológica de lo orgánico, no porque tales o cuales hechos empíricos nos induzcan a ello, sino porque tenemos la experiencia

METAFÍSICA CATEGORIAL

íntima de intuiciones no sensibles o suprasensibles que nos afirman en nuestra propia fe o creencia.

No tenemos, pues, derecho ninguno para apoyarnos en lo empírico al hacer metafísica de lo inorgánico, metafísica del átomo, metafísica de lo psíquico, ni ninguna otra metafísica.

Un hecho empírico puede corresponderse con una categorial metafísica de lo inorgánico, que intuída de un modo no sensible, sea la concepción lógico-formal, óntico-material de ese hecho. Pero el hombre no posee un criterio seguro, fuera de la fe que pone en su propia creencia al intuir una categorial, y no puede distinguir con nitidez una categorial verdadera de una categorial ficticia, una verdad rigurosa de una pseudo-verdad. El hombre no sabe con una certeza absoluta cuándo una categorial lógico-formal se corresponde con su propia categorial óntico-material. Y no lo sabe, ni podrá saberlo, porque dirigido hacia lo sensible, no diferencia entre realidad sensible, pura apariencia y realidades no sensibles y suprasensibles en sus respectivas formas categoriales de diversos grados. La pseudo-verdad categorial no tiene nada que ver con el relativismo de la verdad de Spengler. En mi doctrina de la verdad categorial no hay más que una sola verdad: la verdad absoluta, categorial metafísica. Pero esto no obsta para que tengamos que reconocer que en las ciencias particulares como en la filosofía empirista, el empírico y el cientista introducen una pseudoverdad

METAFÍSICA DEL ÁTOMO

categorial producida por la correspondencia de categoriales lógico-formales con categoriales óntico-formales falsas intuídas por intuición sensible sobre objetos irreales. Cuando intuiciones no sensibles ciertas nos vienen a convencer de que una cosa, pseudoverdades, son simples mirajes producidos en nosotros por intuiciones sensibles erradas, la verdad pura resplandece y desplaza del sistema general categorial a las pseudoverdades, que no tuvieron una existencia real, sino que fueron una simple irrealdad formal. Es esto lo que ha hecho pensar a ciertos filósofos en la relatividad de la verdad. La verdad no es relativa, la única relativa es la pseudoverdad, que está constituída por categoriales óntico-formales, intuídas en lo sensible e introducidas en los sistemas categoriales ficticios o reales, lo que produce la aparente relatividad de la verdad, mientras las categoriales ficticias no sean totalmente eliminadas de un sistema categorial real dado.

La metafísica de lo inorgánico, del átomo, sólo cabe hacerla respondiendo a dos de los tipos de preguntas ya establecidos, a las preguntas del «qué» y del «cómo»; esto es, las preguntas que responden a la esencia y al comportamiento del sér de lo sensible. ¿Pero es que la esencia de lo sensible es mero comportamiento o hay detrás de lo sensible un ser de infinitas diferenciaciones? ¿Y si es esto último, cómo podemos conocerlo?

Hay en lo sensible un ente, sí, sólo intuible

METAFÍSICA CATEGORIAL

por medio de lo no sensible, de un modo directo y concebido por medio de categoriales óptico-formales y lógico-formales sobre el ente óptico-material. Esta es la única metafísica posible en lo inorgánico. Pero esta es una especie de metafísica de segundo orden, una metafísica especial, categorial, lógico-formal y óptico-formal, que responde sólo a las preguntas del «qué» y del «cómo» y comprendidas en dos categoriales de máximo grado, que son la «relación numérica» y la «relación». En la primera categorial, «relación numérica», se desenvuelven las ciencias particulares. Por eso en ellas todo se reduce a comportamientos, a relaciones superficiales de procesos. En ellas toda la realidad sensible se reduce a una fórmula matemática, una ecuación diferencial que pretende resolver todos los procesos naturales. Hoy es una fórmula, mañana será otra; porque hoy es una categorial numérica que encierra en sí todos los procesos macrocósmicos, después es otra categorial numérica que interpreta los procesos microcósmicos y mañana será una nueva fórmula que interpretará procesos macrocósmicos y microcósmicos en una unidad aún no establecida.

A la segunda pregunta del «qué» del «cuál» responde una metafísica de lo inorgánico. ¿Cuál es la esencia de la realidad sensible? Ya hemos visto que para el cientista es pura relación numérica de un fenómeno, de procesos, una mera categorial numérica.

El cientista y el filósofo positivista (inclusi-

METAFÍSICA DEL ATOMO

ve Kant) se hacen una pregunta y se responden otra. Se han hecho la pregunta del «qué» y del «cuál» o la persiguen inconscientemente, y se responden o no se responden, porque ellos no se hacen preguntas, sino que encuentran al acaso la respuesta al «cómo». ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo se comporta aquello? Para el cientista y para los filósofos positivistas, conocemos procesos y sólo procesos, fenómenos, como decía Kant.

Pero sólo conocemos fenómenos, no porque no estemos capacitados en esencia para conocer otra cosa, sino porque hemos torcido el rumbo. Estamos desviados en el recto método del conocimiento.

Creemos modernamente que lo único digno, útil y posible de conocerse está en lo sensible, ya que debemos encontrarlo de un modo directo en lo sensible. He ahí el error, que nos ata a los procesos. En lo sensible, en relación con lo sensible, hay un ente, óptico-material, no una «cosa en sí», que como ente, como esencia o existencia, no debemos buscar en lo sensible ni esperar que surja de lo sensible. Ese ente en sí sólo puede ser captado por el yo en lo no sensible, en lo supra-sensible o en los valores, según sea el tipo categorial de pregunta de que se trate.

Y como el hombre se ha empeinado en encontrarlo todo en lo sensible, se ha dirigido a lo sensible. Y dirigiéndose a lo sensible sólo ha encontrado respuesta a una pregunta. La respuesta al cómo suceden los procesos, encerrada en la categorial numérica de una fórmula matemática.

METAFÍSICA CATEGORIAL

A la segunda pregunta del «qué» y del «cuál», de la esencia de lo sensible, he tratado de responder en esta metafísica que se construye a una categorial de puro pensamiento, no captada en lo sensible, sino siempre captada en lo no sensible y en lo suprasensible.

El ente en sí en relación con lo sensible sólo está en lo no sensible y en lo suprasensible. Cuando los científicos y los filósofos tengan fe en esta intuición no sensible, el monstruo de lo sensible que se ha apoderado del espíritu del hombre moderno se desvanecerá y una época de suprema visión metafísica contemplará una nueva transformación del mundo.

Pero el error más grave que pretendo subsanar con esta metafísica categorial es el que se refiere al intento, más absurdo aún, de científicos y filósofos positivistas, que pretenden responder, referido a lo sensible, preguntas primitivas y categorialmente metafísicas, preguntas que responden al «por qué» y al «hacia», preguntas que sólo responden a intereses puramente humanos y que sólo atañen a la esencia óptica de la persona.

Estas preguntas no deben indagarse nunca en lo sensible, sino puramente en lo no sensible, en lo suprasensible y en los valores.

Es impropio buscar o hacer depender la existencia de Dios de un modo racional, del comportamiento del universo sensible, de su armonía o de su aparente desorden, de la llamada «muerte del Universo», inducida de la «entropía».

METAFÍSICA DEL ATOMO

Es impropio inducir el indeterminismo o el determinismo del comportamiento de ciertas regiones del universo sensible, de los resultados del «quantum» o de la relatividad. Y más absurdo aún e impropio es deducir de la pretendida muerte del Sol y las estrellas, un sentido escéptico, materialista y antirreligioso de la vida humana.

Los problemas esenciales al sentido y a los ideales de la vida humana, problemas cuyas respuestas corresponden al «por qué» y al «hacia» de los destinos del hombre, no pueden resolverse ni por categoriales no sensibles referidas a lo sensible, ni menos por categoriales sensibles captadas en lo sensible, sino sólo por categoriales no sensibles, óntico-espirituales, óntico-formales y lógico-formales, intuídas en lo puro no sensible, suprasensible y los valores.

Después de intuídas estas categoriales no sensibles podemos, a nuestro antojo, referirlas y aplicarlas a lo sensible, seguros de que encontraremos allí correlatos categoriales óntico-materiales de lo no sensible. De ahí que me propusiera mostrar que podemos imponer una metafísica espiritualista a lo sensible, naturalmente con la misma impropiedad con que los positivistas y los monistas le imponen una metafísica materialista a lo sensible. Casi me siento arrepentido de hacerlo. Después de esbozada en detalles la intuición de esta metafísica categorial repugna más a mi espíritu hacer filosofía espiritualista científiconatural. Por ejemplo, es una verdad del

METAFÍSICA CATEGORIAL

holismo la afirmación de que unas realidades están comprendidas en otras, en un complejo de totalidad orgánica, cuando se refiere a los problemas de la vida. Pero la vida no se puede explicar con la categorial «mecánica», con que la intentó explicar el siglo XIX, ni tampoco lo que afirma la realidad espiritual, formal o categorial de la vida es el rechazo de la mecánica, inducida por una pretendida crisis de la mecánica del continuo, ni por una nueva pretendida crisis del universo discontinuo del átomo. La vida es una realidad categorialmente superior a lo mecánico y corresponde a un sistema categorial de diferente orden. Para mí, lo mecánico no explica a la vida, ni la vida se resuelve en mecánica. El problema se reduce a que la categorial «vida» comprende la categorial «mecánica».

Más adelante mostraré cómo el átomo de carbono, que pretenden los materialistas que es la base de la vida, es simplemente un átomo más complejo que acompaña a la vida, pero no es la vida misma.

EL ENTE EN SÍ DE LO SENSIBLE

Desciendo a la metafísica del ente en sí de lo sensible, investigada con las categoriales de lo sensible de las ciencias particulares, sólo para mostrar en detalles cómo el ente en sí de lo sensible no debe buscarse en lo sensible, sino en lo puro no sensible.

Si el ente en sí de lo sensible ha de estar en lo sensible hay que buscarlo como lo han buscado siempre los filósofos materialistas de todos los tiempos, en la materia. Veamos cómo lo han hecho los filósofos materialistas y monistas, para mostrar que el ente en sí, sumido en lo sensible, se reduce a una pura categorial numérica, cuando respondemos a la pregunta del «cómo» y a una categorial lógico-formal y óptico-formal, cuando respondemos a la pregunta del «qué» o del «cual».

Desde Demócrito, el filósofo materialista, creador de la teoría atómica, se ha creído

METAFÍSICA CATEGORIAL

dicha teoría constituída por partículas pequeñísimas, denominadas moléculas y átomos. Esto sólo muestra ya que la categorial «materia» es concebida por medio de una intuición sensible hecha en lo sensible.

Plotino consideraba a la materia como el «no sér»; otros filósofos la han concebido como substancia. Plotino quiso decir con su agudeza mística y con su pura intuición de lo no sensible, que la materia es lo que no es, porque en la materia el ente en sí que no cambia nos provoca la sensación del cambio.

Para el materialista Ernesto Mach todo sér se reduce a sensaciones. Candillac cayó también en torpeza semejante. Estos ingenuos señores no llegaron a saber que toda sensación es un acto psíquico, interno, un acto complejo mezclado siempre con algún juicio. Una sensación sin un yo que le dé unidad y la valore en un pensamiento, es algo sin sentido, algo como la sensación indescifrable del gato de mi casa.

A la física no le interesa sino el cómo, pero implícitamente, al investigar procesos, responde al qué en cuanto dice qué es lo que sufre esos procesos.

Ora dice que es la molécula el constituyente más simple de los cuerpos compuestos, como el agua, que se compone de una molécula de oxígeno y dos de hidrógeno. En todos los compuestos las moléculas se unen, formando un verdadero sistema dinámico, regido por las leyes

EL ENTE EN SÍ DE LO SENSIBLE

universales de la físico-química (ley de la gravitación) y se separan por causa de las mismas leyes. No hay que seguir más adelante para comprender que ya se ha constituido aquí un sistema categorial de lo sensible con su primera categorial, «la materia», y con sus categoriales secundarias, «la gravitación», «sistema dinámico» y «moléculas». ¿Podría decir algún materialista que ha visto de un modo sensible la gravitación, la materia, un sistema dinámico o una molécula? Sólo lo ha visto con el pensamiento, de un modo categorial, aunque con una intuición sensible.

Por mucho tiempo la molécula se consideró como el sillar último de los cuerpos, pero bien pronto hubo necesidad de introducir una nueva categorial: «el átomo». La molécula se consideró así constituida a su vez por átomos. Pero, ¿qué ha sido hasta ahora el átomo? Para unos ha sido el constituyente material de la molécula, para otros, entidades corpusculares que en sistemas dinámicos o geométricos forman el edificio molecular, o ya la estructura última indivisible.

Diferentes sistemas categoriales le han llamado tanto al átomo como a ese otro constituyente ultérrimo de toda manifestación sensible, el electrón, ya «estados de masa» o «expresiones de densidad del espacio» o «nudos invariables de energía», etc.

El átomo fué considerado por mucho tiempo como última división de la materia y como la

METAFÍSICA CATEGORIAL

prueba fundamental de aquel principio en que descansaban todas las ciencias naturales, la categorial «la materia es indestructible».

Este principio, sustentado por varias generaciones de científicos y filósofos, ha recibido en la época moderna serias refutaciones. Se ha llegado a comprobar que es una categorial incierta. Los sensacionales descubrimientos de Croock, Curie, Thompson, han mostrado que la materia se desintegra. La energía potencial que contiene almacenada en estados dinámicos estables puede manifestarse en estados dinámicos libres (lo que comunmente se considera como energía), y devolverse al universo en la forma de radiaciones de diversas longitudes de onda. Esto obliga al científico a intuir una nueva categorial, que lo induce a decir que la materia no es sino energía condensada o aprisionada. Pero el científico no toma en consideración que ésta es una categorial de segundo grado. Ni sabemos lo que es la materia ni sabemos lo que es la energía y afirmamos enfática y orgullosamente que «la materia es energía aprisionada» o que la materia es «un nudo energético».

Las categoriales, intuídas acerca de la luz, pretenden responder también a la pregunta de cómo se comporta lo sensible. A la concepción categorial, intuída en lo sensible, de la luz como emisión de partículas, se opone la categorial sensible de «ondas» propagadas en el éter y la física pasa de una mecánica de proyectiles a una mecánica de balanceo. Pero bien pronto ni una

EL ENTE EN SÍ DE LO SENSIBLE

categorial ni la otra podían satisfacer la realidad óptica del sér sensible.

La luz pasa de ese modo a ser un monstruo de dos cabezas, por una nueva categorial también sensible que concibe una realidad dual hecha de proyectiles y de ondas.

Si se le pregunta al científico cuál es el ente de lo sensible, respondería, aunque ello no le interesa ya, que, una partícula cargada de electricidad positiva, protón, y otra partícula de masa 1845 veces menor, cargada de electricidad negativa, el electrón, o ya que todo lo sensible se reduce a «ondas».

Para unos científicos, toda la realidad se reduce a electricidad, para otros es sólo partículas girando en sistemas dinámicos, para los más todo lo sensible se resuelve en un perpetuo ondular.

Cada uno cree a la realidad hecha de electricidad, de partículas o de ondas. Pero la realidad sensible no está hecha de nada particular. Ella sólo es concebida por medio de categoriales. El cimiento último de lo sensible se ha explicado lo mismo por medio de la categorial «electricidad», que reduce todo lo existente en el mundo sensible a cargas eléctricas; o por medio de partículas, entidades de masa, que constituyen cosmos estables o dinámicos, átomos formados por protones y electrones, que se diferencian sólo en el número; o por medio de ondas, de tal modo, que la materia inerte son ondas aprisionadas que se

METAFÍSICA CATEGORIAL

propagan lentamente y las de energía libre, ondas que se propagan con gran rapidez.

En estos tres sistemas de explicarse la realidad sensible, partículas, electricidad y ondas son tres rótulos, tres formas lógicas captadas de un modo sensible sobre lo sensible. Por ello son erradas las tres, pero las tres son pseudo-verdades que levantan sólo un canto del velo de la realidad sensible.

Las sensaciones son sombras que oscurecen la realidad óptica. En estos tres sistemas categoriales, tanto para obtener la categorial «protón-electrón», como para llegar a la categorial «electricidad» o a la categorial «ondas», el hombre se dejó dirigir por lo sensible más que por lo no sensible. Las impresiones de tacto, tanto musculares como visuales, engendraron los pseudoconceptos de «cuerpo» y de «masa», que habría de dar a su vez los pseudoconceptos derivados: «partícula», «molécula», «átomo», «protón» y «electrón», categoriales ficticias originadas en lo sensible.

La categorial «electricidad» fué del mismo modo inducida en lo sensible.

Frente al hecho sensible de acción y repulsión provocado por el frotamiento del ámbar, que en griego se anuncia por el vocablo electrón, da la otra categorial ficticia, «electricidad», con que se ha querido interpretar toda la realidad sensible. Todos conocen el hecho común que dió origen a la categorial «ondas», de la piedra caída en el estanque.

EL ENTE EN SÍ DE LO SENSIBLE

La que debía dar una serie de categoriales derivadas: «ondas de líquidos», «ondas de sólidos», «ondas de gases», «ondas de éter», «ondas electromagnéticas» y «ondas lumínicas» o «fotones». Según tres categoriales distintas, la realidad sensible se reduce, pues, en último término, a pequeñísimos corpúsculos de masas gravitatorias, o a electricidad, o a ondas. Pero, ¿qué es, en última síntesis, la realidad sensible, corpúsculos, electricidad u ondas? Son tres aspectos diferentes del ente en sí, que aunque íntimamente relacionados, no responden a su esencia, sino a sus comportamientos, pues el ente en sí no se capta en lo sensible, sino en lo no sensible. Pero hay algo que unifica y dirige los comportamientos del ente en sí, y ese algo es la categorial «tiempo», el intervalo psíquico por medio del cual se mide y se ordena todo lo sensible. Por medio de ese intervalo regulador de todo lo sensible penetran en nosotros todas clases de sensaciones. Por medio de la duración psíquica tenemos la sensación del movimiento, la sensación del ondular, la sensación de la realidad sensible espacio. Todas las realidades que penetran en el yo por medio de sensaciones son categoriales derivadas del tiempo. El tiempo es, pues, la categorial primera de todo lo sensible, el ente en sí de lo sensible, que reducido a cero en lo no sensible, aparecerá entonces en lo no sensible, lo suprasensible y los valores en su más íntima esencia, como pura intuición no sensible.

EL ESPACIO, COMO UNA SEGUNDA CATEGORIAL DEL TIEMPO

Cuando medimos una magnitud, realmente no la medimos con longitud, sino con tiempo. Esto puede aparecer algo extraordinario a la mente común, acostumbrada a concebir la realidad a base de las sensaciones, pero basta sentirse iluminado por la luz suprasensible de lo no sensible, para comprenderlo.

Al medir una magnitud cualquiera lo hacemos sólo porque podemos aplicar a lo sensible el intervalo psíquico de nuestro tiempo interior, aplicado a la unidad de medida y reaplicado a lo medido. Y como todo lo espacial, todo lo medible, sólo puede serlo, sólo puede ser percibido por el tiempo que duramos en su medición; el espacio no es sólo una función del tiempo, como lo ha reconocido así la ciencia, sino que el espacio está engendrado por el tiempo, es una segunda categorial del tiempo.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Pero el tiempo y el espacio no son dos intuiciones, como creía Kant, para ordenar la realidad. El tiempo y el espacio no son intuiciones. El tiempo no se intuye, sino se vive su duración en las vivencias psíquicas. En las vivencias eidéticas no vivimos el tiempo, porque la experiencia de lo vivido tiene un intervalo infinitamente pequeño, nulo, y el tiempo en ese límite no se aprecia. ¿Quién puede apreciar el tiempo que dura la intuición no sensible de un eidos, de una relación, de un valor, o la intuición de un objeto suprasensible? Sólo notamos el tiempo cuando él se nos sensibiliza en lo que llamamos espacio, cuando aplicamos nuestro intervalo psíquico a las cosas, a lo sensible, cuando nuestro tiempo se transforma o se nos desdobra en espacio o en realidad sensible. Lo no sensible se intuye, lo sensible se percibe y se construye, pero no se intuye. Yo no intuyo una mesa, ni una casa, ni tengo tampoco una vivencia de una mesa ni de una casa. Yo intuyo la categorial «mesa» o la categorial «casa» y puedo sentir las vivencias categoriales de la mesa o de la casa; pero esas vivencias o intuiciones tienen como capa inferior las categoriales «mesa» y «casa», pero no la mesa ni la casa como objetos sensibles, que necesitan ser concebidos porque no pueden ser intuídos. La espacialidad no es nada en sí; sólo el tiempo es ente en sí, que engendra espacio, movimiento y todo lo sensible con su mundo de sensibilidad y de apariencias.

EL UNIVERSO TIEMPO UNIDIMENSIONAL

El universo tetradimensional de Minkowski considera todo suceso universal localizado en espacio y tiempo. Minkowski intuyó en lo sensible la categorial conocida con el nombre sugestivo de «cuarta dimensión». El tiempo no es una cuarta dimensión del espacio. No es tampoco una cuarta dimensión ligada a otras tres dimensiones homogéneas, de diferente naturaleza que ella. El universo aparece así como un mundo heterogéneo hecho de espacio y de tiempo o de espacio-tiempo. Pero esto sólo ha podido ser así porque la cuarta dimensión fué concebida por el camino de lo sensible.

Para el matemático, dos coordenadas o dos dimensiones determinan la posición de un punto en un plano. Tres dimensiones son necesarias para la determinación del punto en el espacio, Si ese punto es un suceso universal que tiene ori-

METAFÍSICA CATEGORIAL

gen y se desplaza, la huella sensible de ese desplazamiento, de estructura lineal, como las demás dimensiones, va a constituir con aquéllas una cuarta dimensión lineal, el tiempo. Pero éste es a todas luces un universo incongruente. El tiempo no puede tener expresión sensible lineal ni puede estar coordinado al espacio. El espacio está embebido en el tiempo que lo contiene como única dimensión psíquica capaz de desarrollarlo, de cerrarlo en la realidad óptica de un intervalo.

No existe más que el universo unidimensional o de una sola dimensión, que el intervalo psíquico comprende como un suceso universal homogéneo e integral. Supongamos, por ejemplo, un paralelepípedo o una esfera real, como un lleno de masa, de energía, de electricidad, de ondas, un protón que se expande, como diría un científico moderno, o un paralelepípedo como un lleno de tiempo. Si esa esfera o ese paralelepípedo lo sorprendemos en una magnitud infinitamente pequeña, en una magnitud infinitesimal, como diría un matemático, el punto suceso y los puntos diferenciales, que serían las coordenadas lineales ligadas al punto suceso, serían indiferenciables del punto suceso mismo. El espacio, estaría aquí hasta para la mente del científico embebido en el tiempo. Pero el espacio no puede estar embebido en el tiempo para un suceso origen y salido del tiempo para un suceso intermedio o para un suceso final. El espacio está, pues, para cualquier suceso universal embebido en el tiempo. Lo único que varía es el intervalo psíquico con

EL UNIVERSO TIEMPO UNIDIMENSIONAL

que el yo observa el suceso, esto es, mide el proceso. Si el proceso es instantáneo, el intervalo psíquico es infinitamente pequeño, y el espacio queda totalmente embebido en el tiempo. Si el proceso es amplio, el intervalo psíquico de observación es finito, y la duración finita del intervalo provoca las sensaciones, táctiles y visuales que dan la sensación de espacio; el tiempo se ha desarrollado en espacio y en sensibilidad. Para un suceso de amplitud infinita, el intervalo psíquico no encuentra apoyos o coordenadas de referencias en lo sensible y el espacio vuelve a sumirse totalmente en su ente primordial, en el tiempo. Queda, pues, mostrado que el universo no es tetradimensional, sino unidimensional. Lo que no empece para que como una integral unidimensional del tiempo, el universo quede desarrollado en intensidades de tiempo, las mismas que el científico esquematiza como dimensiones lineales de espacio. El espacio sólo existe como una expresión sensible del tiempo.

El espacio sensible, relativo al yo, está comprendido como un desarrollo del tiempo en lo finito sensible, entre dos tiempos absolutos que comprenden embebidos potencialmente al espacio, a la realidad sensible.

Por eso en lo no sensible se intuye la realidad en tiempo, en el previo sér óntico de lo no sensible. Allí donde sólo impera el reposo, la inmovilidad, la categorial meramente intuitiva de lo óntico, del sér absoluto, no hay ni sensibilidad ni movilidad.

EL ESPACIO IRREAL DEL ATOMO

La categorial «espacio» ha sido siempre intuída de modo sensible. El espacio de las ciencias ha sido concebido y construído por medio de las sensaciones. Así conocemos un espacio visual, un espacio táctil, un espacio físico, un espacio auditivo, un espacio geométrico.

En cada uno de estos tipos de espacio éste es dependiente del yo, de la vivencia psíquica, de la duración, de la experiencia del alma. El espacio físico, medido con un metro, sólo es posible porque al aplicar ese metro, aplicamos nuestro intervalo psíquico, «un metro», y repetimos ese intervalo.

El espacio visual es considerado por la psicología fenomenológica como la totalidad de las cualidades espaciales que ve un individuo. El hombre construye con sus sensaciones su propio espacio visual, que es diferente al de cualquier otro hombre. Cada quien lleva consigo su espacio visual, afirma la psicología moderna, y yo

METAFÍSICA CATEGORIAL

me apoyo en ello para mostrar mi tesis metafísica de que el espacio es una realidad subjetiva, dependiente del yo y cuya manifestación es sólo posible por la suprema realidad del tiempo.

El espacio visual no tiene nada de absoluto, como todos los demás tipos de espacio, todos son relativos a mi yo. El tiempo es el único que no es relativo a mi yo, porque es inmanente a mi conciencia. Ahora veo muy cerca la cúpula de un edificio, más luego la veré más cercana o más lejana. He aplicado de diferente modo mi intervalo psíquico a la realidad sensible, cuando veo al hombre que habla conmigo ahora, de un tamaño determinado, y más pequeño cuando de mí se aleja. Su tamaño real no ha cambiado, pero con respecto a mi yo sí ha variado. Porque el espacio para mí, depende si es relativo a mí, de mi tiempo. Por eso, si existe un espacio, necesariamente tiene que ser relativo.

Al afirmar, como he afirmado, que sólo existe la realidad absoluta del tiempo, y como afirmé y mostré en «Metafísica categorial y Metafísica de lo móvil», que el movimiento en sí no existe, no he intentado mostrar que esas realidades, que sólo un loco podría negar, son puras nada, no; lo que he hecho es interpretar metafísicamente esas realidades, para mostrarlas en su pura esencia relativa al yo, y arrancarles esa entidad en sí, esa concretividad que el hombre ha visto siempre en ella y que es una pura ilusión, o por lo menos es una realidad construída por experiencia interna, pero a base de sensacio-

EL ESPACIO IRREAL DEL ATOMO

nes. Por ser construída por medio de sensaciones no es una realidad en sí, sino una realidad relativa, una categorial ficticia. De ahí que la psicología moderna haya visto con tanta nitidez que el modelo que se corresponde más con el espacio visual cercano al cuerpo es el de un espacio no euclídeo de curvatura constante positiva y el modelo que más se ajusta al espacio visual lejano al cuerpo es el de un espacio no euclídeo con curvatura variable. En esto da la psicología la razón a la relatividad. Pero mi concepción del espacio relativo como función del tiempo y éste como inmanente al yo, no es la concepción relativista del espacio de los científicos

Para el científico, la curvatura del espacio es variable de un lugar a otro, independientemente del observador. Para mí, el espacio es sólo variable con relación al yo, y si no fuese por el yo, el espacio no existiría ni siquiera como existe, como embebido en el tiempo, como una función del yo.

Existen dos teorías sobre el origen de la concepción del espacio, que se discuten desde hace mucho tiempo: la nativista y la empirista. El empirismo ha sido defendido y expuesto por los filósofos asociacionistas, Herbart, Lotze y Helmholtz. El nativismo, por Platón, Leibnitz y Kant. Ninguna de las dos teorías tiene la razón cuando pretende excluir totalmente a la otra. Tampoco es el caso de una teoría ecléctica, compleja, en que exista nativismo y empiris-

METAFÍSICA CATEGORIAL

mo, como lo pretende la psicología empírica fenomenológica moderna. Los llamados signos locales de Lotze, provocados por el conjunto de sensaciones visuales cualitativa e intensivamente diferentes, no constituyen el orden espacial. A base de estas sensaciones el alma se construye por intuiciones sensibles, provocadas por esas sensaciones, en puros actos psíquicos temporales, la categorial ficticia del espacio empírico. Es absolutamente imposible que el orden espacial de lo real sensible penetre de algún modo en el alma, porque el alma no puede reproducir nada extenso. Así lo ha creído el mismo Lotze, pero el alma aplica sus intervalos psíquicos temporales a esas sensaciones visuales o táctiles y se construye un orden, no en el espacio, como creía Lotze, sino en el tiempo, no en lo trascendente al yo, sino en el yo mismo. Lo que ha hecho posible dos teorías del espacio es que el alma, al ordenar la realidad, intuye esa ordenación de dos modos distintos: una intuición no sensible, intuye ordenaciones puramente eidéticas (lo que equivale a la «visión espacial primitiva» del nativismo); de este modo sólo se ordena lo puro temporal, las vivencias psíquicas. Por medio de intuiciones sensibles sobre lo sensible, sobre estímulos, se construye un espacio de intuición mediata, relativo, ficticio, que está comprendido categorialmente en el tiempo, en el conjunto de vivencias psíquicas, que es lo único que permite la penetración en el alma de la realidad sensible. Existe una realidad del espacio, intuída

EL ESPACIO IRREAL DEL ATOMO

de un modo no sensible en lo no sensible, la única posible intuición de espacio absoluto, embebida totalmente en el tiempo absoluto, que es una intuición meramente metafísica del espacio. Esta es una intuición de experiencia inmediata del espacio, que no es sino una experiencia inmediata del tiempo. Pero el hombre mezcla estas intuiciones no sensibles, de experiencias inmediatas, con intuiciones sensibles de experiencia mediata, y resulta así el llamado espacio empírico de lo externo, que es una categorial de segundo grado de la categorial superior tiempo. Este espacio empírico, no de experiencia inmediata, sino de experiencia mediata, es el espacio de las ciencias particulares, constantemente modificado y rectificado. La doctrina de Kant, de que el tiempo y el espacio son intuiciones necesariamente independientes entre sí, es falsa. El espacio es dependiente del tiempo y sólo por el tiempo puede llegar hasta el alma, al través de las vivencias eidéticas, el espacio absoluto; y al través de las vivencias psíquicas, el espacio relativo, el espacio de las ciencias particulares. No es, pues, que existan dos teorías diferentes sobre un mismo espacio, sino que existe un ente en sí de relación del alma con lo sensible, que es un espacio absoluto, puro tiempo, sólo intuible de un modo no sensible, eidéticamente. Y por otro lado, el hecho arbitrario del hombre, que al mezclar intuiciones sensibles con no sensibles construye una ficción de espacio, un espacio relativo, ficticio de experiencia mediata, que es como un com-

METAFÍSICA CATEGORIAL

plejo de realidades y de ficciones, un conjunto de categoriales verdaderas y falsas, un pseudo-espacio.

La única ciencia capaz de intuir el espacio en sí como una categorial no sensible, y no el espacio relativo, el espacio de intuición sensible, es la metafísica. La matemática, la más avanzada de las ciencias particulares, sería capaz de intuirlo si se mantuviese en un estricto intuir no sensible de esencias, de eide, pero en la matemática ocurre lo mismo que en las demás ciencias, se ha concebido el espacio con una mezcla de intuiciones sensibles y no sensibles.

Así tenemos el espacio geométrico-mecánico de la Física tradicional y de la relatividad, contruidos por intuición sensible. Espacios relativos, cuya estructura de intuición sensible se aplicó del mismo modo al espacio del átomo. Pero el espacio del átomo no es un espacio de intuición sensible, aunque la ciencia lo ha creído siempre así y lo ha construido como tal. Pero a pesar de que C. T. R. Willson ha logrado, por el célebre método de la niebla, hacer visibles los átomos de helio, el espacio del átomo no es sensible, pues no es el átomo ionizado lo que se ve en la célebre fotografía, sino las gotitas que se condensan alrededor del «núcleo» que se considera como tal, las que se perciben en la célebre fotografía de la niebla. Tampoco en el método del centelleo de los electrones de Rutherford se ven estos, sino los efectos del centelleo en la pantalla de sulfuro de zinc.

EL ESPACIO IRREAL DEL ATOMO

El espacio de evolución numérica se hace aún más irreal y más inintuible en lo sensible, cuando se toma en consideración el análisis científico del llamado sistema solar del átomo. Los trabajos de Thomson realizados con una descarga eléctrica a diferentes presiones indujo a Rutherford a hacer esta sorprendente declaración, que hoy es ya muy común: Un átomo de cualquier elemento puede compararse a un sistema solar.

El científico no se preocupó para nada de la constitución de los cuerpos para construir el mundo solar macrocósmico; tampoco había de interesarle el ente en sí de lo material para concebir el universo del átomo; lo ha hecho siempre con una categorial geométrica o mecánica. Pero el ente en sí de lo sensible se ha ido alejando cada vez más de lo sensible en la misma investigación limitada del científico particular. Los filósofos que pensaban la materia como substancia, y que el materialismo moderno consideró ayer como equivocados, estaban más cerca de la verdad. El ente en sí de lo material se ha ido tornando cada vez más inasequible por medio de lo sensible, hasta llegarse hoy al nuevo par de entidades: el meta y el para hidrógeno, constituyentes del átomo más simple, el átomo de hidrógeno.

Es que el ente en sí no se capta por medio de lo sensible. Es un error fundamental del hombre moderno pretender todo conocimiento por intui-

METAFÍSICA CATEGORIAL

ción sensible. Es este extravío lo que lo mantiene alejado del verdadero conocimiento.

La palabra substancia se deriva del latín sub-stare, estar debajo. La substancia es eso indeterminado y general que está debajo de todos los procesos, debajo de todos los fenómenos. Ayer se distinguió ese algo, esa substancia, con el nombre de átomo, más recientemente se le ha asignado un lugar aún más profundo en los fenómenos sensibles, en la estructura, considerada como material de los cuerpos, como una nueva categorial sensible: «electrón», y más profunda aún se ha intuído como último reducto de lo sensible la categorial «meta y para hidrógeno». Y queda aún la posibilidad del surgimiento de nuevas entidades, concebidas por nuevas categoriales sensibles.

El científico concibió al llamado microcosmos del átomo por la categorial mecánica «sistema solar». Pero a poco tiempo, el espacio del átomo no resistió el esquema sensible del espacio macrocósmico; no lo resistió ni por medio del sistema categorial mecánico, ni por medio de los sistemas categoriales geométricos ni numéricos.

Se ha dicho que un átomo es un verdadero sistema solar en miniatura, cuyas estructuras materiales son iguales a las de los cuerpos macrocósmicos, y regidos por las mismas leyes. La misma ciencia se ha dado cuenta de que esto no puede ser así. Sólo podemos decir que ambos sistemas son semejantes, pues en el macrocosmos

EL ESPACIO IRREAL DEL ATOMO

se cumplen sólo dos mecánicas: la newtoniana y la relativista, mientras que en el microcosmos, en el misterioso universo del átomo se entrelazan en armonía maravillosa todas las mecánicas: la newtoniana, absolutamente embebida en la relativista; la relativista de Einstein, la mecánica ondulatoria de De Broglie y Schrödinger y la mecánica cuantística de Heisenberg, Born, Jordan y Dirac. A cada nuevo hecho, el científico se ha visto precisado a concebir una nueva categorial mecánica que interprete el comportamiento dinámico del átomo. De ahí el llamado fracaso de la mecánica en que se apoyaron los vitalistas para rechazar el mecanicismo.

Comparto la tercera dirección del vitalismo, que puede ser comprendida en mi metafísica así como el holismo de Adolfo Meyer, que tiene sus puntos de contacto con mi modo de concebir las realidades. Pero no creo que el vitalismo necesita rechazar lo mecánico para tener una concepción no mecanicista de la vida. Lo mecánico puede existir como una categorial comprendida en lo «vital-físico», lo vital-físico, a su vez, en la categorial «vital-psíquico» y ésta en la categorial «factor vital supraindividual» y ésta en la categorial de totalidad conocida con el nombre de holismo. Del mismo modo el holismo queda comprendido en la categorial superior del supremo a priori de todas las formas, como una culminación teleológica de la metafísica categorial.

En las dimensiones del campo del átomo, por su infinita pequeñez, en donde toda intuición

METAFÍSICA CATEGORIAL

sensible es imposible, debía fracasar el sistema categorial del espacio intuído de un modo sensible.

En el sistema electrónico de un átomo de helio, la relación entre el diámetro del núcleo y la distancia que separa los electrones, dado que el diámetro del núcleo es $4 \cdot 10^{-13}$ cms. y la distancia que separa los electrones (10^{-8} cms.) es de 25.000 a 1. Comparando este sistema microcósmico con nuestro sistema solar se puede afirmar que el planeta más grande, Neptuno, está ocho veces más cerca del Sol, teniendo en cuenta su diámetro, que el electrón más cercano del núcleo. ¿No parece contradictorio que en un espacio menor que una millonésima de milímetro haya vacíos enormes aún mayores que los vacíos entre los planetas mayores y el Sol?, se preguntaría una mente ingenua. No hay en ello una contradicción, sino una demostración de que el espacio es relativo al yo, y lo sigue siendo en la profundidad del átomo, porque lo seguimos concibiendo con las mismas categoriales sensibles que aplicamos a lo macrocósmico. La irrealidad del espacio relativo es, pues, evidente, tanto en lo macrocósmico como en lo microcósmico.

EL PRINCIPIO DE INDETERMINACION
DE HEISENBERG NO ES
UN INDETERMINISMO FILOSOFICO

Los filósofos espiritualistas se han apoyado en el principio de imprecisión de Heisenberg para hacer conclusiones filosóficas indeterministas, y los vitalistas han hecho lo mismo para negar la mecánica, del mismo modo que los filósofos materialistas del siglo XIX y de principios de éste encontraron en la aparente regularidad de los hechos naturales conocidos hasta entonces en el principio de causalidad y en la relatividad, bases para sustentar las direcciones materialistas del mecanicismo y el determinismo. Ni unos ni otros tienen razón al proceder de tal modo. Es precisamente lo que me propuse mostrar al intentar fundamentar una metafísica categorial espiritualista, ajena completamente a los hechos particulares.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Para Heisenberg, una concepción causal de la Física atómica encuentra serias dificultades y ha demostrado que aun en un experimento ideal es imposible fijar de un modo perfecto una coordenada x y un impulso mx correspondiente de un electrón y por tanto las medidas de las magnitudes atómicas están necesariamente vinculadas a una imprecisión.

Si un físico tiene que determinar la posición instantánea y la velocidad de un electrón en un momento dado se ve precisado a iluminarlo. Su velocidad se obtiene por medio del efecto Doppler, o sea, por la variación de la longitud de onda de los rayos empleados y devueltos por el electrón. Pero esta observación provoca un inevitable efecto Compton, que consiste en que en el choque entre un quantum de luz y el electrón se altera la velocidad de éste.

Es posible una determinación tanto más exacta de la posición cuanto más corta sea la longitud de onda de la luz empleada; pero cuanto menor es la longitud de onda, más fuerte resulta el efecto Compton y, por tanto, mayor la variación sufrida por la observación del impulso.

Pero si se quiere alcanzar una gran precisión al determinar la velocidad por el efecto Doppler, se deberían usar rayos de la máxima longitud de onda posible, para que así el inevitable efecto Compton produzca poca perturbación; pero entonces es imposible la determinación exacta del punto ocupado por el electrón. Y viceversa,

EL PRINCIPIO DE INDETERMINACIÓN...

para la precisión de la posición del electrón, el físico tiene que renunciar a la exactitud en la determinación del impulso.

Pero este principio de indeterminación física formulada por Heisenberg, llamado también principio de imprecisión, no autoriza al filósofo a ser indeterminista. Muy bien podría mañana el científico en su laboratorio encontrar un modo apropiado de iluminar el electrón sin producir un efecto Compton muy exagerado y determinarse sin imprecisión la posición y la velocidad del electrón. Y aun cuando esto no se haya alcanzado todavía o no se obtenga por mucho tiempo, está en la posibilidad de la ciencia el alcanzarlo.

Pero tampoco esta posible determinación del electrón en posición y velocidad facultaría al filósofo materialista a sustentar una posición determinista.

El determinismo y el indeterminismo es un problema metafísico, sólo intuible de un modo no sensible en lo suprasensible, pero que no tiene que ver nada con lo sensible. En el mundo podemos encontrar determinación o indeterminación, esto no empece para que seamos deterministas o indeterministas. Somos deterministas o indeterministas, de un modo inconsciente, porque la concepción del universo o la concepción del espíritu desciende hasta nosotros y se nos impone en la forma categorial de una intuición suprasensible.

Después de esto vemos el mundo determinis-

METAFÍSICA CATEGORIAL

ta o indeterminista, sólo después de esto tiene para nosotros significado el determinismo de la relatividad, la discontinuidad del quantum o la imprecisión de Heisenberg.

Después de haber descendido la concepción del espíritu a mi alma en la intuición de una metafísica espiritualista categorial, es cuando me he sentido capaz de imponer al átomo (ese ente categorial) una metafísica espiritualista.

Recientes observaciones de Heisenberg han obligado a abandonar el concepto de trayectoria de un quantum de luz; hay que acudir al concepto de probabilidad para determinar al electrón en un punto. Los electrones existen aprisionados en los átomos y libres como en los rayos catódicos. ¿Pero tiene sentido hablar de trayectoria de los electrones? Parece esto imposible, tanto para los quantum de luz como para los electrones mismos. Para determinar la trayectoria de un electrón es preciso iluminarlo, pero a cada observación que se hace para revelar su posición recibe el electrón un nuevo impulso en una dirección cualquiera; la línea quebrada resultante no representa la trayectoria que habría seguido el electrón si no se le hubiese perturbado al observarlo. Hay, pues, que renunciar también al pseudoconcepto, a la categorial «continuidad de movimiento» en el mundo del átomo, mundo que se aleja de lo sensible, que se resiste a ser concebido por los sistemas categoriales de la realidad sensible.

Tanto para un electrón de un átomo como

EL PRINCIPIO DE INDETERMINACIÓN...

para un quantum de luz no se puede hablar de trayectoria recorrida, no podemos encerrarlos en nuestro intervalo, porque si se intenta observar su trayectoria, el fenómeno resulta perturbado. Hay que reconocer, pues, la imposibilidad lógica de considerar un fenómeno independientemente de los medios de observarlos (sean puramente psíquicos o eidéticos o se realicen también por medio de aparatos), y es inútil pensar en establecer las leyes de los fenómenos, tales como estos se desarrollarían si nadie los observase.

Es que el mundo resulta, no sólo en el caso del quantum y del electrón, sino en todo otro caso, transformado en sí desde que se le observa, y deformado y construído desde que se le percibe y se le concibe. Sólo en lo no sensible, en lo suprasensible y en los valores, en la región del mundo en que ni se observa ni se percibe, se puede intuir el ente en sí del mundo, las formas categoriales primeras de todo lo dado.

EL ATOMO INERTE Y EL ATOMO QUE ACOMPAÑA A LA VIDA

En el cosmos del átomo tal como lo han concebido los sistemas categoriales de las ciencias empíricas, los electrones giran en órbitas sensiblemente circulares y elípticas, como planetas microscópicos alrededor del sol central, en una armonía dinámica regida por las leyes de todas las mecánicas posibles (pues ese dinamismo puede ser explicado por cualquier mecánica dada o concebible).

En una órbita pueden girar uno o más satélites en un número máximo de ocho. En un átomo en estado estable, los electrones recorren indefinidamente las mismas órbitas, pero en circunstancias de inestabilidad, que es un caso bastante generalizado en el átomo, los electro-

METAFÍSICA CATEGORIAL

nes pasan, por medio de saltos bruscos, de unas órbitas a otras, en un proceso de integración y de desintegración.

Al pasar un electrón de una órbita periférica a otra más profunda, lo hace a expensas de una descarga de energía, en una cantidad discreta de cuantos de acción. De un modo semejante, por saltos bruscos, de un escalón a otro escalón cuántico, pasa el electrón de una órbita interior a otra más alejada del núcleo. Al hacerlo, el electrón se ve compelido a adquirir una cantidad de energía igual a un quantum o un múltiplo de cuantos. De este modo el átomo se desintegra continuamente. Gracias a esta integración y desintegración de la materia recibimos el calor y la luz necesarios a la vida.

Se puede decir que vivimos y morimos a expensas de la vida y de la muerte del átomo. Esto no quiere decir que la vida del átomo sea nuestra propia vida, sino que comprendida categorialmente está la vida del átomo en la vida orgánica.

El número de átomos que constituyen la molécula en los cuerpos materiales es limitado, no pasan generalmente de los que pueden expresarse con los 10 primeros números naturales.

Pero los átomos que constituyen las moléculas de la materia que acompaña a la vida tienen capacidad para formar complejísimo sistemas atómicos, formados por innumerable cantidad de átomos.

Muy pocos átomos poseen esta propiedad;

EL ATOMO INERTE...

por ejemplo, los átomos de hidrógeno y de oxígeno se combinan para formar moléculas de hidrógeno y de oxígeno, pero en ninguno de esos compuestos hay más de cuatro átomos.

Pueden formarse moléculas de hidrógeno con dos o tres átomos de oxígeno u ozono, de agua o de peróxido de hidrógeno.

La unión de hidrógeno, oxígeno y nitrógeno permite formar cosmos constituídos por pocos átomos.

Pero la adición de carbono cambia totalmente la faz del asunto.

El carbono puede formar con el hidrógeno, oxígeno y nitrógeno moléculas con una exorbitante cantidad de átomos, que llegan a veces a miles y decenas de miles de átomos. Así como de compleja es la vida debía serlo también la materia que la acompañase.

El átomo de ese interesante y misterioso elemento que acompaña a la vida, el carbono, es un cosmos formado por seis electrones que giran como planetas alrededor del núcleo central. Sus dos compañeros más cercanos de la tabla de los elementos químicos, el boro y el nitrógeno, son cosmos de 5 y 7 electrones, respectivamente. Se distinguen del primero por un solo electrón de menos o de más.

Es lógico pensar que el boro y el nitrógeno tengan, por tanto, propiedades parecidas a las del carbono.

Pero este maravilloso microcosmos, base energética sustentadora de la vida, posee espe-

METAFÍSICA CATEGORIAL

cialísimas propiedades que lo distinguen sorprendentemente de sus dos vecinos.

Además de las innumerables combinaciones que el carbono puede formar con otros elementos, posee la maravillosa propiedad de combinarse consigo mismo. No se ha podido explicar, ni comprobar menos, el porqué de esta propiedad peculiar del carbono, que parece oponerse a la ley de la gravitación y a la de la afinidad química.

Me parece que la teoría de los cuanta nos permite responder la pregunta.

En todos los átomos conocidos los electrones pueden pasar de una órbita a otra, con mayor o menor frecuencia en unos que en otros. En unos, como en los cuerpos radioactivos, el paso es, en mayor grado, en un solo sentido, hacia la periferia o hacia la desintegración completa del átomo.

En otros, el paso de los electrones se hace tanto hacia el interior del núcleo como hacia la periferia, bajo las mismas leyes de los cuanta, sin llegar a la desintegración y de un modo variadísimo. Es lo que sucede en el átomo de carbono. En los átomos de los demás elementos (excepción hecha de los radioactivos), los electrones dan los saltos de una órbita a otra con una frecuencia relativamente rara. En el átomo de carbono, por el contrario, esos pasos son más frecuentes, numerosos, y variados. Es lógico pensar que un átomo de carbono en el que varios electrones hayan pasado a órbitas interio-

EL ATOMO INERTE...

res, se ha tornado en un cosmos más gravitante que el cosmos de otro átomo de la misma especie en que uno o más electrones hayan pasado a órbitas más periféricas.

Los dos átomos no pueden tener la misma expresión geométrica ni gravitatoria. Para nuestra percepción grosera, el átomo de carbono no ha variado, pues sigue teniendo la misma masa y la misma cantidad de electrones, pero para los fines de afinidad, de relación gravitatoria en la profundidad del campo intraatómico e intramolecular, sí ha variado la densidad del sistema lo suficiente para que un átomo de carbono, con una distribución más profunda de sus electrones planetas, pueda hacer de sol gravitante con respecto a otro átomo de carbono en que los electrones en disposición más periférica constituyan una expresión de espacio más amplia, menos gravitante.

De este modo es posible concebir que un átomo de carbono forme sistema dinámico con otro átomo de carbono y se combine consigo mismo, como dice el lenguaje común del químico, aunque sin explicárselo, porque no sabe nada de la física intraelectrónica; porque el químico ignora que lo químico es una categorial de segundo grado de lo físico.

Los átomos de hierro, níquel y cobalto, de 26, 27 y 28 electrones respectivamente, constituyen las moléculas de los cuerpos magnéticos. Es sabido que de los tres, el hierro, con 26 electrones, es el que tiene más propiedades magnéti-

METAFÍSICA CATEGORIAL

cas y le siguen en grado el níquel y el cobalto, con 27 y 28 electrones respectivamente.

Los cuerpos radioactivos están expresados por átomos, cuyos electrones no rebasan los límites 83 y 92. El materialista moderno induce de estos hechos sorprendentes, que así como el mismo suceso fortuito de un número determinado de electrones es causa de las propiedades magnéticas y radioactivas, es también el hecho de que exista determinado número de electrones en un átomo, la causa de la vida.

Nada es más peregrino que esta conclusión dogmático-realista.

El número de electrones de un átomo de carbono, como la complejidad de su molécula, no dicen otra cosa sino que esas circunstancias son los efectos del plan divino que concibe la complejidad de la molécula que ha de acompañar al misterio de la vida.

**LA CATEGORIAL “ENTROPIA”
NO RESPONDE
A LA PREGUNTA DEL “HACIA”**

El pseudoconcepto de entropía surge en la ciencia como una categorial sensible, deducida del principio de Carnot de la «degradación de la energía», que es a su vez una categorial de mayor grado que comprende aquélla.

Alrededor de la entropía han construido científicistas y positivistas modernos no poca filosofía pesimista y escéptica. En éste como en los semejantes casos ya aquí tratados voy a mostrar una vez más la sin razón de esa pseudofilosofía que pretende buscar en los hechos y en las cosas la respuesta a los más grandes ideales del hombre. La naturaleza material, lo sensible, es indiferente a nuestros ideales. Ella no puede ser-

METAFÍSICA CATEGORIAL

virnos de guía, como he mostrado extensamente ya. Sencillamente porque sus procesos, los conocimientos que de ella podemos tener, son meras categoriales lógico-formales y óptico-formales, en la mayoría de los casos pseudoverdades que habrán de ser rectificadas y modificadas de continuo.

Aun suponiendo que la categorial ficticia «entropía», inducida de lo sensible para interpretar un hecho sensible, para explicar la llamada degradación de la energía, que ocurre en un sistema de cuerpo aislado, en el cual, según la categorial conocida «principio de Carnot», el calor no se transforma completamente en trabajo, lo que quiere decir que representa una forma degradada de la energía. Según esta categorial, la energía de un sistema aislado «se degrada sin cesar».

Es importante para mi metafísica hacer notar cómo en este pseudoconcepto de la «entropía» se manifiestan rigurosamente los grados categoriales de la realidad. Cada estado degradado de la energía está comprendido en un estado anterior de menor degradación.

Suponiendo cierta esta categorial, al término de un tiempo suficiente, toda la energía de un sistema aislado se convertiría en calor. Se podría aún transformar una parte de este calor en trabajo, pero no todo el calor, no toda la energía en trabajo; esto sólo ocurre mientras existen diferencias de temperaturas entre los cuerpos del sistema, mientras se cumpla el otro

LA CATEGORIAL «ENTROPÍA»...

principio de Carnot, la categorial «calor perdido por un cuerpo es igual a calor ganado por otro cuerpo», que está de acuerdo con la otra categorial de «la conservación de la energía».

Pero si la energía degrada siempre, si las temperaturas tienden a igualarse ilimitadamente, cuando ese estado de igual temperatura para todos los cuerpos de un sistema se alcance no se podrá, sin acción exterior, producir un trabajo mecánico o un movimiento cualquiera en el sistema. El sistema aislado tiende, pues, hacia un estado de estática uniforme.

Pero es ilógico hacer lo que han hecho los positivistas y materialistas: aplicar los efectos de esta categorial de un sistema aislado al sistema unitario e integral del universo, para afirmar que el mundo tiende hacia un estado de equilibrio en que todos los cuerpos estarán en reposo y a la misma temperatura y donde ningún movimiento sería posible.

¿Se está autorizado por esta categorial sensible a concluir escéptica y pesimistamente la ausencia de finalidad y la muerte irremisible del universo?

No se está autorizado a ello, primero porque la entropía es una categorial intuída en lo sensible: no sabemos si es cierta o no; segundo, es ilógico aplicar la entropía de un sistema universal, que aunque parezca semejante no es idéntico al primero.

Los principios de Carnot se refieren a cuerpos fríos recalentados, en que se han provocado

METAFÍSICA CATEGORIAL

a voluntad aumentos energéticos. En el universo, la energía no está distribuída ni regida por el arbitrio del hombre, sino por una mente supraindividual.

En las estrellas, los cuerpos cósmicos en que se cumpliría la entropía universal, la ley de conservación de la energía y la integración y desintegración del átomo, cambia la faz del problema.

La integración y desintegración del átomo, como la contracción y expansión del radio de las estrellas, para un espiritualista puede ser una providencia suprema para la conservación de la energía y la finalidad espiritual del mundo material; tercero, no estamos tampoco autorizados a tomar una posición filosófica por un posible comportamiento real del mundo, pues este comportamiento puede ser sólo una ilusión categorial, una concepción susceptible de ser variada.

El hombre intuye por la influencia de la concepción del yo o de la concepción del universo, en lo no sensible, la posición metafísica; intuída ésta, podemos ver el sentido o el no sentido en el universo.

EL PRINCIPIO DEL SISTEMA CERRADO ES UNA CATEGORIAL DE METAFISICA MATERIALISTA

El paralelismo psicofísico, ya por mí rechazado, ha encontrado una seria dificultad en el principio del sistema cerrado. Este principio comprende dos ideas fundamentales: la afirmación de que los efectos físicos sólo proceden de las causas físicas, y la interpretación de que la energía en el universo es constante.

Tanto el primero como el segundo sentido del principio son dos categoriales sensibles materialistas de la ciencia. Categorialmente, el primer sentido comprende al segundo. El primer principio sustenta que todo el proceso del tren de la causalidad física es un sistema cerrado, que lo físico sólo tiene contacto causal con lo físico, que nada no físico influye sobre lo físi-

METAFÍSICA CATEGORIAL

co. Según esto, lo físico es un sistema cerrado en sí mismo, y lo psíquico también. Es evidente que la segunda categorial está comprendida en la primera, puesto que la constancia de la energía sólo es posible en un sistema cerrado, esto es, en un sistema en que no sea posible adición ni sustracción ninguna de energía.

El principio del sistema cerrado sólo cabe en una metafísica materialista, pues si todo suceso físico está determinado, según el filósofo materialista, exclusivamente por causas físicas, la suma de la energía en el universo es constante. Pero de esto, precisamente, es de lo que no está seguro el positivista.

Para el espiritualista, el universo no puede ser un sistema cerrado, ni tampoco un sistema abierto en el que actúen factores no físicos, de un modo separado y directo, como lo pretende la categorial del paralelismo psicofísico.

La constancia o no constancia de la energía puede subsistir actúe o no lo psíquico en lo físico. Pero lo psíquico no actúa en lo físico, sino que lo psíquico comprende categorialmente a lo físico, lo comprende en una forma categorial óptica de grado superior.

Lo psíquico no actúa en lo físico, como cree el positivista, que un miembro psíquico influye en acto en un miembro físico, así como el físico concibe que una partícula influye en otra partícula para cambiarla de lugar, no; lo psíquico, el alma, es un factor formal, que comprende categorialmente todas las posibles formas futuras

EL PRINCIPIO DEL SISTEMA CERRADO...

de todo el proceso de un sistema cerrado físico.

No hay ni un paralelismo psico-físico ni una acción recíproca entre un miembro psíquico y un miembro físico, separados de su estructura de totalidad. Lo psíquico actúa en lo orgánico, no por partes, sino porque como un factor de totalidad comprende categorialmente a lo orgánico mismo, en un conjunto de totalidad, que lo psíquico, el alma, preforma y le da unidad.

Así como el cuerpo es una totalidad orgánica, creado por el alma para realizar sus fines, y del cual es ella el factor formal que lo comprende categorialmente, el alma supraindividual crea y comprende también categorialmente al mundo. Dios creó al mundo para sus altos fines: para que pudiera tener realidad el reino de los valores, y lo comprende categorialmente. El alma actúa en lo físico, no a la manera como le parece al científico que actúa lo físico sobre lo físico, sino de un modo totalmente diferente. El alma no actúa causalmente sobre lo físico, ni recibe de lo físico directamente una acción causal. El alma es intemporal. Temporales son los efectos del alma en el organismo, mas no el alma misma, que es de naturaleza suprasensible y con la cual no se pueden tener contactos de ninguna especie, sino sólo puede ser intuída de un modo no sensible. La manera de actuar el alma en lo orgánico y en lo físico, es comprendiendo categorialmente a esos dos entes categoriales.

La categorial «alma» comprende sucesivamente a las categoriales de menor grado: «lo

METAFÍSICA CATEGORIAL

orgánico» y «lo físico». En el alma están contenidas todas las formas de todos los posibles contenidos. Por este enlace categorial de todas las realidades es que mi intuición de valor comprende a mi juicio de valor, éste a mi voluntad y, por fin, mi actitud volitiva, por ejemplo, el deseo de levantar un brazo, a la acción de levantarlo. Del mismo modo es explicable un proceso inverso a éste: la acción de levantar un brazo está categorialmente comprendida en el deseo de levantarlo. Y es éste el único modo de actuar lo físico en lo orgánico y en lo psíquico. Lo físico no actúa ni provoca nada psíquico. Un estímulo no es causa de una reacción orgánica, ni ésta lo es de la sensación, ni la sensación es causa del pensamiento, por ejemplo. Lo físico y lo orgánico están comprendidos en lo psíquico, tienen sus propias formas en el alma, son logizables, inteligibles en lo psíquico y por ello es que parece que actúan en lo psíquico. Como para cada realidad psíquica, para cada categorial superior se ha creado la correspondiente categorial inferior, la categorial «realidad orgánica» o «realidad física», cada una de estas categoriales inferiores quedan a su vez comprendidas y relacionadas con las categoriales superiores.

Sean puras o impuras, reales o falsas, las categoriales tienen sus correspondientes relaciones y enlaces ónticos o lógicos.

Dios, como categorial superior de máximo grado, comprende ónticamente todas las realidades y las infunde en el hombre por medio de

EL PRINCIPIO DEL SISTEMA CERRADO...

intuiciones en el orden categorial propio a sus altos fines. El hombre mismo es una categorial óptica en este orden categorial que desciende de Dios y comprende todo lo creado. El hombre aprehende estas intuiciones categoriales de la realidad y las expresa en categoriales lógicas, que pueden ser reales o falsas. Pero su mundo no puede ser nunca un mundo de realidades, sino un mundo de categoriales. El mundo de la realidad sólo es un mundo de Dios; sólo a una mente divina le está permitido ver la realidad en sí.

La llamada realidad física es una realidad categorial del grado más inferior, y es precisamente la categorial de más concretividad para el hombre. Por ejemplo, el peso es para el físico una realidad incontrovertible; sin embargo, el peso es una categorial comprendida por las categoriales «sensación muscular», «descenso de mi brazo ante una carga de 2 kilos», «acto psíquico de pensar», «intuición de la idea de fuerza» y pensamiento pensado y expresado. Pero desde la intuición de fuerza hasta la sensación muscular o el peso realizado en la balanza estamos trabajando con categoriales que pueden ser simplemente lógicas, si el peso no es una realidad óptica, pero que pueden ser ontológicas si el peso es una realidad óptica.

Al físico sólo le interesa el «cómo» de los procesos físicos. Su acción se reduce a descubrir los procesos de lo físico en su propia esfera. Y aunque él no trabaja sólo en lo físico, hace caso omiso de lo demás. Cuando lo hace así, el físico

METAFÍSICA CATEGORIAL

parece que trabaja en un sistema puro y cerrado. Pero cuando el científico investiga, trabaja con un sistema complejo, compuesto de objetos lógicos, psíquicos y físicos, comprendidos cada uno de éstos categorialmente en los otros, los físicos en los psíquicos y éstos en los lógicos y estos últimos comprendiendo categorialmente a los otros dos. El científico hace caso omiso de lo lógico y de lo psíquico al tratar lo físico, y cree que sólo trata lo físico. Si la física se estudiase tomando en consideración la categorial de lo psíquico, muchas cosas inexplicadas hasta ahora en lo físico se verían con clara nitidez. Si la física, si las ciencias en general se analizasen de un modo categorial no sensible, quedarían expurgadas de esa vaguedad e incertidumbre que las hace tan mudables e imprecisas.

El paralelismo fenomenológico en sentido propio e impropio es falso. Dos realidades diferentes no pueden estar coordinadas, como lo están en lo sensible dos miembros físicos. El enlace entre un miembro psíquico con un correspondiente miembro físico, la llamada coordinación biunívoca, es una imagen errada, una categorial sensible, inducida porque el fenomenólogo ametafísico toma sus intuiciones de lo sensible y aplica a la relación de dos realidades la relación del llamado enlace causal de lo físico.

No hay miembros físicos a, b, c, coordinados separadamente a miembros psíquicos correspondientes a B. R. S. Esta es una burda concepción de la relación de realidades. Es algo tan

EL PRINCIPIO DEL SISTEMA CERRADO...

absurdo como si se pretendiese que un pensamiento está ligado de un modo sensible a la palabra o palabras que lo representan o dan motivos futuros para su intuición, de tal modo que el pensamiento actúe en el papel o en el otro yo que lo intuye, a manera de una corriente eléctrica que pasase desde el cerebro por los centros nerviosos, los conductos fisiológicos hasta el brazo y de éste pasase por acción directa al lápiz y de éste por la misma acción directa al papel.

Al acto de voluntad de querer mover la mano para escribir no está coordinado el movimiento de la mano, ni como hecho causal físico, ni como un hecho casual, ni como un simple paralelismo sin conexión. Como una forma categorial pura, los actos del alma, actos de voluntad, actos de intuición, comprenden categorialmente actos de intuición, movimientos, etc. Pero esta comprensión no puede ser hecha por partes, como se hacen coordinaciones matemáticas, como si se coordinase en una sola clase un alumno con cada silla; no, la coordinación o comprensión categorial pura sucede porque la forma pura de la totalidad de una realidad más general comprende globalmente la forma categorial inferior de otra realidad. De este modo, las dos realidades en conjunto unitario están ligadas por la forma, por el sentido categorial, por el factor de totalidad que realiza el alma al relacionarlas. Pero el alma no está, como en una constante vigilia, para que cada forma pura

METAFÍSICA CATEGORIAL

suya provoque en el cuerpo un acto o una acción. Las formas puras categoriales del alma han creado las formas menos puras, la totalidad orgánica, el cuerpo, con sentido teleológico; y sus fines están previstos en la forma categorial de menor grado, por ejemplo en el organismo, para que haya esa sutil armonía entre la pura forma del alma y la forma impura del cuerpo.

Así como el alma individual crea y coordina, comprende categorialmente organismos, el alma supraindividual del mundo, Dios, comprende, crea y coordina mundos; el mundo sensible y el mundo espiritual no sensible son formas categoriales de esa estructura pura del supremo apriori, que comprende categorial y teleológicamente todo lo creado.

Lo que está hecho sólo de suma de partes, el mundo sensible en general, no podría tener conexión con lo que no está hecho de suma de partes, sino que es global, totalitario, el alma. Es que lo sensible en su última esencia es también teleológico, está vinculado al alma por lo sensible y lo suprasensible. El hombre metafísico no ve su más profundo sentido, porque no le interesa, no lo busca y cuando lo intenta, lo hace erradamente, con intuición sensible, quiere encontrar la pura forma en su estado más complejo.

Volvamos nuestra mirada, nuestro interés, hacia el alma, que allí y sólo allí está en puras formas, en categoriales de intuición y categoriales formales, el secreto de lo inexplicable.

CONCEPCION DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFIA FUNDAMENTADA EN LA TEORIA DE LOS VALORES (*)

EL SER DEL VALOR

En una polémica que sobre la relatividad de Einstein y la de García de la Concha sostuvimos Pedro Troncoso Sánchez y yo, hube de adelantar en mi última réplica algunos conceptos sobre la teoría de los valores, que parecían entonces algo desacertados, frente a la clásica doctrina axiológica.

Contaba en verdad para aquella época con pocos recursos ajenos a los propios de mi intuición personal, para defender mi inesperada toma de posición que, nacida al calor de la discusión, a mí mismo no había dejado de sorprenderme.

Preparábame con entusiasmo a defender mi tesis, cuando un hecho ajeno a nuestra voluntad

(*) Ensayo leído en el Ateneo Dominicano en Diciembre de 1937.

METAFÍSICA CATEGORIAL

hizo suspender aquella desinteresada lid filosófica. Seguí, sin embargo, ahondando en aquellas ideas que con el tiempo habría de encontrar respaldadas en parte por los más famosos filósofos alemanes actuales.

El centro de mi interés en la teoría del valor ha ido variando lentamente, y hoy ya no me interesan ni aquél ni otros aspectos que ocuparon mi atención sucesivamente durante estos últimos cinco años.

Mi aspiración es ahora la de llegar a fundamentar la concepción unitaria de la filosofía por medio de una teoría metafísica de los valores. Lo intentaré mostrando frente a la teoría clásica del valor y la multiplicidad de esferas de realidad de la ontología moderna, la relación íntima de la esfera del valor con las demás esferas de la realidad, y su supremacía además.

Todo lo que es, es algo real; pero no todo lo real es algo que es, dice Alloys Müller para fundamentar el principio básico de la multiplicidad de la realidad. Y agrega: esta evidencia es tan importante que puede considerarse decididamente como un criterio para juzgar de la capacidad filosófica de una persona.

Esto podría considerarse como criterio de capacidad analítica sólo para aquéllos que sin formación filosófica, como ocurre con la mayoría de profesionales y aun hombres cultos pero ingenuos, que influídos por sus respectivas disciplinas tienen una falsa y estrecha idea de la realidad, mas no para aquéllos que, liberados del

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

mundo amañal, están frente a la realidad en una constante y desinteresada actitud teórica.

La ya tradicional fundamentación de la multiplicidad de la realidad merece, pues, una rectificación. Pero no es que me oponga a esa multiplicidad; la realidad es como es y como se manifiesta: múltiple.

No intento fundamentar tampoco un monismo de manifestación de la realidad a expensas de su multiplicidad, sólo trato de mostrar que en el fondo de esa multiplicidad, velada y sutilmente se esconde «algo» que da al conjunto la expresión de lo homogéneo y de lo unitario; la tan ansiada y soñada unidad de los problemas filosóficos. Mostraré que en la esfera del valor está ese algo queda la unidad a la multiplicidad de la realidad.

Ya la teoría pura del valor se ha visto en la necesidad de reconocer cierta unidad de las esferas de la realidad, y aunque se esfuerza en considerar que no es la unidad de la igualdad estructural, sino la unidad de la no separación y de la coherencia, sostiene ya ese orden unitario de relación y de analogía. Reconozco que las esferas son esencialmente diversas, «no están separadas totalmente sino fundidas unas con otras; están ajustadas unas a otras, se exigen recíprocamente».

Pero no es esta relación mutua, que la misma teoría clásica del valor reconoce, la unidad que trato de fundamentar. Es a una unidad más profunda, de comprensión y de dependencia de unas esferas con otras, a la que me refiero, obte-

METAFÍSICA CATEGORIAL

nida por algo que no pertenece a ninguna de las esferas y está fuera de ellas y enfrentado a ellas. De este modo conseguiré no sólo la unidad funcional de las esferas, sino la unidad en el problema filosófico, que es cosa algo diferente.

CONCEPCION CATEGORIAL DEL VALOR

De las cuatro esferas de realidad conocidas hasta ahora, la esfera del valor es la esfera fundamental que flota sobre las demás esferas, las penetra y las comprende categorialmente a todas. Cómo flota sobre ellas, las penetra y las comprende, será el método que seguiremos para mostrar la unidad de la filosofía.

Para mí, todo lo que es, es algo real y todo lo real es algo que es. Los fundadores modernos de la teoría del valor se esforzaron en diferenciar totalmente la nueva esfera de la realidad de las demás ya establecidas; de ahí que trataran de expurgarla de toda psicología, de toda metafísica, de toda idealidad y aun de toda realidad. Esto los llevó a decir «no todo lo real es algo que es». Lo que, dicho así, es de todo punto de vista absurdo. Lo que yo afirmo es ésto: todo lo que es (cual que sea la forma de realidad que afecte: sensible, suprasensible, ideal o valente) es algo real; y todo lo real (sensible, suprasensible, ideal o valente) es algo que es.

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

En un afán de diferenciación absoluta se llegó a identificar al sér con lo real sensible, y algo menos, con lo suprasensible y lo ideal, y se negó toda idea de sér al valor. Se dijo: «Hay objetos de los cuales no se puede decir simplemente que son, sino que son verdaderos, bellos o santos». Lotze agregó la feliz expresión: «valen». Pero no es que estos objetos no tengan sér, porque sean valentes. No se crea que tienen tampoco el sér real sensible de lo físico. Pero a ellos les corresponde un sér, el sér de lo valioso. Que no es ni el sér de lo real sensible, ni el de lo suprasensible, ni el de lo ideal.

Se identificó también lo real con lo sensible, lo suprasensible y lo ideal. En fin, se despojó de toda realidad al valor. En verdad es elegantísima la diferenciación de las esferas de realidad, sin concebir las cuales es imposible aprehender sus relaciones y su unidad.

Es cierto que las diversas esferas de la realidad no se conducen con respecto al sér real, «como los ejemplares respecto de su concepto». Además este sér real no tiene una forma específica definida, como parece que entienden algunos, que al decir sér real, surge en su mente la representación de algún objeto de sér real sensible, y para quienes el sér real de lo sensible tiene un carácter de primordialidad, respecto de los demás tipos de sér real. Hay que hacer un gran esfuerzo para despojar en nosotros mismos al sér real de lo sensible de esta primordialidad que no le pertenece. En mi concepto es a otro sér real a quien

METAFÍSICA CATEGORIAL

corresponde más esta primordialidad, por estar más en relación directa con el yo. Y ese sér real es el sér del valor. Las diversas formas de realidad son, en verdad, diversas en su sér real. Pero unas esferas están en relación más íntima y más directa con lo único que es capaz de concebir el sér real, el yo. El yo es quien apunta hacia el sér real, el supra-yo es quien le da sentido y lo determina. No son las formas diversas de la realidad, los puntos de atracción de los problemas filosóficos, sino es el yo, el único centro de gravedad de todo problema filosófico. Y el yo a través de su forma de realidad más próxima, la del valor, es quien realiza esa unidad oculta hasta ahora a los investigadores modernos. Para mí el valor es la forma, el sentido universal del sér y de la realidad. El valor «no es un simple sér, pero tampoco es una nada». Se ha dicho, ¿pero qué es, entonces, el sér? Lo mismo que el sér, el valor es como un resplandor que percibimos no en determinados objetos, sino en todos los objetos, como lo mostraré más adelante.

El sér (cual que sea su determinación) es en realidad soporte del valor, pero el valor no expresa una determinada propiedad del sér, como pretende Schuerverack. El sér mismo no es tampoco superior al valor, pues aunque esto sólo puede manifestarse como un determinado modo de sér en una determinada existencia real, ideal o metafísica, el sér no puede ser sin el sujeto que valora. El supra-yo a través del yo es el que imprime unidad a la realidad por medio del

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

valor. El valor no existe sin el yo, y el sér finito tampoco puede existir sin el valor. Sólo el supra-yo antecede a la dirección del sentido. No es el sér finito el que engendra al valor, sino el valor el que determina al sér relativo. Precisar, aclarar y fundamentar la esencia de ese «algo» objetivo propio de los valores, es todavía un problema filosófico que espera solución. Creo, sin embargo, que en esa supremacía del yo frente al objeto valioso, que determina al sér del valor en su relación con los objetos soportes de las demás esferas de realidad, está la esencia de ese «algo» objetivo propio de los valores. El valor es valor para un sujeto. *Un valor sin sujeto que lo valore es un contrasentido.* Los que investigan el problema del valor adoptan ante el asunto dos actitudes diferentes. Según Müller-Freinfel, unos someten a una elaboración psicológica las valoraciones que nos ofrece la experiencia, otros intentan determinar los valores a priori, como esencias anteriores a cualquier experiencia. Los valores se consideran relativos en el primer caso y absolutos en el segundo. Se tienen así dos órdenes de valores independientes, sin miembros intermediarios que establezcan una transición entre ellos. Con esta posición psicologista y relativista, Müller-Freinfel no puede conseguir la conexión que pretende obtener entre ambas esferas, la relativista y la absolutista. Para mí, que no soy relativista sino apriorista categorialista, la conexión aspirada ya por Müller-Freinfel tiene lugar, pues el mun-

METAFÍSICA CATEGORIAL

do no es ni un proceso cósmico ni una realidad simplemente ideológica, como para Hegel, sino un fenómeno emocional, volitivo y lógico, por medio del cual el yo, con ocasión de una emoción o volición, determina al sér con una toma de posición valorativa, con un juicio. En todo fenómeno de valor, que para mí se extiende a todo fenómeno de conocimiento, intervienen un sujeto que valora y un objeto valorado. Entre ambos sucede la valoración, procedimiento emocional y lógico, mediante el cual el sujeto valorante y el objeto valioso asumen su específica significación respectiva.

Aparecen discrepancias cuando se trata de analizar el proceso de valoración. De tres maneras se le ha concebido ya. Las teorías psicologistas del valor sostienen que la valoración consiste sólo en una *reacción* emocional del sujeto, en una actitud valorativa, o en un proceso anímico de carácter peculiar. Kreibig y también Meinong representan la primera posición, Ehrenfels la segunda, Schwarz la tercera. Pero ninguna de esas posiciones comprende en su totalidad el fenómeno de la valoración. Las emociones o tendencias que suscita en nosotros el objeto valioso no constituyen todo el fenómeno de la valoración, sino una de sus partes, la que se puede considerar como el fundamento. Tampoco la valoración, el valorar, no es el valor, aunque tiene estrecha relación con éste. A él se puede agregar un segundo acto que se puede denominar la puesta del valor, y que es algo así

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

como un aceptar o reconocer o un negar o rechazar. Sólo existe valoración cuando tienen lugar las dos actitudes, la emocional y la lógica; esto es, primero una reacción emocional, segundo una afirmación, reconocimiento o negación de esa actitud primaria. El elemento emocional volitivo por sí solo no determina el valor. Experimentamos a menudo sentimientos de placer o de dolor sin atribuir categoría de valor a los objetos que nos lo provocan. También deseamos a veces cosas cuya ponderación de no valiosas conocemos previamente.

Hay también sentimientos y tendencias que no significan valores, pero se convierten en su fundamento a penas se sobrepone a ellos la puesta de valor. Esta puesta de valor, que es lo fundamental en la valoración, no en el valor, sólo puede ser realizada por el yo. Esta puesta de valor es un verdadero juicio, pues es una proposición en la que se expresa una toma de posición.

Hemos visto cómo el yo en la valoración introduce al ser del valor en la región de lo ideal, de lo psicológico y de lo lógico.

Su ser fundamental es lo lógico, es ese «algo» objetivo que determina lo valioso de todo objeto, cual que sea su esfera de realidad. En algunos sujetos lo emocional prevalece como en el tipo sentimental, el artista, pero el que es más universal es lo lógico. El acto emocional es la toma de posición primaria. La puesta de valor es la toma de posición secundaria. Supone un

METAFÍSICA CATEGORIAL

desdoblamiento del yo. El yo primario experimenta todo lo que sucede en el acto emocional de la valoración, el segundo yo, la instancia superior, acepta o rechaza aquella primera toma de posición, reconoce o no en ella un valor. Esta segunda actitud no es como la primera plenamente emocional, como afirma Müller-Freinfel, sino de carácter lógico. Hay valoraciones positivas y negativas. Para la positividad o negatividad de la valoración sólo importa la segunda toma de posición, que es puramente lógica, y es la que decide precisamente el carácter del valor.

Un sentimiento placentero, por ejemplo, que en el segundo nos resulta como de valor negativo, es un valor negativo, a pesar de presentarse con signo positivo en la primera toma de posición emocional. Pero cuando como en este ejemplo la segunda instancia contradice a la primera surge un conflicto de valor, porque la valoración no es ya una actitud coherente y unitaria, ni el valor es realmente vivido. La valoración efectiva exige la concordancia de los dos momentos.

Se ha llamado ya admitidas a las valoraciones en que la segunda instancia funciona independientemente de la primera, por oposición a las vividas en que ambos momentos concuerdan.

Entiendo, frente a Müller-Freinfel, que nunca puede haber una independencia entre las dos instancias, porque hasta los juicios de las disciplinas científicas ocurren con motivo de concepciones emocionales de la verdad o designios de la voluntad fuertemente arraigados.

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

Lo que sucede es que en las valoraciones admitidas, como sucede corrientemente, la puesta de valor responde a influjos exteriores al sujeto, pero en ellas se puede llegar a la valoración efectiva mediante la adecuación de la primera toma de posición, a la puesta de valor.

Son innumerables las valoraciones admitidas, y puede hasta decirse que el hombre educado en un medio culto recibe casi todas sus valoraciones de fuera, de otros yos que se las imponen como valoraciones de deber.

La auténtica autoexperiencia de los valores es mucho menos general de lo que se puede creer; es tan rara como la genialidad; «es una manera esencial de la genialidad».

Examinemos aún más el aspecto doble de la valoración. La subjetividad se escinde en sujeto momentáneo y sujeto unitario o ideal. El sujeto unitario es la imagen más o menos clara que uno se forja en sí mismo y que es la representación de un yo permanente que perdura por encima del yo momentáneo y cambiante.

Este yo unitario o ideal es el que me ha permitido fundamentar la unidad de la realidad desde el fondo del valor. Vemos cómo ninguna esfera de la realidad se escapa al juicio, ni aun la del valor.

A pesar de que a grandes rasgos con lo que va dicho queda mostrada la clásica fundamentación psicológica y lógica del valor, dado que la teoría axiológica pura se esfuerza en rechazar lo psicológico, lo lógico y lo metafísico, de la esfera

METAFÍSICA CATEGORIAL

del valor, voy a discutir detalladamente y por separado cada una de esas concepciones unilaterales del valor, que en parte sirven de fundamentación a mi toma de posición.

LA UNIDAD CATEGORIAL METAFÍSICA DEL VALOR

LAS NOTAS TÍPICAS DEL COMPLEJO VALIOSO

La teoría del valor en la filosofía alemana pasa por dos períodos. Al primero corresponde la concepción de la dirección pura del valor. En el segundo surgen las más diversas direcciones antitéticas del mundo axiológico. Cada uno de estos dos estados forman una esfera cerrada que se excluyen mutuamente.

El primero sólo vió la esencia superficial y formal del valor. El último comprende varios ciclos que, aunque pertenecientes a una misma esfera, que llamo la concepción fragmentada o impura del valor, se repelen y se niegan mutuamente.

Pretendo mostrar la improcedencia de ambos períodos; el primero por el desmedido absolutismo en la concepción del valor, que lo hizo demasiado limitado, y el segundo por lo frag-

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

mentado, estrecho y denegatorio en su toma de posición frente al objeto valioso. Cada uno ha visto sólo un elemento del valor, ha levantado un solo velo, ha aprehendido un solo aspecto de ese complejo y universal mundo axiológico. Cada quién ha pretendido ver de ese modo fragmentario al valor.

Es un hecho teórico impropio que porque nos formemos una idea pura, absoluta del valor, rechacemos toda otra concepción del mismo. Es poco feliz encarar una idea fragmentada de la realidad y rechazar o no ver ninguna otra.

Para mí la condición máspreciada en el filósofo es la ecuanimidad en la actitud teórica. La realidad no ha de ser como nosotros queramos que sea, por auto-determinación a priori. La realidad ha de aparecer como ella es, por una simple descripción intuitiva de todas sus formas, esto es, fenomenológicamente, y aprehendida sólo con el instrumento propio y natural del filósofo: la intuición no sensible. Pero esto último no ha de significar una nueva concepción fragmentada de la realidad, sino un simple procedimiento filosófico.

Pretendo mostrar la unidad del mundo valioso. No porque sea unitario por ser simple, sino porque manifiesta una unidad en medio de una diversidad de objetos. La esfera del valor arropa, comprende todos los objetos posibles. Quien no lo intuye así es porque previamente no lo quiere ver.

Alrededor del valor no se han señalado has-

METAFÍSICA CATEGORIAL

ta ahora ciertas notas típicas que he llegado a diferenciar claramente. En estas notas típicas hay que distinguir gradaciones. Todas no están en el mismo plano. No tienen la misma importancia para el valor. Las dos primeras corresponden al soporte objetivo del valor, a su manifestación; las dos segundas a la base objetiva del valor, a su esencia; son metafísicas; y una última nota típica que es la que imprime la suprema unidad al valor y corresponde al sentido, a la voluntad dirigida a fines, a la teleología del valor. La realidad no tendría sentido si no fuese orientada a fines por el supra-yo que desciende como concepción del universo hacia el yo y a través de éste colma de valor a los objetos.

Las dos primeras notas constituyen los elementos psicológico y lógico del valor, esto es, la expresiva del valor; las dos segundas notas señalan el sér y la esencia del valor, la metafísica del valor; y la última, la suprema nota típica, es el impulso de sentido que anima a todo lo valioso.

Haber visto en un conjunto unitario estos diversos aspectos del complejo valioso y haberlos encarado con el sentido de la unidad de la filosofía, es la intuición que me dirige en esta actitud teórica.

Ya los más grandes filósofos alemanes han concebido las más diversas teorías fragmentarias del valor; cada una de ellas adolece de la falta de visión de conjunto y de una lamentable unilateralidad en la concepción del valor.

Francisco Brentano y Alexius Meinong sólo

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

ven el valor psicológicamente. Para Windelband y Rickert lo psicológico es ajeno al valor, sólo lo lógico puede fundamentar lo valioso.

Husserl y Scheller conciben al valor en la sola realidad de las esencias: fenomenológicamente; Hering sólo puede concebir como base metafísico-realista al valor. Münsterberg lo aprehende sólo desde una orientación panmetafísica. Pero ninguno alcanza a verlo en su totalidad. Cada uno hace aportaciones admirables en su campo de acción valorativo, pero sólo en el que es de su afición personal y rechaza o ignora los demás.

El valor no puede estar encerrado en ninguno de esos modos de encarar la realidad, sencillamente porque él en su más íntima esencia es un a priori de la realidad, es previo a ella y flota sobre toda ella y se infunde en ella para dotarla de sentido. En el valor están comprendidos siempre cada uno de los aspectos que han dado origen a las direcciones aludidas en una amalgama sui géneris que intento mostrar.

En esas características propias del valor ya enunciadas hay que distinguir gradaciones. Todas no están en el mismo nivel, no tienen la misma importancia para el valor. Las dos primeras corresponden a la vivencia, la captación y la expresión del valor; las dos segundas corresponden a la esencia objetiva y metafísica del valor, y la última, la más profunda característica del valor, corresponde al impulso de sentido, a la teleología del valor.

METAFÍSICA CATEGORIAL

No hay objeto, cual que sea la esfera de realidad a que pertenezca, que no pueda ser infundido de valor y en que no puedan notarse todas las características anotadas. Si frente a un cuadro pictórico tomamos una actitud valorativa, tendremos primero una reacción emocional de valor, una vivencia axiológica que corresponde a un estado de ánimo de nuestra psique; el yo toma posición frente al objeto valioso y es obligado a emitir un juicio; sólo merced a este juicio, el valor puede flotar por encima del objeto y ser aprehendido; sólo así adquiere lo que llamo su ente formal, categorial; pero no hay objeto posible que carezca de esencia objetiva ni de esencia metafísica, la sólo presencia del objeto lo muestra así. Ahí está el cuadro con su conjunto de notas reales objetivas, subjetivas, metafísicas y eidéticas (madera, tela, colores, formas, figuras, perspectiva, tonalidades, alegoría, representaciones, relaciones, etc.), en un conjunto abigarrado que sólo adquiere sentido através de los fines que el supra-yo infundió en él con vista de la realización de uno de los valores supremos: la belleza.

LA FALSA FUNDAMENTACION PSICOLOGICA DEL VALOR

Francisco Brentano es el primer pensador que señala de nuevo la importancia del valor. Brentano llama la atención, a propósito del

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

sentimiento, hacia la realidad sorprendente de que nunca se ha tenido en cuenta más que la forma inferior del agrado y del desagrado, mientras se olvida la superior, ya señalada no con este mismo sentido por Aristóteles, del afán de conocimiento básico en todos los hombres; es muy conocido el pensamiento de Aristóteles: «Todos los hombres sienten, por naturaleza, anhelo de saber».

Este modo superior del agrado se corresponde con la evidencia en la esfera del juicio. Si hubiese alguna clase de ser que amase el error en cuanto error y odiase el conocimiento, se podría afirmar que ese amor y ese odio son fundamentalmente errores. Lo mismo si hubiese alguna clase de seres que desestimasen la alegría y ponderasen la tristeza. Según Brentano, en la actividad psíquica inferior existe un «impulso instintivo»; en este caso hay «un agrado natural, un amor superior que lleva la marca de lo debido» (Richtig).

En este amor que lleva la marca de lo debido está el centro de gravedad de la concepción axiológica psicologista de Brentano. Por medio de ese amor se nos manifiesta algo como bueno, por él tenemos conocimiento de los valores en todas sus formas. No me interesa presentar aquí la concepción psicologista del «origen del conocimiento moral» de Brentano, sino simplemente referirme a lo que interesa de su teoría axiológica psicologista para la dirección de mi tesis.

Rechazo de Brentano esa concepción pura-

METAFÍSICA CATEGORIAL

mente psicologista del valor. El objeto valioso no es en sí algo psicológico. En su esencia el valor es algo absoluto. Pero en su manifestación es algo que se presenta relativo. Meinong señaló que no hay ningún ámbito de experiencia que no pueda ser tomado como objeto axiológico expreso. Esto es del todo cierto. Pero la universalidad de los objetos axiológicos no denuncia que lo que interesa no son los objetos, sino nuestra actitud frente a ellos. En verdad, las cosas aparecen como indiferentes frente al hombre, pero tanto las primeras como el segundo son en realidad indiferentes; las cosas guardan en sí una esencia de sentido trascendente al yo, y éste obedece a un impulso dirigido a fines. Ambos, objeto y sujeto, tienen la misma importancia en el fenómeno axiológico. Ambos se exigen mutuamente con igual intensidad. El objeto está ahí, aunque aparentemente indiferente, para un sujeto y el sujeto se dirige con el sentimiento y con el pensamiento siempre a algún objeto. Aunque se dirige a la nada, se dirige a un objeto, a un objeto de negatividad absoluta, pero a un objeto. El sujeto no dirige jamás su impulso en vacío, y el objeto por más ideal o abstracto que sea no puede carecer de alguna forma de realidad. Un objeto sin sujeto y un sujeto sin objeto son cosas sin sentido. La teoría del conocimiento ha mostrado ya esto con clara nitidez.

Para Meinong todo se reduce a ese acto psíquico de «tener por valioso». Meinong se cuidó de no identificar el «tener por valioso» (das

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

Werthalten) con el «considerar como valor» (für Werthalten) para poder ver del sólo lado psicológico al valor. Pero «tener por valioso» y «considerar como valor» son, aunque no idénticos, equivalentes. Son dos actos consecutivos de ese enlace complejo dirigido a fines que es el fenómeno del valor. El acto intelectual, lógico, de poseer el concepto de valor antes de aplicarlo ocurre frecuentemente, aunque lo normal es que la vivencia de valor preceda al juicio lógico. Es que lo ontológico, lo lógico y lo psicológico son inseparables, andan siempre juntos; aunque son de naturaleza diferentes, se comprenden categorialmente.

El valor está relacionado con el sentimiento de valor sin ser idéntico a él, está referido al juicio sin confundirse con éste, y está en contacto con el objeto sin ser idéntico a él.

El valor es relativo desde tres puntos de vista. El valor depende de algo que le es externo para su expresión, de algo que le es inmanente para tener la capacidad de provocar la vivencia axiológica, de algo que lo pone en contacto con el mundo de los fines. Un valor absoluto sólo cabe en la capa más profunda del ente axiológico, en la causa suprema de toda dirección de sentido.

Lo ente y lo valente no están del todo separados. No es que haya objetos de los cuales no sea posible decir simplemente que *son*, sino que es necesario decir que *son verdaderos*, *son bellos*, *son buenos* o *son santos*. Junto al ser de ellos está siempre la cualidad, están siempre colmados

METAFÍSICA CATEGORIAL

de sentido. Lo que se ha debido enunciar claramente en la teoría pura del valor es esto: lo que es el sér sensible para los objetos sensibles, eso es el sér valioso para los valores. ¿Pero es que no se ha podido ver que todo objeto sensible es susceptible de ser valioso, está dotado de sentido? Cada objeto sensible está dotado de varias categorías de sér: un sér experimentable por principio; un ente metafísico, suprasensiblemente experimentable; una esencia fenomenológica, un eidos, una forma pura, categorial; una esencia ideal de significación que se manifiesta en la compleción de los pensamientos, en un juicio; y finalmente, un impulso de sentido que da unidad a todo el fenómeno axiológico.

Ehrenfels busca como Meinong una fundamentación psicológica del valor y pone, no como Meinong el sentimiento, sino el deseo, como el factor básico de la valoración. Para él «el valor de una cosa es su deseabilidad».

El valor de una cosa no puede depender ni de sus factores materiales, ni aun de los ontológicos; el factor básico del valor es la necesidad suprema del sentido.

Ehrenfels llega certeramente a concebir una «cadena típica de acaecimientos», pero como psicologista que es, su «sucesión de fines» la hace depender de las afecciones del sujeto. El no pudo ver que el sujeto simplemente obedece a normas de sentido que el supra-yo ha infundido en la esencia del objeto y ha impreso en las normas de perfección del yo.

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

La dirección psicologista considera como valor todo lo que favorece el placer inmediato o mediato, niega el valor puramente objetivo.

De la afirmación de Somlo de que «lo único absoluto es que nada hay absoluto» han llegado los psicologistas a considerar que sólo hay valores condicionados subjetivamente (individualmente). Esta máxima axiológica convierte el problema del reconocimiento del valor, en el problema del valor mismo, pero lo hace sólo basándose en la constitución de la psicología. Sus observaciones y afirmaciones son una psicología de la valoración que tiene sólo lugar en el sujeto, pero no son una filosofía de los valores. Se limitan a una investigación de las vivencias subjetivas, se constriñen a un solo aspecto del complejo axiológico. Hay que distinguir para encarar una concepción unitaria del valor: 1º, la actitud valorativa o vivencia del valor; 2º, la forma del valor o puesta de valor (el juicio); 3º, la esencia del valor; 4º, el ser objetivo del valor, y 5º, el sentido o los fines del valor. Quien no vea este conjunto hará aportaciones fragmentarias a alguno de los aspectos del valor, pero no verá en su totalidad armoniosa la filosofía de los valores. No puedo aceptar con los psicologistas, que la valoración es siempre subjetiva en el sentido de que un sujeto sólo experimenta un valor cuando lo aprehende mediante un acto psíquico. De esta misma exclusividad padece la dirección lógica del valor. Ver la causa del valor exclusivamente en el sujeto, anula los

METAFÍSICA CATEGORIAL

valores, les niega su existencia, los limita considerablemente, los empequeñece, haciéndolos depender sólo del sujeto. Los valores no dependen del sujeto ni de ninguno de los otros elementos que los constituyen. Los valores dependen de algo que está fuera de esos elementos. Dios ha puesto la esencia del valor en los objetos, ha impreso en el yo la capacidad valorativa, para finalmente encarar a éste frente a los objetos valiosos y señalarlos por medio de los pensamientos, en una actitud dirigida a fines.

LA ERRADA CONCEPCION LOGICISTA DEL VALOR

He mostrado la insuficiencia de la psicología para comprender en su totalidad el problema axiológico. Paso a discutir ahora la dirección lógica, que corresponde en el orden de mis ideas a la segunda nota típica del valor.

El interés de sólo ver un valor objetivo lleva a algunos pensadores alemanes a un nuevo sistema cerrado de ideas, que excluye, como lo hace el psicologismo, al valor de toda otra esfera de realidad.

Somlo sostiene que el valor absoluto es el valor verdad. La teoría pura del valor, que sólo considera a ciertos determinados objetos como valiosos, niega que la verdad sea un valor y afir-

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

ma que es una forma de realidad. La verdad no es un valor primigenio, no es uno de los cuatro valores supremos: *lo verdadero, lo bello, lo bueno y lo santo*. Pero la verdad no es el valor absoluto. El valor absoluto es el impulso de sentido dirigido hacia el fin supremo de la perfección. La verdad es un objeto infundido de valor.

Guillermo Windelband, interpretando el criticismo de Kant descubre valores en los llamados juicios sintéticos a priori. Pero no sólo en los juicios sintéticos, sino también en los analíticos y en toda especie de pensamientos hay siempre un valor. El mismo concepto está preñado de pensamientos, y es por tanto también un valor. La significación de la palabra silla, por ejemplo, no puede obtenerse de un modo simple, por sí sola; es algo a que llegamos por medio de un cortejo de pensamientos previos que flotan sobre el objeto sensible o sobre la representación de la silla y que tienen que ver con el sentarse, la estructura, la forma, la comodidad, el adorno, el confort de una habitación, etc. Lo que sea una silla para un caballo o para un perro es cosa que no puede decirse. Al hombre le es imposible introducirse en el mundo circundante de un animal. Para un caballo la silla no tiene sentido, puede ser todo menos un complejo de significaciones. Las cosas no son como son, sino como las pensamos y no podrían ser si no las pudiésemos pensar.

Windelband distingue dos clases de proposiciones por medio de las cuales externamos nues-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tros pensamientos: los juicios (Urteile) y los «juzgamientos» (Beurteilungen). En los juicios está expresa la «correspondencia de dos contenidos de representación»; en los «juzgamientos», una «relación de la conciencia juzgadora con el objeto representado». En ambas situaciones, «el predicado expresa algo del sujeto». La diferencia que ve Windelband entre el predicado del juicio y entre el predicado del «juzgamiento» no es del todo cierta. El predicado del juicio declara un concepto concluso en sí mismo tanto cuando está separado del contenido de lo objetivamente representado como cuando el predicado del juzgamiento expresa «una relación que apunta a una conciencia postuladora de valores». No sólo el camino de la realización une el reino de la ley con el reino del valor; no sólo en la realización se manifiesta la relación del medio con el fin; la necesidad teleológica surge del impulso de sentido y obliga al juicio a apuntar hacia los objetos para infundirlos en su totalidad de valor.

También Rickert, el más importante discípulo de Windelband, piensa que fuera de la realidad inmanente hay otro mundo, el mundo del valor, que se nos enfrenta como un *debe ser*. Existe para él, el mundo de las cosas que son y el mundo de las cosas que valen. Entre ambos está el sujeto teórico que los une mediante el juicio. Pero esto es sólo un halagüeño miraje. Lo que existe es un mundo de cosas que son y a la vez son susceptibles de ser valiosas; las cosas están leve y profundamente tocadas de sentido. Es

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

verdad que es indispensable que el yo se enfrente a ellas para que surja su condición de ser valiosas y es necesario también el juicio para que este sentido oculto flote sobre ellas. Pero el valor no depende como para los psicólogos sólo del sujeto, ni como para los logicistas sólo del juicio. Es verdad que el valor en su función expresiva culmina en el juicio, pero puede decirse que en su esencia todo objeto tiene la aspiración de ser valioso. Una indiferencia total del objeto carece de sentido. El objeto exige tanto al sujeto como éste al objeto. Sin esta mutua exigencia el mundo carecería de orden y de finalidad. Sería tan sólo un conglomerado de cosas absurdas, sin conexión ninguna.

La rigurosa separación que hace Rickert de «sujeto gnoseológico» y sujeto psicofísico tiene por objeto infundir en absoluto de realidad lógica al valor, en detrimento de lo psicológico. El sujeto supra-individual de los pensamientos es diferente del sujeto individual de los contenidos de conciencia. Pero ambos actúan sucesivamente en el complejo axiológico, el uno encarando la etapa emocional del valor, la primera nota típica, y el otro reconociendo o desconociendo el valor en la postulación del juicio.

El juicio es el elemento por medio del cual el yo apunta hacia el objeto para infundirlo de un valor expreso, de un valor formal (ya el supra-yo ha infundido de valor al objeto). Por medio del juicio todo conocimiento científico, toda categoría de objeto toma la forma valente del sér.

METAFÍSICA CATEGORIAL

El acto del juicio es también para Rickert una toma de posición frente al valor. Este valor no se agrega al juicio, sino que «el acto de juicio como afirmación o negación, es asimilado, según sea su sentido, a la toma de posición frente a un valor o frente a un desvalor». Conocer, pues, en este sentido lógico, reconocer valores; y el errar es rechazar valores y reconocer desvalores. Esta concepción introduce toda la ciencia, desde el punto de vista lógico, en el ámbito del valor. Pero el valor no ha de quedar reducido por ello al solo «reconocer» o «rechazar» valores. Esto sólo señala la importancia del «sujeto gnoseológico» en la segunda nota típica del valor. Evidentemente el valor necesita ser advertido por el sujeto individual, necesita ser captado por el sujeto gnoseológico por medio del juicio; pero aunque no sea advertido ni captado, no por eso deja de haber allí la esencia del valor. Emil Lask, el célebre discípulo de Rickert, apunta certeramente en *Die Lehre Von Urteile* (La teoría del juicio): «en el arquetipo objetivo no puede haber de ningún modo una correspondencia de elementos». Estas dos regiones no están «en paz una con otra» sino que «una se eleva sobre la destrucción de la otra». En los objetos se manifiestan relaciones que todavía no se han separado en «relaciones» y «material de relación»; esas relaciones manifiestan sólo un «simple estar los contenidos en la forma».

La relación existe, pero sustento, en oposición a Schuerverack, que sí pueden considerarse

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

como elementos de ella la categoría y el material categorial. Lo que sucede es que esta relación no pertenece al campo del juicio, aunque se manifiesta en él; pertenece a una capa más profunda del valor. Forma categorial significa una referencia a algo; material categorial contiene ya un objeto referido; lo que indica que hay una relación más profunda ya previamente establecida. Es el primer intento hacia una metafísica realista de los valores. La dirección axiológica se dirige ahora hacia la capa más profunda del valor. Siendo la forma una referencia, «se impone la idea de algo todavía independiente de la situación formal, de algo preformal que sólo por su entrelazamiento con otro algo es como puede originar el carácter formal».

¿Dónde reside, pues, el valor? ¿En la «estructura primaria como totalidad o en uno de sus elementos»? En las teorías fragmentarias del valor se le encuentra siempre lugar en los elementos. El valor no ocupa ningún lugar, no está en ninguna parte, no descansa en ningún elemento. La necesidad de sentido desciende, flota tanto sobre el yo como sobre la estructura primaria para infundirlos de valor. La «estructura primaria» significa lo no sensible, lo preformal. Lask hace notar que el sujeto es necesario para la estructura dotada de sentido, lo que torna la teoría del sentido o del valor en una teoría de la subjetividad. Pero no sólo el sujeto sino también el juicio es indispensable para una estructura dotada de sentido.

METAFÍSICA CATEGORIAL

La teoría del sentido o del valor es vista por Lask como una «teoría» de la subjetividad, lo cual no le impide finalmente llegar a una doctrina del sentido trans-subjetivo.

La concepción axiológica logicista rechaza, en su pugna con el psicologismo, el relativismo y subjetivismo axiológicos. Cae de ese modo en el mismo exceso del psicologismo, en la misma visión fragmentada del mundo valente.

LA FALSA CONCEPCION FENOMENOLOGICA DEL VALOR

Cabe analizar ahora a la fenomenología, que ha tenido también la pretensión de fundamentar por sí sola la concepción del valor.

En el sistema kantiano, expuesto en la *Crítica de la razón pura*, que establece la deducción de las categorías de las formas del juicio, juegan un preponderante papel las funciones categoriales o lógicas. Pero según Husserl, Kant no llegó a «extender» fundamentalmente los conceptos de percepción e intuición al dominio categorial, porque no valoró la gran diferencia entre *intuición* y *significación*, y por lo tanto no llevó a cabo el análisis entre intuición adecuada e intuición inadecuada.

La fenomenología se dirige, en lo que se refiere al a priori, a la *Wessenschau*, a la intuición

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

de *esencia*, y se ocupa del conocimiento de esencias. El juicio no se limita a presentar sólo una proposición gramatical; en él hay aprehendida «una unidad ideal de significación».

La fenomenología, que corresponde a la tercera nota típica del complejo axiológico, es un logicismo puro, que aunque tiene sus profundos enlaces con Platón y Aristóteles y niega el logicismo y rechaza de sí toda psicología y toda metafísica (el mismo Husserl lo llegó a considerar como un positivismo, como un instrumento para captar la idea pura, absoluta), constituye para mí un puente entre el logicismo y la metafísica realista. Ya esto ha sido suficientemente discutido en la sede del pensamiento moderno. Los juicios sobre la fenomenología se han dividido en dos extremos. No tomo en cuenta aquí trabajos más profundos, como el de Teodoro Celms sobre el idealismo fenomenológico de Husserl. En uno de esos extremos están Wundt y Cohen. Wundt ha visto en la fenomenología de Husserl un logicismo «como la historia no lo había conocido desde los días de la dialéctica escolástica del concepto y la palabra». En el mismo sentido se coloca Cohen cuando habla en su *Logik der reinen Erkenntnis* (Lógica del conocimiento puro) de una nueva escolástica que se llama fenomenología.

El otro extremo corresponde al propio Husserl, el cual ve en la fenomenología «el secreto anhelo, por decirlo así, de toda la filosofía moderna».

METAFÍSICA CATEGORIAL

El ideal de la ciencia fundamental significa en Husserl una ciencia que sirva de *justificación* absolutamente última para todas las ciencias sin excepción.

La idea en la ciencia fundamental de Husserl es la idea de un conocimiento absolutamente universal, por una justificación absolutamente última.

Este ideal es el que llena el problema central de la fenomenología; sin embargo, un instante trágico de la filosofía fenomenológica tiene lugar cuando el mismo Husserl se ve obligado a renunciar a este ideal tan caro para él. Celms ha parafraseado ya la célebre sentencia de Jacobi al referirse a la «cosa en sí» de Kant, diciendo: «sin el ideal de un conocimiento absoluto no podemos entrar en la filosofía de Husserl, pero con este ideal no podemos permanecer en ella».

La fenomenología es una filosofía de la immanencia y aun cuando logra hacer la reducción de los mundos real e ideal a la conciencia, finalmente se resiste a su ideal absoluto y abandona su intento por no caer en el solipsismo.

Pero la fenomenología no puede conseguir tampoco la fundamentación unitaria del valor; no lo puede, porque apenas llega en sus últimos estadios, en su posición frente a la filosofía trascendental, a determinarse como una metafísica espiritualista y aun cuando se apoya para ello en la monadología espiritualista de Leibnitz y toma centralmente en cuenta la armonía preestablecida, no lo logra, por no poderlo hacer te-

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

leológicamente. La teleología es trascendente a una filosofía absoluta y privativamente científica. En la fenomenología no cabe ninguna posición de sentido. La intuición de las esencias es una intuición inferior y diferente a la intuición del sentido.

Para la filosofía trascendental sólo hay por principio una única realidad, que puede ser considerada en direcciones contrapuestas (la objetivante y la subjetivante). Para Husserl hay dos realidades absolutamente distintas, la immanente y la trascendente.

La filosofía trascendental, iniciada por Kant y continuada y superada por los neokantianos de la escuela de Marburgo: Cohen, Natorp, Cassirer, Bauch, sólo ve en la realidad immanente (espiritual) y en la trascendente (física), resultados de una elaboración gnoseológica de una misma realidad. En cambio, Husserl impone un carácter absoluto a la realidad immanente y reduce a ella la trascendente.

¿No es acaso éste un idealismo metafísico?

Si se hubiese procedido en sentido contrario, esto es, si Husserl hubiese considerado absoluta a la realidad trascendente y hubiera reducido a ella la espiritual, la fenomenología sería un tipo de filosofía materialista.

En la metafísica espiritualista de Leibnitz cabe el sentido, mas en el idealismo metafísico de Husserl no es posible la dirección a fines. La monadología de Leibnitz es una verdadera metafísica espiritualista. Del idealismo de Husserl

METAFÍSICA CATEGORIAL

se llega a una metafísica espiritualista por una reducción formal eidética de la realidad, carente de todo sentido superior y trans-subjetivo.

La fenomenología se apoya en la afirmación de que los conceptos y los juicios se basan en un sentido y una significación y de que ese sentido no necesita para manifestarse una larga experiencia, sino que basta una *vivencia*.

Pero este sentido y esta significación no rebasan en la fenomenología el ámbito eidético; se constriñen estrictamente a la nóesis y al nóema, al pensamiento pensado del objeto y al contenido del pensamiento pensado.

La significación, de la cual es soporte la palabra, y el sentido, captado por la vivencia, son independientes de toda conciencia.

«La esencia K reclama necesariamente al sér C; en la esencia hombre está necesariamente la facultad de pensar. Las relaciones objetivas subsisten, haya o no una conciencia que trate de captarlas; hasta podría decirse que nada tienen que ver con el pensamiento y el conocimiento. Existen. Tarea del pensamiento es perseguirlas y aprehenderlas. Y si el pensamiento quiere aprehenderlas en su significación más profunda, en toda su plenitud, en su esencia última, y no contentarse con un *cumplimiento significativo*, en ese caso el pensamiento debe apuntar hacia la verdadera esencia de la situación objetiva, debe buscar en el análisis esencial las leyes que rigen las esencias. Tales leyes están en la base de todos los hechos y complejos de hechos».

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

Aunque lo rechaza la fenomenología, ¿no induce esto a intuir una leve dirección de sentido que reposa en esas leyes que rigen las esencias?

La intuición pura de las esencias no puede ser pensada como iluminación repentina; cabe aquí la necesidad de hacer grandes esfuerzos para vencer el «alejamiento» en que nos encontramos con respecto al objeto y que Reignach compara con el esfuerzo que en la alegoría de "El Fedro", de Platón, debe realizar el carro del alma para ascender al cielo y contemplar las ideas.

Aprehender las esencias en conceptos es una tarea secundaria.

Es necesario haber vivido el *sér*, haber intuído la esencia para realizar su traducción verbal.

«Si una esencia A exige necesariamente la propiedad B, basta interpretar B como predicado de valor para tener ante nosotros la íntegra doctrina fenomenológica del valor, desarrollada en sus rasgos principales en la lógica de Husserl.»

Pero esta orientación metodológica, como una verdadera teoría del valor, ha sido elaborada y perfeccionada por Max Scheller. Para él, los valores deben asimilarse y preceder a las esencias.

La fenomenología de Max Scheller, la metafísica realista de Hering y la concepción pan-metafísica de Münsterberg son las tres primeras direcciones fragmentadas en las que puede advertirse un determinado intento en concebir uni-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tariamente al valor, pues toman en cuenta de modo expreso el sentido. Pero ninguna de las tres puede obtenerlo, como lo mostraré más adelante.

Max Scheller identifica el valor con la esencia y da lugar a lo valioso en lo personal. Hering, como perfecto realista, lo identifica con lo objetivo, y Münsterberg, como panmetafísico que es, con la total inmanencia del mundo. Y aunque los tres vislumbran la necesidad del valor supremo, se manifiestan en el fondo como materialistas panmetafísicos.

El hecho de que la esencia de lo blanco se manifieste en objetos concretos de la realidad, en la flor blanca, en el libro blanco, en el tejido blanco, lleva a Max Scheller a afirmar que en el mundo de los valores la nobleza se revela en una acción o pensamiento noble.

Es cierto que el valor se manifiesta en acciones y en conductas (no hay ninguna forma vedada al valor), pero su manifestarse no es como el darse las esencias en los objetos concretos. Los valores pueden darse intuitivamente, y es así como se dan siempre, pero no como una intuición sensible de objetos, ni como una intuición no sensible de esencias, sino como una intuición de sentido, no sensible. En la intuición de esencia cabe el impulso de sentido. Pero la intuición de esencias de la fenomenología no equivale al impulso dirigido a fines.

Scheller cree posible descubrir en el mundo de las esencias, como una ley rigurosísima, «que

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

las cualidades y unidades axiológicas son previas a todo sér». Y aquí está el lado flaco de la concepción teleológica de Scheller. Concibe la aprehensión del valor anterior a la aprehensión de todo sér, y pone, inexplicable contrasentido, el valor supremo en el valor «personal».

Finalmente, en una inconsecuencia indigna de la estirpe filosófica de un Max Scheller, pone éste el valor supremo en Dios.

Pero hemos visto que el valor, para Scheller, debe preceder a todo sér. ¿En qué lógica podrá, pues, el sér preceder a todo sér y confundirse con el absoluto sér?

Nada puede preceder, ser anterior al sér absoluto, ni siquiera la nada, el sér de negatividad absoluta.

El valor supremo no puede identificarse con Dios. Dios no es un valor. Dios está por encima de todos los valores. Dios crea el valor y desciende como concepción del universo, como un íntimo impulso de sentido, hasta el yo y el no yo.

El valor es algo que no puede descansar en nada objetivo, ni siquiera en la idea absoluta de Dios. El valor flota sobre todos los objetos, iluminándolos como un resplandor de sentido que infunde en ellos las normas de su finalidad. El valor se reduce, en su más íntima esencia, a ese *impulso de sentido dirigido a fines*, que obedece al plan supremo de la voluntad de Dios.

No comparto con la metafísica realista la idea de que el sér es el soporte del valor, sino en

METAFÍSICA CATEGORIAL

el entendido de que ese soporte no significa un apoyo real de tal naturaleza, que permita una identificación del sér con el valor. El valor es la finalidad del sér, pues todo sér y todos los objetos tienen una finalidad, obedecen a una dirección de sentido, impuéstale preconcebidamente por Dios. Pero la finalidad no se da, como pretende la metafísica realista, de una manera real en el sér, en su estructura objetiva. No. La estructura de todo objeto obedece a la finalidad universal armónica que la voluntad divina ha impreso en todo como una dirección de sentido para alcanzar los más altos fines: verdad, bondad, belleza y santidad, y no como ley estructural del objeto. ¿Tendrá sentido preguntarnos ahora qué es el valor? ¿Cuál es la esencia del sér valioso? Para desentrañar la esencia de un objeto es necesario determinar con toda claridad «lo que haga que ese objeto sea lo que es». Hay que encontrar ese quid, sin el cual el objeto carecería de sér, de toda realidad.

Pero éste es un problema más delicado de lo que ha parecido ser hasta ahora al investigador teórico. Pues para captar lo que haga que un objeto sea lo que es, es indispensable conocer previamente el objeto, y conocerlo no superficialmente, sino en lo más profundo de su estructura íntima, en su más pura forma de realidad. Y ya esto es propiamente conocer su esencia. La fenomenología no ha explicado satisfactoriamente hasta ahora el proceso de captación de las esencias. Lo concibo de este modo: para mí, lo pri-

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

mero en surgir es la vaga intuición de la esencia, intuición que puede ser sólo porque, a la manera de Platón, el espíritu aprehende el recuerdo remoto de la idea como arquetipo de todo objeto. Este recuerdo es aprehendido de un modo vago, como una nébula, como una nostalgia del mundo preformal de las ideas, o como un impulso de sentido que la concepción del universo, Dios o el supra-yo, imprime en el yo individual, en la forma más fija, más diferenciada de una creencia, de una fe. Apoyados en esta fe o creencia desarrollamos nuestro interés teórico, refiriéndolo siempre a ese arquetipo borroso y vago, hasta que adquiera determinaciones claras y precisas. Si no tuviésemos en el alma esos arquetipos, giraríamos en un círculo vicioso y, como mariposas, nos quemaríamos las alas con la deslumbrante luz de las esencias, sin llegar jamás a determinarlas.

La metafísica realista afirma que «todo objeto, sea cual fuere, tiene una esencia y solamente una, que en cuanto esencia propia de ese objeto, determina la totalidad de los rasgos que lo constituyen». Pero esto únicamente podría afirmarse de los objetos reales sensibles, y sólo cuando éstos, desde una posición realista absoluta, carentes de toda relación de valencia, estuviesen no contrapuestos a ningún yo.

Este es simplemente un imposible metafísico. La realidad es sólo realidad, por estar contrapuesta al yo. Sin el yo la realidad no tiene sentido. Es que el valor no ha venido solamente

METAFÍSICA CATEGORIAL

a constituir una nueva esfera de la realidad, sino que el valor ha venido a revolucionar y debe transformar el concepto tradicional de la realidad.

Por lo pronto yo he podido captar que desde el punto de vista de lo valente un objeto puede tener no sólo una, sino una pluralidad de esencias. Por no haber visto esto, los pensadores alemanes han fragmentado groseramente al valor.

¿Y cuál es, pues, la esencia del valor? Lo que determina que los valores sean valores es su «ser valor». El realista dice: allí donde está el «ser valor» está también el valor. Pero, ¿en qué estriba este «ser valor»?

Ya hemos visto que para el psicologista, cuya fe o creencia está en lo psicológico, es una mera vivencia subjetiva, psíquica, exenta de toda objetividad. Para el logicista es una simple ideación del espíritu, o una construcción de la conciencia, la prehensión de un juicio. Para la fenomenología es la intuición de la esencia. Para el metafísico realista, la esencia del valor es una cosa real sensible y objetivamente dada; una verdadera objetividad. Para él, el objeto se da independientemente de toda conciencia, no puede ser modificado por una conciencia.

El objeto sí puede ser modificado por la conciencia, por el yo, y en eso consiste la importancia del valor. Pero no es, como creería un realista, que el yo modifica al objeto real sensible en su propia estructura, no; es evidente que

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

el yo no puede romper el cristal de una ventana, pero sí puede encontrarlo bello o feo, provocarle un recuerdo agradable o desagradable, y así lo aprehende en su forma o en su función valiosa.

Estas mismas palabras que ahora escribo son para un realista simples líneas negras sinuosas; sin embargo, en función de las significaciones ideológicas de que son soportes, cobran su esplendor de ser valiosas.

Es posible aprehender en todo objeto cinco esencias: las cinco notas típicas del valor. Pongamos como ejemplo esta hoja de papel; en ella cabe determinar, como objeto real sensible que es, una esencia objetiva, unas determinaciones cuantitativas, cualitativas de espacio-tiempo y de percepción, que las delimitan como un ser real sensible; en relación con ella podemos captar una esencia lógica, un pensamiento juicio que señala una cualquiera de sus determinaciones: Esta hoja de papel es blanca, de ella podemos intuir una esencia, un eidos, una forma pura, ideológica: el *papel*, *lo blanco*, etc.; hasta ella ha descendido, a través del yo, la dirección de sentido, la teleología trascendente, la finalidad de esta hoja de papel, que es lo que la determina finalmente en su ser valioso: esta hoja de papel me ha servido para fijar y coordinar mis pensamientos; me sirve ahora mismo para transmitirlos y servirá mañana para perpetuarlos si acaso están infundidos de alguna función valiosa.

Ninguna de estas esencias falta en un objeto

METAFÍSICA CATEGORIAL

valioso y es ello lo que le da unidad, esplendor y trascendencia al fenómeno de valor, que de este modo penetra en toda la realidad y la vivifica, la transforma, la acerca al hombre y la hace inconsciente copartícipe de sus ideales.

Esta estrecha relación de lo valioso con lo existente la aprehende la conciencia pensante en la teleología de todo sér.

Todo sér real, metafísico, ideal, primariamente valente, tiene una finalidad impresa por Dios en la estructura del sér, pero que sólo puede ser aprehendida, expresada o exaltada por el yo.

Si un objeto existente cumple su finalidad, ese objeto tiene sentido, es valioso. La finalidad imprime sello en la realidad del sér, pero no radica en la estructura material, en la corporeidad del sér. Es cierto que la deformidad material de un sér, la transformación de la forma normal de un objeto, manifiesta un desvalor. Pero esto no tiene importancia ninguna para la cósmica real del objeto, pues si el objeto no fuese pensado, la forma podría obedecer a cualquier estructura. Una deformación corporal de un ente puede también provocar un valor. La deformación de los rieles que produjo el célebre descarrilamiento de un tren en Inglaterra, hizo esta aportación valiosa: la verdad sorprendente de que los metales también se fatigan. La teleología es sólo concebible en una relación de sujeto y objeto.

Cómo sería el mundo sin un yo es cosa que no puede concebirse; la realidad es sólo realidad

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

porque puede ser pensada. La realidad sensible está obligada a obedecer al yo, por medio de los pensamientos. Puede concebirse que la realidad tenga una determinación absoluta, dependiente de sí misma, pero esa nos está vedado conocerla; nosotros sólo conocemos de la realidad sensible lo que nos interesa para nuestros ideales y nuestra cultura, por mandatos imperiosos de la concepción del universo, que no podemos eludir. La gran división bipartita de la realidad que divide los objetos en objetos estructurales y objetos culturales, que la ontología advierte y no puede explicarse, es debido a que la ontología no ha visto con toda justeza que la realidad está dividida en objetos sometidos a ley y a fines (objetos estructurales, físicos, psíquicos, metafísicos e ideales) y objetos sólo sometidos a fines (objetos culturales e históricos, los objetos valiosos: lógicos, éticos, estéticos y religiosos). Para mí, esta división bipartita tiene su origen en la esencia de la división más general aún de la realidad en sujeto y objeto. Sujeto y objeto pertenecen ambos a la realidad, constituyen sus dos categorías más generales. El sujeto está siempre enfrentado al objeto, trata de penetrarlo. Los objetos culturales se acercan más a la esencia del hombre que los objetos estructurales. Hemos mostrado ya cómo el hombre, el yo, por medio de los valores (los objetos culturales) se acerca más a los objetos estructurales, los influye, los arropa, trata de borrar esa rígida frontera de la división bipartita. Casi queda totalmente

METAFÍSICA CATEGORIAL

borrada, pues hemos visto cómo y por medio de qué, los objetos estructurales pueden tornarse valiosos y en qué grado. Los objetos estructurales quedan así sometidos a leyes y a fines. Los objetos culturales sólo a fines. Sería motivo de una investigación especial más detenida el indagar si los objetos valiosos que obedecen a fines pueden obedecer también a leyes, lo que no hemos podido intuir todavía. Pero ya el hecho de que los objetos culturales invadan el campo de los estructurales y los sometan a fines es un aviso muy sugeridor para los captadores de intuiciones. Cabe formular estas preguntas. ¿Están o no los objetos culturales, por esencia, sometidos a leyes? ¿En principio lo están, y es que el hombre no ha podido intuir esas leyes? ¿O es que por esencia los objetos culturales son extranomológicos? Los objetos culturales tienen sus leyes propias, leyes teleológicas: fines, leyes cualitativas; los objetos estructurales tienen sus leyes ínsitas nomológicas, leyes cuantitativas, y pueden ser sometidos a leyes teleológicas, a fines. Evidentemente, los objetos culturales, por esencia sólo obedecen a leyes teleológicas, a fines, a leyes cualitativas, y no pueden ser sometidos ni al espacio-tiempo ni a la cantidad.

La realidad sensible podrá estar llamándonos constantemente con voces que no podemos ni queremos oír; nosotros no le hacemos caso; le imponemos nuestros criterios y nuestros ideales; por suerte, esto se hace bajo un plan teleológico, dirigido por la concepción del universo, y nos-

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

otros sólo somos los instrumentos subjetivos escogidos por Dios para realizar ese unitario y armonioso plan. Me refiero sólo a la actitud teórica. El hombre oye a la naturaleza con fines comunes utilitaristas; entonces se hace esclavo de ella; aparentemente se deja dirigir de ella para hacer un puente o curar una herida, aunque aquí también le impone su propia metodología empirista construída por el pensamiento y no con materiales sensibles. ¿Acaso es carente de sentido el hecho de que todos los hombres estemos provistos de un yo semejante, pleno de esa capacidad de entendimiento entre sí y de ese poder de compenetración y de ideación que todo hombre posee para infundirse en la realidad sensible por medio del pensamiento y transformarla y crearla con vista de nuestros más altos ideales?

Los fracasos y desorientaciones que el hombre sufre frente a la realidad sensible sólo tienen lugar cuando éste pretende dejarse dirigir por ella. Ningún objeto puede carecer de alguna realidad. Ya en la primera parte de este ensayo mostré la distinción entre realidad sensible y realidad en sentido genérico. La filosofía no ha visto todavía con toda claridad estos conceptos. La misma ontología moderna, aun cuando ha dividido en diversas esferas a la realidad, cuando habla de realidad sólo se refiere a la realidad sensible (física y psíquica). Le concede a la realidad sensible una primordialidad, una generalidad que no tiene. Para ver con toda pure-

METAFÍSICA CATEGORIAL

za la ontología, hay que distinguir: una realidad sensible o realidad ente (que comprende objetos físicos y psíquicos); una realidad suprasensible o metafísica (que encierra los objetos que poseen suprasér); una realidad ideal (a la que pertenecen objetos puramente ideológicos, los objetos matemáticos y las relaciones), y una realidad valente (a cuyo dominio pertenecen los objetos que son primaria y privativamente valiosos; los objetos lógicos, éticos, estéticos y religiosos). Todos los objetos poseen realidad, la forma de realidad propia de cada uno de ellos. La controversia gnoseológica del realismo y el idealismo no se refiere a la realidad o no realidad de los objetos, sino a la trascendencia o la inmanencia del objeto con respecto al yo. He mostrado ya que la realidad valente es el tipo genérico de realidad, por su esencia ella influye, penetra y transforma cualquier otra forma de realidad. Hemos visto cómo por medio del yo y lo lógico, el supra-yo torna valente a toda la realidad. Todo lo construimos de un modo lógico con el pensamiento. Y lo que no se hace así, con toda pureza, es falso. El fracaso de la intuición sensible está de manifiesto en el desenvolvimiento de todas las ciencias. Esos tumbos, caídas y desorientaciones que observamos en su historia, es sólo debido a que el hombre ha pretendido, las más de las veces, anteponer al pensamiento la intuición sensible.

Entre las ciencias particulares, la astronomía, la física y aun la misma matemática han

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

sufrido los entorpecimientos de la intuición sensible.

Casi nadie ignora los intentos frustrados que la ciencia astronómica ha tenido desde la concepción geocéntrica hasta las intuiciones de Copérnico, Newton y Einstein, desde que el hombre, dirigido por la visión externa, inmaterial de las cosas, intuye la tierra plana y en el centro del mundo, hasta la intuición aparentemente no sensible de Einstein, sobre el mundo finito pero ilimitado. He dicho aparentemente no sensible, porque esa intuición de Einstein, como la mayoría de las intuiciones de los científicos especialistas son siempre intuiciones sensibles.

Como los científicos naturalistas trabajan con objetos reales sensibles, sus intuiciones sólo son intuiciones sobre lo sensible. Con esto queda rebajada la naturaleza superior gnoseológica del hombre. El tipo de Einstein, que es un segundo tipo de científico especialista, por ser un matemático-naturalista, sus intuiciones son intuiciones no sensibles aprehendidas a través de lo sensible. De ahí los errores de que adolecen también las teorías einsteinnianas como todas las teorías científicas particulares, que todas flotan siempre sobre un mar de errores.

Cuando un científico especialista tiene un acierto es porque ha aprehendido una intuición no sensible; esto ocurre por desgracia pocas veces, pues él está encerrado en el mundo de lo sensible y no puede salir de él.

Cuando un filósofo aprehende una intuición

METAFÍSICA CATEGORIAL

sensible y la suma a su ámbito propio de objetos no sensibles, yerra; esto por desgracia aun en grandes pensadores ocurre más de lo que se puede creer.

Si el filósofo estuviese alerta para no dejarse dirigir por lo sensible, sino por lo no sensible, por lo puro ideológico, posiblemente se acercaría a una ciencia de perfección absoluta. En esto tiene perfecta razón la fenomenología como ideal, pues si pudiésemos captar siempre y sólo siempre esencias no sensibles, eide, formas ideológicas puras, alcanzaríamos el ideal de una ciencia absoluta. Lo doloroso es que no todo fenomenologista cumple con rigurosidad este ideal, sino que mezcla ordinariamente intuiciones sensibles con intuiciones no sensibles. Creo que ningún filósofo ha cumplido hasta ahora con ese ideal, inclusive el mismo Husserl, que es quien lo ha obtenido con mayor rigor.

Husserl no lo obtiene por completo, porque se aleja de Platón y se acerca a Aristóteles cuando cree captar la intuición de las esencias en la misma estructura sensible del objeto.

Las esencias puras, los eide, sólo pueden aprehenderse de un modo no sensible, ideológicamente; son siempre formales y pre-estructurales.

La física como ciencia particular ha sido creada con la intuición sensible, de ahí las extraordinarias revoluciones que ha sufrido en toda su historia, con las teorías de la acción próxima,

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

la relatividad, el quantum de acción, el principio de imprecisión de Heisenberg, la mecánica cuántica de Schrödinger y la mecánica estadística, todas imperfectamente construídas por haber sido captadas por medio de la intuición sensible y no por los medios puramente lógicos. Este ensayo no me permite entrar en más detalles con respecto a este asunto, pero no puedo dejar de afirmar que la física teórica moderna tiende cada vez más a ser una ciencia puramente lógica y no experimental. He sido contrario siempre a la intuitivación de las matemáticas. Por esencia, por su estructura óptica, los objetos matemáticos son objetos ideales, de construcción lógica, y no objetos entes.

Una filosofía que se apoya constantemente sobre comprobaciones particulares de las ciencias especiales está viciada en su esencia. Invade terrenos que no le pertenecen y los investiga con métodos que le son impropios. Está expuesta continuamente a errores, e inducida a apoyarse en falsedades. La filosofía puede y debe estudiar toda categoría de objetos, inclusive los objetos sensibles de las ciencias particulares; pero a una filosofía pura, general, absoluta, a una ciencia digna de este nombre, le está vedado hacerlo con los métodos que lo hacen las ciencias particulares. La filosofía es una ciencia de objetos no sensibles; y aun cuando investigue objetos sensibles debe hacerlo por medio de intuiciones no sensibles y de pleno en un mundo de lo no sensible, de lo ideológico, que es el único mundo

METAFÍSICA CATEGORIAL

de lo invariable y de lo eterno, el único mundo de la certeza y de la verdad.

Para mí la llamada filosofía positivista, la filosofía de Comte, no es filosofía, es simplemente una ciencia particular disfrazada de actitud teórica. Es hoy ya muy grande la producción de esa seudofilosofía: a ella pertenecen también el empirismo, el pragmatismo, el behaviorismo y la llamada filosofía científico-natural. No se pueden tomar posiciones filosóficas puras apoyadas en conclusiones de experiencias particulares. Sencillamente porque la experiencia particular no está afectada nunca de generalidad absoluta, pues todo hecho siempre es susceptible de una nueva experiencia, y puede sufrir una nueva rectificación. El ideal de una ciencia filosófica, pura, absoluta, tal como yo la anhelo, va más allá de Husserl. Una ciencia filosófica general de tal naturaleza sólo es posible por los únicos dos procedimientos filosóficos: el fenomenológico y el de inferencia. Se puede decir más. La filosofía sólo puede usar el método de inferencia. El método fenomenológico es, en esencia, un método de inferencia. El método inductivo no cabe en la filosofía, sólo pertenece al ámbito experimental de las ciencias particulares. Un conocimiento absoluto sólo es posible por medio de intuiciones no sensibles y desarrolladas por inferencias de lo no sensible, de lo puro ideológico, y sin traslimitarse en ningún instante del único mundo real, del mundo ideal de los pensamientos,

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

La intuición no sensible de las esencias, en último término, es una aprehensión no sensible, hecha por medio del pensamiento, sobre el contenido del pensamiento pensado.

Cuando tratamos de intuir una esencia, un eidos, referido a una expresión sensible, y al través de un objeto sensible, como lo ha creído posible el mismo Husserl, nos hacemos la ilusión de que intuimos la esencia de la capa material del objeto sensible. Pero no hay tal, siempre intuimos lo no sensible, el eidos, por un medio no sensible, el pensamiento.

Cuando damos vuelta con el pensamiento alrededor de un objeto sensible para captar una de sus infinitas esencias, por ejemplo, cuando tratamos de intuir la solución de una ecuación matemática, los signos gráficos de la ecuación no contienen la esencia de la relación que anhelamos, así como las palabras no contienen la esencia de los pensamientos; ni captamos tampoco la solución de las relaciones gráficas que están en el papel o en el encerado. Esos signos no son ni siquiera un apoyo, sino un simple incentivo para el pensamiento provocar sus propios recursos eidéticos y aprehender así las esencias en el puro mundo ideal de lo no sensible, en el mundo preformal de las ideas.

Pero no se vaya a pensar que frente a cada objeto sensible hay un solo eidos, una sola esencia, como si hubiese un paralelismo entre el objeto sensible y la idea. No cabe para cada objeto concebir sólo sendas ideas. Un objeto es

METAFÍSICA CATEGORIAL

susceptible de infinidad de ideas, debido al anhelo constante y frustrado del yo por aprehender la última esencia.

No cabe aquí el numeral distributivo sendas. No. Para cada objeto sensible o no sensible hay un infinito de esencias, de eide por captar, y es eso verdaderamente lo que hace bella, emocional y teorética la existencia. Si hubiese para cada objeto una sola esencia correspondiente, tendríamos la posibilidad de agotar las esencias, que son inagotables; podríamos pretender la aprehensión de la última esencia de los objetos que sólo puede ser captada por Dios.

No se me arguya ante esta afirmación que prácticamente el hombre posee para cada objeto una sola esencia. Así es. El hombre ordinario sólo concibe y usa para cada objeto una idea. Pero el hombre común, lo mismo que el hombre de ciencia, tiene para cada objeto una esencia y a veces un limitado número de esencias, determinadas por los intereses y convenciones de la ciencia particular que profesa. Sin esa limitación no podría el hombre ateorético utilizar los objetos particulares para sus intereses utilitaristas.

Otra cosa ocurre con el pensador teorético, con el filósofo, que no está encerrado en un círculo limitado de objetos, con un preconcebido interés pragmatista, sino que está con el pensamiento en perenne vuelo, y frente a la totalidad de los objetos, sensibles y no sensibles, como un simple captador de intuiciones, sin prevenciones ni intenciones limitadas, sólo presto a hacer una

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

mera descripción de sus experiencias eidéticas.

Esta es la única actitud propia de un filósofo puro, en la que no caben intereses personales de ninguna clase, ni aun los más nobles intereses del pensamiento, pues basta la captación de una esencia para cambiar la total ideología de un verdadero filósofo. El filósofo que no cambia su ideología por la sola intuición de una esencia que así se lo exige es tan miserable como un utilitarista, porque es un mercenario del pensamiento.

En el verdadero filósofo no cabe la filosofía conscientemente sistemática, sino cuando ésta es casi subconsciente, y para obtener la cual no se hacen esfuerzos conscientes. El verdadero filósofo debe ser un mero instrumento intuitivo del pensamiento. El hombre de la esquina posee una sola idea de la luz y no le interesa más ninguna. El físico sólo concibe un limitado número de ideas cosmológicas que le interesan para explicar dentro de su estrecho campo sensible al fenómeno luminoso.

El filósofo trata de aprehender todos los infinitos eide de posible captación en el mundo preformal no sensible que le provoca lo lumínico.

El filósofo es un creador y generador de mundos, es un hombre que tiene la facultad de transformar los mundos. Si el hombre por un poder extraño perdiera la lógica con que concibe sus mundos de objetos, el pensamiento crearía una nueva lógica para coordinar sus realidades. Y no habría pasado nada. La realidad es sólo

METAFÍSICA CATEGORIAL

tal como la lógica la concibe. La realidad es mera lógica intuitiva. La realidad es sólo idea pura. No existen materias, ni cuerpos, ni formas, ni espacio, ni tiempo. Toda existencia es sólo posible por la sola virtualidad de las ideas.

La misma matemática, la ciencia de los objetos ideales, es entre las ciencias particulares otra que ha sufrido también la crisis de la intuición. Las geometrías no euclidianas suministran al investigador teórico conclusiones filosóficas importantes. El hecho de que el hombre pueda construir nuevos sistemas geométricos lógicamente no contradictorios, basta para indicarnos que la realidad podemos manejarla a nuestro antojo, que todo lo hacemos y podemos hacerlo con el pensamiento.

En el mismo cálculo infinitesimal, que parecía incommovible, la intuición sensible ha sufrido un ruidoso fracaso. Se ha podido demostrar como lo ha hecho Weierstrass y como lo había visto ya Bolzano, que pueden existir curvas que no tengan una tangente en ninguno de sus puntos. La intuición sensible captada en el cálculo diferencial es la de que una curva cualquiera tiene una tangente en cada uno de sus puntos.

Sólo el pensar, el análisis lógico puede llegar a la aprehensión de que toda curva carece de tangente en todos sus puntos. La intuición sensible, la intuición de espacio y de tiempo de la metafísica kantiana no puede aprehenderla. Ni aun la misma intuición no sensible de Husserl. Ni la intuición irracionalista de Bergson.

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

La metafísica realista recibe con esto una contundente réplica. Le es imposible, pues, fundamentar por sí sola al valor. Ni la metafísica realista ni la concepción panmetafísica fundamentan por sí solas al valor.

He mostrado cómo la fenomenología y la metafísica realista no son suficientes para fundamentar por sí solas unitariamente al valor. La una hace depender al valor de la esencia, la otra lo confunde con el objeto. La teleología de ambas está viciada de grosero contrasentido.

Veamos, por último, la concepción panmetafísica. Todo lo dicho contra la concepción metafisicorealista del valor cabe también para una concepción panmetafísica.

Münsterberg afirma en su obra *PHILOSOPHIE DER WERTE* (Filosofía de los Valores), que los valores son inmanentes a la esencia del mundo. Los valores absolutos deben residir para él en un mundo susceptible de ser objeto de experiencia. Pero los valores son objetos sensiblemente inexperimentables, pero no son inferibles sólo desde lo experimentable de modo mediato; están como en un mundo platónico desde donde se les ve brillar como estrellas; no están de ningún modo inmanentes en la estructura del mundo. No es tampoco un caos de valores el que se nos ofrece, sino un sistema unitario y armonioso, cuyo resplandor todos los hombres no podemos contemplar como lo pudieron lograr un Platón, un Pitágoras, un Aristóteles o un Santo Tomás de Aquino.

METAFÍSICA CATEGORIAL

La concepción del universo desciende como un impulso de sentido hasta el hombre, para iluminar con una variada y maravillosa gama de luz a los objetos.

He mostrado en la primera parte de este ensayo, cómo, en la expresiva del fenómeno axiológico, lo psicológico y lo lógico constituyen dos procesos inseparables, profundamente unidos e indispensables para la expresión formal del valor.

En esa primera parte mostré el error de la clásica concepción pura del valor; y adelanté la idea de cómo el supra-yo, a través del yo colma de valor a toda la realidad.

En la segunda parte, he tomado posición frente a lo que llamo la concepción impura y fragmentada del valor; me he esforzado en mostrar, en discusión frente a cada una de las principales direcciones del valor conocidas hasta ahora, las de la expresión y las de la esencia del valor, cómo no es posible fundamentar la teoría del valor desde ninguno de esos estrechos y limitados puntos de vista. Ninguna de esas teorías fragmentadas es suficiente para comprender el complejo fenómeno valioso.

He intuído una concepción teleológica unitaria del valor, que rechaza cada una de las teorías discutidas.

En mi sentimiento filosófico o en mi actitud teórica el valor manifestado no es nada simple y último sino un complejo de cinco notas típicas

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

que aunque se complementan tienen gradaciones. Las cuatro primeras notas típicas corresponden a cada una de las esferas de la realidad conocidas hasta ahora y comprenden, no en su totalidad, sino en principio, cada una de las teorías fragmentadas del valor.

LA ESENCIA UNITARIA DEL VALOR

La última nota típica, la verdadera causa del valor, es la voluntad dirigida a fines, la suprema necesidad teleológica, que el supra-yo infunde en el yo como impulso de sentido y como finalidad en la íntima estructura de los objetos.

El valor, o su causa prima determinante, no constituye una esfera de realidad, el valor es un a priori de toda realidad, lo que yo llamo el impulso de sentido, que desciende sobre toda la realidad para dotarla de un orden unitario y de fines. En el orden jerárquico, como exigen al hombre ser intuídos los valores, se advierte ya la esencia teleológica del valor.

Cabe, sin embargo, en un primer intento concebir, como lo ha hecho la ontología moderna, una esfera diferenciada de la realidad que comprenda, no los únicos objetos valiosos como se ha creído, sino los más privativamente valiosos de entre todos los objetos que pueden ser valientes, que son todos los objetos reales y posibles,

METAFÍSICA CATEGORIAL

esto es, los objetos *lógicos, éticos, estéticos y religiosos*.

Existen diversas categorías de objetos: un objeto supremamente indefinido, sin el cual nada existiría ni podría ser y del cual emerge toda dirección de sentido; objetos privativamente valiosos o perennemente exaltados de sentido; los grandes surcos de valor o valores supremos, que sirven como de modelo, de causas a toda acción valiosa: verdad, bien, belleza y santidad; y los objetos que sin carecer totalmente de sentido pueden ser en mayor o menor grado exaltados de valor.

Comprendo que me he ido muy adentro en una metafísica del valor. Pero no se puede obtener una unidad de la filosofía sin hacer auténtica y pura metafísica.

Lo he sentido así y así lo he expresado; simplemente he obedecido a mi temperamento y a mis intuiciones.

No he tomado en cuenta las ideas anteriores a las mías; he adoptado sencillamente la toma de posición que siento surgir de lo más profundo de mi espíritu, dirigido por algo superior que me fuerza a tomar posición frente a toda una cultura. Para mí la filosofía no es una ciencia de ideas preconcebidas empiristas o pragmáticas, sino una ciencia dirigida por el sentimiento, dogmática y trascendental.

La filosofía moderna se caracteriza por ser en los más amplios círculos de filósofos de dirección escéptica. Fuera de los filósofos de orien-

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

tación católica no se encuentra entre los modernos ningún filósofo que se considere a sí mismo dogmático. El dogmatismo pasó de moda con la declinación de la escolástica. Los pensadores modernos dejaron de tener fé en las doctrinas fijadas por la Iglesia; se liberaron de la fé religiosa para caer prisioneros de una nueva fé, la eterna fé del hombre en sí mismo y en sus afectaciones personales. Me siento ser alguien que piensa en principio dogmáticamente y de ello no me avergüenzo sino me vanaglorio. Creo indubitablemente que nadie puede tomar ninguna actitud teorética, sin asumir una posición dogmática.

En lo primero que creemos ciegamente es en este impulso interior que nos obliga a seguir una dirección de sentido determinada. Nos decidimos dogmáticamente por éste o aquel sentido; el desarrollo de nuestra actitud puede ser crítico o acrítico; esto no impide que la concepción del universo descienda sutilmente hasta nosotros y nos imponga una dirección de sentido, una creencia; a nosotros sólo nos cabe obedecerla en la forma de una actitud teorética.

Desde Tales, que cree que la substancia universal es el agua, Anaxímenes el aire y Anaximandro lo indefinido, hasta Husserl, que tiene fé en la virtualidad de las esencias, la actitud del filósofo ha sido siempre dogmática. Desde Gorgias, el negador absoluto, hasta Hume, el escéptico desmedido, y Köller el behaviorista, dando un salto por encima de Platón, Aristotéles, Plo-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tino y la escolástica, los filósofos se han creído ingenuamente no dogmatizar, pero sin saberlo han puesto su fé en la duda sistemática. Para mí, la actitud más propia del filósofo es la actitud dogmática; creo más, es la única actitud teórica posible. Cual que sea la toma de posición del filósofo, analizada detenidamente resulta ser dogmática. ¿Cuál es menos dogmático, el pensador que cree firmemente en la posibilidad del conocimiento o aquel que la niega rotundamente? ¿No profesan ambos semejante culto? ¿No tienen ambos una fé ciega en algo que no pueden mostrar de primer intento? El uno rinde culto a la verdad, el otro a la duda. Sucede con todo escéptico algo semejante a lo que ocurre con aquellos otros escépticos positivistas que niegan la posibilidad de la metafísica, pero que al negarla están ya con ello haciendo pura metafísica.

Cuando el empirista afirma que todo conocimiento nos viene de la experiencia, hace pura metafísica; tan inexperimentable de modo mediano es llegar a la posibilidad del conocimiento por la experiencia de lo sensible como por la razón, la experiencia eidética, a pesar de las burdas experiencias objetivas de los behavioristas.

El mismo positivista que sólo cree en la ciencia de los hechos y rechaza toda especulación metafísica, toma una actitud dogmática.

¿Quién puede asegurar de modo objetivamente experimentable que sólo existen sensaciones, percepciones y hechos? Es tan sólo una

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

simple creencia, una auténtica fé, a la que llamamos intuición, la que nos dirige a afirmar los hechos como a negar las ideas.

Para mí, la filosofía es la simple descripción ideológica de una creencia. Primero creemos, sentimos del fondo del espíritu surgir la fé, la intuición, después tomamos la posición teórica que corresponde a esa fé o creencia, tanto si se trata de una idea religiosa como de una idea teórica o científica cualquiera. Tratamos de reducir nuestra fé, si trabajamos teóricamente, a una ciencia general, si laboramos ateóricamente, a una ciencia particular. No me refiero aquí a la fé religiosa, que es irreducible a ninguna ciencia, sino aludo a la fé teórica y a la fé científica. La labor esencial del filósofo es reducir una creencia a contenidos de pensamientos pensados. La filosofía es la expresión eidética de un creer.

El realista sólo cree en la trascendencia del objeto a la conciencia y trata de mostrarlo; el idealista pone su fé en la inmanencia de la realidad en la conciencia o en la sola realidad del pensamiento; crea las más bellas teorizaciones para cumplir con su dirección sentimental, para obedecer a su propio temperamento, para satisfacer su recóndita fé.

Es así como Descartes pasa de su duda sistemática a una fé en sí mismo y a una creencia en la substancia en sus dos formas de materia y espíritu.

Es por esa recóndita creencia que Espinosa

METAFÍSICA CATEGORIAL

tiene fé en la existencia de una substancia universal inmanente en el mundo; es por ese mismo ciego impulso de sentido que Leibnitz crea su mónada, Kant «la cosa en sí», Hegel la idea absoluta, Fichte el yo subjetivo, Schelling el yo objetivo, Husserl la intuición de las esencias, Meyer el holismo, Haeckel el monismo naturalista.

Del mismo modo los que han tomado posición frente al valor han puesto su fé unas veces en la psicología, otras en lo lógico; aquéllos en los eide, en las esencias; éstos en el objeto o en el sér, otros en la esencia metafísica. El metafísico realista puso su fé en una teleología inmanente en el sér de los objetos. El pan-metafísico, cree en una teleología inmanente en el mundo. Yo he creído en la posibilidad de una unidad de la filosofía, y he puesto mi fé en una teleología trascendente al yo y al objeto y he intentado mostrarla; al servicio de esta fé he desarrollado mis recursos personales, mi cultura filosófica, mi dialéctica y mis intuiciones. Los que sean homogéneos con mi temperamento se encontrarán cómodos, hallarán placidez en este intrincado bosque de ideas; los que no, tomarán de inmediato posiciones frente a mi inusitada creencia.

Eso es lo que sucede y siempre ha de suceder en filosofía. Un verdadero espíritu filosófico no debe extrañar ese constante contraste de supuestos que la historia de la filosofía nos manifiesta. La filosofía no tiene sólo por objeto lo teórico ni lo pragmático.

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

Estas, como cualesquiera otras creencias, son asuntos secundarios para la filosofía. La filosofía está dirigida por la concepción del universo más de lo que generalmente se cree. La historia de la filosofía se nos manifiesta como un intrincado choque de temperamentos. La filosofía es producto de las diversas creencias de esos temperamentos disímiles.

Para los que no quieren o no pueden ver esa unidad de los valores, les recuerdo el bello y profundo pensamiento de Fichte: Qué clase de filosofía se elige, depende de qué clase de hombre se es.

Cada hombre huella uno de los grandes surcos de valor cultural o supremo para llegar a Dios. Unos siguen los caminos de la verdad, otros las sendas culturales, aquéllos los cauces de la belleza, otros los senderos de la santidad. Corresponden a la teología y a la concepción del universo decir cuáles son los más propios a la naturaleza del hombre o si lo son todos en igual medida.

Novalis ha dicho: la filosofía es nostalgia; Alloys Müller replica: la filosofía no, la concepción del universo sí es nostalgia.

Disiento de Alloys Müller y de Novalis; para mí, tanto la concepción del universo como la filosofía son nostalgia.

En lo más remoto del alma todos sentimos la nostalgia del sentido, que se manifiesta en ese impulso íntimo que nos arrastra hacia algún

METAFÍSICA CATEGORIAL

surco supremo de valor, y nos ata irremediabilmente a él.

Cabe preguntarnos ahora: ¿resuelve el problema de la libertad esta teleología trascendente y unitaria del valor? Creo que sí.

Dios, el supra-yo, impone al yo, a nosotros, la necesidad de los fines, nos infunde en la dirección de sentido, nos marca los grandes surcos de valores a seguir. Nada se opone, pues, a que podamos movernos en ellos a nuestro libre albedrío.

Para los que todavía guardan alguna adversión a la metafísica y a la religión les digo: Para mí existen dos categorías de filósofos; a la primera categoría pertenecen los filósofos conscientemente creadores, soñadores, poetas o dogmáticos. Apuntamos entre éstos a Parménides, Pitágoras, Platón, Aristóteles, Plotino, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto, Espinosa, Leibnitz, Fichte, Schelling, Hegel, Bergson, Scheller, Boutroux, Münsterberg.

A la segunda categoría se suman los filósofos que se consideran escépticos, cientificistas, materialistas, behavioristas y empiristas: entre éstos señalamos a Protágoras, Demócrito, Heráclito, Pirrón, Bacon, Hobbes, Locke, Hume, Kant, Comte, Condillac, Haeckel, Wundt, Fechner, Köller, Oswald, James, Büchner, Vogt.

La Concepción del Universo ha descendido con sentido diferente hacia unos y hacia otros.

En esta actitud teórica, como en todo

CONCEPCIÓN DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA...

impulso que ha dirigido mi vida, me he sentido siempre en la dirección de los primeros.

Es una nostalgia profunda, velada e infinita la que sentimos por el reino de Dios, que es el reino de la libertad, el reino unitario del valor.

HACIA UNA ESTETICA METAFISICA DE LOS VALORES (*)

Son tres las direcciones fundamentales de la estética conocidas hasta ahora: la estética objetiva, la estética subjetiva y la estética de los valores. Estas tres direcciones, como veremos más adelante, se esfuerzan en hipostasiar lo bello.

Me propongo mostrar fenomenológicamente, de un modo descriptivo, puramente intuitivo y eidético, cómo es imposible concebir cada una de estas direcciones por separado.

Lo bello manifestado, lo estético, es un fenómeno complejo en que lo objetivo, lo subjetivo y lo valente están íntimamente ligados y son interdependientes entre sí. Mostraré, además, cuál de esos tres factores de lo bello, sin contar el supremo factor metafísico, es el preponderante.

(*) Ensayo leído en la Universidad de Santo Domingo en Junio de 1938.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Veamos cada una de las tres direcciones de la estética en su orden cronológico de irrupción en el mundo de la Filosofía. El vocablo «estética», introducido en la Filosofía por Alejandro Baumgarten, filósofo de la ilustración, señala ya el sentido inequívocamente psico-fisiológico de lo bello. Estesia significa sensibilidad, esto es, excesiva sensibilidad del sistema nervioso, ausencia de la personalidad humana, inconsciencia, impersonalidad. En diversas ocasiones, y es lo más socorrido, se ha tomado el arte como fin: con la antigua frase «l'art pour l'art» se despojó a lo bello de todo sentido superior. En la vivencia estética, el poeta, el hombre, es tan sólo un instrumento subconsciente, usado por la Concepción del Universo, por Dios, para alcanzar los más altos fines, la realización de los valores supremos: bien, belleza, verdad y santidad.

Un poco de historia antes de abordar centralmente mi propósito, para mostrar así cómo lo subjetivo y lo objetivo se habían discutido la concepción de la esencia de lo bello al través de la Filosofía antigua, media y moderna. La concepción axiológica de lo bello es fruto de la Filosofía actual. Platón, en Fedro, Hippias, El Banquete, ha concebido lo bello como una generalidad abstracta, e identifica la esencia de lo bello con lo bueno. Aristóteles considera el arte como una imitación de la Naturaleza y define lo bello por la grandeza y el orden. Plotino encontraba la belleza en la forma creativa; los estoicos, en la simetría; San Agustín expresa que la

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

forma de toda belleza es la unidad. No han faltado quienes en la época moderna, especialmente materialistas ingleses y escoceses, hayan visto la esencia de lo bello en lo empírico. Se ve por esto que la comprensión teorética de lo bello en la antigüedad hasta la época moderna giró alrededor de lo subjetivo y lo objetivo.

Para toda la edad media y para los filósofos de los siglos XVII y XVIII hasta Kant, lo bello se ponía en segundo término. Estaban en lo cierto; lo bello no es una finalidad, sino un medio para fines.

Aunque no con gran claridad y fuerza se trató a veces de comprender lo bello a través de lo metafísico, de la concepción del universo o de lo místico. En esto coincidieron con los filósofos prekantianos.

El realismo crítico alemán sólo toma en consideración la estética desde Kant, en su interés de rechazar lo metafísico, la Concepción del Universo y lo místico de la esfera de lo estético. Desde Kant, la estética se considera sólo en tres direcciones principales: la estética subjetiva, la estética objetiva y la estética de los valores, cada una en dirección separada de las otras.

Se ha reconocido que «rara vez se eliminan en una dirección las ideas fundamentales de las restantes». No pueden eliminarse nunca, es lo que mostraré más adelante. En lo estético, la vivencia eidética, la vivencia psíquica y la puesta de valor se interpenetran, se exigen mutuamente, en un proceso dirigido a fines.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Para la dirección subjetiva, lo bello es algo que está en el hombre. Es una estética que ve lo bello sólo desde la vida psíquica. Kant es el filósofo más destacado en esta dirección: para él «la belleza no es una cualidad del objeto por sí considerado». Lo bello no es totalmente psíquico, como ha pretendido Kant. Lo bello tiene que ver con lo subjetivo, con lo objetivo y con lo valente, pero no es tampoco ninguno de estos tres objetos (tomo aquí a objeto en su sentido genuinamente filosófico). Lo bello no es algo que esté en nada ni que se identifique con nada determinado. Lo bello es simplemente una intuición de sentido aprehendida inconscientemente por un sujeto en la vivencia eidética y emocional de un objeto. Pero existen cuatro categorías generales de objetos: objetos sensibles (físicos y psíquicos), objetos no sensibles (las relaciones, los objetos ideales), objetos suprasensibles y los valores. Estas cuatro categorías de objetos es lo que ha hecho ver a ciertos filósofos lo estético, ya como objetivo, ya como subjetivo, ya como valente.

Ha faltado un poco de agudeza para no ver separado lo que realmente no lo está. Para mí, la Filosofía es la ciencia de las distinciones sutiles y de las diferenciaciones leves. Pero no para separar y disgregar siempre, sino para ver la unidad en el caos profuso de los detalles y captar así la armoniosa unidad del conjunto.

Es que hay dos clases de filósofos, que yo llamo filósofos disgregadores y científicos,

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

con ojos preparados sólo para ver detalles y más detalles, y los filósofos unitarios, creadores, religiosos, constructores, arquitectos, con una intuición sutilísima para ver los detalles y recogerlos en un conjunto armonioso. Es lo que ha distinguido siempre la Filosofía con los conceptos de filósofos escépticos y dogmáticos. Estos se dividen en épocas o corrientes filosóficas. La Concepción del Universo dirige estas corrientes de filósofos de acuerdo con el sentido general de los más altos fines. La época moderna se ha caracterizado y aún se caracteriza con una corriente de filósofos demoleedores, arreligiosos, hechos para no ver el sentido.

La estética clásica, hasta Hegel y Herbart, miraba lo bello en el objeto, en la idea, en la realidad trascendente. En la época moderna el arte se va haciendo cada vez más subjetivo hasta culminar con el subjetivismo absoluto del Postumismo y las direcciones estéticas de post-guerra. Si un juicio estético expresa un estado emocional de un sujeto, ¿cómo es posible asegurar que los juicios estéticos son universalmente válidos? Ya se ha contestado que esto radica en que «en todos los hombres hay una naturaleza del mismo género». Tal naturaleza consiste en poner en una actividad armónica a la fantasía y al entendimiento. Lo que no se ha señalado hasta ahora es ese algo que provoca esa actividad armónica que hace que un objeto pueda ser aprehendido como bello.

La estética subjetiva sustenta que poseemos

METAFÍSICA CATEGORIAL

en nosotros mismos la facultad de que la fantasía y el entendimiento actúan armónicamente y acoplan así lo múltiple en una unidad. Pero, ¿qué es lo que determina que un objeto pueda ser conforme a esa naturaleza subjetiva? Es una de las preguntas que trato de contestar en este ensayo. Kant no pudo desarrollar con toda pureza su creencia de que la belleza no es una cualidad del objeto. Se ve claramente que en esa conformidad del objeto con el sujeto hay ya algo objetivo. Pero no es esta la única razón ni la más fundamental que puede señalarse. En otro lugar me he esforzado en mostrar las relaciones estrechísimas que existen entre objeto y sujeto. Por no distinguir bien esto, el problema de la trascendencia y la inmanencia ha producido tantos quebraderos de cabeza en la teoría del conocimiento y en la metafísica.

Los objetos sensibles, el mundo exterior está contrapuesto al sujeto, pero los objetos no sensibles no están contrapuestos al yo, como los primeros. Los objetos sensibles no son nunca aprehendidos por el sujeto, no son jamás conocidos de un modo inmediato por él. El sujeto percibe los objetos sensibles, esto es, sólo recibe sensaciones de ellos. Y a través de éstas los aprehende, no tiene intuiciones esenciales de ellos, ni captaciones eidéticas inmediatas tampoco. El sujeto, con ocasión de las sensaciones, se aprehende a sí mismo al captar relaciones, objetos suprasensibles, ideas, objetos no sensibles, suprasensibles y valores. Estos objetos no

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

sensibles tienen una estructura semejante a la del yo, se diferencian infinitamente poco de él. Qué sea un sujeto sin relaciones, sin ideas, sin lo suprasensible y sin valores es imposible decirlo. En cambio es lógicamente concebible un yo sin la realidad sensible.

Los objetos no sensibles satisfacen plenamente al yo, lo completan. Aún más, constituyen su base. El yo no es simplemente un reflejo, la huella de ese constante penetrar en la suprasensibilidad del individuo, las relaciones, las ideas, lo suprasér y los valores. El yo es lo que da unidad y sentido a la integral experiencia del hombre.

Este penetrar inconsciente, este irrumpir unificado de los objetos no sensibles en la conciencia es lo que constituye en último término al sér conscio, pero este emerger no significa que los objetos no sensibles surgen dentro del individuo. Los objetos no sensibles no están dentro ni fuera del individuo. Los objetos no sensibles no están tampoco en la conciencia, constituyen la conciencia; no están en ninguna parte. Brotan del fondo indeterminado de lo absoluto y se hacen presentes a lo individual, de un modo indefinido, como un vago y leve sentimiento, que no es sentimiento, sino una visión suprasensible. Los pensamientos, los sentimientos, las valoraciones, las representaciones, las voliciones no las vemos con los sentidos, no las palpamos, no las apresamos. No se puede decir ni siquiera como se dice comúnmente, que se aprehenden, que se

METAFÍSICA CATEGORIAL

captan, esto es sólo una imagen poético-filosófica, que no rechazo por ser imagen, pues la poesía, la filosofía, la religión y la Concepción del Universo son hermanas. La rechazo porque no es verdadera y se presta a confusión. ¿Qué es lo que aprehende, qué es lo que capta? Decimos comúnmente que el yo; pero, ¿qué es el yo, en último término, sino esa capacidad de visión suprasensible, esa virtud metafísica que permite a lo individual ver lo general y lo universal, lo eidético y lo valioso, lo sensible y lo suprasensible? Esta visión suprasensible es el yo, un ente genuinamente metafísico, que no está fuera ni dentro de uno, ni en la nada, ni en la vaguedad, sino en el mismo puro acto de la visión suprasensible. Esa visión suprasensible de lo no sensible y del suprasér, de la vivencia eidética, es el yo gnoseológico. Ese destello último que nos conmueve el organismo, simple reflejo en nuestro soma de la visión suprasensible, es la vivencia psíquica, el mismo misterio de la vida, una pura esencia espiritual.

El niño, desde que nace comienza a recibir sensaciones y más sensaciones. Estas se reducen a simples reacciones fisiológicas motoras. Después intuye diversas vivencias psíquicas, no intencionales, sentimientos, pensamientos, voliciones. Allí donde se viva algo psíquico estará presente la vivencia del yo.

La vivencia de los objetos no sensibles y las vivencias del yo se confunden. Sólo cuando el yo aprehende la primera idea, comienza a estructu-

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

rarse la personalidad. Aparece la primera auto-noción del yo. El despertar del yo en sí mismo. Su primer acto de vivencia pura. Esto ocurre generalmente a la irrupción de la idea de posesión. Aun mucho antes de saber decir «yo» ni «mío» el niño de un año agarra fuertemente con una mano su juguete y con la otra se da golpecitos en el pecho, para mostrar elocuentemente que ha intuído ya la idea de pertenencia y con ello tiene una noción aunque vaga, obañbil del yo.

El yo es el sentido del autodespliegue de un complejo de ideas en relación constante con la Concepción del Universo, con el supra-yo. Más tarde emerge la primera idea de relación, luego intuye los objetos ideales, los objetos suprasensibles, y finalmente llegan los valores, para constituir de un modo integral su personalidad. Sólo cuando intuye la vivencia de las ideas, del suprasér y de los valores adquiere el yo su estructura definitiva. Pero el yo no es algo que esté encerrado en el organismo ni esté libre fuera de él, tampoco tiene lugar en la conciencia ni fuera de ella. El yo es el núcleo que da unidad a los actos de conciencia, es el centro de referencia de la actividad del alma. Pero la conciencia no está ni dentro ni fuera de uno, ni el alma, ni el punto de referencia de actividad del alma tampoco.

El yo se manifiesta en la actualización de las vivencias y en la autoexperiencia de las ideas, del suprasér y de los valores, es la visión suprasensible de toda realidad, determinada y dirigida

METAFÍSICA CATEGORIAL

por la Concepción del Universo, por el supra-yo.

Los objetos sensibles se aprehenden, se hacen conscientes de un modo mediato. Los objetos no sensibles se aprehenden de manera inmediata. Esta diferencia esencial es lo que muestra que estos últimos objetos constituyen por sí nuestra personalidad. Los objetos sensibles se captan por medio de los no sensibles y los suprasensibles.

Pero lo suprasensible es el sér último de lo sensible. Es lo único del llamado mundo exterior que puede ser vivido: lo suprasensible, lo metafísico.

En lo psíquico existen dos clases de actos: 1º, el aprehender algo, o mejor aún, el intuir algo; y 2º, el vivir algo. Acto es lo que partiendo del yo va dirigido a algo, con intención de poseerlo o vivirlo.

Ambos actos, el de intuir o poseer y el de vivir, son un irrumpir (no un entrar) de algo en la conciencia. La conciencia no es un receptáculo, sino un advertir el yo al objeto.

La posición de lo intuído y de lo vivido, con respecto al yo, no son totalmente diversas, son sólo diferentes en grado. Lo simplemente intuído hace frente todavía al yo como objeto. Lo vivido desciende aún más a la capa de lo orgánico. Deja ya de ser objetivado y se torna subjetivo, puramente psíquico. De ahí que se pase tan levemente de una vivencia eidética a una vivencia emocional, psíquica. Lo psíquico

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

resulta así como un hondo repercutir, como un vivir lo eidético intuído. A veces no distinguimos lo intuído de lo vivido. Ya sea porque el pase de lo intuído a lo vivido sea muy rápido o porque lo intuído haya tenido efecto en momentos fenomenológicos anteriores y resulte ahora un acto inconsciente, pálido ante la fuerza de lo vivido. Lo vivido es una categorial de lo intuído eidético.

En el filósofo, los actos de conciencia sólo son intuídos, raras veces vividos. En el esteta, los actos son intuídos y vividos siempre, si la belleza es de un tipo de belleza pura, fenomenológica, un simple fluir de vivencias no intencionales estéticas.

Los fenómenos, las percepciones sensibles, sólo sirven para provocar la visión de lo suprasensible y de lo no sensible en general. Son objetos sin existencia inmediata, que es la única existencia de carácter humano, la verdadera existencia. Existe para mí sólo aquello de que tengo experiencia en una vivencia pura, en sus vivencias intencional o no intencional, ya sea eidética, suprasensible o de valor. Lo demás carece de actualidad y de existencia. Sólo actúa y existe el yo. Lo que no puede reducirse a ese puro acto eidético de vivencia no tiene realidad. Sólo existen fenómenos de inmanencia. Yo percibo un puente y percibo una casa, pero no tengo la vivencia de un puente ni de una casa. El puente o la casa pueden provocar en mí una vivencia. Pero la vivencia no es el puente ni la

METAFÍSICA CATEGORIAL

casa. Con motivo del puente yo puedo vivir, aprehender relaciones, ideas, lo suprasensible o los valores. Nunca se puede obtener la vivencia directa de un puente o de una casa. Las relaciones, la simetría, las ideas numéricas provocadas por el puente en la visión no sensible de un ingeniero, no son el puente que nos parece estar allí fuera con esa brutal presencia de hierros y concreto, sino vivencias intencionales y de relaciones.

Lo bello, lo feo, lo trascendental o intrascendental, el sér suprasensible del puente, no están tampoco allí donde parecerían estar; eso es propio de nosotros, sólo es propio de nuestra más íntima experiencia. Es una ilusión de empiristas y pragmatistas creer que la experiencia tiene lugar en los objetos sensibles. La experiencia es sólo vivencia eidética, suprasensible o de valor. Lo que sucede es que podemos manejar manualmente los objetos sensibles y para cada vivencia eidética hay un correspondiente acto manual. Pero los objetos sensibles no son la experiencia, ellos sólo son experimentados y no lo son en ellos mismos sin haberlo sido antes en lo eidético, en lo valioso, en lo no sensible. Los objetos sensibles por sí solos no son capaces de ninguna experiencia. Sólo el espíritu sufre experiencias y después de sufridas éstas las provoca en los objetos sensibles. Esta concordancia de las experiencias no sensibles y su influencia sobre los objetos sensibles es posible sólo porque los objetos suprasensibles contienen en sí todas las

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

posibles experiencias de lo no sensible y de lo sensible.

La vivencia es una síntesis. Todo se conoce, se aprehende por síntesis. De numerosas palabras que agrupamos para formar un juicio, sólo captamos una síntesis: el pensamiento-juicio.

Las palabras, sonidos o señales gráficas sólo llegan hasta el oído o hasta la retina. El pensamiento, el eidos, es lo único sentido, vivido, es lo único experimentado en la vivencia eidética, intencional o no intencional, en la visión no sensible. Pero el concepto no está compuesto de partes, de palabras, de sonidos, de señales, sino que el concepto es una pura vivencia eidética, una última y única realidad.

Así como la realidad de los juicios no son las palabras ni las proposiciones gramaticales, sino los pensamientos, del mismo modo no constituyen la realidad del llamado mundo exterior las percepciones, ni las sensaciones, sino las síntesis de éstas, obtenidas en vivencias eidéticas, suprasensibles o de valor. No se entienda esta síntesis como una simplificación de lo complejo que resulta por una reducción de los elementos analíticos, por una conversión de las pluralidades a la unidad. Equivale a esto, pero no es esto mismo. Las síntesis están previamente hechas por la Concepción del Universo y preformadas para ser intuídas y vividas, como esencias. Así como lo complejo, la pluralidad está puesta también allí por el suprasér para provocar las vivencias. Pero hay vivencias puramente eidéticas, supra-

METAFÍSICA CATEGORIAL

sensibles o de valor, no provocadas por objetos sensibles, sino por objetos no sensibles.

No debe extrañar que en un ensayo de estética me haya detenido tanto en la investigación del objeto. Era necesario para lo que me propongo: mostrar que la estética subjetiva y la objetiva están sumidas en la estética de los valores, que toda estética es de base fenomenológica y está dirigida a fines por la Concepción del Universo. Debía mostrar que todo objeto está categorialmente comprendido en un sujeto.

He mostrado cómo de las dos categorías generales de los objetos en que se divide la ontología, los sensibles y los no sensibles, estos últimos, que constituyen la más variada manifestación de objeto (relaciones, ideas, suprasér y valores), se identifican en la vivencia de la realidad con el yo, con el sujeto. El sujeto es, pues, lo que está en la capa más profunda del objeto, lo que reposa debajo del objeto, es el ente suprasensible de todo objeto.

Si el yo y el objeto llegan a tener un contacto tan íntimo hasta no poder ser diferenciados en el acto puro y último de la vivencia, de la visión suprasensible, vemos cómo es categorial y metafísicamente posible y necesaria una estética al mismo tiempo objetiva y subjetiva. Poseer la visión necesaria para ver la identidad de objeto y sujeto en el acto puro fenomenológico, es lo que resuelve el problema metafísico de la trascendencia y de la inmanencia. En esta identi-

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

dad es en lo que se fundamenta la estética que concibo.

Ya la estética subjetiva ha concebido lo bello como una vivencia. Su error ha consistido en concebir lo bello sólo como vivencia. Para el creador como para el gozador estético, inconscientes, lo estético es simplemente una vivencia. Para el creador consciente, para el esteta filósofo, como para el gozador consciente, en los valores estéticos, en lo bello hay algo más que una vivencia. Ese algo más es la expresión del valor, que no es más que el contacto que con lo sensible tiene la vivencia de valor.

En cierto arte sublime, en la poesía pura, se identifican la vivencia y la expresión del valor. La vivencia psíquica, emocional, es lo primero en el gozador estético; la vivencia eidética pura, la visión suprasensible de lo no sensible o de lo sensible es lo primero en el artista, en el poeta, en el creador. El núcleo del gozar estético no puede estar en la ilusión o en el autoengaño, como creyó Conrado Lange. El goce estético no es ilusión consciente, sino realidad última, verdadera. ¿Qué es lo que fingimos? En la obra de arte no hay nada fingido. Lo que nos parece ilusión es la realidad desacostumbrada de lo ideal, de lo suprasensible, de lo no sensible y de los valores.

No cabe tampoco lo intrascendental y lo deshumanizado que Ortega y Gasset ha creído ver en algunas tendencias del arte nuevo (futuristas, ultraistas, cubistas, dadaistas, etc.)

METAFÍSICA CATEGORIAL

Ningún arte, por desorbitado que parezca, por alejado que se encuentre de las vivencias de los sentimientos más comunes y populares, puede dejar de ser humano, profundamente humano y trascendental.

Todo depende de nuestra capacidad característica para percibir el sentido, la dirección a fines que se advierte en la capa más profunda del arte.

Es cierto que el poeta, el artista, en la mayoría de los casos, toma el arte como medio para acrecentar y satisfacer sólo su vanidad personal. Y el gozador estético, el crítico sin orientación filosófica, en la mayoría de los casos se constriñe a descubrir maravillas personales, a expresar exclamaciones de admiración para el hombre, sin detenerse en el sentido hondo y trascendental de lo estético, que es una obra genuina de la Concepción del Universo, una filosofía emocionada, una metafísica subconsciente que el hombre vive en la visión no sensible de los valores estéticos.

Los artistas, los poetas, son meros instrumentos de esa metafísica emocionada y de esa visión suprasensible captadora del sentido, que la Concepción del Universo dirige hacia el hombre con el único objeto de obtener la evolución del espíritu.

Lo esencial, lo trascendental, en lo estético es esa evolución del espíritu, manifestada en la cultura. No se me oponga que éste es un dato extraestético. Los factores puramente estéticos

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

son los valores, es cierto, pero ¿para qué son los valores? ¿Cuál es la causa de que el hombre no pueda dejar de sustentar valores estéticos ni ningún otro valor? ¿Cuál es su finalidad? ¿Será acaso la fútil necesidad del goce inútil? El arte, la poemática, no pueden tener por finalidad expresar o decir cosas vacías de sentido, para obtener un simple goce estético desinteresado.

Sólo para el hombre que no ha despertado en el sentido, que no tiene visión para lo trascendental, las cosas están ahí «porque sí», cuando menos sólo están ahí para gozarlas. Y eso sólo hacen: gozarlas. Para esas clases de hombres ametafísicos, verdaderamente anestéticos, lo estético está ahí también para que lo gozemos y nada más. Para la mayoría de los artistas menores de todas las épocas ha sucedido lo mismo. Sólo los grandes maestros han tenido en todas las épocas la noción de trascendentalidad de su arte.

En la época actual, cuajada de tendencias y movimientos espirituales, presenciamos un arte y una poesía supremamente conscientes, trascendentales, una verdadera estética trascendental teleológica de los valores estéticos. Es cierto que en la mayoría de los casos están filosóficamente desorientados estos movimientos del espíritu, pero en ninguno falta la autosubconciencia del sentido. Es como si la estética se haya tornado en una filosofía emocionada, suprasensible; es como si el instrumento que canta, el hombre, haya alcanzado la visión suprema de

METAFÍSICA CATEGORIAL

los altos fines; es como si el poeta hubiese tenido la primera desorbitada visión musical e irracional de Dios.

La antigua estética subjetiva se diferencia de la moderna y aún más de la que intento mostrar aquí, en que para aquélla las vivencias son de origen objetivas y en éstas son puramente subjetivas, vivencias escuetas, datos últimos.

No es un error que sólo puede cargarse a la estética subjetiva el hecho de que no podamos encontrar bellos a todos los objetos. Es un error y una excelencia que cabe a las tres direcciones estéticas, inclusive a la de los valores. Ninguna estética ha explicado todavía por qué no encontramos bellos a todos los objetos. La estética objetiva sólo ve lo bello en el objeto, excluye de sí todo dato subjetivo: visto así, la estética objetiva es absurda.

Pero lo bello no es algo que esté absolutamente en el objeto ni únicamente en el sujeto. Lo bello ni está en el objeto ni en el sujeto, lo bello es algo que flota sobre el objeto y que se insinúa allí para ser aprehendido por un sujeto.

La estética objetiva formal de Hegel y de Herbart considera a la idea como lo bello. Para ella las concordancias de las cosas con las ideas es lo bello. En un grado de mi evolución poética: la concepción de la poesía ideal de lo matemático, estuve inmerso en esa concepción de la belleza. En ella hay algo de verdad. Pero no todo en ella es cierto. Lo que sucede es que hay

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

cierto sector de belleza que es privativamente más objetivo que subjetivo. Otra en que resulta lo contrario. En ningún caso falta la vivencia ni la puesta de valor.

La belleza es absoluta en sí y relativa en su manifestación. El sentido de lo bello está igualmente puesto por la Concepción del Universo, tanto en los objetos sensibles, en los no sensibles como en el yo. El yo, al aprehender en forma de valor lo bello, lo torna relativo. Todo es bello o no hay nada bello. La polaridad de los valores no tiene su origen en lo bello en sí, sino en la necesidad imperiosa que obliga al hombre a sustentar valores.

Si lo bello, desde la posición de los objetivistas absolutos, es la armonía o la simetría, como creyeron Herbart, Zimmermann y otros, el número de oro, la sección dorada, o sea, el valor numérico 1,618... encontrado por Leonardo de Vinci en el rostro armonioso de Isabel de Este, tiene un sentido hondo que nos obliga a detenernos al investigar como investigamos, sin prejuicios de ninguna especie y con absoluto amor a la verdad, la última esencia de lo estético. A los objetos sensibles y no sensibles corresponden composiciones artísticas espaciales e inespaciales. En las primeras tenemos composiciones culturales y arquitectónicas y en las segundas, composiciones poéticas y musicales. En ninguna de ellas falta ni el factor objetivo, ni el subjetivo, ni el valente. En las primeras, el factor objetivo es preponderante, en las segundas el

METAFÍSICA CATEGORIAL

subjetivo. El sentido de valor no está en un mismo grado de intensidad en las tres formas.

La divina proporción, el número de oro, la sección dorada, el valor de una recta dividida en media y extrema razón, valor del lado del decágono inscrito. Raíz cuadrada de 5, menos 1, partido por 2, igual a 1,618... es el número mágico que da la armonía de los rostros bellos, la simetría de los templos egipcios, de los griegos y de las catedrales góticas.

Esta razón numérica, puesta en el objeto por el divino arquitecto para provocar el sentido de lo valioso, ha sido encontrada también en las morfologías animales (cardium, pseudolina, Nautilus, Pompilius, Tritón Tritonis), en la Flor de Lis y en los rostros y en los cuerpos de hombres y mujeres bellos.

Las columnas dóricas de razón 6,1 entre la altura y el diámetro medio expresan en sección dorada el cuerpo de un hombre perfecto; asimismo las columnas jónicas de razón 8,1 expresan la esbeltez de los cuerpos femeninos armoniosos, y las columnas corintias recuerdan la elegancia de las vírgenes.

Repito aquí las palabras dichas por un arquitecto antiguo al contemplar su hermosa ermita: «Aquí donde el viajero no ve más que una elegante capilla, yo he puesto el recuerdo de un claro día de mi vida. ¡Oh dulce metamorfosis!, este templo delicado, nadie lo sabe, es la imagen matemática de una hija de Corinto. Reproduce fielmente sus proporciones particulares». Es éste

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

el verdadero secreto del arte. El encanto de lo bello, como en la capilla del arquitecto antiguo, es ese quid oculto, misterioso, profundo e indefinido que nos emociona hasta la aprehensión del valor y su puesta definitiva.

La variedad de ritmos de la prosodia castellana (trofeo, yambo, dáctilo, anapéstico, anfibráquico, mixtos, tetrasilábicos) como la de otros idiomas, muestra que el número de oro influye en la onda psicológica que determina en cada prosodia todas las melodías que encierra el alma del hombre.

La metáfora, el otro factor fundamental de la poética, está también vinculada a las divinas proporciones. El gran poeta francés Paul Claudel ha dicho: «La inspiración poética se distingue por los dones de la imagen y del número». «El ritmo consiste en un impulso del alma medido y que responde a un número que nos obsesiona y nos entusiasma». La imagen poética, la metáfora, es una relación de ideas, una verdadera razón aritmética de juicios, de conceptos, de representaciones, de intuiciones y de vivencias: la divina proporción.

Pero ni el ritmo, ni el número, ni la metáfora es en sí lo bello. Tampoco lo bello es lo psíquico que hay en la toma de valor. Todo eso es simplemente los factores objetivos y subjetivos indispensables para que pueda ser intuído el valor.

Es necesario que haya algo objetivo que provoque la aprehensión del valor. Es indis-

METAFÍSICA CATEGORIAL

pensable el elemento subjetivo que lo capte y lo postule. Ninguna de las cinco notas típicas del valor, ya por mí señaladas en otra parte (*), faltan tampoco en el valor estético: 1. La actitud valorativa o vivencia del valor estético. Ese instante supremo en que prende en nuestra alma la visión indefinible e inesperada del tremor último que nos arrebatara hasta el éxtasis. 2. La forma del valor o puesta de valor estético, el juicio con que postulamos lo bello o lo feo. 3. La esencia del valor, el ente formal o material que es motivo de una vivencia de valor. 4. El sér objetivo en que se apoya el valor, que no es el valor mismo, sino la situación o el recurso sobre que flota la relación de valor; y 5. El sentido o los fines del valor, la causa prima del valor, la relación supraindividual del supra-yo con el yo y el objeto, sin la cual ese sublime éxtasis estético, la aprehensión de lo bello, no sería posible para el hombre.

En todo valor hay un leve sentido de lo irracional. En los valores religiosos lo irracional llega a su grado máximo. Allí es todo intuición de lo numinoso, hieratismo, éxtasis. La Concepción del Universo desciende totalmente hasta el hombre y lo posee integralmente, lo hace religioso o arreligioso, simplemente. Uno no sabe por qué. No puede explicárselo. Simplemente siente la plenitud de la posesión, la vivencia de la totali-

(*) En Concepción de la Unidad de la Filosofía fundamentada en la teoría de los valores.

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

dad: la visita inesperada de Dios, y nada más. Igualmente se es moral, se es filósofo.

Lo bello se vive o se intuye de un modo subconsciente y de inmediato. En los valores estéticos, el grado de irracionalidad desciende un tanto, pero aquí también el hombre es arrastrado de un modo irresistible al reino de lo emocional y del éxtasis hedonístico. Aun cuando se emociona, teoretiza y expresa lo emocionado, ignora en último término por qué lo hace, sencillamente se emociona, vive, siente y expresa sus vivencias. No tiene ningún saber a priori a cerca de ellas. Está plenamente inmerso en el mundo sublime de los valores estéticos. No busca la belleza, sino espera. Aguarda sin reflexión ninguna hasta que lo bello, como un soplo de la divinidad, desciende hasta él.

Esto mismo ocurre, aunque en menor grado, en los valores éticos y en los valores lógicos. Los valores éticos se imponen también de un modo inmediato, a través del reino del deber (no matarás, no robarás, serás bueno, etc.) Hay otros valores éticos más altos, que no admiten esta forma, los valores del amor, de la misericordia, de la pureza. Los hombres obedecen irracionalmente también a las normas del deber. Pocos son los que viven en su totalidad la esfera de los valores éticos. Los que viven plenamente los valores éticos llegan a tener una conciencia moral, pero esto sólo sucede después de haber vivido irracionalmente los valores.

Los valores lógicos se imponen de improviso

METAFÍSICA CATEGORIAL

también y de un modo irracional. De ahí ese amor irresistible a la verdad que se impone al hombre y lo torna filósofo. De ahí ese misterioso arrobamiento con que la Concepción del Universo se nos impone en la forma de teleología trascendente y nos ata irremediabilmente al mundo supraindividual de los pensamientos.

Todos somos, a nuestra medida, filósofos, poetas, buenos y santos. En algunos hombres la Concepción del Universo desciende más fuertemente en unos valores que en otros. En otros sucede algo diferente. En el hombre que se acerca a la perfección, los valores están impuestos sin preferencias, armónicamente. ¡Bienaventurados los que viven a plenitud todos los valores! De esos sí que es el reino de Dios.

Lo bello se nos impone como algo absolutamente original, como algo sui géneris de un tipo unívoco, completamente diferente de todo lo demás. Lo bello no es lo bueno, ni lo agradable, ni lo útil, ni la ilusión, ni el engaño, ni el número, ni la esencia, ni la expresión, ni lo santo. Lo bello es sólo lo bello. No puede derivarse de algo conocido. Tiene que concebirse como algo nuevo, diferente de toda otra realidad. Ese algo indefinible que aprehendemos como una vivencia frente a una situación determinada del objeto (sensible o no sensible), frente a esa cualidad unívoca del objeto con que la Concepción del Universo nos transporta a lo inefable.

Platón identificó lo bello con lo bueno. Hemos visto cuántos han tomado lo bello por «lo

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

otro». Los valores más altos comprenden categorialmente a los más bajos, en un orden jerárquico infundido por Dios en la esencia del valor.

Entre los valores hay también categorías y gradaciones. Hay valores que se imponen a otros valores. Los valores religiosos y los valores estéticos se imponen a los demás valores y al resto de los objetos. Pero no es que unos sean idénticos a otros, sino que están comprendidos en otros. En determinados objetos se cumplen simultáneamente varios valores. No es imposible decir cuáles son los más altos para los fines supremos de la Concepción del Universo. Soy hombre que pertenece a la categoría de lo indefinible, me arroban y me consumen tantos amores, tantos éxtasis, que no me atrevo a decidirme. Pero la escala jerárquica de los valores se nos impone como una leve dirección del sentido. Sé lo que habría dicho un esteta puro, un poeta exclusivo, el filósofo estricto o el moralista. Si me decidiese de modo exclusivo por uno de ellos sería injusto conmigo mismo.

Si prefiriera lo santo o lo bello a los demás valores, dejaría a muchos defraudados. Lo propio es intuir los valores en el más estricto orden escalar, sin dejar de intuirlos todos en el grado e intensidad de su propia jerarquía espiritual. Es cierto que la Historia de la Filosofía señala los reveses que han sufrido algunos de los valores. Asunto es este privativamente de la Concepción del Universo. El primero que niega la verdad es Gorgias. Desde entonces no han faltado los ne-

METAFÍSICA CATEGORIAL

gadores de los valores lógicos en ninguna época. La Filosofía moderna, especialmente a partir del siglo XIX, no ha negado sólo la verdad, sino ha dado la espalda en su mayor parte a lo religioso. El bien se ha negado también no pocas veces: se ha pretendido destruir su polaridad. En cambio no conozco todavía un hombre que haya negado, o puesto en duda siquiera, la belleza.

¿Constituirán los valores estéticos la suprema esfera de los valores? No afirmo aquí una creencia sistemática, simplemente señalo un hecho histórico. Lo esencial de este ensayo es mostrar lo supraindividual y lo suprasér que hay en todos los valores, y especialmente en los valores estéticos. Lo útil, lo agradable, lo tierno, lo triste, pertenece totalmente al individuo. No hay en ello nada que tenga relación con algo que se eleve por encima del individuo. En lo bello hay algo totalmente distinto. Tiene contacto con el individuo y con el objeto, pero sólo en relación con algo superior que lo impone en forma de totalidad.

La teleología en lo orgánico es sólo eso: referencia a una totalidad. Todo objeto que obedece a un todo o está relacionado con un todo, es teleológico. El alma es sólo concebible como función de totalidad.

Todos los procesos psíquicos, toda intuición eidética y especialmente los valores, obedecen a la Concepción del Universo, para llegar al máximo grado de evolución de esa totalidad que es el

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

alma. Lo orgánico es el reino de la totalidad. Los complejos de totalidad se dan en lo orgánico, en el hombre. Por eso los valores se cumplen sólo en el hombre.

En lo orgánico, en el cuerpo del hombre repercute lo psíquico, imprime sus huellas el alma, a través de las vivencias eidéticas y de valor, tal como inciden o flotan sobre los objetos sensibles los valores. Pero el alma no tiene contacto con el organismo, como creyó Descartes ni como sostiene todavía la psicología experimental. El alma no es idéntica al cuerpo, como afirma Max Scheller. Tampoco el alma tiene contacto con los objetos sensibles. El alma no tiene contacto con nada físico. Lo inmaterial no puede hacer contacto con lo material. El alma es inespacial e intemporal. No está a ninguna distancia de los objetos sensibles ni de los no sensibles. El alma no está ni a una millonésima de milímetro de este papel en que escribo ni a 3,2 años de luz de Alfa del Centauro. El alma no es ni está. El alma sólo comprende e influye. Si el alma es inespacial no hay distancia entre el yo y el objeto sensible o no sensible. El alma no puede tocar al objeto sensible al aprehenderlo, como pretende la psicología empírica. El objeto sensible es espacial. Lo inespacial no está a ninguna distancia de lo espacial. Lo inespacial puede influir en totalidad a lo espacial, pero no puede tocarlo. Sólo lo espacial toca a lo espacial. El alma sólo influye de modo inmediato a los objetos no sensibles y suprasensibles. A los objetos sensibles

METAFÍSICA CATEGORIAL

los intuye, los aprehende de un modo mediato.

Como el alma es un complejo de objetos suprasensibles y no sensibles, para cada objeto sensible hay en el alma su correlato suprasensible. Esta esencia suprasensible del objeto sensible es lo que permite al alma provocar en nuestro organismo esa sensación de presencia inmediata que parece venirnos del objeto sensible. El alma, con la luz de lo suprasensible ilumina al objeto sensible, no lo toca. Luego el yo intuye el objeto sensible y tenemos el objeto de la física. El alma sólo puede tocar los objetos no sensibles y suprasensibles. Y este tocar no se refiere a un tocar físico. Es un tocar por un iluminar, por una visión eidética. Es por lo que el alma no puede aprehender los objetos sensibles de un modo inmediato. El alma sólo intuye objetos no sensibles y suprasensibles, que son objetos de su misma esencia. El alma intuye y vive los valores y cumple así con los altos fines de la cultura.

Si algo es bello tiene la pretensión de serlo para todos, así como sustenta también el juicio su pretensión de verdad. Lo tierno es tierno para alguien. Lo bello es bello y nada más, importa que nadie lo considere como tal. Se vive en la vivencia la pretensión supraindividual de lo bello. Podrá haber épocas, grupos que nieguen una belleza y sustenten otra (la belleza tiene también sus caprichos y sus modas). Pero lo bello es bello eternamente y se impone como una relación metafísica del sentido a todos los hombres. No todos los hombres se orientan fácilmente.

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

te por los caminos claros y puros de la belleza. Así sucede también en los demás valores.

Los valores son caminos de perfección para la autorrevelación del espíritu. Los valores son guías, señales, alas para el vuelo supremo a la Ciudad de Dios. Los valores son ateoréticos, puramente intuitivos (de pura intuición no sensible), irracionales y educativos. La educación futura ha de basarse fundamentalmente en los valores y sólo para la realización de los supremos valores humanos. Cristo, el más grande pedagogo de la humanidad (todavía nos sigue educando), no hizo otra cosa que sustentar valores: guiándonos.

En lo estético, como en los demás valores, hay orientados y no orientados. Esto es sólo comprensible por la metafísica y la teleología de lo bello. Si lo bello dependiese sólo de lo individual, todos serían orientados en arte. Lo supraindividual y lo teleológico se manifiestan precisamente en esto.

Todos no pueden ser a la vez orientados. La orientación depende primariamente del Supra-yo, de la Concepción del Universo. Si consideramos bella una composición poética, ¿qué es lo que es bella en ella? No pueden ser sin duda las palabras escritas, ni las voces sonoras, ni el ritmo interior, ni las imágenes, ni las metáforas. Todos estos son objetos entes, cuya realidad se agota en su sér. El sér ente y el sér bello existen en distintos planos. Estamos acostumbrados a ver la cualidad no valente—blanco, tierno, sucio,

METAFÍSICA CATEGORIAL

rojo—como adherida al objeto y como surgiendo de él, lo que es también incierto en determinados casos. Esto nos lleva a ver la cualidad valente, la supracualidad de los valores en el sér. El valor está por encima del sér ente. El sér valente no es una realidad sensible, sino una realidad metafísica no sensible. Los valores no son sólo objetos metafísicos, sino objetos no sensibles, valiosos por la Concepción del Universo y para el hombre nada más. Es una realidad metafísica, porque sólo metafísicamente pueden ser concebidos.

No existe en realidad nada que pueda ser concebido no metafísicamente. Hasta las cosas más comunes y vulgares, mientras las tocamos y usamos, ateoréticamente, son ametafísicas, pero desde que tratamos de concebirlas, de captarlas en su esencia, surge—queramos o no—la actitud metafísica. Si se trata de esos objetos peculiarísimos que se llaman valores, se cae con mayor razón en el plano de lo metafísico. Es verdad que los objetos metafísicos han sido caracterizados como objetos inexperimentables por principio e inferibles sólo de lo experimentable por principio: los objetos sensibles. Los valores sólo se aprehenden de un modo intuitivo, no sensible. Los eide se intuyen del mismo modo y son otra categoría de objetos.

Los valores son objetos no sensibles experimentables de modo inmediato, pero se intuyen, no se infieren, de lo experimentable de modo mediato y de los objetos no sensibles. En esto

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

sólo se diferencian de lo suprasensible. Además, los valores pueden ser intuídos de cualquier categoría de objetos.

En el poema escrito o articulado no sólo hay objetos entes, sensibles, sino hay algo más que nos arrebatara y nos extasía; ese algo más es el valor, ese impulso dirigido a fines que sólo podemos aprehender en la experiencia íntima de una vivencia.

Los valores estéticos valen como todos los demás valores. Sus formas de realidad son el sér bello y el sér feo. Pero esto no es lo mismo que el sér blanco y el sér negro. La cualidad de lo bello es una cualidad superior, una cualidad de sentido, dirigida a los altos fines por la Concepción del Universo.

Los valores estéticos son extraños a la cantidad, son intemporales e inespaciales. De modo imperioso están escindidos por la mente. Pero esta división cabe sólo para el hombre. Mientras éste no se ha orientado definitivamente se impone la polaridad. Mientras tanto, la intuición de los valores es imperfecta. Sólo para el superhombre es posible la intuición del valor absoluto. Los valores son absolutos en sí, no tienen preferencias, no valen para alguien o para algo, valen simplemente.

La aprehensión de los valores es sólo posible por la intuición no sensible, fenomenológica. Existen muchas palabras que se han tomado como clases de valores: lo sublime, lo trágico, lo cómico, la forma, la multiplicidad, el ritmo, la

METAFÍSICA CATEGORIAL

simetría, el alma, la sentimentalidad, etc. Nada de eso son valores estéticos, esos son los medios por los cuales se manifiesta el valor estético, lo bello en sentido estricto. Estos son los materiales que usa el artista para expresar lo estético. Lo fundamental en el artista es intuir el valor y expresarlo. Todo valor estético puede ser expresado en lo sensible y exige ser expresado en lo sensible. La expresión se consigue a través de varios estadios. 1. Se intuye el valor y con ello hay un hondo intento de expresión del valor en el alma. La intuición con este primer impulso de expresión, la vivencia, es lo que constituye la inspiración. La inspiración surge con una intensa conmoción psíquica. Esta conmoción psíquica, esta vivencia, no es el valor. El valor se intuye primero, se vive intensamente en la vivencia y se expresa después. Esta expresión sensible es el segundo estadio de la obra artística. A veces el intuir eidético del valor y la vivencia son concomitantes, como en ciertas artes subjetivas. Así sucede en la poesía fenomenológica. Así lo intentábamos desde la primera época del Postumismo, con la divisa de: forma y fondo y fondo y forma son una misma cosa. Pero esto sólo resulta exacto si fondo significa, no idea, sino valor; y forma, no métrica, sino expresión del valor.

Hay artistas que no rebasan el primer estadio de la expresión. Se conforman sólo con el intuir. Son los gozadores estéticos. La finalidad de la obra de arte está determinada por dos

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

notas. 1ª Por la altura del valor estético que expresa. 2ª Por la perfección de la expresión. Ha habido épocas y direcciones estéticas que han juzgado la obra de arte sólo por uno de los dos factores. Esto es injusto en ambos casos. Se ha querido unas veces reducir la estética sólo a la expresión, a la perfección de la forma.

Se ha tenido con ello una sobreestima de la forma. Esta es la dirección filosófica del arte impresionista. En lo poético también se ha exagerado mucho este sentido. He aquí las concepciones unilaterales que hipostasian lo bello, contrapuestas a la concepción unitaria de lo estético.

Concepciones unilaterales de lo estético.

(Lo estético como finalidad)

	<u>SUS TESIS</u>	<u>REPRESENTANTES</u>
Doctrinas que hipos- tasian lo bello.....	Lo bello es igual a «lo otro».....	Platón Lo bueno.
		Aristóteles..... El orden, la grandeza.
		Plotino La forma creativa.
		Los Estoicos.. La simetría.
		San Agustín... La unidad.
	Lo bello es igual a lo objetivo...	Hegel.....
		Herbart
		Zimmermann } La idea.
	Lo bello es igual a lo subjetivo..	Kant.....
	La vida psíquica.	
Lo bello es igual a lo objetivo valioso....	Lotze.....	
	Spranger	
	Külpe.....	
	Scheller.....	
	} El objeto valioso.	

METAFÍSICA CATEGORIAL

Concepción unitaria de lo estético.

(Lo estético como medio para fines)

Lo bello no es igual a «lo otro» ni a lo objetivo. Lo bello es igual a sí mismo; sólo tiene realidad en una relación de valor, que se cumple entre sujeto y objeto, dirigida por la Concepción del Universo.

En el Expresionismo se cumple la primera nota. Se ha atendido sólo al valor estético en sí, a su trascendencia respecto de la cultura. Esta también es una de las direcciones del Postumismo. Sólo que en el arte dominicano no se supera el fondo para despreciar la forma, sino se identifican la forma y el fondo, el valor y la expresión del valor.

El artista puede usar el recurso de lo santo para la expresión de un valor estético, o la situación de lo matemático, o lo ideológico, pero en cada caso es exigible que el artista sea un religioso, un matemático o un filósofo. Sólo así puede intuir lo bello en cada una de esas situaciones. De aquí que en lo estético no pueda haber lo limitativo. Sólo es posible en el arte el canon de la absoluta libertad del espíritu para captar así todas las posibles vivencias. Se ha dicho mucho frente al arte, «no comprendo». Esto es sencillamente injusto. El arte no tiene que ser comprensible ni no comprensible. El arte sólo debe ser intuible. Comprensible es la ciencia. Intuible es el arte. Tampoco el arte tiene que ser claro, ni oscuro, ni confuso, ni simple, ni complejo. El arte está por encima de todo adjetivo. El

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

artista puede intuir lo oscuro, lo claro, lo confuso, lo simple o lo complejo y expresarlo. Eso no torna al arte complejo, confuso, ni simple, etc. Es por lo que un hombre no puede crear ni dar forma al arte.

Un artista sólo puede expresar un momento en la evolución del espíritu. No puede ni siquiera ser imitado. Ni él mismo puede imitarse a sí mismo tampoco. Puede haber artistas que intenten imitar a otros, pero al realizar la belleza resultan defraudados en su intento. Las vivencias intuídas son sólo sus propias vivencias y no otras. Las vivencias propias de su iluminación espiritual. El artista ha intuído cada vez un valor estético y nada más. Tampoco un mismo valor estético se intuye ni expresa dos veces. Se pueden intuir diferentes valores estéticos, apoyados en una sola situación. Un cuadro puede provocar una vivencia estética para cada diferente contemplador y aun para un mismo gozador en diferentes momentos de contemplación. Pero una vivencia no se repite nunca. Sólo se puede señalar: he aquí el transcurrir de un alma; he allí otro y otro. Un arte tampoco es semejante a otro, así como una vivencia no es comparable con otra vivencia. Sólo las situaciones pueden ser semejantes y comparables, pero ni son las situaciones el arte ni menos constituyen ellas los valores estéticos. La vida sólo puede ser una de las infinitas situaciones del arte. Así como lo son el hogar, los deportes, los ideales, lo matemático, lo social, lo económico.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Hay algo que exige al arte irremediablemente acercarse a la vida y apoyarse en la vida. Sólo porque en la vida se manifiesta el espíritu y sirve ésta como una fuente natural de vivencias. Pero la vida no ha de significar aquí lo biológico, lo pragmático en su sentido más bajo, el utilitarista, sino lo experiencial en su sentido más elevado, en la autoexperiencia de toda vivencia eidética de valor. La Concepción del Universo es la que obliga al arte a tomar situaciones diferentes, ya a dirigirse exclusivamente a la vida, a lo religioso, a lo moral, a lo matemático, a lo social, etc. Nada puede caer fuera de la esfera de los valores estéticos. Todo cabe en el mundo del arte. Nada hay extraestético.

Las situaciones son igualmente propias para expresar valores estéticos. Hay quienes creen que la música posee la máxima posibilidad de expresión estética. Es difícil decidirse entre música y poesía. La música toca más al deleite externo de los sentidos, la poesía además de los ritmos externos comprende ritmos variadísimos para intuir valores y provocar sus correspondientes intuiciones.

La pintura y la arquitectura le siguen en orden de riqueza estética. Los valores carecen de leyes, pero las leyes de los recursos o de las situaciones pueden servir para preparar la intuición de los valores. En las leyes generales de la técnica métrica, en su relación con la prosodia y sus variados ritmos ínsitos y en los procesos propios de la actitud poética, encontramos

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

caracteres específicos que nos preparan para la intuición de los valores por expresar.

Todo valor estético necesita ser expresado por el hombre; los valores sólo son dirigidos por la Concepción del Universo hacia el hombre. La esencia objetiva de los valores puede estar ya insinuada en los objetos, para ser intuídos por el hombre, a veces muy imperfectamente. Entonces el artista intuye en su totalidad el valor. El valor no está en el objeto ni en sus fundamentos: líneas, colores, imágenes, metáforas, ritmos, simetría. El valor es una relación de sentido impuesta al yo por el Supra-yo, para que sea intuída con motivo de una situación o de un objeto sensible o no sensible.

La Naturaleza no es para el artista más que un medio. El artista no imita a la Naturaleza, como no puede imitar nada.

En lo estético sólo cabe un intuir, un captar, un aprehender vivencias estéticas, un intuir valores. Todo lo demás es impropio y falso. El artista intuye primero los valores, se apoya en seguida en situaciones o recursos para expresarlos. A veces, como en la poesía, el intuir en el alma y la expresión de la vivencia casi constituyen un mismo acto, media entre ellos muy poca cosa. El valor estético se presenta de improviso en el alma con la exigencia de ser expresado de un modo sensible. Esta exigencia y esta expresión en lo sensible muestra la teleología trascendente a lo estético y la relación metafísica que todo valor tiene con el objeto. El artista siente

METAFÍSICA CATEGORIAL

la necesidad de dar al valor expresión intuible por otros hombres, pero esto no lo hace por vanidad personal ni para agradar a los demás o recoger lauros. Recibe simplemente la sutil influencia de la Concepción del Universo y obedece a los supremos fines del sentido. En una mesa, una silla, un puente, una máquina, cualquiera puede captar la idea con que fué concebida para construirse. En un árbol, el hombre, un río, el mar, difícilmente puede uno intuir la idea.

Difícilmente también puede el gozador de la obra de arte intuir el sentido, el valor que expresa. El valor es una relación de sentido entre objeto y sujeto. La vivencia de valor estético intuída por un hombre en un objeto, no puede esa misma intuir la otro. El gozador, al intuir la obra de arte no recrea de nuevo el mismo valor estético. No crea; intuye un nuevo valor estético, que cuanto más aproximado sea al del artista original, menos sentido tiene la obra de arte primigenia. Cada valor es rico de sentidos, y esto permite al gozador captar alguno, pero nunca intuir las mismas vivencias que el artista. Para ello tendría que introducirse en el alma del artista, cosa de todo modo imposible. Esto es sólo una imagen, como se dice corrientemente. Cada alma tiene un grado de desarrollo que no tiene otra alma. El alma no puede ser prestada como un traje o como un sombrero. Puede haber dos hombres que tengan las mismas magnitudes físicas, pero no hay dos hombres que tengan una misma alma.

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

Aunque Bello quiso intuir los mismos valores estéticos que Víctor Hugo, en la Oración por Todos, no intuyó las mismas vivencias que intuyó el gran poeta galo. Todos conocen la anécdota del caso.

Basta leer en su propio idioma cada composición para comprender que están colmadas de vivencias distintas.

El gozador se acerca mucho a la vivencia del artista sólo cuando éste en su vuelo magnífico desciende desde la intuición del valor hasta la intuición de la idea —la idea tiene también su sentido, sólo que es un sentido recto, inmediato—. En el arte verdadero, puro, la idea es siempre de sentido indirecto.

Pero ningún fenómeno en la esfera de los valores estéticos muestra mejor la teleología, la dirección a fines, la influencia de la Concepción del Universo, como el hecho de que un pueblo, una raza, una época no intuye sino un conjunto limitado de valores estéticos apoyados en situaciones determinadas. Este conjunto varía de pueblo a pueblo, de raza a raza, de época a época, de grupo a grupo, lo que explica los cambios de gustos artísticos. Lo que señala aún más cómo todos los fenómenos estéticos, cómo todos los sucesos axiológicos son dirigidos a altos fines por la Concepción del Universo.

Así como cada hombre, cada raza, cada pueblo expresa la filosofía que él es, así también para lo estético. Cada hombre, cada época, cada pueblo, cada raza o cada grupo prefiere estos

METAFÍSICA CATEGORIAL

medios o aquellos recursos. Tampoco esto es simple capricho, ni es algo dirigido por la mente del hombre. La esfera de los valores está totalmente dirigida por la Concepción del Universo. Después de esta demostración de los valores estéticos esencialmente absoluta, huelga decir nada sobre la relatividad del arte. La esfera de los valores éticos tiene su contacto con la autoridad de grandes religiones. Los valores estéticos no. El enlace de los valores estéticos —como todos los valores— sólo tiene contacto con la Concepción del Universo. Hay un parentesco estrecho entre la Religión y la Concepción del Universo y la Filosofía, pero no son la misma cosa. Aquí, pues, tiene otro sentido el decir «la relatividad reside del lado del hombre y no del lado de los valores».

El arte teorético por excelencia es el arte nuevo contemporáneo. Este, más que cualquier otro, es un arte de pura vivencia (*). Vivencias psicológicas, irracionales y vivencias eidéticas: posiciones filosóficas. Aunque no hay un arte completamente ateorético, el arte clásico se ca-

(*) En esta conferencia fueron leídos diez poemas fenomenológicos, intitulados Vivencias, escritos mientras se meditaba y escribía este ensayo; los cuales no aparecen aquí por no creerlo de lugar. He aquí los conceptos que precedieron a aquellos poemas: Considero estos poemas sin palabras, ni conceptos, ni juicios, ni motivos, no porque no haya en ellos palabras, conceptos, juicios ni motivos, que los hay, sino porque las palabras, los conceptos, los juicios y motivos no están señalados en sus significados rectos; esto es, muestran sólo simples vivencias psíquicas, aprehensiones eidéticas o intuiciones de esencias en un puro e inconsciente describir de los fenómenos puros del alma.

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

racteriza como arte ateorético. El arte clásico sustentó ateoréticamente una estética fundamentalmente objetiva, aristotélica, aunque no podía dejar de ser levemente subjetiva y valente; con el romanticismo y el simbolismo la estética se hizo más subjetiva que objetiva.

Con Goethe, el último de los grandes clásicos y el primero de los grandes románticos, el arte comienza a hacerse teorético en Fausto. Con el naturalismo y el realismo vuelve a hacerse objetiva la estética y se teoretiza aún más el arte. No ha faltado quien pretendiese identificar la ciencia y el arte. Pero arte no es ciencia. Ni la ciencia es arte.

Se puede estudiar el arte científicamente, pero el arte en sí no es ciencia, ni la ciencia en sí es arte. La estética sí es filosofía. Se puede teoretizar al lado del arte o frente al arte.

Pero el acto privativamente estético es en esencia un acto irracional, es una pura vivencia no intencional. El arte se hace teorético. No se quiere decir con esto que el arte es una mera posición filosófica. Es el hombre, que vive y expresa y sustenta el arte, quien se hace teorético en el arte. Vive los valores estéticos, y eso ya basta para estar en posición filosófica. Como el arte no puede dejar de ser subjetivo, el hombre vive y refleja en él todos sus problemas, vive y expresa los demás valores a través de los valores estéticos. En el fondo de toda estética hay una actitud metafísica. En algunos momentos del arte — como en el arte clásico — esa actitud

METAFÍSICA CATEGORIAL

metafísica ha sido leve, sutil, casi crepuscular, pero ha sido. Así como ningún hombre, por ateorético que sea, no puede dejar de estar clavado en una posición metafísica —se lo impone imperiosamente la Concepción del Universo—, tampoco el arte. El hombre puede ignorar la posición metafísica impuéstale por la Concepción del Universo. Puede morir ignorándola. Pero la ha sentido, la ha vivido en todos sus actos, la ha sustentado inconscientemente en sus desorientadas manifestaciones de pensamiento. Así también ocurre al arte. Así a lo estético. Lo que sucede, en suma, es que al lado del artista, en el fondo del poeta, está siempre crepuscular o meridianamente presente el filósofo. Desde los albores del arte clásico de todos los pueblos se puede ver al filósofo lentamente ganando terreno en el plano de lo estético. Así como el pensamiento teorético marca la nota culminante de toda civilización, el arte teorético, la estética metafísica señala el meridiano estético de toda cultura.

Hay quienes han pretendido ver en el arte nuevo una anarquía. No puede haber anarquía en lo que dirige la Concepción del Universo. En lo que la desorientación filosófica ve una decadencia, lo que hay es una culminación.

Su característica especial es querer arrancarle sus secretos a la Concepción del Universo.

El arte se ha hecho cada vez más consciente de sí mismo. La filosofía, y aún más que la filo-

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

sofía, la Concepción del Universo y el artista se han dado definitivamente las manos.

El artista de hoy tiene más conciencia de su elevada misión en el mundo. El poeta no es ya un simple jilguero que canta, sino alondra y buho. Poeta y filósofo y religioso a la vez. El poeta vive las tres formas del pensamiento: el pensamiento filosófico, el poético y el religioso en la intuición de los valores estéticos. Este armonioso conjunto de los tres pensamientos es lo que afina el instrumento captador de valores estéticos. Todo objeto —sensible, suprasensible, ideal o valente— puede ser intuído como bello o como feo. Caben, pues, todas las posibles tendencias en el arte. Lo que no cabe es ceñir todo el arte a una sola tendencia. Todos los valores estéticos no pueden agotarse desde una sola posición filosófica, ni desde una sola clase de situaciones o recursos estéticos. De ahí que las tendencias literarias de postguerra hayan sido, en su mayoría, tan limitadas en sus aprehensiones de valores estéticos. Cada una ha sustentado una sola posición filosófica. Así el Futurismo aprehende sólo valores estéticos desde estas situaciones: vitalidad, fuerza, movimiento, peligro, audacia, agresividad, rebelión y guerra. Marinetti en su manifiesto futurista apoya la intuición de los valores estéticos en la velocidad. Para él «es más hermoso un automóvil a toda velocidad que la victoria de Samotracia». En su manifiesto a los futuristas españoles se congratula de que los chiquillos apedreen la Alhambra. Es

METAFÍSICA CATEGORIAL

un ataque a la cultura. Es la influencia objetiva, pragmatista en el arte. El Cubismo intenta identificar la pintura y la poesía y trata de intuir los valores estéticos en la cuarta dimensión y en el interespacio.

Pero el alma humana no está preparada todavía en las razas presentes del planeta para intuir la cuarta dimensión y el interespacio, y menos aún para que tomados éstos como recursos, se puedan intuir valores estéticos fundados en ellos.

Es posible que el alma de los cubistas intuyese valores estéticos apoyados en objetos no sensibles y no intuibles. Pero la mayoría de los hombres no están capacitados, sin duda, para ello. El cubista Apollinaire proclamó la sección dorada como un ideal de avance, lo que muestra que las inquietudes filosóficas del Cubismo eran bastante serias y profundas. Su estética es objetiva como la del Futurismo. El Creacionismo sólo toma el tiempo presente como apoyo para intuir valores estéticos. Para él lo pasado y lo futuro no existen. Se limita a la simple enumeración de las cosas, rehuyendo las imágenes y todo rastro de emoción. Pretende hacer un arte independiente de la vida que sea «como una isla en el horizonte».

Es la primera pretensión de arte deshumanizado. Los ultraistas y dadaistas apoyan sus intuiciones de valores estéticos en la negatividad y algunos hasta en lo sideral. Ni lo sideral, ni la

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

negatividad, ni lo ideal, ni lo irreal dejan de ser humanos.

Desprecian todo lo terrestre y se remontan a lo interplanetario. El Dadaísmo intuye valores en el babá del niño. Se ha llegado con ello a la más alta estilización del arte. Son estéticas objetivas, aunque lo subjetivo levemente ocultado no puede dejar de tener su lugar lo mismo que lo valioso. En América, el Estridentismo mejicano pertenece también a esas tendencias estéticas deshumanizadoras. El Postumismo es, desde muchas posiciones, diferente de las tendencias europeas deshumanizadoras. Ni es una escuela de arte, ni es una tendencia artística; ni fija normas, ni impone preceptos. No constituye una sola posición filosófica. Tiene sólo de contacto con las tendencias europeas el que obedece a una dirección de sentido de la Concepción del Universo: la que marca la autoconciencia de los captadores de valores estéticos. El Postumismo (*) no es una tendencia delimitadora de los recursos en que deben apoyarse las intuiciones de los valores estéticos. El postumista suscita una estética subjetiva. Lo que señaló Rafael Estrada en un notable trabajo como «la evolución hacia adentro» de la poesía castellana. El Postumismo considera al hombre como el centro de gravedad de todas las posibles situaciones estéticas. *Considera al arte como un*

(*) Movimiento literario iniciado por Domingo Moreno Jiménez, Rafael Augusto Zorrilla y Andrés Avelino, en la primavera de 1921.

METAFÍSICA CATEGORIAL

medio para realizar todos los valores necesarios para la evolución libérrima del espíritu. Su único canon, que por esencia deja de ser un precepto, es aspirar a la completa liberación del espíritu del hombre en la total aprehensión de los valores estéticos.

Intuir una obra de arte es aprehender todos los valores sustentados por un hombre en una vida y más allá de la muerte. De ahí su símbolo: Postumismo. Arte tan avanzado, que a mi juicio de aquel momento, el hombre ordinario no podría intuir sus valores estéticos. El Postumismo, afirmé entonces, debía de ser un arte de intuición póstuma para los gozadores estéticos. Moreno Jiménez creyó lo mismo en seguida. Zorrilla † nos discutió la idea. Vigil Díaz, Francisco Ulises Domínguez, Ricardo Lora †, Rafael Andrés Brenes, Jesús M. Troncoso, Julio A. Cuello, Julio César Castro, Indalecio Rodríguez, Moisés Vincenzi, Rafael Estrada, sustentaron también la nueva actitud estética. Pero sustentar el Postumismo no significaba aceptar un determinado o determinados postulados estéticos. Sólo significa creer en la absoluta liberación del espíritu para intuir los valores humanos.

Cada hombre crea su propia estética. Fué nuestro fundamental postulado de entonces y es mi creencia firme todavía. De ahí que la segunda manifestación pública del Postumismo llevase por título «Del movimiento Postumista». Folleto cuyos trabajos en prosa estaban destinados a mostrar que los fundamentos filosóficos del

HACIA UNA ESTÉTICA METAFÍSICA...

Postumismo hacían de éste, no una escuela de arte o tendencia artística, sino un movimiento espiritual en pro de la libérrima manifestación estética del hombre. *El Movimiento Postumista debía ser únicamente un autodesenvolvimiento del espíritu del hombre en la intuición de sus propias vivencias estéticas.* Caben en él, como cupieron entonces, todas las tendencias filosóficas. Se había intentado la plena liberación del espíritu humano en la aprehensión de los valores estéticos, perfectamente jerarquizados. Para estudiar a un poeta es necesario, pues, conocer la integral evolución de su espíritu, la curva completa de su parábola estética, su propia evolución filosófica. El Postumismo es, pues, una estética esencialmente subjetiva, objetiva y valente. Para el Postumismo el arte no es un fin, sino un medio, un recurso para la *realización integral de los valores humanos.* *El arte se ha tornado en una metafísica emocionada de los valores estéticos.* El Postumismo se dirige ahora mismo, al través de mi instrumento captador de vivencias emocionales de valores, hacia una estética metafísica de los valores, de base fenomenológica y sentido teleológico, dirigida por la Concepción del Universo.

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO Y METAFISICA EXISTENCIAL

Ciudad Trujillo, República Dominicana,
27 de enero, 1940.

Sr. Prof. Francisco Romero.
Buenos Aires.

Mi querido amigo y colega:

El hermoso y fecundo mensaje filosófico de sus admirables ensayos y su amable y bondadosa carta me llegaron en momentos en que convalecía de molestos quebrantos. Preciosa panacea para un restablecimiento integral de materia y de espíritu.

Para un sincero amante de la Filosofía no

METAFÍSICA CATEGORIAL

hay fasto más valioso que la llegada de un gran espíritu amigo que nos sorprende cargado de ideas, de inquietudes y de afectos.

Ha muchos años que seguía con especial interés su labor filosófica; como que es actualmente una de las más destacadas y brillantes de América.

Conocía sus enjundiosos prólogos a diversas obras filosóficas, entre ellas a las nunca bien ponderadas obras de Korn, las cuales poseo en su totalidad y he leído con profundo afecto ideológico. El gran maestro Korn es persona que no se puede dejar de estimar entrañablemente después que se tiene el primer contacto ideológico con él. Dichosos los espíritus que como usted tuvieron la gloria de tratarlo y escanciaron junto a su sér austero y noble de auténtico griego sus virtudes socráticas. Loados los que como aquellos discípulos del gran maestro del saber moral, presenciaron su brindis inmortal, más dichosos aún que los atenienses, pues la champaña del Sócrates americano no es menos simbólica ni es menos afirmadora de la vida y de los supremos valores humanos que la cicuta de la envidia griega.

Comparto esa gran admiración y ese devoto culto que usted le profesa, aunque no tengo como usted el privilegio de ser su discípulo amado, el heredero de sus virtudes y de sus capacidades teoréticas. A través de usted, que se perfila como un Platón americano, hemos aprendido a amarle los que como yo sólo hemos podi-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

do conocerlo al través de sus obras admirables y de los profundos estudios en que usted ha puesto de relieve — con emocionada maestría — su personalidad incomparable.

Es mi ferviente anhelo llegar a plasmar en escritos algunas intuiciones que sobre su filosofía ya he bosquejado en pensamiento y transmitido en palabras a discípulos y amigos. Sufro todavía del viejo mal de que adolecen la mayoría de los intelectuales de América: la falta de tiempo para realizar labor personal (mi vida se agota en una labor docente múltiple y agobiadora).

Sus ensayos me han propuesto diversos problemas que maduro en mente todavía, pero que me propongo exteriorizar en breve. Sobre todo, su Filosofía de la Persona me ha encantado sobremanera. Era necesario señalar, como lo ha hecho usted, de modo tan acertado, el abismo que media entre individuo y persona. Abismo que no acierta a ver la generalidad de la gente y aun significados filósofos modernos, que todavía sufren la influencia del positivismo y del biologismo del pasado siglo.

Su luminoso trabajo me ha hecho intuir la posibilidad de escribir una Moral de la Persona, fundamentada en una ética estricta de los valores, para anteponerla a esa moral del individuo, utilitarista, biologista y naturalista, que en apreciada literatura social desvía del verdadero sentido ético a la juventud americana.

En mi curso de Moral Social de este año, en

METAFÍSICA CATEGORIAL

crítica constante a esa moral del individuo, bosquejo una moral de la persona, en que el sér ético no es un ente biológico, natural, sometido a leyes biológicas ni cosmológicas, sino sólo una persona que intuye y sustenta valores.

La Moral y la Sociología que se cursan en la mayoría de los Institutos Superiores y Universidades hispanoamericanas y norteamericanas son una ética y una sociología positivistas y pragmatistas, que debemos por todos los medios hacer el esfuerzo de desterrar. No sé como estará este problema filosófico en la cultura argentina. Pero la distinción con que se publican todavía obras de tal índole en ese avanzado medio, levemente me tocan el alma de tristeza.

Al continuar la obra de Alejandro Korn necesitamos volver por los fueros del idealismo y la espiritualidad, a la vez que reaccionemos vigorosamente del positivismo y del pragmatismo, que si no de un modo teórico, es prácticamente todavía una realidad grosera y aplastante en medio de este mundo científicista.

He estudiado con detención e interés la actual filosofía alemana, pero me he cuidado de no caer en las redes sutiles de su influencia positivista.

Admiro y practico el método fenomenológico, pero no comparto la falta de supuestos de la Filosofía Fenomenológica. Creo que el intuir de las esencias y la descripción fenomenológica no son incompatibles con la metafísica y así lo sustentó en La Metafísica como único modelo de

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

ciencia rigurosa. Ya Teodoro Celms, en su obra *El Idealismo Fenomenológico de Husserl*, ha insinuado la posibilidad de la metafísica en la fenomenología.

Por el conjunto de su obra lo considero a usted como un idealista, espíritu de rara elevación cultural, adverso a todo pragmatismo y empirismo utilitarista. La brillante exposición que hace usted de la problemática no nos autoriza a considerarlo como un simple filósofo de la problematicidad. Claramente establecido queda su interés por la sistemática en este agudo pensamiento de su ensayo *Filosofía de la Persona*: «Este imperativo de autoconocimiento se extiende hasta convertirse en exigencia de conocimiento total, porque *no hay conocimiento a fondo de algo sin conocimiento de todo*, y lo que no somos nosotros aporta un dato complementario o diferencial y negativo sobre lo que somos». Es claro que ya en este pensamiento: «No hay conocimiento a fondo de algo sin el conocimiento de todo», se revela una sistemática.

No debemos pretender, como lo ha pretendido el cientificismo alemán, una filosofía exclusivamente problemática, sino tal como es por usted considerada la investigación filosófica en sus tres etapas: la fenomenológica, la problemática o aporética y la sistemática. En un filósofo mayor no puede faltar ninguno de estos estadios.

Lo que sucede es que no en todos los tipos de filósofos se siguen en un mismo orden estas

METAFÍSICA CATEGORIAL

etapas de la investigación filosófica; unos intuyen primero la visión de la totalidad, el problema universal, y descienden luego a la investigación del dato, del fenómeno, para de inmediato encarar los problemas menores que éstos le provocan y encajarlos definitivamente en un sistema. A éstos pertenecen los constructores, creadores sistemáticos, visionarios y poetas del pensamiento.

Otros comienzan por la fenomenología y pretenden quedarse en ella, lo que es de todo modo imposible, pues necesariamente se ven impelidos hacia la problematicidad. Un mero intuir y describir esencias, sin orden ni finalidad, sin un supuesto previo, sin un problema, puede ser un almacenamiento de objetos sin sentido, pero ni siquiera puede llegar a alcanzar el carácter de una ciencia particular. No hay ciencia particular que carezca de supuestos previos, de principios generales, de pequeños sistemas de organización. Esto ocurre con más peso lógico en las ciencias particulares y generales filosóficas.

Otros comienzan la investigación en plena conciencia del problema inmediato; dirigidos sólo hacia el fenómeno, esperan intuirlo todo, inclusive el problema, de los hechos y de los datos.

Son admirables investigadores para una sola esfera de objetos; filósofos menores, filósofos científicos, espíritus generalmente afinados para captar los contenidos y las relaciones de un solo conglomerado de objetos, pero inaptos

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

para intuir los contenidos trascendentes, las relaciones universales de las diversas esferas de la realidad, el sentido ni la finalidad de éstas. Tomo apoyo en esta acertadísima afirmación suya, que encuentro en su luminoso ensayo sobre las relaciones: «Un hombre cuya aportación para una teoría de la idealidad es decisiva es Husserl. Pero Husserl es mucho más eficaz en las indagaciones parciales que en las ordenaciones sistemáticas, y si le debemos contribuciones preciosas y probablemente las más sólidas y lúcidas que poseemos, nos ofrece escaso apoyo para una teoría general de la idealidad. Esto por lo que toca al cuadro sistemático».

Estos tipos de filósofos obreros son capaces de hacer grandes aportaciones a una ciencia filosófica, pero resultan inaptos para crear una filosofía. Husserl no puede dar los fundamentos para una teoría de la idealidad, precisamente porque sólo le interesa intuir las esencias y mostrarlas, es un mero filósofo de la fenomenología y de la problematicidad. Ahí está el bello y fecundo ejemplo de la *Lógica crítica y problemática* de la filosofía actual alemana y la grandiosa obra científica de las *Investigaciones lógicas*. Son trabajadores en filosofía, en determinadas esferas de la realidad, pero no investigadores de la Filosofía. Husserl, sin embargo, es una cabeza eminentemente sistemática, y aunque su positivismo lo obliga a negar todo supuesto en las *Investigaciones*, en las *Ideas para una Fenomenología y Filosofía fenomenológica* deja de ser

METAFÍSICA CATEGORIAL

un mero cientificista para tornarse en un puro teorizante del más alto valor sistemático.

En la Filosofía no caben la inducción, ni la demostración, ni la prueba ni la comprobación en el sentido experimental de lo sensible. Ni el dato, ni los hechos pueden servir de comprobación de un problema ni de un sistema filosófico. La prueba filosófica no puede ser un mero dato o simple hecho, sino debe estar fundamentada en los principios de contradicción, de tercero excluso y de identidad únicamente. En el caso de las ciencias naturales está referida a datos y hechos relacionados e interpretados por conceptos. La prueba no es aquí el hecho sino la comprensión, interpretación e inclusión de los conceptos en un sistema general exento de contradicción. La fenomenología y la problematización son las que sirven de afirmación de un sistema, al poder ser encajados por medio de ellas los problemas particulares en las líneas generales intuídas previamente.

En una filosofía completa, fenomenología y problematización son a manera de métodos auxiliares de la sistemática. Todo pensamiento sistemático está consciente o subconscientemente dirigido por un sistema. En los filósofos conscientemente metafísicos el sistema resplandece con luz meridiana, en los ametafísicos o negadores de la metafísica el sistema aparece oculto o levemente iluminado por una sistemática crepuscular. De aquí que se haya pensado en un pensamiento sistemático sin sistema.

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

El Positivismo creyó innecesaria la metafísica y la sistemática, pero aunque lo ha pretendido así, aunque ha rechazado conscientemente la metafísica, ha realizado, por lo menos inconscientemente, fenomenología y problematicidad al mismo tiempo.

Se ha pretendido separar radicalmente Concepción del Universo, Filosofía y Ciencia. La Concepción del Universo y la concepción del espíritu determinan los tipos de filósofos creadores o cientificistas. A nosotros sólo nos toca obedecer el impulso del sentido.

Este impulso del sentido en unos se manifiesta con una visión clara, integradora de la totalidad; en otros ese impulso hacia las visiones de totalidad se reduce a una ciega dirección hacia los objetos.

En los primeros el impulso del sentido es consciente, sistemático; en los segundos el impulso del sentido es inconsciente y limitado a determinadas captaciones de la realidad. El mundo moderno, negador de lo espiritual y de lo místico, no puede ver la realidad trina del pensamiento filosófico.

En su fundamental trabajo *Contribución al Estudio de las Relaciones de Comparación*, comienza usted una investigación de la más pura orientación fenomenológica y de la más fina y aguda problematicidad, pero ya en el apartado *Indagación de los Idénticos* surgen las luces incontenibles del metafísico para manifestarse por fin en desbordamiento sistemático en el

METAFÍSICA CATEGORIAL

acápite, La relación de comparación y el pensamiento filosófico.

Ningún filósofo puede ser ajeno a la sistematicidad, ni los que conscientemente reniegan de ella ni aun aquellos a quienes le pueda ser indiferente toda metafísica. Es cierto que el mundo moderno ha perdido el interés por lo metafísico, por la ciencia pura; y ha puesto su fé en la ciencia de lo particular, de lo medible y de los hechos. Se ha argüido que el fracaso de los grandes sistemas del siglo XVIII precipitó la bancarrota de la Metafísica. La Metafísica en sí no ha recibido nunca descalabro alguno. Los filósofos y la humanidad han estado siempre sumidos en una o en otra metafísica valiosa o no valiosa para el hombre. Se ha dado en considerar fracaso a esas metafísicas no valiosas o carentes de valor; pero el fracaso no es de las metafísicas, sino de los filósofos que las intuyen y sustentan.

Los grandes fracasados son: Bacon, Locke, Hume, Kant, Comte, Haeckel, los positivistas y el mundo moderno que se ha dejado influir por sus metafísicas negativas.

Lo que importa ahora es preguntarse si es más valiosa para los ideales humanos esa balumba de datos inconexos y de hechos imprevistos de las ciencias empíricas modernas, o es más valiosa la filosofía pura, la metafísica idealista y espiritualista.

Las ciencias modernas han proporcionado al hombre sólo comodidad y barbarie, arreligiosidad y materialismo. El empirismo, el positivis-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

mo, el materialismo histórico y el pragmatismo, han producido una ciencia materialista y utilitarista, un exagerado tecnicismo y maquinismo, que ahogan la libre determinación del espíritu y desvían al hombre de la intuición de los más altos valores de la cultura.

Tengo la más profunda convicción del daño que Demócrito y los dos Bacon hicieron a la humanidad, construyendo el primero las líneas generales de la ciencia materialista y dirigiendo los segundos al hombre hacia los objetos, que hoy, después de casi media vida dedicada a las ciencias matemáticas y físicas, las más materializadoras de las ciencias, me siento ser un enemigo acérrimo de las ciencias particulares.

Es necesario, no resucitar la metafísica, que en verdad no ha muerto, sino sacar al hombre de la metafísica materialista negativa en que está sumido para dirigirlo hacia una metafísica que sea para la humanidad más valiosa aún que la metafísica actual: la negación de la verdadera metafísica.

Recuerdo, no sin nostalgia, en este instante, aquella memorable despedida de Ortega y Gasset y Alejandro Korn en que el primero anunciaba al segundo, de un modo por demás optimista, la llegada «de un momento a otro de un gran sistema metafísico». Debía llegar de Europa; y Korn lo esperó en vano muchos años. De ningún modo pretendo que sea éste que le envió el sistema anunciado por Ortega y Gasset. Aquél debía llegar de Europa; éste le llega de América.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Mi Metafísica Categorical no es un sistema acabado, sino apenas un bosquejo, una introducción a una metafísica, un programa para trabajos futuros.

Terminados los fundamentos de la obra ya hace más de un año, todavía sigo trabajando intensamente en las proyecciones de ciertos aspectos en ella delineados y que necesitaban de más maduración y de más amplios desarrollos. Así me ocupo ahora en esbozar un pequeño ensayo: Las Categoricals de toda Experiencia, que no es más que el desarrollo en detalles y con más amplitud de una intuición fundamental de mi sistema categorial.

Me vi urgido a intuir un sentido diferente al tradicional significado de experiencia y con ello quedaba transformada la concepción de la ontología moderna con una nueva quinta esfera de la realidad.

Desde Aristóteles, el padre del empirismo filosófico, se ha estimado la experiencia: «como observación repetida y hábito adquirido gracias a ella». Consideraba el filósofo de Estagira que los hechos se fijaban por percepción y observación y no por intuición.

Es indudable que aquella frase famosa ha dado lugar a muchos malos entendidos acerca del verdadero sentido del concepto experiencia. Por ello señalo en mi sistema tal pensamiento, intuído de un modo sensible, como una categorial impura, como un falso concepto acerca de la verdadera esencia de lo experiencial.

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

El trabajo fundamental para la filosofía es depurar de categoriales impuras al lenguaje filosófico y científico. No otra labor es la que han hecho los verdaderos filósofos de todos los tiempos: un ensayo filosófico por ínfimo que sea tiene por objeto extirpar una falsa categorial, intuída de un modo sensible, del mundo filosófico y sustituirla por una categorial cierta, correlato de una intuición no sensible pura.

Entre otras categoriales he tratado de desterrar las categoriales, «metafísica de lo móvil», «realidad sensible», «experiencia sensible», «metafísica inductiva», «metafísica existencial». La filosofía objetivista dirigió el interés hacia los objetos sensibles, hacia el mundo exterior, y se antepuso de ese modo rigurosamente la experiencia de lo sensible, al concepto, a la especulación. Se ha llegado hasta concebir a la experiencia de lo externo como la única experiencia posible. De ese errado concepto, de esa categorial incierta, nació la oposición metafísica entre empirismo e idealismo, que dura todavía.

Tal oposición no existe ni como problema metafísico ni como teoría gnoseológica. El mismo Fichte, que concibe la filosofía como el fundamento de toda experiencia, no distingue el problema y divide la realidad en experiencia interna y externa. La experiencia no puede dividirse en dos campos: experiencia interna y externa. Sólo hay una clase de experiencia: la que sufre todo yo al intuir contenidos.

Si intuimos objetos sensibles tenemos la lla-

METAFÍSICA CATEGORIAL

mada experiencia externa, o experiencia acerca de los objetos sensibles. Si intuimos objetos ideales, una experiencia eidética o experiencia sobre objetos ideales. Del mismo modo el yo sufre experiencia relacionada a todo tipo de objeto. Así tenemos experiencia psíquica, eidética, religiosa y ¿por qué no también experiencia de valor y aun experiencia metafísica?

La experiencia, tanto interna como externa, no puede ser como la pretendió Fichte en su Teoría de la Ciencia «sólo el sistema de las representaciones acompañadas por el sentimiento de la necesidad». Las representaciones sólo pueden ser vehículos para la experiencia de lo sensible, pero no para la experiencia de lo no sensible, de todo lo psíquico, del valor o de lo suprasensible.

Husserl y James nos han dado dos ejemplos admirables de experiencia eidética y de experiencia religiosa, respectivamente. La Filosofía nos ha mostrado ejemplos variadísimos de experiencia metafísica y axiológica. El ámbito experiencial arropa así a todas las esferas de objetos, ninguna se escapa a él. Es impropio, pues, el haber restringido al solo campo de lo sensible la experiencia del yo.

Un empirismo integral de esta clase, sin restricción a una sola forma de experiencia ni tinte utilitarista, es el empirismo que ha de fundamentar una nueva concepción de ciencia absoluta. Pero los objetos sensibles o no sensibles no son experimentados, no sufren experiencia. Sólo el yo es experimentado o sufre

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

experiencia. Los objetos son los correlatos materiales de la experiencia psíquica, eidética, suprasensible, de valor, sufrida por un yo.

Esta visión integral de la experiencia me ha llevado a rechazar la doctrina de la inmanencia de las ideas de Aristóteles, aceptada por el empirismo.

Las ideas no viven en el interior de las cosas sensibles, ni se obtienen por percepción y abstracción de lo material. Las ideas son conceptos, formas, esencias, correlato obligado de todo contenido, por medio de las cuales racionalizamos o logizamos lo irracional.

Surge aquí el viejo problema planteado por Anaxágoras y no resuelto por él ni por ninguno de los grandes filósofos antiguos y modernos: el enigma del conocimiento. Aunque Platón es quien ha dado la solución menos contradictoria al problema, dejó en él algunos puntos sin resolver, que no han sido aún aclarados.

Uno de esos puntos oscuros creo haberlo aclarado un poco en mi *Metafísica Categorical* y se lo propongo a su docta y sincera consideración, porque es asunto que sigue ocupando mi inquietud filosófica en un ensayo que actualmente medito bajo el título de *Metafísica categorial del concepto* y en el que desarrollo aún más ampliamente que en *La Metafísica categorial del juicio* una doctrina del tercer mundo, que creo indispensable para explicar, ajena a toda contradicción, la doctrina platónica del segundo mundo. Ese tercer mundo no es ni inferior ni

METAFÍSICA CATEGORIAL

superior al segundo mundo platónico. Es un mundo intermedio entre las realidades objetivas y el mundo de las ideas.

Pretendo con ello haber salvado a la teoría de las ideas de Platón del reproche de los empiristas y de los neokantianos.

Para Anaxágoras, en nosotros no puede conocer «lo mismo a lo mismo», sino «lo diverso a lo diverso». De aquí se infiere que el yo sólo puede conocer al no yo, pero no puede conocerse a sí mismo ni a los objetos que participan de su misma esencia, como los objetos no sensibles, eidéticos, psíquicos, valores y suprasensibles. El hombre no estaría más que preparado para conocer el mundo exterior, la materia, lo sensible, y le estaría vedado conocer los valores, lo eidético y, en general, los otros yos.

Pero sólo a un demente puede ocurrírsele que no tenemos experiencia y por tanto conocimiento sobre toda forma de objeto.

En nosotros sólo tiene lugar el conocimiento de «lo mismo a lo mismo» y de «lo diverso a lo diverso» por medio de lo mismo a lo mismo.

El problema más arduo de la gnoseología es mostrar cómo tiene lugar el conocimiento. ¿Hay un contacto directo entre objeto y sujeto? ¿Hay en el acto del conocimiento una transformación de objeto en sujeto o de sujeto en objeto?

Para los idealistas el objeto se asimila al sujeto; para los empiristas el sujeto se asimila al objeto.

Ya Aristóteles y Santo Tomás de Aquino,

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

concibieron el «*intellectus agens*», especie de mensajero sin regreso, que viaja en una sola dirección, desde los objetos sensibles hasta el entendimiento del hombre. En el espíritu se reflejaba como en un espejo toda la realidad sensible, pero ¿cómo? ¿Es que las sensaciones, representaciones, formas, percepciones, se transforman en conceptos así como el agua se transforma en hielo o la uva se transforma en vino?

Nada puede hacer contacto con algo que no sea de su propia esencia. El yo no puede asimilarse, comprender, intuir o captar algo que no participe de su sér. No hay un solo tipo de objeto, ni una sola forma, ni un solo grado en el conocimiento.

Hay tantas formas de conocimiento como tipos de objetos. Cuando el yo intuye objetos no sensibles, suprasensibles, valiosos o psíquicos, capta de un modo directo objetos que son de su propia esencia. Tiene lugar un conocimiento de «lo mismo a lo mismo», que es el único conocimiento posible, pues el conocimiento que culmina siempre en el concepto y en el juicio es una identidad. Ya ha dicho en aguda síntesis Mayerson: «*Expliquer, c'est identifier*». Pero más que explicar, conocer, eso es lo que es primigeniamente identificar. Explicar sólo es identificar porque ya lo es conocer. Ya he mostrado en la metafísica del juicio que todos los juicios son explicativos y el concepto predicado idéntico al concepto sujeto, porque explicar es mostrar lógicamente lo intuído, lo conocido.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Cuando el yo intuye objetos sensibles, lo hace sólo por medio de lo no sensible y al través de determinados actos psíquicos: sensaciones y representaciones.

Los objetos sensibles necesitan ser transformados en sensaciones y representaciones y luego ser concebidos en conceptos, ser encerrados en formas lógicas, en categoriales no sensibles, para ser conocidos. Pero no son los objetos sensibles mismos los que son conocidos; sólo son conocidos sus conceptos, sus correlatos lógicos. Sólo conocemos una especie de traducción de lo sensible a lo no sensible. Aquí tenemos un conocimiento de «lo diverso a lo diverso», pero por medio de «lo mismo a lo mismo». El alma sólo puede conocer de un modo directo y absoluto a los objetos no sensibles, suprasensibles y valores, y de un modo indirecto, relativo, a los objetos sensibles. De ahí que las ciencias particulares de lo sensible constituyan un proceso infinito de conocimiento.

Ya Platón mismo reconoció este proceso conceptual ad infinitum en el conocimiento, pero dejó sin explicar la relación de ese progreso interminable de fundamentaciones de los conceptos y el carácter metafísico, real, invariable y eterno de las ideas.

¿Cómo conciliar la teoría metafísica de las ideas y las meras fundamentaciones lógicas de los conceptos?

El problema fué tratado con agudeza y ahinco por los escolásticos. Pero ni el realismo, ni

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

el nominalismo, ni el conceptualismo alcanzaron una solución del problema.

Ni aun los neokantianos, que se consideraban los mejores interpretadores de Platón, comprendieron su pensamiento. Cohén y Natorp rechazan la realidad metafísica, eterna e invariable de las ideas y la sustituyen por leyes puramente lógicas, no intuídas sino creadas por el hombre.

Pero esta creación de los conceptos, de los eide, de las esencias, la contradice rotundamente las Investigaciones Lógicas de Husserl, en la que las ideas se obtienen en un mero intuir de las vivencias eidéticas de la conciencia pura.

Es cierto que en algunos pasajes de su obra Husserl parece inclinarse a Aristóteles en lo que respecta a su teoría de la inmanencia de las ideas, pero del sentido integral de ella se desprende un idealismo platónico del más puro realismo metafísico, tal como lo ha mostrado brillantemente Teodoro Celms en su obra ya citada, *El Idealismo Fenomenológico de Husserl*. La negación del segundo mundo eleático-platónico y su hipóstasis en un proceso de fundamentaciones lógicas dejaba el problema en la misma situación antitética en que lo abandonó Platón.

Lo importante aquí no era sustituir una realidad por otra, poner en lugar de la realidad metafísica de las ideas la realidad formal lógica de los conceptos o viceversa. El nudo central del problema está en conciliar la realidad metafísica de las ideas, realidad eterna e invariable, intemporal e inespacial, con la realidad cambian-

METAFÍSICA CATEGORIAL

te de las formas lógicas que se suceden de una fundamentación a otra fundamentación más profunda en el proceso infinito del conocimiento.

Meditaba en este estado del problema cuando intuí la posibilidad de un tercer mundo categorial, que vinculase sin contradicción al segundo mundo de Platón y Parménides con el mundo de la realidad sensible. Y no obtuve sólo esto, sino que creo haber alcanzado con mi sistema categorial el enlace de todas las realidades, una respuesta satisfactoria a las objeciones aristotélicas y neokantianas, y una refutación a la metafísica de Kierkegaard y de Heidegger.

Ese sistema de categoriales, ampliamente descrito en mi metafísica, comprende tres tipos de categoriales: categoriales óntico-materiales, óntico-formales y lógico-formales; esto es, entes metafísicos, objetos formales o materiales y formas lógicas puras.

Si el hombre sólo intuyese en lo no sensible vivencias eidéticas, de valor o suprasensibles, no habría más que la realidad de dos mundos: el mundo exterior y el mundo de las ideas. Pero el yo tiene también intuiciones provocadas por lo sensible, sobre todo en mayor número cuando dirige su interés a los objetos sensibles. Estas intuiciones son vivencias impuras, que provocan intuiciones eidéticas, formas lógicas falsas, categoriales ficticias, que al penetrar en el sistema lógico de la ciencia forman el tercer mundo categorial de los conceptos. Este tercer mundo no es el mundo de las ideas de Platón ni susti-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

Intuye de un modo integral a aquél. Es un tercer mundo constituido por ideas y formas lógicas falsas, que mezcladas, dan lugar a las autinomias y contradicciones en la filosofía y en la ciencia. Ese proceso infinito de fundamentaciones lógicas en el conocimiento se debe a que el hombre, cuando intuye de un modo no sensible y directamente de lo no sensible, intuye las ideas puras, reales, metafísicas de Platón, categoriales puras; cuando intuye de un modo sensible con ocasión de lo real sensible, capta categoriales impuras, conceptos errados.

La filosofía es en síntesis un proceso de conversión de este tercer mundo de las categoriales puras e impuras en el segundo mundo platónico de categoriales puras o ideas. Queda así el mundo de las ideas platónicas como una realidad ideal metafísica, hacia la cual tiende el proceso infinito de las fundamentaciones categoriales del conocimiento.

Así, sin haber infinitas ideas para cada objeto, puede un objeto, como lo sustento en mi metafísica, tener en ese mundo categorial infinitas esencias.

La eternidad e invariabilidad de las ideas quedan inalteradas con el mundo de las categoriales. Las que cambian son las formas lógicas falsamente intuídas por el hombre, mas no las ideas.

Queda mostrado, de pasada, los motivos que han llevado a ciertos filósofos a creer en una relatividad de la verdad.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Puede aparecer ante la mirada ingenua una relatividad de la verdad en el mundo de las categoriales, pero no en el mundo de las ideas. En el mundo de las ideas la verdad es absoluta. En el mundo de las categoriales la verdad es relativa, es una seudo-verdad, porque el mundo de las categoriales es una promiscuidad de lo racional y lo irracional. Por eso la ciencia de lo real sensible no es nunca ciencia absoluta, definitiva, sino ciencia en continuo proceso de formación.

La realidad del mundo de las ideas como la realidad del mundo de las categoriales son dos realidades evidentes que no pueden ser refutadas, están ahí para fundamentarlas la intuición eidética no sensible de los conceptos y la intuición sensible de los objetos reales del mundo exterior y la no sensible de los demás objetos que constituyen el llamado proceso de fundamentación de las ideas en el conocimiento.

Antes de terminar esta extensa carta tomaré posición frente a las objeciones que Aristóteles hace a la doctrina de las ideas de Platón; esto es en parte necesario para ver con más evidencia la refutación que de la metafísica de Heidegger se desprende de mi metafísica categorial.

Hay entre Aristóteles, Bergson y Heidegger una línea directa de enlace ideológico: el investigador de Estagira pretende con su sentido biólogo que las ideas actúen y generen las cosas; el filósofo galo trata de intuir el ente dentro de las cosas sensibles. Como filósofo del siglo XIX es también biólogo y anhela captar la vida en

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

la intuición de lo móvil. El metafísico alemán sólo ve el sér en la existencia; subyuga, como los dos anteriores, los demás entes a su ente existencial por excelencia: la vida. Separa un tanto a Aristóteles de los dos últimos el pensamiento en que éste considera como la específica actividad humana el empleo de la razón; la felicidad consiste para Aristóteles en una «actividad racional del alma». Bergson pone lo móvil y la vida como el centro de gravedad de todo problema filosófico, y Heidegger lo existencial, la angustia, como «existencia que se encuentra a sí misma». Dice Gurvitch, hablando de la filosofía de Heidegger: «Y en una perspectiva más amplia se ve que se confrontan aquí: la «filosofía de la duración» de Bergson; la «filosofía de la vida» de Nietzsche hasta Dilthey; el kantismo en su más profundo fundamento; la oposición aristotélica contra la separación de la idea y de la existencia, en Platón; el culto de la humanidad de los hegelianos de izquierda y especialmente de Furbach; los motivos pascalianos y agustinianos; el existencialismo irracionalista del pensador danés Kierkegaard y al través de él la tradición de Fichte y de Schelling; y, por fin, ciertas ideas de la teleología dialéctica de Barth y de Gogarten».

Sin embargo, Aristóteles sigue siendo la fuente de toda filosofía organicista de la vida y existencial en el sentido de Bergson, Kierkegaard, Nietzsche y Heidegger.

Aristóteles trata de mostrar que el mundo de las ideas reales y metafísicas que Platón

METAFÍSICA CATEGORIAL

intuye para poder «dar razón» de las cosas sensibles es una duplicación innecesaria del mundo de los objetos sensibles.

El empirismo de todas las épocas ha dado gran importancia a esta objeción falta de sentido. La teoría de los dos mundos, de Parménides y Platón, no es una duplicación de las cosas. No lo sería ni aun en el caso en que sólo existiesen objetos sensibles e ideas. El mundo de los eide no es una duplicación del mundo de las cosas. El mundo de las categoriales puras de las ideas es un denominador común al cual se reducen los demás mundos de objetos de la ontología, un lenguaje especial de la misma esencia del alma que el alma intuye y con el que conoce y se comunica con las demás almas.

Lo que habría no sería dos mundos contrapuestos, sino tantos mundos contrapuestos al mundo de las ideas como esferas de objetos distintas de la esfera ideal constituyen con ésta a la ontología. Pues no hay objeto sensible, no sensible, suprasensible, ideal o valente que no sea reducido a concepto. Sólo en el concepto y por medio del concepto se conoce el objeto; pretender conocerlo en otra esencia es una ilusión. La llamada duplicación no es innecesaria ni inventada; es sencillamente real, está ahí y no hacemos más que señalarla en su evidente realidad. Para negarla habría que transformar los fundamentos esenciales de la ontología. Y eso han intentado Aristóteles, Kierkegaard y Heidegger.

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

Es inconcebible que se haya pensado que sobre las ideas se plantearían los mismos problemas que se plantean sobre las cosas y que, por tanto, esa duplicación es innecesaria.

Para que esta objeción tuviese fuerza de validez debía haber un paralelismo y una identidad entre ideas y cosas. Pero no hay tal paralelismo ni tal identidad: para cada objeto una idea y para cada idea un objeto. Lo que hay es una comprensión de los objetos y de los individuos por las ideas. Recordemos que Platón simbolizó con una pirámide a los conceptos; si hubiese visto ese paralelismo, el símbolo obligado hubiera sido un cilindro o un prisma y no una pirámide. No hay tampoco identidad de ninguna especie entre ideas y cosas. La idea es algo determinado, real, invariable, que intuimos de un modo directo; la cosa es un algo indeterminado, cambiante, que no podemos captar directamente y que nos esforzamos indefinidamente por determinar.

«Lo determinado» y «lo por determinar» no pueden ser ni paralelos ni idénticos. Aquí el paralelismo y la identidad es sólo apariencia. Un concepto no está al lado de un objeto en relación de paralelismo ni de identidad con él. El concepto sólo está en relación de comprensión formal con el objeto. Platón dijo que los objetos «participan» de los conceptos, pero esta participación no es una participación material, como han creído los empiristas, sino una simple «metaxis» formal.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Cuando enunciamos un concepto frente a algún objeto percibido sufrimos la ilusión de paralelismo, porque es evidente que tenemos siempre un concepto para un objeto y un objeto para un concepto. Pero esto es sólo evidencia de «que tenemos», pero no es evidencia de «cómo tenemos». De «cómo tenemos» en relación concepto y objeto responde la teoría de las ideas y aún más ampliamente la doctrina del tercer mundo de las categoriales. Aquí la relación de comprensión no se refiere sólo a las formas puras, sino también a las formas impuras, a las categoriales de contenido o de intuición en su relación con los tres mundos fundamentales: el lógico formal, el óntico formal y el óntico material.

El número de las ideas en la teoría de Platón no tiene que ser infinito. La abstrusa tesis de que hasta los objetos particulares fabricados por el hombre, como un vaso o una silla, deben tener su arquetipo en un almacén celeste, no cabe en la mente de quien haya meditado seriamente la teoría de las ideas. Se ha aducido que hay pasajes de Platón que obligan a hablar con respecto a un vaso o a una silla de «vaseidad» o «silleidad», tal como hablamos de dignidad a propósito de nombres dignos. Aunque en la esencia de las ideas nada se opone a que su número sea infinito, el número de las ideas es finito. El sistema piramidal de los conceptos muestra la relación de comprensión en que están ideas más generales con conceptos menos genéricos, hasta

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

llegar a los individuos, conceptos de menor extensión y máximo contenido. Lo que sucede es que el hombre ordinariamente sólo ve con relativa facilidad pocos enlaces conceptuales de género, especie o individuo, y se le escapan la mayoría de esas comprensiones, debido a la labor desacostumbrada y ardua que es intuir más allá de varios géneros y especies todo el complejo enlace de los conceptos. Pero si el número de las categoriales puras, de las ideas, es finito, el número de las categoriales impuras es, por el contrario, infinito. El segundo mundo platónico comprende categorialmente al tercer mundo de categoriales impuras y éste al mundo de los objetos sensibles.

De que dos cosas sean semejantes porque ambas participen de la misma idea de semejanza no se infiere que para advertir la semejanza entre una cosa y su idea sea necesaria una tercera idea, y para intuir la semejanza entre esta tercera idea y la cosa, una cuarta y así en una sucesión sin término. Este argumento es deslumbrante para dicho a seres ópticamente empiristas o a personas que leen, pero no piensan y aceptan pasivamente lo leído.

No existe semejanza entre una cosa y una idea. Existe semejanza entre dos cosas o entre dos ideas, pero no entre cosa e idea. La idea de semejanza sólo puede ser señalada entre objetos de una misma esfera de realidad, de una misma esencia. Semejanza hay entre dos polígonos, entre dos hermanos; puede haber semejanza en-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tre un verde y un amarillo (colores), pero no entre una mesa y una angustia, ni entre un valor lógico y una intuición religiosa. Esto en cuanto a la semejanza estrictamente científica de los objetos. Podríamos considerar aquí una semejanza, que se me ocurre llamar semejanza estética, y de la que tenemos numerosos ejemplos en las obras de arte. Es una semejanza puramente intuitiva, que intuimos, pero que a diferencia de la científica, no podemos advertir la comprensión conceptual que determina la semejanza, pero que indudablemente depende de ocultos y complejos enlaces conceptuales, que en el arte son aún más propios y frecuentes que en la ciencia.

Las ideas no están tampoco situadas entre cosa y cosa, o entre idea e idea, o entre idea y cosa. Las ideas no tienen sitio, ni son comparables entre sí, ni son comparables con los demás objetos, así como un metro nos sirve para comparar la alzada de dos caballos. No. La esencia de las ideas es la comprensión conceptual. Mejor que la participación de Platón diríamos que los objetos y las ideas están jerárquicamente comprendidos en otras ideas. Pero no se vaya a interpretar tampoco que esta comprensión es una comprensión material a la manera como unas naranjas están en un cesto o el coágulo está comprendido en la leche. Comprensión aquí es simple englobamiento formal, en cuanto se refiere a las cosas, a los objetos sensibles; comprensión y contenido parcial, en cuanto a las catego-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

riales de lo sensible, y comprensión y contenido total en las categoriales de intuición no sensibles, correspondiente a las ideas puras de los valores supremos.

Lo más común no es que haya una idea para cada cosa, sino una categorial para cada cosa. Se ha llamado siempre idea a los conceptos emitidos sobre las cosas, pero en la mayoría de los casos son categoriales impuras, pseudoconceptos con los que tratamos de conocer a las cosas; las categoriales puras, las ideas, no las distinguimos rigurosamente de los pseudoconceptos. Además, intuir con categoriales puras únicamente es una labor que rebasa la naturaleza del hombre. Hay, pues, también ideas de relaciones. Pero las relaciones no las «percibimos intuitivamente entre las cosas». Las relaciones las intuimos de un modo no sensible en lo no sensible, en lo eidético. Y como la realidad óptica de los objetos sensibles está comprendida categorialmente en la categorial superior de lo no sensible, para una tal determinada idea de relación encontramos un correlato óptico-material que aquélla comprende. La maravilla del mundo de las categoriales está precisamente en que nos provee de ideas hasta para lo que «no es». Lo que «es», lo que «no es», «lo real», «lo irreal», «lo imaginario», «lo positivo», «lo negativo», todo queda formalmente comprendido en el mundo de las categoriales.

El mismo Platón tuvo temor de que lo negativo le conmoviera la absoluta realidad, el ro-

METAFÍSICA CATEGORIAL

tundo «es» de las ideas. De ahí que mirase lo negativo como una carencia. Es evidente que desde el punto de vista de lo que «es», lo negativo es una ausencia del «sér del objeto que es», pero no del sér óntico absoluto.

De la carencia de un determinado objeto, de una determinada esfera de la realidad, se pasa a la carencia de ese objeto, pero no a la negación absoluta del sér.

Las ideas no pueden tener carencia ni vacíos, porque las ideas son reales e invariables, no cambian ni varían; las ideas no tienen procesos, ni tampoco actúan, ni son generativas, como pretendía Aristóteles que fuesen. No hay una idea idéntica a otra idea, ni una idea que evolucione hacia otra idea, como creía Hegel. La única relación de las ideas con otras ideas y con los demás objetos es la relación de comprensión formal. No se puede pasar de la realidad óntica del sér, por mera carencia, al no sér como una realidad. El no sér es una no realidad. Si fuese posible pasar del sér al no sér por una carencia, el sér óntico pasaría sin solución de continuidad a ser un puro sér lógico, un concepto, y lo óntico tendría como término una realidad lógica: el concepto de no sér.

El no sér es un mero concepto, una categorial vacía de contenido, una verdadera carencia, pero que sólo puede anteponerse a la categorial «sér», referida a un contenido óntico, real, como un mero concepto a otro concepto, como una simple categorial a otra categorial.

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

La no realidad puede tener realidad sólo en el mundo de las categoriales, pero no en el mundo de las ideas ni en el ámbito de lo óntico. Onticamente es imposible anteponer al sér el no sér; sólo categorialmente, conceptualmente, es esto factible. Por ello sólo es posible, categorialmente, la carencia de los valores negativos, porque ónticamente no puede haber la realidad de la no realidad.

La categorial de intuición de valor, como la categorial de puesta de valor, como la categorial de concepto de la negatividad, pueden anteponerse a las categoriales ontológicas del sér; correspondan o no a la realidad.

Se confunde muy comúnmente la naturaleza de los procesos físicos con la naturaleza de lo que impropriamente llamamos procesos de fundamentaciones en las ideas. En las ideas no hay tales procesos, sólo por analogía con los sucesos naturales se le ha podido llamar proceso a lo que ocurre en el mundo de las categoriales. Los empiristas, espíritus plenos del sér óntico de lo material y lo biológico, han pretendido que las ideas procedan en variaciones continuas como los objetos físicos y biológicos, y que haya para cada variación una idea. Pero las ideas no pueden obedecer a este capricho; las ideas andan a saltos, o mejor, las ideas permanecen inmóviles, nosotros somos los que nos movemos y damos saltos para intuir las, haciendo hupa en los objetos. Puede haber un proceso continuo en que haya para cada momento del devenir una

METAFÍSICA CATEGORIAL

idea; basta que un instante, por infinitamente próximo que esté del otro, se diferencie en algo de él, será suficiente para que intuyamos la idea que comprende formalmente esa diferenciación.

Nada es en la teoría de las ideas más fundamental que su trascendentismo.

Aristóteles pretendió amasar en un monstruoso contubernio ideas y cosas. Este es el defecto fundamental de su metafísica. Ni los objetos psíquicos, ni los suprasensibles, ni los valores pueden ser mezclados en una misma realidad con los objetos ideales. Los valores, los objetos suprasensibles y los psíquicos son intuídos de un modo directo, cabría entre ellos y las ideas una posible aunque remota inmanencia, pero no así en los sensibles. Pero la inmanencia no puede ser tampoco entre estos objetos y las ideas. Por su esencia éstas tienen que estar contrapuestas a todo otro objeto, porque por ellas y sólo por ellas podemos tener conocimiento de toda la realidad, inclusive de la realidad de las ideas. Las ideas sólo pueden ser inmanentes a sí mismas.

Este intento de mezclar y aun supeditar formas categoriales de menor grado al a priori supremo de las ideas es también defecto capital de la metafísica de Heidegger.

¿Es acaso propio buscar la raíz misma en que los objetos de toda la realidad asientan su existencia? Decidiéndonos por la afirmativa, ¿el ente de todos los objetos de la ontología tendrá su asiento, su existencia, allí donde lo ha creído Heidegger, en la vida? ¿No será la flamante me-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

tafísica heideggeriana una más de esas metafísicas biologistas, disfrazadas de existencialidad, que nos legó el positivismo del siglo XIX?

Los objetos asientan sus entes en sí mismos, su existencia en la integral experiencia del yo, mi experiencia.

«Haber» cosas reales, sensibles, objetos suprasensibles, objetos ideales y valores, no significa haberlos «en» mi vida. Mi vida o es un objeto que queda enclavado en una de las esferas de objetos o es un concepto, una categorial impura, intuída de un modo sensible.

En ciertos pasajes de su metafísica Heidegger considera a la vida como un ente independiente, en el que todos los otros entes están en la relación de «en»; en otros pasajes intuye de modo sensible la categorial «vida» como algo que es asiento de la totalidad de la existencia.

Si la vida es un ente, tiene que corresponder a algún compartimiento de la realidad; cada ente tiene su esencia característica. No cabe aquí tampoco inmanencia entre los entes. Los entes son trascendentes entre sí. No es posible concebir un ente «en» otro ente. Sólo el ente de las ideas, por su esencia especial, por estar contrapuesto a los demás entes y por estar con ellos en una relación de «comprensión» o de «sobre», y no de «en» o de «entre», sería el ente asiento de la totalidad de la existencia, pues sólo en el saber de nuestra experiencia tenemos conocimiento de nuestra existencia. Pero a pesar de la armoniosa arquitectura de la metafísica de Heidegger no he

METAFÍSICA CATEGORIAL

podido intuir cómo puede la existencia existir en algo. Ningún objeto ni ningún ente existe «en» otro ente. La existencia «es» pero no «es en». La existencia es un producto de algo que es. La existencia es una actualidad, no un «es». Pero en sí la existencia no tiene ente, no tiene sér. El sér de la existencia se agota en el sér de «lo que está siendo»: la experiencia. Por eso es justo en Kierkegaard y Heidegger el considerar la totalidad de la existencia en la muerte. La muerte es la última posible experiencia del hombre. La existencia es la totalidad de la experiencia, la totalidad de mi integral experiencia.

«La existencia del ente humano» no es la existencia de mi vida, sino mi personal experiencia. Nada existe fuera de mi experiencia. Mi vida se actualiza como experiencia, en la totalidad de mis vivencias.

Descartes llegó a la existencia como una culminación de su duda metódica. Después de dudar de la percepción de la realidad exterior, sorprende al mundo filosófico con su conocida frase «pienso, luego existo»; de la vivencia del pensar pasa a la existencia, pero de la vivencia de una percepción o de una sensación o de un concepto referido a lo sensible duda necesariamente; de lo que no puede dudar es de una percepción en cuanto tal, de un concepto en cuanto concepto, de un pensamiento en cuanto pensamiento pensado. Pero su duda no fué todo lo rigurosa que él se había propuesto que fuese. Las mismas razones por que dudamos de la

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

existencia del objeto de una percepción o de una sensación prevalecen para dudar de nuestro pensar y de nuestros pensamientos por lo menos en cuanto se refieren a esa realidad exterior. Y aun en los casos en que el pensar se constriñe a objetos no sensibles, el creador de la filosofía moderna no está autorizado a dar el paso del pensar al sér. El no se refirió a los pensamientos en cuanto tales, sino al pensar en sí, al pensar en cuanto acto psíquico, no diferente en esencia de todo otro acto psíquico. El filósofo matemático olvida aquí la clave de su dialéctica. Duda de los demás actos psíquicos, pero de improviso hay un acto psíquico del que no duda: el pensar. Pero no da la razón de esta creencia en su sér, en su existencia. El «dubito, ergo cogito» como el «cogito ergo sum» son intuiciones no fundamentadas en la filosofía cartesiana. El Demonio maligno no apareció en este caso para engañar al filósofo, y en esta ocasión es precisamente en la que resulta Descartes engañado, desde el punto de vista de su propia dialéctica. ¿Por qué del pensar que todo es falso «se necesita que yo que lo pienso todo falso» debo ser algo?

No caben más que dos suposiciones: el «cogito» me afirma en mi existencia, porque creo firmemente en la realidad de la intuición de mi sér a través del acto del «dubito», de la duda, o estoy obligado a fundamentar de otro modo la creencia en mi propia existencia o en la existencia de Dios.

Pero en una filosofía exclusivamente idealis-

METAFÍSICA CATEGORIAL

ta y constructiva como la del gran filósofo galo no cabe la intuición —la intuición sólo es posible allí donde se supone que hay realidades, sean sensibles, no sensibles, ideales, suprasensibles o valores—. Esto no quiere decir que Descartes no haya usado en su filosofar alguna vez la «intuición»; ningún filósofo ha dejado de usarla nunca. Lo que digo es que en los fundamentos expresos de la filosofía cartesiana la intuición no tiene sentido.

Lo que me afirma en mi existencia es la coherencia en la totalidad de mis actos psíquicos, ni siquiera la coherencia en un tipo de acto psíquico, en mi pensar, en mi sentir o en mis voliciones, o en mi percibir, o en mi estar en el mundo. Yo puedo poner en duda lo mismo mi vivencia de una volición que mi vivencia de una percepción. El «*volo ergo sum*» no cabe sino en una filosofía intuicional como la de Dilthey, pero no en la cartesiana. Lo que me afirma en mi existencia es la coherencia que advierto en mis vivencias; pero no la coherencia de determinadas vivencias, sino la coherencia de la total experiencia de mi persona. Lo que nos hace dudar de la existencia del mundo es la falta frecuente de coherencia en ese mundo. Pero esa aparente falta de coherencia es debida a las categoriales puras o impuras con que llegamos al conocimiento de ese mundo.

La persona es una categorial de primer grado del sér absoluto; el mundo exterior es una categorial de segundo grado de ese mismo sér absoluto. Por eso mi persona es existencia en

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

primer grado y el mundo existencia en segundo grado: el mundo existe en cuanto yo existo. Yo existo en cuanto existe Dios.

Dios, la persona absoluta, se revela a mi persona relativa y finita en la coherencia que encuentro en la intuición de la jerarquía de los valores. Todos los valores no son igualmente valiosos. Intuir y sustentar los valores en esa escala perfecta con que Dios nos los infundió en el alma es lo que nos hace penetrar en la existencia. Sólo la persona es existente. Ni mi perro ni mi gato son existentes. Un hombre es más existente en cuanto es más persona, en cuanto intuye más valores y los intuye y sustenta en la jerarquía perfecta que en el alma nos los infundió Dios: valores económicos, vitales, lógicos, estéticos, éticos, religiosos. Cuando intuimos un valor negativo o trasmutamos el orden jerárquico de los valores, cuando preferimos un valor económico a uno vital, o un valor vital a uno lógico, o un valor económico a uno ético, perdemos un grado en la existencia, nos alejamos de la existencia absoluta de Dios y nos acercamos al inexistente: al salvaje o al animal, que no pueden intuir ningún valor.

El ente más profundo e inespacial es la idea. Es un ente que está no «en», sino «sobre» los demás entes sensibles, suprasensibles, psíquicos y valores. La idea es el único ente que no tiene relación de dependencia con otro ente; la idea no depende de nada, es el ente absoluto, el ente metafísico por excelencia.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Considera Heidegger que la fenomenología no debe constreñirse a describir la intuición de las esencias y la conciencia intencional y del yo, sino que la fenomenología debe ocuparse también de la descripción de la existencia en cuanto existencia. Pero «el sér de la existencia» como tal es un sér de experiencia. El hombre no existe en el mundo. El mundo existe en el hombre, en mí, en mi total experiencia.

Es una falsa categorial, usada por el hombre corriente y por la mayoría de los filósofos, la de considerar que el mundo y las cosas del mundo existen. ¿Podría el hombre existir en algo no existente: la utilidad y la presencia? No existe ese estante de libros, esa mesa de trabajo, aquella bombilla eléctrica, ni esos árboles que contemplo al través de la ventana. Sólo existo yo o mi experiencia, que es el único sér de existencia. No existen tampoco los demás objetos no sensibles, suprasensibles y valores. Yo intuyo lo bello y mi experiencia de valor es en mí, existencia de lo bello; yo intuyo un eidos, una esencia, y mi experiencia eidética es en mí, existencia de lo eidético. Yo intuyo el ente de lo categorial, y mi experiencia suprasensible es en mí, existencia metafísica. Yo intuyo una sensación, un sentimiento, y mi experiencia psíquica es en mí, existencia psicológica. Yo intuyo una percepción, aprehendo un objeto sensible, y mi experiencia sensible es en mí, existencia de lo sensible. Yo intuyo un valor religioso, o lo numinoso, o el misterium

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

tremendum, y mi experiencia religiosa es en mí, existencia religiosa.

Pero en cada uno de estos casos la experiencia es una existencia cualificada, así como es en la metafísica de Heidegger la «existencia perdida en el mundo», calificada de «banal».

La existencia no es ni sensible, ni religiosa, ni banal. Hay una experiencia eidética, religiosa, de lo sensible, etc. La existencia en sí, la existencia absoluta es la plena intuición de la totalidad de las vivencias.

Pero el hombre no puede experimentar una existencia absoluta; necesitaría para ello poder experimentar un tiempo absoluto, un tiempo cualitativo, de contenido, y no un tiempo de medida y de relación. Necesitaría ser un Dios.

La metafísica de Heidegger es el tipo de metafísica categorial más genuino, escrito hasta ahora. Una filosofía colmada de categoriales sensibles y no sensibles: «existencia», «existencia banal», el «sér en el mundo», la «existencia que se ha encontrado a sí misma», etc., y un número indefinido de categoriales más, que han dado lugar a la extensa terminología heideggeriana.

En un ensayo que hace tiempo medito me propongo extirpar cuidadosamente las categoriales sensibles de sentido biológico de la metafísica de Heidegger, ahora sólo intento aquí dar las líneas generales de posibles trabajos futuros.

El hecho de que la analítica fenomenológica de la existencia humana comience en la descripción de la existencia cotidiana, allí donde «reina

METAFÍSICA CATEGORIAL

todo el mundo», muestra claramente que esa llamada «existencia banal», ese «allí» donde «reina todo el mundo», es una categorial intuída de un modo sensible.

Allí donde el hombre se reduce a casi cosa, allí donde es «un tal», la experiencia de sí es un simple deambular irreflexivo, es la manifestación de una de las posibilidades, la más superficial del existir. En este inconsciente «ser en el mundo», en que reina «lo útil», en que reina lo «que no somos nosotros», y que es ente experimentado como algo útil, no se extingue totalmente la esencia ni el sér. Existencia, esencia y sér son inseparables en el hombre, en el existir. Sólo por la experiencia son — existencia, esencia y ser — omnipresentes en el hombre y constituyen el existir. Pero no tomo aquí posición con el idealismo empirista psicológico de los filósofos ingleses. Sér, esencia y existencia no caben concomitantemente en los entes no existentes: lo «útil y lo presencial». Sólo en el acto experiencial del hombre caben: sér, esencia y existencia al mismo tiempo.

Heidegger considera que la pregunta ¿qué es ente? obliga a esta otra pregunta más primaria: ¿qué es sér?

El sér es la base óptica del ente, es su esencia. Lo que determina que el ente sea en sí es la esencia, pero lo que hace que el ente sea para mí, para nosotros, es la intuición del contenido. Del ente se ha de regresar al sér, al contenido intuitivo y categorial del sér, a la forma del sér y a

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

la experiencia integral del sér: a la existencia. El sér sólo se completa en la experiencia y en el conocimiento de la experiencia, en la consciente relación de las formas y los contenidos: en la verdad, tal como cree Heidegger. Por ello es inexplicable que el gran filósofo alemán no haya visto que metafísica y gnoseología son inseparables. No son ciertamente la misma cosa. Tampoco creo con Kant que la gnoseología debe preceder a la metafísica. La teoría del conocimiento investiga la posibilidad del conocimiento de los entes. El error de Kant es que esto se hace para señalar delimitaciones y para rechazar la metafísica. La teoría del conocimiento kantiana niega, en efecto, doblemente la metafísica. Pero mi metafísica categorial no niega la metafísica, como hace Kant, ni tampoco niega la gnoseología, como Heidegger; sólo muestra que toda metafísica general está vinculada, comprende en sí una teoría del conocimiento. Una metafísica puede no desarrollar sistemática y conscientemente su propia teoría del conocimiento; pero si es verdadera metafísica, en sus líneas generales ésta quedará desarrollada. Así encontramos en Heidegger mismo varios esbozos de teoría del conocimiento, fundamentalmente cuando se apoya en la obra de Husserl y en diversos pasajes de su obra formidable. Es cierto que estos esbozos quedan casi siempre frustrados debido a sus expresos anti-intelectualismo y antignoseologismo. En mi metafísica categorial quedan consciente y sistemá-

METAFÍSICA CATEGORIAL

ticamente esbozadas una metafísica y su teoría del conocimiento, no como cosas separadas, sino como entidades profundamente ligadas de un mismo objeto. Es que una metafísica general de los entes y del sér no puede obtenerse sin el conocimiento de los entes y del sér. Y en ella debe entrar también el conocimiento de lo irracional con las categoriales de intuición de puro contenido de lo valioso y de lo suprasensible. Heidegger siente la necesidad del conocimiento del sér, pero lo despacha con una simple descripción de esa «comprensión» ordinaria y vulgar que se tiene del sér, porque no le interesa tratar a fondo el conocimiento del sér. Como veremos más adelante, considera al sér como comprensión a priori. Pero el hombre ordinario no comprende al sér sencillamente porque use con frecuencia en sus juicios predicados de sér. Prueba de que no ha comprendido al sér por ese simple uso maquinal de juicios de sér, es que ha hecho un extraviado uso de sér en la vida ordinaria y le ha dado un sentido falso aun en la misma filosofía.

Todos no sabemos qué es sér. Nos parece que sabemos qué es sér, porque utilizamos el concepto de sér en cada juicio que expresamos sobre algo. Sér no es sólo algo indefinible, sino algo inconcebido, algo por determinar. De ahí el error de la ontología moderna, que ha pretendido ver sólo el sér en los objetos reales sensibles y ha despojado del sér a los demás objetos metafísicos, eidéticos y valores. Tanto en la Meta-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

física categorial como en Concepción de la unidad de la filosofía fundamentada en la teoría de los valores, he rechazado esa categorial falsa del sér privativo y unívoco de lo real sensible. Allí insistí en la concepción del sér y de la realidad para todos los entes conocidos y posibles, para conseguir lo cual fué indispensable transformar la ontología en su estructura fundamental. Se había atribuído el sér sólo a los entes reales sensibles, y se había negado el sér al valor. Pero Heidegger dejó intacto el problema; en lugar de ver el sér inseparable de todo tipo de ente, creó al sér fuera de todo ente e intuyó la categorial impura «existencia», para infundir en ella a los demás entes. Heidegger, influído por una corriente que se hacía ya muy fuerte a fines del pasado siglo, considera el existir en el sentido parcial y unívoco de su «existencialidad», negando su carácter de eideticidad y de esencialidad al hombre, por lo menos poniendo en término de primacía a aquélla y desplazando a segundo término a éstas. Esto está bien como opinión personal de un gran filósofo, como una filosofía que venía a colmar el anhelo de una época, pero no como una recta y evidente interpretación de la realidad. De ahí que el triunfo de la metafísica de Heidegger fuera posible, a pesar del cortejo de categoriales impuras que la llenan y a pesar de la profusa y nueva terminología que la hace de comprensión difícil.

A mitad de siglo y mucho antes que Heidegger, un filósofo danés, Seeren Kierkegaard, intuyó

METAFÍSICA CATEGORIAL

la existencia y fijó con intensidad inusitada su pensamiento en ella. Afirmó rotundamente, aunque no en el sentido de Heidegger, que el hombre es un existente. Es cierto que para aquel momento hacía tres siglos que la esencia era el centro de gravedad de todo problema filosófico, el tema preferido y obligado de toda actitud teórica. Pero lo que torna nuevo y extraordinario, aunque sólo momentáneamente admirable, el pensamiento de Kierkegaard, Nietzsche y Heidegger no es su verdad ni menos aún la importancia de esa verdad para los ideales del hombre. Lo que dió el triunfo a esa metafísica errada fué que ella interpretaba el sentir extraviado de una época.

El divorcio de vida y pensamiento que se manifestaba ya en la mayoría de los filósofos se acentúa de modo extraordinario en estos tres últimos.

Kierkegaard pide la existencia del hombre dirigida hacia Dios, que encuentra su raíz en la intuición del valor de la santidad.

Nietzsche exige unívocamente: vida. Pero no esa vida que en Kierkegaard está suspendida entre Dios y el hombre, sino una vida profundamente grosera que pretende haber triunfado de Dios y del hombre. Heidegger proclama también la existencia del hombre. Vacila entre Kierkegaard y Nietzsche y se decide hacia este último: hacia la vida. Difiere del filósofo danés en que se limita a las cosas del mundo real sensible y a la fenomenología. En los tres cabe el sentido de la

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

filosofía de la antiesencia. Pero Heidegger es el que hace metafísica pura de la existencia y transforma y restringe y tergiversa al concepto de existencia.

Para Kierkegaard su existencia se basa en Dios, para Nietzsche «Dios ha muerto».

El primero busca la angustia como suspensión entre Dios y el hombre, o la muerte como suprema realización de la vida; el último prefiere la voluntad de poder, para vencer en la vida a la muerte.

Heidegger prefiere angustia y muerte como Kierkegaard, pero no angustia y muerte colgada del cielo y dirigida hacia Dios, sino angustia y muerte en las entrañas vivas del hombre. A pesar de su contacto directo con Husserl, abraza también la reacción, que ya es corriente avasalladora, contra «la dilución especulativa de los logicistas».

Pero el hombre no puede concebirse ni sólo existiendo ni sólo en la llamada «dilución logicista». El hombre sólo puede concebirse en la experiencia integral, en la intuición de todos los contenidos: eidéticos, religiosos, no sensibles, suprasensibles y sensibles. Tanto la concepción logicista como la existencialista, conciben al hombre desintegrado.

En una metafísica general de las realidades no cabe ni filosofía unívocamente logicista ni filosofía de la antiesencia.

Era, pues, necesario una metafísica sin exclusivismo, una metafísica que comprendiera todo

METAFÍSICA CATEGORIAL

ente, que englobara toda la ontología en un sistema coherente, que armonizara en un solo sistema lo racional y lo irracional. El problema no quedaba resuelto al interpretar lo irracional y lo biológico, desdeñando lo racional y lo esencial, como de otro modo también había ya hecho Bergson. El problema sólo queda resuelto con una concepción de la existencia integral en la autoexperiencia de todo tipo de vivencias. A pesar del intento frustrado de Max Scheller, de una concepción de la vida integral, Heidegger, no pudiendo negar la intencionalidad del sentir como «una nueva y principal manera de experiencia», transforma el sentido de la intencionalidad «como la esencia de las vivencias» en el nuevo significado categorial de «cuidado» (Sorge), y «evita así un vocablo cargado por Husserl de sentido intelectual», como observa acertadamente Alberto Wagner de Reyna.

La intencionalidad se constituye en Heidegger en «esencia del vivir», en «sér del existir», pero no como lo sería en una metafísica categorial de la integralidad, una nota inseparable del conjunto armónico de la totalidad de las vivencias, sino por un procedimiento algo forzado que consistió en haber sustituido la categorial pura de la intencionalidad por la categorial impura del «cuidado». Es lo que señaló Fischer como «el resultado fatal de la teoría de la intencionalidad en los actos psíquicos». Pero Heidegger, con su propósito invariable de anti-intelectualista, asimila la intencionalidad a la existencia,

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

transformando la estructura óptica del ente. La intencionalidad se torna con Heidegger en existencialidad a cambio de dejar de ser lo que es: de categorial «intencionalidad» pasa a categorial «cuidado». Ningún filósofo anti-intelectualista ha realizado más labor puramente intelectual que Heidegger, porque ninguno como él ha forzado, aunque de una manera por demás brillante y audaz, dirigido por categoriales sensibles, la capa óptico-material de la realidad. Ni aun los trabajos de ese otro gran anti-intelectualista, Guillermo Dilthey, con quien hace contacto también Heidegger y de quien recibe otro gran impulso hacia la filosofía de la vida, son comparables a la labor óptico-formal del filósofo existencialista. Lo criticable en Dilthey es que pusiera su concepción de la estructura al servicio exclusivo y primordial de la vida, sufriendo así el mismo extremismo de los intelectualistas.

La concepción de Dilthey corresponde a una intuición no sensible, a una categorial pura: «la unidad estructural de las vivencias», que Heidegger debió haber utilizado en su famoso análisis existencial, más de acuerdo con el sentido diltheyano.

Para evitar malas inteligencias, a más de que el sentido es más amplio, he intuído y desarrollado la estructura de la experiencia integral. En la experiencia integral cabe la totalidad de las vivencias. Pero no porque toda vivencia del yo sea experiencia del hombre o de la persona ha de tener preeminencia «el vivir» o «el existir»

METAFÍSICA CATEGORIAL

en el sentido biologista y existencialista de las filosofías anti-intelectualistas.

En una metafísica categorial de las realidades, en una filosofía de la integralidad de la experiencia, en que todo ente puede ser igualmente intuído en vivencias de contenido eidético, no sensible, suprasensible, sensible o de valor, resulta un contrasentido contraponer un tipo de ente a otro o a otros tipos de entes.

¿Con qué razones opone Heidegger al ente de los eide, los demás entes que le han parecido más vivenciales, cuando la obra de Husserl y de Max Scheller estaban ahí como una muestra contundente de la vivencialidad de lo eidético?

«La antigua ontología aplicaba al sér categorías como determinantes ontológicos, tanto para el existir como para los demás entes. Heidegger distingue radicalmente entre las categorías aplicables al sér de estos últimos y los caracteres ontológicos del existir: los existenciales».

Los existenciales no son categorías, pero son categoriales. Las categorías no tienen un enlace de primer grado con los existenciales. Los existenciales corresponden a ciertos tipos de categoriales de intuición de mi metafísica categorial.

La categorial puede señalar a todo existencial, cual que sea su ente, porque las categoriales comprenden todas las formas del sér: pueden ser categoriales lógico-formales, óntico-formales y óntico-materiales de la realidad. Para Heidegger «el existir tiene una estructura ontológica dis-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

tinta de los demás entes». Pero si el existir tiene una estructura «completamente distinta» de los demás entes, aquel algo que lo haga completamente diferente de los demás entes, ¿no hará del existir un no ente? ¿O es acaso el existencial, originalmente un no ente, una categorial falsa, un mito creado por Heidegger para triunfar del intelectualismo? Esa diferencia de estructura la encuentra Heidegger en primer término en las dos formas de preguntas: quién (existencia) y qué (realidad). Del mismo modo, sujeto frente a objeto, yo frente a no-yo, son absurdas comparaciones ontológicas entre ente existencial y real, respectivamente. Se nota aquí que Heidegger cae en el mismo error común a la mayoría de los filósofos que consideran a los objetos sensibles como única realidad y anteponen a ésta la existencia y los demás objetos como una no-realidad. Es impropio anteponer el ente de los objetos reales o sensibles al ente que corresponda a la realidad existencial, como a cualquier otro ente. La esencia del existir está, pues, en la posibilidad que tiene el yo, o el hombre, de experimentar todo tipo de objeto, todo ente, pero no en la contraposición de «existencia» y «realidad».

El yo (o el existir) —tan vaga es una como la otra categorial— puede en un instante dado realizar una de sus posibilidades, pero no quiere decir esto que las demás posibilidades se reduzcan a cero. El yo puede elegir momentáneamente una posibilidad «propia» o «impropia», puede

METAFÍSICA CATEGORIAL

experimentar vivencias eidéticas o de valor, pero lo que no puede es sistemáticamente imponerse experimentar un sólo tipo de vivencias. El yo no sistematiza ni se parcializa, como los existencialistas, por un solo tipo de vivencias. Es cierto que los mismos biólogos y existencialistas, negadores de lo racional y de lo eidético, no han podido dejar en ningún momento de usar, en el mismo grado que los intelectualistas, vivencias eidéticas. Lo que prueba que ello obedece a una posición filosófica que no se corresponde con una realidad.

El perder la propia posibilidad es para Heidegger «el existir en lo diario», «alienarse ontológicamente». Es en este punto en el que Heidegger parece tener una visión plena de lo existencial. Pero no lo ha enfocado en el sentido que lo hemos hecho aquí. En lo diario, mi persona (no mi existencia) está desintegrada en un deambular irreflexivo y en un inconsciente intuir objetos no sensibles, sensibles y suprasensibles.

La «preocupación» de la persona no es la angustia ni la muerte —esto es, preocupación del hombre, del animal o de la especie—, la preocupación de la persona es alcanzar el mundo más alto de valores posibles.

El hombre constantemente gira entre un anhelo de persona y una preocupación de existente. Salimos de casa para asistir a un festival religioso, a una conferencia o a un concierto musical, envueltos en el aura de un anhelo perso-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

nal valioso; en el trayecto, al cruzar las calles, nos embarga la preocupación del existente, del animal, del hombre; sentimos la angustia de ser arrrollados por un coche, nos advertimos solos en el tumulto, como un guijarro que rueda en el arroyo; intuimos un pensamiento para nuestra próxima disertación, y volvemos así a nuestro anhelo de valor, nos abismamos de nuevo en la persona; pero de improviso la bocina de un coche vuelve a desintegrarnos, volvemos al «sér banal» del existente, del «un tal» que deambula irreflexivamente, hasta que llegamos al salón de cátedra en que volvemos a reintegrarnos totalmente en persona.

La existencia es para Heidegger una concreción del tiempo. En el tiempo es el organismo, el latir de la célula, la preocupación del existente. Pero la persona no es en el tiempo, la persona es atemporal o inespacial, no tiene conexión ninguna con el tiempo o acaso sólo, por un interés de analogía, la persona sólo es un tiempo absoluto.

El tiempo como base del sér de la existencia representa en Heidegger lo mismo que la idea, la esencia y la categoría en las doctrinas criticistas e idealistas.

Lo mismo que Bergson, Heidegger niega toda inmovilidad de las ideas rígidas e intenta «el supremo esfuerzo de hacer desempeñar a la temporalidad perpetuamente móvil, el papel directo de la idea trascendental que constituye y funde el sér de la existencia».

Parece inexplicable que una filosofía de la

METAFÍSICA CATEGORIAL

antiesencia se esforzase tanto en un estudio del sér y del tiempo, que es el sentido fundamental de la obra de Heidegger. Tanto sér como tiempo son inseparables de toda esencia óntico-material. Una filosofía de la antiesencia debe fundamentarse en primer término en una intuición pura de los valores y sólo, en segundo término, por ser los valores lógicos instrumentos captadores de toda esencia y de todo sér temporal, se ocuparía de la esencia y la existencia. La verdadera filosofía de la antiesencia es la filosofía de los valores. El sér fundamento de todo valor es la persona, no el individuo, el hombre, el existente. A la metafísica de la existencia, del hombre, antepongo la metafísica de lo valente, de la persona.

En la Concepción de la Unidad de la Filosofía fundamentada en la Teoría de los Valores, mostré la primacía del valor sobre todo otro ente. Sólo desde el ente de lo valioso es posible vislumbrar, como lo hice allí, una unidad de la filosofía. Esa unidad no la da el existir del hombre, sino la experiencia de toda vivencia de valor en un hombre que intuye y sustenta valores: una persona. Me ha robustecido en este sentido su admirable ensayo *Filosofía de la Persona*, rico en ideas para una metafísica no existencialista.

Heidegger niega la inmovilidad de las ideas, porque le parece que esa rigidez de las ideas platónicas se opone al sér variable y cambiante del existente. Pero hemos visto cómo el tercer mundo de categoriales ha resuelto la relación

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

entre la rigidez de las ideas y el proceso de fundamentación de categoriales lógicas, de las que, por cierto, es sumamente rica la metafísica heideggeriana.

Me propongo hacer aquí una crítica más detenida de la teoría del tiempo de Heidegger, lo que hice ya con ocasión de la metafísica de Bergson, aunque el tiempo no interesa en primer término a una metafísica categorial de lo valente. Es esta una metafísica sin sér biológico o existencial, una metafísica sin sér ni tiempo.

Heidegger hace un gran esfuerzo por conseguir que la temporalidad perpetuamente móvil sustituya la idea trascendental en que se basa el sér de la existencia. La concepción del tiempo de Heidegger, aunque más elevada, tiene, sin embargo, profunda relación con la de Bergson.

Para Heidegger «la temporalidad es un proceso primordial de salida de sí mismo», de vuelta a su esencia propia.

De las tres especies de tiempo de Heidegger, el tiempo primordial cualitativo equivale al tiempo de la integralidad de la experiencia en la metafísica categorial, pero no es el tiempo puro de Bergson: la «durée».

El tiempo mundial, que se deja medir, pero en el que lo cuantitativo no predomina sobre lo cualitativo, corresponde al tiempo de Bergson.

El tiempo vulgar o tiempo de la existencia banal en que la cantidad predomina sobre la cualidad, corresponde al tiempo de transcurso de todo proceso.

METAFÍSICA CATEGORIAL

Los tiempos mundial y vulgar al ser cuantificados no es que sean «pervertidos» en esquemas espaciales y dejen por eso de tener realidad metafísica. Según la metafísica categorial, siendo el espacio una segunda categorial del tiempo, esa segunda categorial comprendida en la primera tiene una realidad metafísica, aunque de grado menor que aquélla. Pero tampoco son, como pretende Bergson, «productos de una actividad deformadora de la inteligencia del sujeto». Ni son tan ontológicos como el «tiempo primordial», como el «tiempo puro», puesto que son simples categoriales sensibles, intuídas de un modo sensible en las llamadas «existencia en el mundo» (*In-der-welt-sein*) y «existencia banal».

Tiempo mundial y tiempo vulgar son dos categoriales óntico-formales de ese suntuoso mundo categorial que es la metafísica existencial de Heidegger.

La concepción del tiempo culmina en Heidegger con una concepción de la historia «como realización del tiempo primordial temporalizándose en el éxtasis del porvenir». Para Heidegger, el «sér de la existencia humana» es esencialmente histórico. Pero la «existencia humana», el hombre, como un salvaje, un animal, no puede ser un sér histórico. El único sér histórico es el sér intemporal: la persona. Único sér que intuye y sustenta valores, único sér de cultura. Para Heidegger, el hombre es un sér histórico en tanto está limitado y consagrado a la muerte. «El sér para la muerte, es decir, el carácter finito de

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

la temporalidad es el fundamento verdadero del carácter histórico de la existencia humana». A lo que existe está vinculado lo histórico, pero lo existente no es lo histórico. La cultura no se siente abandonada a la angustia ni va hacia su total realización en la muerte. La cultura, el conjunto de los valores humanos, el sér de la historia, no muere, aunque lo haya querido así Spengler.

La analítica existencial de Heidegger culmina con su teoría del tiempo en la historia, como idéntica al sér de la humanidad.

Pero la humanidad no tiene sér biológico ni existencial que pueda vincularse al tiempo. El sér de la humanidad es un sér de cultura, intemporal e inespacial, el producto de la intuición y expresión de los valores sustentados por la persona.

Su esbozo de teoría del conocimiento lo comienza Heidegger con el pensamiento de que el problema epistemológico «debe ser resuelto por el análisis de la misma existencia, ya que el saber no es más que un momento subordinado de la existencia».

Sabemos ya, porque es procedimiento obligado del existencialismo, subordinarlo todo a la existencia y a lo biológico, que Heidegger no podía dejar de subordinar, como lo hizo con la historia, el tiempo y los demás entes; y menos podía dejar de subordinar también el saber a la existencia. Es cierto que en cuanto al valor no nos dejó su acostumbrado esfuerzo de subordi-

METAFÍSICA CATEGORIAL

nación a la existencia. No está claro con qué razones podría Heidegger subordinar el valor a lo existente. Aún más que lo eidético y que lo histórico es lo valente insubordinable a lo existente.

Bajo el ropaje engañoso de la categorial existencia desarrolla Heidegger en su metafísica el sentido fundamental de las tendencias positivistas modernas: realismo, empirismo, biologismo y pragmatismo.

Así vemos en su pretendido idealismo existencial cómo Heidegger considera que «es tan imposible separar la existencia humana del mundo como el mundo de la existencia humana». Es claro que se refiere, como lo han hecho los demás filósofos, al mundo real sensible, y cae en el error corriente de que «es imposible concebir la humanidad sin mundo (idealismo) ni el mundo sin humanidad (realismo).

Es cierto que son imposibles ambas cosas, pero sólo como lo ha creído la filosofía hasta Heidegger, y por lo que lo ha sustentado. El problema del realismo y el idealismo fué planteado desde su origen por medio de una categorial falsa. Se creyó como lo único real el mundo real sensible y se antepuso éste como unívoca realidad a todo otro tipo de ente, a lo ideal, a lo suprasensible, a lo no sensible y, finalmente, a lo valente. Se intuyó así una categorial impura, se hizo con ello un falso planteamiento del problema.

El llamado «mundo real», que debe ser siem-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

pre calificado de sensible para evitar así el sentido erróneo de la categorial referida, no es el único real posible. Los demás mundos son igualmente reales como él. No cabe, pues, esa contraposición entre mundo real y mundo ideal.

Es lógico que para el común de los hombres, acostumbrados a ver, tocar y manejar de modo manual los objetos sensibles, «los útiles» y «lo presencial», sea sólo real ese mundo que parece presentársenos con tanta naturalidad como persistencia. En cambio esos otros mundos no sensibles, suprasensibles, ideal y valente le parecen ficciones del espíritu.

Todos los filósofos, hasta Heidegger inclusive, han aceptado el planteamiento clásico del problema y han tratado de resolverlo tomando posición ya en uno o en otro extremo. El mismo Heidegger, aunque se da cuenta del planteamiento vicioso del problema, lo deja intacto y toma posición en el mismo cuando expresa que lo «real está en el mundo como lo está la humanidad». «Sin la existencia humana no habría más mundo», afirma Heidegger. Pero sin la experiencia integral del sér humano, sin la intuición total de todos los valores humanos, no puede haber ningún mundo, ni el mundo real sensible ni ningún otro mundo ideal, valente o suprasensible.

El idealismo no es inmanente a la existencia. La persona es lo único capaz de intuir todo mundo valente, eidético, sensible y suprasensible en la experiencia de todo tipo de vivencias.

Pero no ha de verse en esto ni una inmanencia

METAFÍSICA CATEGORIAL

ni un subjetivismo. En una metafísica categorial no cabe lo inmanente, sino formas categoriales de comprensión. Ningún ente puede ser inmanente a otro ente, como ninguna idea puede ser inmanente a otra idea. He tratado de borrar las contraposiciones falsas de «realidad, no realidad», «experiencia, no experiencia», «idealidad, no idealidad», debidas todas a categoriales sensibles introducidas en la filosofía y no eliminadas todavía de ella.

El problema no ha de resolverse reduciendo el sujeto al objeto ni el objeto al sujeto, lo real a lo ideal ni lo ideal a lo real. Todo esto manifiesta una forma categorial del sér. Lo real sensible, lo ideal, lo valente, lo suprasensible, lo psíquico, son formas categoriales del sér absoluto. No podemos aprehender al sér sino por intuiciones categoriales puras e impuras y mostrarlo en formas categoriales como correlatos de esas intuiciones.

Como esas mostraciones por medio de formas categoriales lógicas no corresponden siempre a los contenidos intuitivos, a los entes, son formas constructivas que tienden a la forma propia del sér, a las categoriales puras, a las ideas.

Heidegger llega al idealismo existencial por medio de la comprensión del sér. Pero no hay tal comprensión del sér por la existencia, lo que hay es una intuición del sér que se expresa en una forma categorial que, por no ser pura, resulta una construcción anticipadora de la reali-

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

dad óntica, de la categorial pura. No cabe, pues, el idealismo existencial o no existencial como problema filosófico.

Donde más se nota el grosero pragmatismo de Heidegger es en su concepción de la verdad. «La verdad es también un elemento de la existencia; no está ligada ni al conocimiento ni al juicio. La verdad precede al conocimiento y al juicio, pero no precede a la existencia». Para Heidegger en la existencia están tanto la verdad como la falsedad. La verdad no es «lo descubierto», como cree el filósofo existencialista.

El conocimiento es la relación que hay entre dos formas categoriales. La verdad no sale de las formas, no es extraformal.

La falsedad es la relación entre una categorial impura y una categorial pura, correlato del ente.

La verdad es la correspondencia entre una forma categorial pura y una categorial pura de intuición, correlato del ente. La verdad no es, pues, «lo descubierto», lo descubierto es la realidad, el contenido, el ente.

La verdad no precede al conocimiento ni al juicio; lo descubierto, la realidad, sí precede al conocimiento y al juicio. El conocimiento y el juicio son consecuencias de la necesidad de expresar lo descubierto. El juicio es la forma lógico-categorial de «lo descubierto». El conocimiento, un saber de esas formas categoriales.

Heidegger ha transformado el concepto de la verdad de un modo tan grosero como lo había

METAFÍSICA CATEGORIAL

hecho ya el pragmatismo biológico de Nietzsche o el pragmatismo utilitarista de Pearce y James. Confunde una forma de realidad con otra, lo eidético con lo óntico, no sólo cuando hace a la verdad inmanente y dependiente de la existencia, sino también cuando considera la verdad como una realidad óntica, «lo descubierto».

Heidegger no considera a la existencia, sino a su sér correlativo a la verdad. Y como para él, el fundamento del sér —no puede admitirse sino que se refiere al sér de lo sensible— es el tiempo, enlaza así la verdad a la temporalidad. Construye así Heidegger un contubernio maravilloso entre verdad, sér y tiempo.

El tiempo tiene relación con ciertas determinadas formas del sér, pero no veo cómo puede tener relación con la verdad. Sólo tergiversando la idea de la verdad, cambiando su naturaleza óntica, se ha podido sustentar esto.

¿En qué consiste la verdad?, se pregunta Heidegger, para responderse: La verdad es «lo descubierto», lo velado, el sér.

Se advierte aquí una evidente confusión de conceptos; lo velado es la realidad, el sér; la verdad es siempre patente, evidente. Cuando la verdad es, no es nunca velada, ni cambiante, ni relativa, ni está sometida al tiempo. La verdad cuando es, es eterna, no comienza ni acaba, ni tiene duración.

El concepto de «verdades eternas» no es producto de resabios teológicos ni metafísicos, sino una categorial pura que se corresponde con

DOCTRINA DEL TERCER MUNDO...

una categorial de intuición pura, correlato de un ente real.

Heidegger niega también la rigidez de las ideas platónicas, como Aristóteles, los neokantianos y demás filósofos que no pudieron resolver el problema del sér metafísico, invariable de las ideas y el proceso cambiante de las fundamentaciones lógicas. Pero el tercer mundo categorial relaciona de un modo lógico el mundo de las ideas con los demás mundos y muestra lo absurdo de un idealismo temporalizado como el de Heidegger.

INDICE

	<i>Pág.</i>
<i>Palabras liminares.....</i>	<i>3</i>
<i>La metafísica como único modelo de ciencia rigurosa.....</i>	<i>23</i>
<i>Metafísica Categorial.....</i>	<i>55</i>
<i>Metafísica del concepto.....</i>	<i>71</i>
<i>Metafísica Categorial y Metafísica de lo móvil.....</i>	<i>89</i>
<i>La metafísica Categorial como el sistema más general de Categorías.....</i>	<i>131</i>
<i>Metafísica categorial del juicio.....</i>	<i>145</i>
<i>Las categoriales de intuición.....</i>	<i>163</i>
<i>Las categoriales ópticas y lógicas de la realidad sensible.....</i>	<i>171</i>
<i>Metafísica del átomo.....</i>	<i>177</i>
<i>El ente en sí de lo sensible.....</i>	<i>197</i>
<i>El espacio como una segunda Categorial del Tiempo.....</i>	<i>205</i>
<i>El universo tiempo unidimensional.....</i>	<i>207</i>
<i>El espacio irreal del átomo.....</i>	<i>211</i>
<i>El principio de indeterminación de Heisenberg no es un indeterminismo filosófico.....</i>	<i>221</i>
<i>El átomo de la materia inerte y el átomo que acompaña a la vida.....</i>	<i>227</i>
<i>La categorial "entropía" no responde a la pregunta del "hacia".....</i>	<i>233</i>
<i>El principio del sistema cerrado es una categorial de metafísica materialista.....</i>	<i>237</i>

	<i>Pág.</i>
<i>Concepción de la unidad de la filosofía fundamentada en la teoría de los valores.—El ser del valor.....</i>	<i>245</i>
<i>Concepción categorial del valor.....</i>	<i>248</i>
<i>La unidad categorial metafísica del valor. Las 5 notas típicas del complejo valioso.....</i>	<i>256</i>
<i>La falsa fundamentación psicológica del valor.....</i>	<i>260</i>
<i>La errada concepción logicista del valor.....</i>	<i>266</i>
<i>La falsa concepción fenomenológica del valor.....</i>	<i>272</i>
<i>La esencia unitaria del valor.....</i>	<i>299</i>
<i>Hacia una estética Metafísica de los valores.....</i>	<i>309</i>
<i>Doctrina del tercer mundo y metafísica existencial.....</i>	<i>357</i>